

UN
DRAMA INTIMO.

UN DRAMA INTIMO.

MOISES VARGAS



SANTIAGO

IMPRESA DE LA REPUBLICA

DE SANTIAGO

Mayo de 1910

IMPRESA DE LA

BIBLIOTECA DE LA "REPÚBLICA."

UN
DRAMA INTIMO,

NOVELA ORIGINAL

DE

MOISES VARGAS.



SANTIAGO.

IMPRENTA DE "LA REPUBLICA."

DE JACINTO NUÑEZ.

Mayo de 1872.



AL SEÑOR DON

Francisco Schaurren.

EN

Testimonio de gratitud i afecto.

M. Vargas.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

SAN MARTIN DE QUILLOTA.

✕ La gran colmena del Pacífico que estrecha a sus numerosos habitantes entre las pintorescas mesetas de caprichosos collados i la curva orilla del tranquilo mar, vacía, por decirlo así, durante la estacion del verano, una gran porcion de sus moradores en la deliciosa ciudad de las arboledas i las flores, las cristalinas aguas i las dulces brisas.

En las vacaciones Quillota, como Valparaiso, da albergue a una considerable poblacion flotante que anima sus solitarias calles, alegra sus paseos i sacude su tradicional monotonía.

Los que viven del comercio i de la industria, de la agitacion i los azares de los negocios, agasajan como pueden a los opulentos huéspedes que la aristocrática capital les envía en busca de un sol ménos ardiente, de baños tónicos, de aires nuevos i refrescantes, o simplemente de distracciones i placeres que no les brinda ya la ciudad en que el dia transcurre entre un bostezo matinal i el toque de ánimas al anochecer.

Las familias porteñas que nada tienen que ver con los fardos i la Bolsa, que hartas se sienten de oler alquitran i brea, i de poner su epidérmis en contacto con las saladas ondas, emigran en gran cantidad a Quillota, dejando sus hogares para que aniden en ellos las aves de paso que el verano ahuyenta de las abrasadoras riberas del Mapocho.

Quillota llega a ser así el asiento de una colonia de jente dispuesta a la alegría i los placeres.

La hospitalidad de Quillota es por otra parte digna de solicitarse.

Es una ciudad deliciosa.

Reposa en la llanura mas fértil i mas bella de nuestro suelo.

La naturaleza se muestra en ella pródiga, majestuosa i pintoresca: las aguas, las flores, los campos, los aires, las montañas presentan un conjunto poético, riante, encantador.

Nápoles en Italia i Sevilla en España, tienen en Chile una rival: todo en Quillota es hermoso: la tierra, el clima, el sol, el cielo, sus mujeres.

Solo que estas últimas, raras veces se radican en su suelo: los piratas de las anuales invasiones, rendidos por sus gracias i atractivos, suelen transportarlas a formar familias en tierras ménos feraces i ménos poéticas... pero mui deseadas.

Como el Jauja del Perú, el vallé de Quillota es digno de renombre.

Allí se va en busca de la salud perdida.

Su temperamento ameno, nunca sujeto a súbitas variaciones, dícese que dilata la existencia.

Lo cierto es que allí la estación del verano es bien grata.

Durante el dia el sol brilla límpido i despejado en un

firmamento del mas puro azul, i durante la noche, siempre calmada i serena, fulguran los astros con mas viveza que en ningun otro cielo.

En el centro del dilatado valle en que el presidente Concha fundó la villa de San Martín, se eleva gallarda i elegante una colina, mucho mas bella i mas pintoresca que la que domina a la gran ciudad fundada por Pedro Valdivia.

Subid una tarde esa colina i os asombrará el panorama que se presenta a vuestra vista.

A lo léjos el magnífico anfiteatro de la gran rama de montañas de la cordillera de la costa, en donde se levanta imponente "La Campana", gigante cuya altitud es cerca de dos mil metros, i cuya cima se pierde entre el vapor azulado que envuelve su indecisa perspectiva.

Ciñendo las faldas del Campana se ven los verdes prados, las siluetas de los álamos, maitenes, boldos i litres confundidos en las diáfanas nieblas del horizonte.

Dejad vagar en torno la mirada:

Vereis el límpido raudal del Aconcagua que serpenteando cruza por el norte de la ciudad, acariciando con el murmullo de su corriente el pié del *Mallasa*, atalaya que domina la feraz llanura hasta la mas remota distancia.

Las márgenes del rio ostentan mil matices verdes, desde el suave de los arbustos de hojas coriáceas, la chirca i otros matorrales, hasta el oscuro del canelo, el arrayan i las pataguas.

Admirareis el parduzco caserío cortado por calles tan derechas como la línea recta, cuyas huertas forman manchones sombríos de naranjos, lúcumos, chirimoyos, olivos, nogales, higueras, cuyas copas oleantes doran los últimos reflejos del sol que declina.

Mas allá se presentarán los viñedos de puro color esmeralda, los sembrados de madura mies; i descollando sobre las enfiladas habitaciones, las blancas torres de los templos i la esbelta palmera que de trecho en trecho se levanta en medio de los claustrados patios de las quintas.

Por do quiera jardines con su variedad de matices en que las plantas i las flores aguardan ansiosas el fresco rocío, i en que las aves ajitan sus alas buscando el follaje que ha de servirles de nocturno albergue.

A esta ciudad, cuyas bellezas no podriamos jamas bosquejar fielmente, vamos a llevar al lector por un corto espacio, ya que la mayor parte de los personajes de esta verídica historia, han ido, siguiendo la corriente, a buscar en su templado clima un refugio a los calores del estío de 186...

CAPITULO II.

LA PROMESA.

—Nunca está demas la franqueza:—¿No temes que tu padre rehuse su consentimiento?

—Mi padre, señor, me ha dejado siempre la mayor libertad en mis acciones. ¿Por qué habria de ser tenaz esta vez i hacerme desgraciado? ¿por qué rechazaria un enlace que bajo todos los puntos de vista me hará feliz?

—¿Eh?... eso no es contestar, sobrino. Yo tengo mis motivos para creer firmemente que tu padre no aceptará a mi Amelia para esposa de su hijo.

—¿I bien, señor?...

—¿Qué contestas a esto?

—Que sentiré en el alma ocasionar un pesar a mi padre; pero que si usted, querido tio, no me cree indigno de alcanzar la mano de mi prima, me casaré... consiéntalo o no mi padre.

—¡Ya! Esto es grave, Alberto... i Dios sabe cuantos sufrimientos he devorado en silencio desde que descubrí que mi hija te profesaba afecto!

—Señor....

—Sí, sí, ya sé que esto te lastimará, pero ¡qué quieres! hai en el pasado una historia que no puedo olvidar... i luego mi hija es lo que mas amo en el mundo.

es lo único que me ha sostenido en la desgracia, que me ha dado ánimo para arrostrarlo todo.

—Crea usted, señor, que mi amor es una garantía...

—¿Tu amor? ¿Crees tú con eso decirlo todo? ¿I la amarás tú mas que yo? ¿Sabes, desgraciado, lo que es para un padre desprenderse de su tesoro, de su felicidad? ¿Sabes, ademas, lo que me ha hecho tu padre, los males que ha causado a toda nuestra familia?

—Tio, veo que usted se exalta i que no está en mi mano disipar sus aprensiones. Es verdad que yo nada sé, sino que existe en nuestra familia uno de esos secretos, de esos odios funestos que jamas se encontrarán razones satisfactorias para explicar. Pero tambien es verdad que en la ignorancia en que me hallo, no es un obstáculo para que yo le asegure a usted, por lo que mas estimo en la vida, que si he amado a mi prima, lo he hecho siguiendo los irresistibles impulsos de mi corazon i que me considero capaz de hacerla feliz i de sacrificarle, si es necesario, mi existencia.

—Tienes razon, Alberto, no es cuerdo lo que hago. La fatalidad te trajo a esta casa, cuando tu tia creyó morir... Sí, tú nada sabes, tú nada sabrás... ¿I luego mi Amelia no necesita tambien de tu amor? ¿no he ido dia por dia estudiando los progresos de su cariño? Sí, ello será; ella lo quiere, ella lo desea. Mis informes acerca de tí, por otra parte...

—¿Acerca de mí?

—¡Eh! no te inmites, que todo se ha combinado en contra mia... nó, quiero decir... que todo marchará bien. Resulta que tú eres un mozo trabajador i bien relacionado en Santiago: sí, esto es lo que me han dicho. No te hallas mal de fortuna i podrás vivir holgadamente... Mi hija será tu mujer.

—¡Querido tio!

—Escusemos los agradecimientos, si te parece. Yo hablaré esta noche a Amelia.

—¿No podré decirla luego?...

—Querría hablarla yo ántes; no veo la prisa que corra esto. Tú mientras tanto escribirás a tu padre acerca del estado en que se hallan nuestros asuntos. No le digas que venga... porque no accedería. Pero pídele su consentimiento... que si no lo dá, peor para él: ¿no es ésta tu resolución?

—De todo punto.

—Bien, hemos concluido.

—No será, señor, sin que le espresé a usted mi profunda gratitud por el favor que me dispensa i sin que le indique que consagraré mi vida entera a labrar la dicha de mi prima i la de usted.

—Bueno, tienes mi promesa i ella debe bastarte. Mientras tú seas lo que creo, podrás aguardar de mí proteccion i aprecio.

—I yo, señor, no desespero de alcanzar tambien su afecto...

—¡Concedido! ¡concedido!

—¿No tiene usted nada mas que prevenirme?

—Nada mas por ahora... ¡Ah!... mira... no te ocupes de dilijencias... eso correrá de mi cuenta. No quiero que te impongas sacrificio alguno por mi Amelia. Aunque mi fortuna no es considerable, exijo de tí no pienses en compras ni regalos ¿lo entiendes?... eso correrá tambien de mi cuenta...

—¡Oh! ¡señor!

—Nada, nada, lo exijo así. Con que, a escribir...

El tio diciendo ésto, hizo un ademan que demostró al sobrino que ahora todo habia terminado.

En consecuencia, salió, cerrando tras sí la puerta del aposento en que habia pasado la anterior escena.

X Llamábase el tío don Antonio Reinal; el sobrino Alberto Miranda.

Frisaria el primero en los sesenta años i el segundo en los treinta.

¶ Era don Antonio un anciano de severo aspecto: alta estatura, rostro de líneas pronunciadas, frente llena de altivez, i mirada fuerte. Copos de blancos cabellos daban majestad a su cabeza i hacian resaltar la palidez del semblante.

Miranda era lo que llaman las mujeres un buen mozo.

Bien considerada, su hermosura tenia un tanto de vulgar: facciones regulares, tez sonrosada, bigote rubio, mucho mas rubio que los cabellos que casi tenian ese color bien poco definido que se llama castaño claro. Los ojos eran grandes, pero sin ese fuego concentrado en las pupilas del hombre de jenio, de nobles pasiones i jenerosos arranques.

Miranda pasaba por un elegante; pero su elegancia era ántes que natural, debida a la irreprochable forma de sus flamantes trajes i al esmero que ponía en el cuidado de su persona.

Miranda era ademas un mozo que arrojaba su caudal sin pena, pero sin prodigalidad. Contaba en Santiago algunas relaciones que le profesaban verdadero aprecio. X

¶ Alberto hacia dos meses que permanecia en la casa quinta de propiedad de su tío i situada en la calle Larga. El jóven desde años acostumbraba abandonar a Santiago en los meses de diciembre o enero para pasar una corta temporada en intimidad con su tío Antonio i su cara prima Amelia, sobre todo.

Como ha visto el lector, los muchachos andaban mui adelantados en sus negocios de amor.

En lo que no hacian nada que se les pudiera echar en

cara, desde que siendo las criaturas fruto del amor, natural es que vivan para el amor o se desvivan por él.

Da con nosotros una mujer en el mundo i nosotros corremos por él tras las demas, pagando así hasta con intereses la deuda.

—¡Perdone Dios a los que mucho se afanan por cancelar la tal deuda!...

CAPITULO III.

AMELIA.

Alberto salió lleno de alegría de la habitacion de su tio.

Atravesó a toda prisa un largo i desmantelado patio.

Llegó al frente de una vetusta puerta colocada en medio de una pared blanqueada a retazos i con barda de teja.

Levantó una almella que estaba sin candado, i la puercecilla se abrió.

Se encontró en la estensa arboleda de la casa del tio Reinal, lo cual nos demuestra que maldita la gana que tenia el sobrino de cumplir al pié de la letra la recomendacion de ponerse a escribir inmediatamente que acababa de hacerle aquél.

La quinta de don Antonio era de pobre aspecto en el exterior.

El edificio ademas de viejo era bajo i mal construido

Pero la arboleda en que acababa de penetrar el jóven ofrecia una hermosísima vista i acusaba un cuidado esmerado de parte del propietario.

Frente a la puerta de entrada, se veia un lindo parron de tijeral con pilares de madera pintados de verde;

el pavimento terraplenado en forma convexa, iba a terminar en una rotunda con asientos de fierro.

En esa rotunda solo penetraban los rayos del sol al traves del tupido ramaje del emparrado.

X A los lados del estenso parron i siguiendo la línea de los pilares, crecian enredaderas sostenidas por alambres, clarines, caracoles, frondosas matas de junco i bellísimas rosas, cuya fragancia mezclábase con el perfume de los azahares de los chirimoyos i naranjos diseminados por el huerto.

Las frutas intertropicales mas esquisitas que se producen en la privilegiada ciudad, enriquecian el huerto de don Antonio.

Un cequion de cristalinas i murmurantes aguas, atravesaba por el fondo, i en sus bordes se elevaban los troncos corpulentos del sauce lloron, cuyas flexibles ramas formaban una sombría bóveda de verdura.

Pero no era esto lo mas bello que habia en aquella huerta.

Sentada sobre uno de los bancos de la rotunda, i en la parte en que la sombra proyectada por las parras era mas densa, habia una jóven.

Sumamente hermosa.

Con esa hermosura calmada, poética, que se insinúa al primer golpe de vista i que no puede contemplarse largo tiempo sin que se enseñoree del alma, la conmueva dulcemente i la rinda a discrecion; sin que en ello entren para nada la voluptuosidad ni los sentidos, que permanecen tranquilos como subyugados por una fuerza irresistible, por algo desconocido i mui poderoso.

La sangre aviva su calor i el corazon palpita cuando nos hallamos frente a una mujer de hermosura punzante, de fresca tez, formas torneadas i exhuberantes, de sonrisa provocativa i mirada ardiente: el deseo toma

cuerpo i basta una chispa para producir el incendio de la pasion. ✕

Es que entónces el alma se ofusca i la materia domina: sentís la tentacion i os estravía el deseo.

Arbitro de la suerte del mundo, lo volveriais a perder, como Adan lo perdió.

Pero contemplad una niña de tímido i casto mirar, de anjelical sonrisa; que revelen pureza sus formas, sus modales; candor e inocencia todo su ser; que tiemble ante el que osado la mire i se cubra de rubor ante el que murmure a su oído una palabra que parezca una lisonja...

¡Oh! esa mujer os impondrá a vuestro pesar, por mucha que sea vuestra audacia. Sentireis algo en el fondo de vuestra alma, algo vago e inesplicable; dulce i acariciador como el aroma que se exhala de las flores, como las nubes del incienso que se quema sobre los altares.

La hermosura i la pureza poseen esa majia que subyuga, ese encanto que arrebatara, ese perfume que embriaga el alma i eleva el pensamiento a la esfera de lo sublime, de lo ideal.

La aureola que los pintores dan a las mujeres del cielo, la ha acordado Dios a las mujeres de la tierra cuya alma se conserva con la pureza de las nieves de las alturas.

El hombre por saciar uno de esos deseos ardientes e irresistibles enturbiará fácilmente la existencia de una mujer de mundo; pero vacilará al cambiar en dolor la existencia confiada i tranquila de la niña que no le oponga otro escudo que su inocencia i su candor.

.....
✕ Amelia, la hija de don Antonio, era una de estas niñas.

Tendria apenas veinte años de edad.

I ya era una mujer en toda la plenitud de su desarrollo.

Blanca, pálida, con los cabellos castaños, los ojos negros, grandes, rasgados; los labios húmedos, rojos, hechiceros; los dientes parejos, albos, brillantes; el seno turjente, los brazos admirablemente modelados, las manos blancas, suaves; el tallo flexible i esbelto, el pié pequeñísimo: era una mujer graciosa, bella, aérea, nacida para inspirar a todos simpatía i enloquecer al hombre a quien prometiera su amor.

Llevaba un vaporoso traje blanco, de gasa, i ceñida la cintura con una ancha cinta verde, de raso.

En sus cabellos admirablemente peinados no ostentaba adorno alguno.

Hallábase sentada con un libro abierto sobre las faldas, sin que sus miradas recorriesen sus pájinas ni con mediano interes, pues frecuentemente ellas se dirijian del libro a la puertecilla colocada frente a la rotunda, al estremo, o mas bien, al comienzo del parron.

Estaba inquieta, casi desazonada por la tardanza de alguien a quien aguardaba con impaciencia.

Por fin, la puertecilla se abrió dando paso a Alberto.

Como hemos dicho, éste entraba radioso.

Bastóle a Amelia mirarle para comprender la alegría de que venia animado.

Tuvo, pues, tiempo para asir el libro i aparentar que leia con atencion cuando el jóven penetró en el delicioso sitio, en que huyendo quizá del calor de uno de los mas hermosos días de verano, habia ido a refújiarse la encantadora criatura.

Por que eran apenas las tres de la tarde, esa hora en que zumban los insectos en la espesura i las aves gorjean en las enramadas, i la naturaleza toda, las yerbas, las plantas, los árboles, las aguas como que se adorme-

cen al influjo de los ardores del sol i producen una laxitud, una languidez infinita que convida al sueño cuando el alma está tranquila o bien a cerrar los párpados para abarcar el mundo ideal, el mundo de los pensamientos con los ojos del espíritu, cuando alguna preocupacion ajita el alma.

La hora de la mas religiosa quietud para los habitantes de pueblos cortos—la hora de la *siesta*.

—Amelia mia, dijo el jóven yendo a caer sobre el banco, al lado de la niña; he dado el gran paso i ¡gracias a Dios! tu padre consiente en nuestra union.

La niña bajó los ojos i no pareció participar de los transportes de su primo.

—¿Así recibes una noticia que creia te fuera tan grata, que he venido a participártela contra la espresa voluntad de tu padre? exclamó Alberto con cierto aire de despecho que a su pesar no fué dueño de reprimir.

—¡Oh! Alberto, respondió la niña con voz dulcísima; no tienes razon para espresarte de ese modo. Bien sabes que tu lo eres todo para mí i que la noticia que me traes me habria hecho bien feliz si no abrigara otros temores..... Durante tu ausencia he estado pensando en lo que otras veces me ha dicho mi padre..... Tú no eres enteramente libre..... i mi amor contraria las miras de tu padre..... El no nos profesa afecto, ibien sabes que no dará su consentimiento por mas que se lo supliques. Conven conmigo en que hai algo que no es natural en su conducta, que ni yo ni tú alcanzamos a explicarnos...

—Amelia: ¿no me has prometido no hablarme mas de eso? ¿No me has facultado para que yo solo arregle este asunto?

—Tienes razon, pero te amo..... i me imagino que hai jentes que han de oponerse a mi felicidad..... que

han de suscitarse obstáculos que impidan nuestro pronto enlace... en fin... aprensiones, temores que no sé por qué me vienen... ¡Soy una loca! ¿no es verdad Alberto?

I Amelia le dirigió una mirada tierna, franca, risueña i espresiva.

Su fisonomía tomó un aire de candor lleno de hechizo, que traspiraba ese encanto irresistible de la pasión que no teme descubrirse, esa sencillez con que se manifiesta el primer amor atesorado largo tiempo en un corazón vírjen, que se entrega confiado al que primero ha sabido hacer vibrar las delicadas cuerdas que la naturaleza ha escondido en el ser en que por excelencia dominan la sensibilidad i la ternura.

Amelia miraba i hablaba a su amante sin reserva, porque en su alma de una pureza inmaculada, se exhalaba esa llama intensa, poderosa, inestinguible del amor, que se escapa como la riquísima fragancia de ciertas flores, perfumando el aire que las rodea.

Nunca el primer amor se detiene en sus manifestaciones por el cálculo o la reflexion: sus impulsos son fuertes e imperiosos.

Alberto conocia el influjo que habia llegado a ejercer sobre su prima, que no era sino una niña dulce, inesperta, de abierto corazón.

Podria, pues, haberse aprovechado de grandes ventajas si hubiera querido ganar una de esas batallas en que la fascinacion de un sentimiento nuevo, vago, misterioso i desconocido pone a la mujer a merced del audaz que le ha ganado el corazón.

Pero Alberto amaba de veras a su prima, se sentia a su vez dominado por sus encantos i su inocencia, i habia resuelto llevarla al altar con el respeto i el secreto placer con que se contempla un tesoro misterioso que

pronto va a descubrirse. ¡Es tan bella la esposa que en una larga vida de matrimonio no tiene que doblegar jamas su frente confundida por el rubor, ante el esposo que elijiera su cariño!

Alberto se sintió conmovido al oir las sencillas frases de la jóven.

—Nó, Amelia, le dijo con voz trémula: no debes abrigar temores que ya serian infundados. Tu padre es un hombre excelente que te idolatra, que debe haber conocido mi amor hácia tí desde hace tiempo i que en todo habrá pensado ménos en contrariar tus deseos i tus aspiraciones. Si le hubieras visto recomendarme tu suerte, exijirme la promesa de hacer tu felicidad...

—¡Mi buen papá!

—Ya comprenderás cuáles serian mis protestas. Aunque a la verdad, he quedado descontento de mí; nunca me he sentido mas embarazado para hablar; mi voz no era firme i las palabras me faltaban...

—¡Pobre Alberto! siquiera hubiera podido estar yo a tu lado.

—Oh! eso habria sido mucho peor. Tú tambien te habrias confundido, te habrias turbado ¿no lo comprendes así?

—Te equivocas, primo: ya verás lo que mi papá me llame: no me andaré con rodeos i se lo confesaré todo.

Alberto miró a la niña con una espresion de amor infinito.

Sin darse cuenta de ello, las manos de los jóvenes se juntaron i se estrecharon con ternura.

—Pero a todo esto, Alberto, no me dices nada de lo que piensas respecto de tu padre. Si el mío ha consentido ¿consentirá el tuyo? ¿La enemistad de que siempre he oido hablar a mi buena tia, no existirá? Pero mi papá tambien se equivocaria entónces...

Algo como una nube de tristeza pasó por la frente de la jóven al formular esta reflexion.

Alberto se quedó pensativo.

Trascurrió un momento de silencio.

Al cabo de él, dijo el jóven con voz resuelta:

—No quiero ocultarte nada, Amelia mia. Sobre este particular no estoy seguro. Mi padre siempre ha tenido a mal los viajes que he hecho a Valparaiso i a Quillota con el objeto de pasar algunos dias al lado de ustedes, i cuando supo que talvez tomaba cuerpo en mí un afecto que yo no trataba de encubrir, lo desaprobó en términos casi duros. Esto es tanto mas raro cuanto que mi padre en todo condesciende con mis caprichos. Ahora tambien, Amelia, tu papá me ha dado a comprender que yo no obtendré el consentimiento que he quedado de pedirle hoy mismo. Pero aunque así fuera, poco me importaria. Soy ya mayor de edad...

—I qué?...

—Que me pasaré sin el consentimiento de mi padre, si él trata de impedir nuestra union.

—¡Dios mío! Ves como tenia razon, como no era una aturdida, como tú tambien temes!

—Yo no temo nada. Te cuento lo que sé, lo que hai en realidad.

—Pero así no seremos felices. El cielo no bendecirá un enlace que va a comenzar por atropellar la voluntad de un padre...

—¿Tenemos nosotros, acaso, la culpa?

—Nosotros nó; pero, Alberto, es preciso que supliques ántes, que no perdones dilijencia para ver de hacer consentir a mi tío. ¿Qué le he hecho yo para que me rechace, para que me aborrezca?

—Amelia, no sigas en este terreno. Me entristeces... i no sé qué decirte. Tú eres un ángel i estoy seguro que

si mi padre te hubiese tratado un instante te amaria, no hai duda que sí... pero él nunca ha querido oir hablar del tio Antonio ni de su familia. Si no hubiese sido por la grave enfermedad de nuestra tia Margarita... yo tampoco te habria conocido, tampoco te habria amado...

—Por eso yo cada dia la quiero mas.

—Sí, ella solo ha sido la causa de que nos hayamos encontrado i nos hayamos amado...

—Pero ¿qué hacer en este apuro? ¿quién nos salvará?

—¿Qué hacer? Yo bien lo sé. Cumplir mi deber como buen hijo. Hoi escribiré a mi padre a Santiago i si no me contesta...

—Qué...

—Si no me contesta o se niega, le diré que mi promesa es sagrada. Que mi vida es tuya i que no habrá poder en la tierra que me desvíe de mi resolucion...

—Alberto ¿cómo te conozco en este rasgo!

—Si, querida Amelia, acabo de prometer a tu padre pasarme sin el consentimiento que temo se me niegue sin razon, por un capricho quizá.

—¿Qué feliz seria yo si no se disgustase tu padre!... I no estar aquí mi hermano! Voi a escribirle por el siguiente vapor contándole todo lo que me pasa. De cuánto nos hubieran servido sus consejos si él se hubiera encontrado aquí! ¿No crees que él habria hecho mucho por nosotros?

—Talvez... pero ya verás que nos arreglaremos sin que nadie nos ayude. ¿Por qué no ha de bastar nuestro amor para alcanzarlo todo?

—Ya se vé que sí. I luego la tia Margarita, puede que nos diga algo, aunque ella es la reserva personificada. ¿Te imaginarias que nunca me habia dicho siquiera que tenia un primo, sino hasta el dia en que me hizo escribir a tu padre, diciéndole que estaba para morir i

que deseaba abrazar al hijo de su hermana ántes de dejar el mundo?

—Ya lo ves. Todo se conjura en contra nuestra; pues bien, mejor. El valor me sobra para arrostrar los obstáculos. Tu tienes mi promesa i la cumpliré. Hablemos de cosas mas alegres i dejemos esto por ahora. ¿Nadie sabe que me esperabas en la huerta?

—Nadie. Mi tia duerme a esta hora la siesta como de ordinario. Los peones regaron ayer i hoi nada tienen que hacer... mi padre no sale de su pieza...

—Bueno. Conversemos, picarilla, sobre cuál será nuestra vida de... esposos.

Amelia se ruborizó e hizo un movimiento que separó un tanto la distancia a que se encontraba de Alberto.

CAPITULO IV.

CASTILLOS EN EL AIRE.

La conversacion de los felices enamorados habia durado ya mas de media hora, i hélos ahí que se encontraban como si no hubiesen atravesado palabra i listos para comenzar una de esas íntimas pláticas en que transcurren los minutos i las horas sin que su peso se sienta en lo menor.

✕ ¡Oh juventud dichosa! Oh primavera de la vida que te deslizas entre goces i deleites tranquilos sin que las espinas i las zarzas te lastimen, hasta que las ilusiones se rasgan en jirones i se siente marchitada el alma i árido el corazon al soplo helado de las desgracias i los embates del dolor!

La frescura de la tarde comenzaba a hacerse sentir.

Una brisa suave, blanda i refrescante arrastraba los ténues olores de los juncos, de las rosas, de los azahares i hacia deliciosa la temperatura, despertando una sed de vida, de goces, de deseos.

Se respiraba con deleite.

✕ El alma se expandía libre i lijera en alas de la fantasía, halagada por la serenidad i la calma mas perfectas, por las armonías misteriosas de la naturaleza. Solo perturbaba el silencio el leve rumor del ramaje de los

árboles, el suave ruido de las aguas, el cercano zumbido de los insectos, el lejano ladrido de algun perro de las vecinas rancherías, los gozosos cantos del zorzal, de las tencas i los triles que se posaban en los magníficos árboles del huerto.

Tan agradables impresiones disiparon en un instante las ligeras sombras que los jóvenes habian presentido podrian empañar su futura felicidad.

Amelia se olvidó de todo.

Era presa de vivas sensaciones que absorbían su pensamiento, que ofuscaban sus recuerdos i que le producian un inefable bienestar.

—Alberto mio, exclamó con una voz que llegó dulce como una caricia a los oídos de su amante: ¿no es verdad que nunca nos olvidaremos de este momento? ¿Si supieras lo feliz que me hace la seguridad de ser tu esposa!

I la niña sintió que su corazon se dilataba con fuerza i su seno se agitaba en suaves ondulaciones. Cerró los ojos i apoyó su cabeza en el hombro del joven.

Alberto, no ménos conmovido que la niña, estrechó entre las suyas una mano que ella le abandonó sin esfuerzo.

—¿I eres tú la que me haces tal advertencia? Mira... mas tarde conocerás lo que has sido para mí durante mucho tiempo... las locuras a que me he entregado ántes que te comunicara mi afecto... Un pedazo de las cintas que ataban tus cabellos, los libros que me devolvias despues de leerlos, las flores que solias regalarme durante nuestros paseos de la tarde... en tu ausencia constituian mi mayor felicidad... todos los dias les pasaba revista, los contaba, los acariciaba... Ya lo sabrás... Mira, una noche de tertulia oí cantar a una niña esa romanza que me hiciste oír por primera vez la vis-

pera de mi partida para Santiago el año anterior... i me produjo tan estraña sensacion de tristeza... que abandoné la fiesta al instante ¡tú estabas tan léjos de mí!... I luego resonaba aquella voz de un modo tan distinto de la tuya en mi corazon!

—Perdóname, amigo mio, por haber dudado algunas veces de tu cariño. Creia que era yo sola, yo sola ¿lo entiendes? la que sufria i gozaba con tu recuerdo. A veces te veia afectuoso, consecuente con lo que me habias dicho; pero otras me imaginaba que los alegres inviernos de Santiago te habrian hecho olvidar los veranos que pasabas a nuestro lado, que yo, aunque tu dijeras otra cosa, calificaba de bien tristes.

—¡I yo vivia todo un año de los recuerdos de esos meses!

—Fáltame todavía por decirte que llegué hasta aborrecer los jázmines, la flor que queria mas... ¿Sabes la razon? Riéte si quieres... pero voi a esplicártela...

—Vamos, ya aguardo la revelacion terrible...

—No, señor; que no es ninguna niñería como lo verás. El primer domingo de marzo era el dia que debias marchar para Santiago. Yo me levanté a las siete... hice un magnífico ramo de los jazmines mas hermosos que pude encontrar en las plantas... te lo dí mucho ántes de la hora en que sale el tren... i sin embargo... la primera cosa que ví despues que se desvaneció el ruido del carruaje que te llevaba a la estacion... fué mi ramo; lo dejaste, sobre la mesa del comedor!... Ya lo ves, desde entónces no volví a cuidar de mis jazmines i no volví a adornarme con ellos la cabeza...

Alberto se contentó con estrechar en silencio la mano de la encantadora criatura, quien haciendo un hechicero mohin la retiró al punto como en venganza del inci-

dente que conservaba grabado desde largo tiempo en su memoria.

—Mui bien, exclamó Alberto en tono alegre. Te sienta admirablemente esa crueldad despues de que yo, a haber estado en mi mano, hubiera hecho volver de la mitad del camino el convoi entero de carros, con pasajeros i encomiendas, para recuperar una sola aunque hubiese sido de esas miserables flores!

Amelia se sonrió, como sonríen los niños a la persona que les alarga el juguete de que les ha privado el finjido rigor maternal.

—¿I no me dirá mi señor novio, dijo cambiando de tono, qué vida pasaremos cuando mi papá le tenga por yerno?

—Andate en este particular con mas seriedad, que la cosa es grave. Vamos allá: ¿gustas tu del campo? ¿preferies los atractivos de las grandes ciudades? Seré un marido...

—¡Hum! un marido... que no sabe los gustos de la mujer...

—¿Qué no los sé? Ya veremos.

—No quiero otra cosa.

—Sea. Nos casaremos... Abrazarás a tu padre, le abrazaré yo, tomaremos un coche que nos conduzca...

—Malo, malo...

—¡Cómo malo! ¿sabes por acaso a donde ha de conducirnos el carruaje?...

—Ni necesito saberlo. Yo no me separaré un dia de mi papá ni de mi buena tia—primera condicion...

—¡Ah! ¡i cómo abusas!... Aceptada, sin embargo. Lo abrazaremos sino te opones, i todos euatro nos trasladaremos a Santiago, en donde, como sabes, tengo una lindísima chacra. Viviremos allí algunos meses; ¡es tan hermosa la vida del campo al lado de una mujer como

la que yo amo! Tendrás un bonito jardín que cuidar, nos levantaremos temprano para gozar de la mañana, veremos entrar al corral las vacas de lustrosa piel, i beberemos un vaso de leche pura ántes de montar a caballo... porque montaremos a caballo para recorrer los campos... Tu padre entre tanto tomará su mate con nuestra tía debajo del corredor de las casas, visitará las colmenas, saldrá con su escopeta i nos sorprenderá en nuestras comidas con alguna perdiz o algunas tortolillas, lo que le hará tener buen apetito demostrándonos que su puntería es siempre certera...

—I luego, amigo mio, llegará el invierno ¿qué haremos en el invierno? ¡Si supieras cuánto me interesa esta conversacion!

—En el invierno, añadió Alberto sonriéndose, habitaremos una modesta casa en la ciudad, pasaremos en los bellos dias en que el cielo no amenace lluvia, tendremos un buen carruaje...

—¿E iremos a la ópera?... ¡amo tanto la música!

—Naturalmente... el teatro es indispensable. En seguida asistiremos de cuando en cuando a algunas tertulias i bailes. I cuando todo esto nos haya cansado i no nos ofrezca novedad, entónces, Dios que habrá bendecido nuestro matrimonio..., nos dará atenciones importantes... ¡cómo se prolongarán nuestras discusiones a propósito del nombre que hayamos de poner a *nuestro* hijo o *nuestra* hija, en arreglar la pieza en que habremos de colocar la cuna!...

—¡Zonzo! exclamó Amelia encendida como la grana, dejando de súbito el asiento como para poner fin a la conversacion, que a su entender se habia prolongado ya demasiado.

—¿I partes así? dijo Alberto deteniendo a la niña. ¡Olvidas que desde hoy somos presuntos esposos?

Amelia dió una rápida mirada a su alrededor i trémula i ruburoza como si fuese a cometer un delito, alargó una mano a su amante, quien la atrajo hácia sí, i rodeando con su brazo la graciosa cintura de la niña, estampó dos besos en la suavísima mano que le habian entregado.

Amelia echó a correr lijera, desapareciendo como una ilusion de amor.

Alberto tuvo un vértigo: el placer inundaba su corazon.

—¿Quién impediría que entregase a ese ángel todo mi amor? murmuró dando forma a un pensamiento que surjia miéntras abrazaba con su mirada a la jóven que presurosa abandonaba el huerto.

—Voi a escribir a mi padre, agregó despues; i a esta idea sintió en lo íntimo de su alma una impresion fria, algo como un pronóstico fatal que le causó un súbito estremecimiento.

—¡Bah! exclamó contrariado. ¡Soi un tonto al pensar en otra cosa que en mi felicidad!... Eujenia cuando sepa... va a dar al diablo.... ¡qué importa!... *Ella* que haga lo que mas le acomode... i su hijo... ya veremos de encerrarlo en un buen colejio...

I echó a andar.

Pero su paso era lento i grave, i su mirada triste i reflexiva.

CAPITULO V.

LA FAMILIA DE DON ANTONIO.

Don Antonio tuvo una larga conversacion con su cuñada ántes de hablar con su hija acerca de la solicitud de Alberto.

La cuñada de don Antonio era una señora flaca i de aspecto enfermizo, que desde el casamiento de su hermana con el padre de Amelia, habia vivido a su lado. Se llamaba Margarita Pino i frisaba en los cincuenta i cuatro años.

A la muerte de su querida hermana, se hizo cargo de la educacion i cuidado de sus sobrinos, prestando un verdadero servicio a su cuñado.

Para Amelia, sobre todo, tuvo la buena señora una ternura sin ejemplar, lo que no fué obstáculo para que la niña recibiese durante cuatro años una educacion esmerada en un colejio ingles de Valparaiso, en cuyo tiempo no le fué posible disfrutar a la' tia de su presencia, sino los dias festivos i las temporadas de vacaciones.

En apariencia, la señora Margarita era ríjida i severa i jamas disculpaba el menor desliz a sus sobrinos, por lo que no faltaban jentes que creyesen i asegurasen que los hijos de don Antonio tenian una verdadera *madras-tra* en la arisca solterona.

Pero la realidad era otra.

La tia se afanaba por corregir los defectos de los muchachos, i Dios sabe cuántas luchas sostenia consigo misma para no aparecer débil i no fomentar con sus condescendencias los arranques voluntariosos de los chicos.

Andando el tiempo los sobrinos salieron del colejio i cayeron en pleno tutelaje de doña Margarita.

Don Antonio que tendria sus razones para ello, habia entregado el gobierno de la casa a su cuñada i jamas sus hijos recibieron de sus labios la mas lijera amonestacion, ni ménos castigo alguno correccional.

Don Antonio era por otra parte de un carácter bien raro.

Amaba el aislamiento; era apático i sombrío; era en una palabra un hombre de pocos amigos.

Unos decian que su jenio se habia agriado desde la muerte de su esposa. Otros que habia tenido malos negocios i pesadumbres de familia mui desagradables.

Fuérase por una u otra causa o por ninguna de las dos, lo cierto es que don Antonio raras veces aparecia en sociedad, ya residiese en Valparaiso donde poseia algunos intereses, o ya en Quillota donde atendia un fundo de campo perteneciente a su cuñada Margarita i la quinta en que lo presentamos, que habia heredado de su esposa.

Era tambien un misterio para ciertas jentes la verdadera posicion de don Antonio.

Quien calculaba en mucho su fortuna; quien aseguraba hallarse arruinado i debiendo algunas sumas con garantía de sus bienes raices.

Decíase que habia tenido pérdidas por fianzas i que aunque se habia detenido al borde del abismo, mirando quizá por el porvenir de sus hijos, su azarosa situacion le habia hecho tornarse en un hombre insociable.

Se comprende ya cuan de provecho seria para don Antonio la inquebrantable solicitud con que doña Margarita se dedicó al gobierno del hogar i a formar el corazon i cultivar la intelijencia de los dos niños a quienes la muerte cruel privó de las caricias de su madre en temprana edad.

Don Antonio solia en ocasiones, a la vista de sus hijos, sacudir su habitual rudeza; aconsejaba tiernamente a su hijo mayor Ricardo, le interrogaba sobre sus estudios i le obsequiaba algunas monedas, lo que aumentaba el gozo del muchacho que se sentia lleno de orgullo por haber merecido de su padre tan positiva aprobacion de su conducta.

Por lo que respecta a Amelia, don Antonio la contemplaba con un cariño estremado. Hallaba que era un trasunto fiel de su esposa, creia ver revivir en ella a la mujer dulce que le habia amado con una abnegacion sin límites. La ponía entre sus rodillas i besaba con amor la frente pura i tersa de la niña, ángel bello cuya sonrisa le producía una impresion de grato consuelo.

Amelia era para su padre el lazo mas poderoso que le ligaba a la tierra—era el alivio de sus secretos pesares i la esperanza vivificadora del porvenir.

La niña como impulsada por un secreto instinto tenia los mas adorables cariños para él, sin que los tuviese para su tia Margarita, a quien jamas se acercaba sin que ella la invitase.

La tia no tenia por eso ningun sentimiento de envidia, i por el contrario procuraba por los medios mas delicados acrecentar en el corazon de la anjelical creatura el cariño que sentia hacia el autor de su existencia.

Corrieron asi los años.

Ricardo llegó a los veintitres i entró al comercio en

clase de dependiente de la casa de Calm & C.^o, una de las primeras de la plaza de Valparaiso. Sea por las buenas disposiciones del jóven i su competencia para los negocios, sea por la mediacion secreta de su padre, fué ascendido al rango de cajero al terminar el año de su entrada.

Sin embargo de que su colocacion era excelente, Ricardo dejó luego su empleo i se trasladó al Callao con gran sentimiento de su tia i de su hermana, que a la sazón contaba dieziocho años.

Don Antonio pareció tambien no ser insensible a esta separacion; pero como él habia sido el promotor de ese viaje, tuvo que dar buenas razones a su cuñada para convencerla de la conveniencia imperiosa que habia mediado en su determinacion.

Poco despues de la partida de Ricardo para el Perú, la tia contrajo una grave pulmonía, que puso en peligro su vida. Entónces fué cuando hizo escribir a Santiago Hamando al hijo único de su hermana mas querida, la malograda esposa de don Jerman Miranda, a quien habia profesado gran cariño antes que circunstancias especiales rompieran las relaciones que ligaban a entrambas familias.

Alberto llegó al lado de la tia i tuvo al mismo tiempo que el placer de asistir a su restablecimiento, la ocasion de tratar con intimidad a su prima Amelia.

Volvió a Santiago el jóven con su tranquilidad perdida: la encantadora prima no se separaba de su imaginacion.

Hemos visto que no se olvidó de la casa de don Antonio, si no por la tia, al ménos por la bella Amelia.

Cuando la inclinacion de Alberto fué notada, notóse tambien que habia sido herido el corazon de la tierna niña.

La tia Margarita selló sus labios.

Don Antonio aumentó lo sombrío de su carácter.

Amelia habia llegado a ser para él objeto de sus mas íntimas i tiernas afecciones, de una verdadera adoracion. Su hija le recordaba a la madre en sus mejores dias de belleza, gozaba en su contemplacion; formaba dulcísimos sueños de felicidad i de quietud, al hallarse seguro de que cuando la debilidad de la vejez fuera agotando sus fuerzas, tendria en ella un apoyo: su sonrisa de ángel le reanimaria en sus dolencias, sus palabras de afectuoso acento inundarian su alma de grata complacencia; i luego al morir, al separarse de este mundo, su corazon no se desgarraria viéndose entregado a estraños cuidados—moriria en los brazos de su hija que le haria oir dulces palabras de consuelo hasta el instante que su espíritu volase a la eterna mansion... i por último, su tumba oiria resonar el eco blando de las tiernas plegarias que subirian hasta el cielo, i seria mas de una vez humedecida por las purísimas lágrimas del sincero amor filial...

Era el de don Antonio un afecto egoísta, si se quiere, pero santificado por los largos sufrimientos de su existencia.

Al saber el padre, que su afecto habia dejado de ocupar esclusivamente el corazon de su hija, sintió una punzante amargura. Volvió a ser presa de esa tristeza vaga que acusaba las heridas de su alma.

Amelia ni siquiera notó ese cambio en el anciano.

Llegaba a presentar todas las noches su purísima frente al ósculo paternal, con mayor alegría desde que el amor hacía Alberto habia prendido en su pecho. Era tan feliz, que no se cuidaba de ocultar a nadie la dicha que inundaba su alma i que se reflejaba en su rostro como en el mas diáfano espejo.

El amor es para las mujeres lo que los rayos del sol i las gotas del rocío para las flores...

El anciano vió desvanecidos sus ensueños mas queridos i con ellos sus esperanzas mas halagüeñas.

Sintió por mucho tiempo una gran aversion hácia el que le habia arrebatado su precioso tesoro.

Pero mas tarde la reflexion i la fuerza misma de su cariño operaron un cambio favorable.

¡Ah! Amelia no sabia jamas la sublimidad del sacrificio con que su padre se decidió a secundar sus miras.

La abnegacion del anciano fué sin límites.

Si alguna vez hubiese tenido que escojer un marido para su querida Amelia, de seguro que jamas habria pensado en el que la fatalidad de los acontecimientos hizo que elijiese la niña.

Alberto era hijo de un hombre a quien el padre de Amelia tenia sobrados motivos para odiar.

I sin embargo, don Antonio llegó a olvidarse de todo para estudiar solo si su sobrino merecia el amor de la tierna niña.

Don Antonio indagó, reanudó relaciones que yacian olvidadas para adquirir datos seguros, i al fin se creyó ménos desgraciado al saber que la eleccion de su hija habia recaido en un hombre a quien elogiaban como un exelente jóven.

Ya que Amelia para vivir necesitó de otro amor que el suyo, cifraria su felicidad en verla dichosa por su matrimonio con Alberto.

Así fué como otorgó de buen grado su consentimiento cuando el jóven llegó a implorar el favor de que le acordara la mano de su prima para conducirla al altar

CAPITULO VI.

LA CARTA.

Cuatro dias habian pasado desde que Alberto contaba con el asentimiento de don Antonio para ser el marido de Amelia.

En esos dias los jóvenes habian tenido frecuentes ocasiones de conversar con entera libertad sobre sus proyectos ulteriores a su matrimonio, i habian renovado cien veces sus promesas de labrar su mútua felicidad.

Ademas, habian hecho algunas visitas acompañados de su tia, i por las tardes se habian dirijido al pueblo a gozar del hermoso paseo de la plaza, punto ordinario de reunion de todas las familias tanto quillotanas, como porteñas i santiaguinas.

Allí, cruzando por las avenidas de pintorescos árboles, que al caer la noche arrojaban una sombra fantástica con los reflejos de la luna que penetraban por entre el oscuro ramaje, Alberto oia con placer las palabras que Amelia dejaba escapar con suave acento, temerosa de que fuesen interceptadas por las muchas parejas que pasaban a su alrededor.

Cuando Alberto daba a su voz esas inflexiones que indicaban su conmocion; cuando por la intensidad de su pasion proferia esas frases lacónicas, casi incoheren-

tes, que no bastan a traducir el pensamiento, pero que el alma comprende i recibe como la flor que se agosta el rocío de las noches; sentia que Amelia se apoyaba con mas fuerza sobre su brazo i que aumentaba mas i mas esa deliciosa languidez que acelera los latidos del corazon i derrama por todo nuestro ser ese purísimo deleite que solo se experimenta en tan raras ocasiones de la vida.

X Aquellas tardes en que todo aparecia hermoso, en que el aire era puro, misteriosa la calma, brillantes las estrellas del azulado cielo, i mil veces poéticas las olas de arjentada luz que la luna vertía sobre las copas de las acacias, eran para la soñadora imaginacion de los amantes el poema mas encantador, el ideal mas bello convertido en realidad.

Las noches que pasaban en la quinta no eran ménos agradables para los novios.

En un saloncito adornado con harta sencillez se reunia la familia hasta la hora de tomar el té. Don Antonio leia los periódicos i la* tia Margarita tenia siempre algun tejido que terminar; o bien con los anteojos calados repasaba la vida del santo del dia en el *Año Cristiano*, libro que era su mas íntimo confidente.

Amelia se entretenia en tocar en el piano algunas composiciones escojidas de maestros italianos o en cantar con su timbre de voz afinado i dulce alguna melancólica cancion llena de recuerdos para ella i para Alberto. A veces se jeneralizaba alguna conversacion que lograba hacer salir a la tia de sus quehaceres i al papá de su lectura. Alberto referia cuentecillos i anécdotas que hacian reir de buena gana a la niña i que entretenian no poco a la parte seria del auditorio.

Durante aquellos cuatro dias Alberto habia tomado sus providencias para fijar definitivamente el plazo de

su casamiento, que debería verificarse en Valparaíso, puesto que las vacaciones iban a terminarse i don Antonio tenia el propósito de regresar pronto al vecino puerto.

Alberto aguardaba ademas con alguna inquietud la contestacion de la carta que escribiera a su padre.

Ya éste habia tenido el tiempo suficiente para háberle enviado su respuesta, favorable o adversa.

Sin embargo, la esperada carta no llegaba.

Alberto se resolvió en la alternativa de la duda, a dirigir a Santiago una segunda misiva mas clara i mas explícita que la primera, i se prometia que su padre rompería así su silencio.

Quería a toda costa definir cuanto ántes su situacion.

Después de la hora de comer, Alberto se habia dirigido a su habitacion con el fin que dejamos apuntado, cuando Amelia corrió hácia él llevando en alto una carta.

—¡Alberto! ¡Alberto! exclamó la jóven; aquí tienes lo que nos sacará de nuestra ansiedad. Trae el timbre de Santiago. ¡Dios quiera que contenga buenas noticias!

I alargó la carta a Alberto, que la recibió con visible emocion.

Una mirada bastó a Alberto para convencerse de que la letra del sobre no era de su padre.

—¡Qué pachocha! dijo la niña para dar ánimo al jóven. Hace un año que la tienes en la mano i no la abres!

Alberto desplegó la carta en silencio.

Una súbita palidez cubrió su rostro, e inmediatamente la volvió a cerrar, como si hubiese querido hacerla desaparecer de la vista de su amada.

—¿Qué? ¿no es de tu padre?

—No, no es de mi padre, balbuceó el jóven cada vez mas turbado. Es de un amigo que me escribe... ya veré luego lo que me dice... Con tu permiso, querida Amelia,

voi a leerla en mi cuarto... Luego me juntaré a ustedes para que vamos a la plaza... ya he dicho que alisten el carruaje...

Amelia clavó los ojos en su amante, i tan mal resistió Alberto la fuerza de esa mirada inquisitorial de la niña, que ésta sintió que se le oprimia el corazon i que las lágrimas iban a asomar a sus ojos.

Esa vaga inquietud que la dominó un instante ¿era acaso uno de esos presentimientos, una de esas intuiciones que suelen acometer al espíritu cuando se teme sobrevenga una desgracia tanto mas temible cuanto que no puede conocerse a punto fijo?

No lo sabemos; pero la sensacion de malestar que experimentó la jóven fué tan visible que Alberto la notó en el momento.

—No seas niña, le dijo éste con acento afectuoso. ¿De cuando acá no puedo recibir una carta sin que te imagines que encierra un misterio o alguna desgracia? ¿Quieres leer ésta para tranquilizarte? Dilo i al instante te la entrego, a fé de Alberto.

Amelia no contestó.

Quizá temió revelar en la voz su agitacion.

Inclinó lentamente la cabeza i se alejó con paso tardo i vacilante.

Alberto penetró en su pieza.

Abrió con ruido las hojas de cristal de la ventana que daba al corredor, i fué caer sobre una poltrona de junco que habia en medio de la habitacion.

Abrió de nuevo la carta de una manera nerviosa.

Hé aquí lo que leyó:

“Mi Alberto:

“No te impacientes porque te vuelvo a escribir. Te aseguro por lo que mas quiero en la vida, que no habria vuelto a molestarte si no fuera que las circunstancias

son bien tristes para mí i me obligan a decirte lo que ocurre.

Si no te has olvidado del todo de tu pobre Eujenia, si conservas alguna parte del cariño que me has profesado, ven, ven aunque sea un solo día!... ¡Nuestro pequeño Alberto apenas tiene vida!

¿Comprendes ahora mi situación? ¿calculas mi dolor i mi desesperación?

Ocho días hace a que el niño no pasa alimento alguno, a no ser algunas cucharadas de caldo que por fuerza le hacemos tragar. La fiebre le devora, i el médico me ha dicho hoy que no puede responder de que sanará.

Muerto nuestro hijo ¡qué restaría a esta infeliz, Dios mío! Esta idea me vuelve loca i no quiero ni pensar en la posibilidad de una desgracia semejante. Alberto mío, mis recursos son escasos, aun faltan algunos días para concluir el mes i no tengo a nadie que me preste ayuda ni consuelo alguno. Por la memoria de nuestro amor, que bien sé que para tí ha pasado, ven en mi auxilio i te agradeceré hasta el momento mismo de mi muerte el sacrificio que hagas por mí i por el pobre ángel que Dios quiere arrebatarnos.

Si ya no me amas, si me desprecias, compadécete al ménos de mí i no me dejes sola en el estado en que me hallo ¡verdad que lloras i que vendrás tan luego como recibas la triste noticia que te doi en ésta?...

Tu desgraciada

Eujenia.

Alberto despues de esta lectura se apretó las sienes con ambas manos.

Una sonrisa amarga crispó sus labios.

¡Esa carta venia a enturbiar su espíritu cuando se hallaba en la cúspide de la felicidad!...

CAPITULO VII.

FATALIDAD.

La desesperacion a que se entregó un instante Alberto fué calmándose con la reflexion.

Abandonó su asiento i comenzó a pasearse de extremo a extremo del aposento.

Tras la carta que acababa de leer el jóven, se ocultaba una historia de amor.

Una historia mui risueña, mui hermosa en su principio, pero cuyo desenlace era triste, horriblemente triste.

✕ Alberto habia jugado con el corazon de una mujer. La habia encendido en amor, la habia hecho sentir todas las fascinaciones i todas las locuras de la pasion mas ardiente; i luego sin pesar, sin remordimiento, con una refinada crueldad la hizo experimentar el desden, el abandono, la humillacion i la vergüenza. Por último iba a desgarrarla, a remover todas sus fibras quitándole hasta la mas remota esperanza de consuelo...

Iba a hacerle el insulto mas gratuito que puede inferirse a una mujer que no habia hecho otra cosa que entregarse confiada i resuelta a un hombre en cuya lealtad tuvo fé i en cuyos juramentos creyó poder cifrar una eterna garantía de fidelidad—iba a decirla: me

fastidias con tus quejas; me atormentas con tus ruegos: ¡olvídame, porque ya no me es lícito amarte!

Pero continuemos nuestro relato.

Alberto despues de un instante de meditacion i de interrogarse así mismo sobre el incidente imprevisto que habia venido a turbar la tranquilidad de los idilios de su nuevo amor, pareció reanimarse

—Nada hai perdido, dijo para sí. Eujenia echa mano de un nuevo recurso que felizmente no surtirá el efecto que se ha prometido: ¡no iré! i... nada mas. Ya es tiempo de terminar estas relaciones; ¡es insufrible esa mujer! Su insistencia pasa de raya i me arrastrará a cometer un disparate... Nó... la diré claro que mi situacion ha cambiado i que por lo tanto es dueña de tomar el partido que mejor le convenga... ¡Ah! ¡la carta a mi padre...! casi me hace esto olvidar...

I Alberto se acercó a un pequeño escritorio de caoba con cubierta de paño.

Sacó un cuadernillo de papel de esquila, i comenzó a escribir de una manera precipitada.

Terminó la carta a su padre, la leyó i la dobló con cuidado, dejándola próxima al tintero.

En seguida principió la contestacion de la carta que le habia producido tan honda desazon.

La pluma corrió rápida sin detenerse un momento.

Terminada la carta, empezó a leerla como la otra.

—Don Alberto... dijo una voz desde la ventana. El coche está listo, i las señoritas le aguardan.

—Diles que al punto soi con ellas, respondió Alberto doblando con precipitacion el pliego i tirándolo sobre la mesa, próximo al anterior.

Tomó dos cierros, los rotuló, metió dentro las dos cartas, abrió el cajon del escritorio i sacó dos estampillas de franqueo que fué colocando al salir de su aposento.

Don Antonio, que se paseaba en el corredor, vió las cartas que el jóven llevaba en la mano, i le dijo:

—I bien, amigo ¿el papá sigue mudo?

Alberto se detuvo irresoluto.

Su turbacion no se escapó al anciano.

—¿Eh? no hai que desmayar por eso, añadió éste. Yo te dije lo que sucedería. Don Jerman no nos tiene afecto, amigo, i vaya si le hará gracia eso de que entres... en mi familia!

—Señor...

—Dime como siempre: tio. Cualquiera pensaría que nos hablamos con mas cumplimientos desde que...

—Tiene usted razon, tio. Mi padre no me ha contestado a pesar de mis instancias para que lo hiciera pronto...

—Ya lo hará, ya lo hará. Démosle tiempo...

—Yo tambien lo espero. Mas, en la duda de que no haya recibido mi anterior, o que yo no le hubiera significado claramente mis intenciones... le escribo ahora esta otra.

—¡Hola! Lo que abunda no daña... aunque creo para mí que una basta i sobra para que luego tengamos su parecer...

—En esta, tio, soi mas esplicito. Es, puede decirse, mi ultimatum...

—Con tiento, muchacho; no sea que por precipitar las cosas, el diablo haga que tu padre salga de sus casillas i nos haga pasar un mal rato.

—Si no estuviera tan de prisa, pues mi buena tia me está aguardando, le contaría a usted en pocas palabras lo que avanzo de nuevo en esta... Pero... si usted quiere... puede leer esa carta: concluía de ponerle el sello i aun está abierta... aquí la tiene usted...

I Alberto miró el sobre i pasó una de las cartas, colocando la otra en el bolsillo interior de su jaquette.

—No digo tanto, sobrino: no creo tener derecho.

—Usted me dejará mui complacido, tío, imponiéndose de ella. Verá como sé cumplir mis promesas... Le ruego solo que despues la entregue a Manuel para que la ponga esta tarde en el buzón; quiero que vaya mañana a su destino.

—Sea, ya que tú lo quieres. Se entiende que si mi parecer es contrario, enmendarás algo... si no, no tendría objeto esta... violación.

—Como, no, señor; aunque estoi bien seguro de que usted no hallará nada que suprimir... En la forma es mui moderada...

I Alberto dejó la carta en poder de su tío, satisfecho de verse por fin libre para marcharse al paseo que de ordinario le ofrecia tantos atractivos.

En la puerta de calle le aguardaban su tía i Amelia.

La niña tenia en su semblante la misma espresion de encantadora calma que se revelaba en ella, siempre que no atormentaba su imaginación ninguna idea triste.

Sus aprensiones de un momento se habian, pues, desvanecido durante el tiempo en que se habia ocupado de arreglar su traje i su peinado, en el que figuraba lleno de copueteria un ramito de jazmines, de esos jazmines que habia castigado con su desden miéntras le recordaban una pretendida falta de Alberto.

Los jóvenes subieron risueños en un pesado coche un tanto viejo i por consiguiente un tanto feo, el cual partió con su carga, arrastrado por tres caballos gordos i bien mantenidos.

Durante ese tiempo, don Antonio habia ido a sentarse en el huerto, en el primer banco del parrón, para gozar del delicioso ambiente de la tarde, refrescante a causa de la proximidad de las aguas i los árboles, i perfumado por las exhalaciones de las plantas i las flores.

Allí se colocó sus viejos anteojos i despues de leer el sobre de la carta al padre de Alberto, desplegó el papel que estaba en tres dobleces i comenzó su lectura.

De improviso, las facciones de don Antonio se contrajeron de una manera espantosa.

Luego quedó en una inmovilidad completa. Parecia que la sangre se hubiese helado en sus venas.

Volvió a poner el papel ante su vista i el temblor convulsivo de sus manos le impedia casi el leer aquellos caracteres trazados con mano firme i al correr de la pluma.

¿Qué de terrible podia comunicar Alberto a su padre, que producía tal impresion en el noble i severo rostro de don Antonio?

Júzguese por el contenido de la carta siguiente:

“Señorita doña Eujenia Valle.

Quillota...

Amiga mia:

Confieso que en el primer momento la carta de Ud. me produjo una estraordinaria sorpresa al mismo tiempo que un verdadero dolor. Pero luego, para hablarle con franqueza, me convencí de que la terrible enfermedad de nuestro hijo, no pasaba de ser un nuevo ardid tramado por usted para tener derecho a importunarme nuevamente con sus quejas hasta en el retiro en que pensaba verme libre de tales molestias. Ya lo ve usted, ha logrado su objeto a medias. Mi viaje a esa no se realizará, pero le quedará la satisfaccion de que su carta ha venido a sorprenderme en medio de la tranquilidad de que gozaba i cuando me encuentre resuelto a dar gusto a mi padre accediendo a su deseo de que entre en sosiego casándome con una excelente niña, que él cree hará mi felicidad.

He resuelto no ocultarle a Ud. nada para poner fin a

sus humillaciones, que de tal debo calificar la tenaz persecucion que Ud. pone en ejercicio para conmigo desde hace tiempo.

Confieso que me arrepiento del daño que pueda haberle causado con un amor que yo de buena fé creí fuera verdadero i arraigado; pero que mas tarde he venido a comprender que quizá anduve ligero en juzgarlo así, pues mi afecto hácia usted se ha ido entibiando a medida que sus exigencias i sus importunos reproches crecian.

¡Qué quiere usted! uno no dispone de su corazon, i sus inclinaciones naturales se sobreponen a la voluntad; de modo que aunque yo lo deseo, no puedo ofrecer a usted un amor que pronto llegaria a ser criminal, sino únicamente la seguridad de que, miéntras lo necesite, mi auxilio no le faltará ni tampoco a mi hijo, sobre el cual tengo un proyecto que a su tiempo le comunicaré: su educacion i su porvenir no le impondrán a usted sacrificio alguno ni tendrá usted que temer por su suerte.

Deseando que la franqueza un tanto ruda con que le contesto esta vez, le hará comprender la firme resolucion que me anima de no seguir haciendo la desgracia de usted engañándola con palabras que no estarian en armonía con mis verdaderos sentimientos, lo que seria una vileza indigna de un hombre de honor, crea que será siempre su amigo.

Alberto Miranda.

P. D. Un cariño de mi parte al niño, a quien comprará usted lo que le falte con el dinero que daré orden le entreguen a usted este mes junto con la mesada:

Vale."

CAPITULO VIII.

EUJENIA.

X En la calle de San Isidro de esta capital habia el año de 186... una casita blanqueada i de pobre apariencia, en el remate casi de la cuarta cuadra.

Cuando se abria la puerta de calle, se divisaba un estrecho patio, claustrado de piezas, de paredes pintadas de azul i de aspecto risueño en fuerza del aseo i limpieza en que siempre se le mantenía.

La puerta de aquella casita de ordinario pasaba cerrada.

El día en que vamos a introducir por ella al lector, lo estaba a piedra i lodo, apesar de que eran las dos de la tarde, circunstancia que a cualquiera haría pensar que no tenía moradores la dicha vivienda o de tenerlos guardarían algún duelo riguroso o serían decididos partidarios de mantener un grande incógnito en el vecindario.

Lo que fuere saldrá, metiéndonos puertas adentro desde luego.

Pasemos un zaguan limpio i barrido como el patio.

La primera puerta de la derecha da a una sala.

La segunda a una alcoba.

Veamos la sala, que se halla desierta.

Los muebles son harto modestos; un sofá i sillas de damasco de lana con seda, fondo azul, con ramazon i flores blancas, raidos los asientos, i opaco el barniz de los respaldos de madera; jergon imperial en buen estado sobre el pavimento; dos mesas de arrimo, palo de lingue, barnizadas de negro, i una de centro de la misma clase; un pequeño florero sobre cada mesa de arrimo, i dos litografías, encerradas en una humilde moldura dorada, pendientes de un clavo, encima de los floreros, era todo cuanto contenia la pieza que servia de salon o de *cuadra*, como se decia antiguamente.

Comunicaba ésta con la alcoba, enjergonada tambien i cuyo menaje no era mas valioso que el otro: un catre de fierro, de pabellon, con cortinas blancas de gasa; un velador, un lavatorio, una cómoda, un ropero de cedro, i unas cuantas sillas de junco.

Eso sí, todo prolijamente aseado.

A la cabecera del lecho i encima del velador habia un cuadro que representaba a la Vírgen del Cármén, la estampa iluminada i el marco negro, con filetes dorados.

De la alcoba seguia... pero nada tenemos que hacer con el resto de las habitaciones.

En ese dormitorio hai una mujer.

Mejor dicho, una niña de poco mas de veinte años, mui hermosa i mui pálida i mui triste.

Se llama Eujenia Valle.

Es alta, esbelta i altiva de porte, con esa altivez natural que no se adquiere, sino que se nace con ella.

Sus ojos son grandes, de negra i brillante pupila; su cútis fina i delicada, con un suavísimo tinte moreno; su boca forma un admirable arco de coral, húmedo siempre; magnífica la curva de su levantado pecho, bien torneados sus brazos.

Hoyuelos en las mejillas, en la barba, en las coyunturas de sus pequeñas manos, de dedos redondos i afilados en los extremos, lo que si no estaba en armonía con la belleza clásica de los antiguos griegos i romanos que sirve todavía de modelo al arte, era lo mas hermoso que podia exigirse en un tipo moderno, americano, vulgar o como quiera llamársele.

Eujenia era una criatura interesante, fuertemente simpática.

Se transparentaba a traves de su rostro una alma tan pura; una modestia, una bondad, una májia, un no sé qué difícil de esplicar, que podria decirse sin que fuese una paradoja que esa niña viviendo en la impureza, respirando en una atmósfera criminal, no perdería jamás el dulce hechizo de inocencia que parecía envolver su alma como el ropaje virjinal de que hablan los sagrados libros.

Eujenia vestia de negro.

Su traje era de cachemira, sin adornos.

Estaba en armonía con la honda tristeza que se reflejaba en su semblante en el momento en que la presentamos: los colores vivos i las galas no se avienen con el sufrimiento, ménos cuando el sufrimiento es tal que hace brotar gotas de sangre del corazon.

Entónces hasta la luz incomoda: el luto en medio del silencio i la soledad es casi un consuelo, porque el alma se absorbe i se recoje en sí misma contemplando lo que infunde tristeza, i el luto i la soledad i el silencio la infunden.

Los grandes dolores no se ahogan en el bullicio, no se disipan en las alegrías del mundo ni se hermanan con los vivos matices, que tan bien cuadran cuando la felicidad nos visita.

Eujenia con aquel vestido i el profundo abatimiento

que se pintaba en su rostro parecia el ángel del dolor.

De pié i con los codos afirmados sobre la cubierta de la cómoda, leia una carta estendida sobre ella, con marcada atencion.

Su seno se agitaba.

Sus lábios estaban trémulos.

Dos lágrimas se balanceaban en sus pestañas como esas grandes gotas de agua que penden temblorosas de las hojas de los árboles i caen al mas ligero soplo de las brisas.

Eujenia, que habia leído ya muchas veces la carta que ahora tenia ante su vista, solo apartaba sus ojos del papel para fijarlos sobre la imájen de la virjen.

Esas miradas húmedas i concentradas eran mas elocuentes que una plegaria. Eran el mutismo de la desesperacion hablando con los que rodean el trono del Creador, para quienes las palabras de nada sirven sino habla el espíritu.

¿Qué desgracia tan terrible aflijía a esa criatura tan hermosa i tan interesante?

Pronto lo veremos.

Desde luego, diremos que esa niña de formas tan encantadoras i alma tan pura, no tenia derecho a llevar ante el mundo alta la frente ni erguida la cabeza: era una mujer caida...

—¿Caida?...

¿Acaso la inocencia cuando es engañada, cuando es sorprendida, cuando es atropellada debe hacerse objeto de desprecio?

¿Acaso no tiene derecho a todos los respetos?

Cae, es verdad, la mujer que teniendo conciencia de que se la impulsa por la corriente del deshonor, mide las consecuencias, aprecia la falta i se precipita resuelta en en el abismo.

Caen es verdad las desgraciadas que por sí mismas ceden dóciles a la imponderable fuerza de la voluptuosidad de los placeres; pero no aquellas que resisten, que jamas han sentido ajitada el alma por el soplo de la impureza i que solo falaces promesas i mentidos juramentos conducen al deshonor.

Sinembargo, el mundo, ciego en sus preocupaciones i severo en sus juicios, no distingue, i cuando distingue envuelve a las unas en su desprecio i acuerda a las otras un sentimiento frio, cruel, egoista—la lástima, la conmiseracion.

La mujer que no posee una virtud sólida, sino impuesta por consideraciones sociales o por indolencia, cuando resbala, no se levanta jamas: no así la mujer virtuosa por conviccion i por naturaleza, que tenga una virtud serena, fuerte, arraigada en el alma; esa aspirará siempre desde la sima a que se vea arrastrada, a levantarse, a rejenerarse, a sublimarse por el arrepentimiento, por el sufrimiento.

I estas infelices se sentirán morir bajo el peso del desden o la conmiseracion de la sociedad, aunque lleguen a volver la calma perdida a su espíritu i la tranquilidad a su conciencia con su propia justificacion.

Pero al ménos las que alimenten esa virtud verán en lontananza que el cielo les abrirá sus puertas, porque es mil veces mas terrible que el martirio del cuerpo, el martirio del espíritu, el destrozo del alma.

No amamos la psicologia ni pretendemos por lo tanto llevar al lector al terreno de la metafisica como puede haber creído un instante.

Hemos juzgado necesario únicamente hacer unas cuantas reflexiones ántes de presentar en escena a uno

de los personajes mas importantes de esta historia i en cuyo favor desearíamos interesar al lector.

Si hemos dado por desgracia con algunos de esos indiferentes que se mofan de todo sentimiento tierno... hará bien en arrojar desde luego este libro: son sus páginas un estudio del corazon ántes que un entretenimiento.

Eujenia fué sacada de su lectura i de su contemplacion, por el sonido de unos golpes dados en la puerta de la calle.

Eujenia no se decidió a salir sino despues que oyó resonar de nuevo aquellos golpes, ¡tan imposible le parecia que a esa hora alguien llegase a su casa! —

Una idea cruzó de improviso por su imaginacion i animó un instante su fisonomía.

—Será el cartero, pensó, que me traerá alguna carta que no pudo entregarme anoche. Quizá tendré la explicacion de este enigma.., i cerró el papel que leía.

Pasóse las manos por la cabeza como para alisar su peinado en desórden, i salió.

Abrió temblando al que llamaba.

—Señorita, dijo una persona entrando por la abertura que presentó la hoja de la puerta: ¿es aquí donde vive doña Eujenia Valle?

—Sí, señor.

—Entónces doi gracias al cielo por no haber llamado en balde. ¿Me podrá recibir?

—Señor... no sé si debo...

—No tema usted decirle que deseo hablarla. Sé que sufre con alguien que tiene enfermo... pero me es tan urgente i tan indispensable verla...

—Caballero, entre usted... Le ruego tenga la bondad de disculparme... yo soi la persona que usted busca.

Eujenia cortó aquí la frase, porque sintió que iba a espirar su voz en la garganta... i se contentó con indicar al desconocido por medio de una seña que la siguiese.

Este la contemplaba en silencio i pareció que la aflicción de la jóven le conmovía íntimamente.

Penetraron ambos en la sala sin romper el silencio.

Eujenia habia conseguido con esfuerzo reprimir la conmoción de que era presa, i señaló el sofá al visitante, sentándose ella en el otro extremo.

—Señorita, dijo el recién entrado, con una voz lenta. Usted se admirará de mi visita que viene a turbarla cuando tiene usted grandes cuidados.

—No sé, señor, a que alude usted...

—Hace un rato, le dí a entender que no ignoraba que un enfermo reclamaba toda su atención. Necesito, pues, excusarme...

—¡Oh! señor, aunque ignoro como ha sabido usted esa circunstancia, le agradezco el interés que revela en sus palabras i le suplico que hable conmigo como que nadie reclama mi atención.

Era tan melancólica la sonrisa que acompañó a estas espresiones de Eujenia i tan dulce i tierno el tono de su voz, que acabaron de conmover a su interlocutor.

—Señorita, no quiero pensar que le haya sucedido a usted la desgracia que sus palabras pudieran hacerme presentir en este momento.

—Pues es la verdad, señor.

—El niño de usted... el enfermo quizá...

—Ha muerto, sí, señor. El cielo me ha mandado el mas grande de los pesares... pero a usted talvez le incomodo... escúseme usted.

I la infeliz madre sintió que brotaba el llanto de sus ojos, al mismo tiempo que manaba amargura de su corazón mutilado.

—No se reprima... Llore usted: el llanto alivia las penas del alma.

Yo al venir aquí no sabia, no calculaba, se lo aseguro a usted, que iba a encontrarla, lamentando una pérdida irreparable... Sí, señora, comprendo lo horrible de su situacion aunque usted no podrá explicárselo... yo tambien sufro, digo que sufria...

Eujenia apesar de lo penoso de su situacion iba sorprendiéndose mas i mas de aquel lenguaje escepcional, i tan confundida estaba su mente que creyó que el anciano que tenia delante no estaria en el cabal goce de sus sentidos. ¿Qué salida dar al enigma de sus palabras i al incógnito que guardaba?

El pareció comprender algo de lo que pasaba en la imaginacion de la jóven, porque agregó en el instante:

—Señorita, yo soi Antonio Reinal, tio político... de un amigo de usted...

—¿De Alberto!

Eujenia a esta exclamacion que salió de sus lábios, se cubrió la cara con las manos para ocultar su emocion.

Ese rasgo de profunda sensibilidad llegó a aumentar el pesar que experimentaba don Antonio a la vista de esa criatura, cuyos sufrimientos apreciaba él mejor de lo que ella jamas se hubiera figurado.

—Sí, el tio de Alberto, que por una casualidad providencial, por uno de esos acontecimientos que solo Dios puede preparar, ha descubierto lo que habria ignorado por mucho tiempo, para siempre quizá. Esto es, que ese infeliz jóven, indigno casi de compasion, cometia una gran falta, por no decir un crimen, engañando a una jóven...

—¡Por piedad, señor!

—Sí, hija mia, yo la compadezco a usted de corazon. ¡Oh! ¿cómo no está él aquí para ver el efecto de su odio-

sa conducta? dijo con una concentrada indignacion el anciano al recordar la salida que Alberto daba en su carta a la noticia que le participaba Eujenia sobre la enfermedad de su hijo.

Luego reprimiéndose, agregó mirando a la jóven con una espresion de lástima.

—Usted no sabe nada aun de lo que le aguarda. Mañana... otro dia... podrá oirlo usted... ahora no seria prudente... no consentiria yo mismo...

—Hace cuatro dias, señor, la noche en que escribí a Alberto, mi hijo sucumbió, atacado al cerebro, despues de un largo período de fiebre en que me causó cuantos dolores pueden sufrirse sin perder la vida. Mi hijo, señor, ha muerto sin tener a su padre a su lado i sin conocer a nadie, ni a mí... ¡a su madre! Hable usted, pues, sin temor; todo me será indiferente i nada podrá aumentar mis sufrimientos. Hoi mismo he leído cien veces una carta que me ha enviado Alberto... una copia de otra escrita a su padre... es horrible lo que contiene... i en otra situacion me habria dado la muerte o me habria vuelto loco: i sin embargo, ahora, ya usted lo ve: ¡apénas lloro!

—¿Una copia dice usted?

—Sí, una simple copia remitida sin agregar una letra para mí, ni una palabra de consuelo... cuando sabia que mi hijo se moria, porque yo se lo decia claro. ¡Es bien cruel esta conducta! Pero es un castigo que he merecido, no me quejo por eso: nada me da derecho para hacerlo...

—¡Pobre niña! ¿Tiene usted confianza en un hombre que ha sufrido mucho i que conoce el mundo para aconsejarla? Entónces, permítame que le espresé todo mi pensamiento—el juicio que ahora mismo me torma de lo que a usted le pasa. Ya hablaremos mas tarde de lo que a mí interesa...

Yo tengo una hija, señora, que es lo único que me ama i a quien amo en la tierra; pues bien, por ella he venido i sin que ella pueda presumirlo. He mentido... a mi edad... dando un presto fútil a mi viaje... Dije que deseaba venir a hacer algunas compras... i ella ha sonreído, creyendo adivinar que quizá yo iría a sorprenderla con algunos regalos... de...

—De boda... añadió la niña concluyendo la frase, sin inmutarse. La copia de que ya le he hablado, me lo ha revelado todo... Alberto ha querido hacerme mucho daño como para deshacerse de mí por un solo golpe... Pero la noticia la he recibido despues de la muerte de mi hijo ¿qué me importa sufrir un poco más?

—¿Luego, sabe usted, hija mia, que Alberto mientras usted le aguardaba desesperada... mentia a mi pobre Amelia i no pensaba sino en acelerar su matrimonio?

—¡Oh! sí, señor!... Solo que Alberto quizá no miente a su hija... A mí hace tiempo que me ha olvidado, que me desprecia i que me aborrece talvez... El mismo le dice a su padre que pasará por todo sacrificio con tal de casarse, le suplica que no se oponga...

—Pues bien, esto simplifica nuestros asuntos, ahorrándome contarla a usted lo que ya sabe. Aunque sean mui dolorosas para usted mis palabras, debo decirle que usted sufre un engaño... la copia que usted dice tiene en su poder, es la carta orijinal que Alberto en un momento de aturdimiento i de confusion metió en el sobre rotulado a usted, siendo así que la dirijida a usted la puso dentro del otro sobre... Ya ve como el padre de Alberto ignora hasta ahora el contenido de ese papel.

—¡Dios mio! i ¿mi carta?... ¡ah!...

—Tranquilícese usted: ella no ha ido a parar a donde se imagina. Está en mi poder. El mismo me la entregó creyendo darme la que usted ha recibido a fin de que

yo aprobase el paso que daba con respecto a su padre...

—Voi comprendiendo, por fin, la horrible equivocacion que a usted como a mí nos ha dado a conocer lo que quizá habria sido mejor que no supiésemos nunca.

—Lo ha querido así la suerte, hija mia. Yo me resolví entónces a hacer este viaje... porque en lo que Alberto dice a usted, he comprendido i adivinado muchas cosas que repugnan a todo hombre honrado. Era necesario que yo supiese a punto fijo lo que debia creer de él... necesitaba encontrarla a usted... i saber si merecia aprecio i estimacion... o si Alberto hacia bien abandonándola e hiriéndola cruelmente... porque usted va a ver que ese jóven es indigno de que usted le siga amando, o estimando siquiera, cuando lea su carta.

—Nó, nó. No quiero leerla, si ella ha de aumentar mis penas... ¿Qué puede, Dios mio, decirme ademas de lo que sé?

—Es preciso que usted la lea: si usted se indigna i se avergüenza de haber confiado en ese mozo ¡mejor! Aun será tiempo de que piense sériamente en el porvenir que la aguardaria esperando de él lo que no debe esperar.

—El cielo me castiga... mis temores se han realizado, pasando sí de los límites que creia... ¡Alberto! mi hijo! mi madre!... ¡todos, Dios mio, me abandonan!

I Eujenia se entregó sin reparo a la desesperacion.

Los sollozos se escapaban de su garganta como un torrente que ha estado comprimido.

Don Antonio sintió el contajio de ese dolor, que ya no trataba de ocultarse.

Sus ojos se humedecieron con las lágrimas.

Se encontró mal en ese sitio.

Sacó del bolsillo de una levita abotonada hasta arri-

ba, a pesar de que el calor de la estacion era estremado, la carta de Alberto i se levantó de su asiento.

—Le dejo esta carta, dijo con acento tierno: yo volveré a ver a usted mañana, ántes de mi marcha. Ya sé su casa, que descubrí despues de gran trabajo. El hombre que le trae a usted las cartas me dió sus señas, pero despues de varios viajes que hice a las oficinas del correo. Deseo, hija mia, que esa carta produzca todo el fruto que debo aguardar... la esperiencia de mis años me lo dice. Beberá usted las amarguras del desengaño, pero eso le traerá un bien para despues. ¡Hai remedios enérjicos que nos destrozan i nos atormentan, pero que nos vuelven la salud!

Don Antonio apretó la mano que le tendió Eujenia en silencio, mirándole con una espresion impregnada de agradecimiento i ternura, i salió de la sala con paso vacilante como el de un hombre ébrio o decrepito por la edad.

Eujenia dejó correr libremente por sus mejillas las lágrimas que en abundancia brotaban de sus ojos, i en seguida abrió el papel que conservaba entre sus manos trémulas por la profunda emocion que la dominaba.

Cuando hubo apurado hasta la última gota del cáliz del sufrimiento, fué a caer de rodillas al pié del lecho i de la imájen de la Virgen del Carmelo.

Sus manos se juntaron en actitud suplicante.

La espresion tiernísima de su rostro era sublime como la de un ángel.

Oraba con el corazon i con los labios.

Su acento se elevaba al cielo flébil, dulce, triste, como el quejido de un niño, como un suspiro del alma!

Al fin de su plegaria, su bello semblante se iluminó como si hubiese descendido hasta ella como un rocío amoroso el consuelo i la conformidad que imploraba.

El sacrificio de la felicidad de la tierra, le había hecho concebir la esperanza de la infinita i eterna felicidad de las almas escojidas para la celeste mansion...

CAPITULO IX.

LOS AMORES DE EUJENIA.

Al día siguiente, don Antonio fué puntual a la promesa que habia hecho a Eugenia de volver a su casa.

Se presentó en ella un poco ántes de las dos de la tarde.

El semblante noble, rugoso i atezado del anciano demostraba serenidad.

Sin embargo, un observador habria notado huellas de que aquel hombre habia mantenido alguna de esas luchas interiores, que producen el insomnio i la pérdida de la tranquilidad del espíritu.

Don Antonio halló a Eugenia en apariencia mas calmada en su sufrimiento.

Unicamente se notaba que sus aterciopeladas mejillas estaban pálidas, i que un azulado círculo rodeaba sus lánguidos ojos.

—I bien, hija mia, dijo don Antonio tomando la mano de la interesante criatura, ¿cómo ha pasado el tiempo para usted? ¿Hemos dejado las lágrimas? Ha penetrado la conformidad en ese corazon?

—El cielo me ha dado algun valor para resistir. Yo misma me he admirado al sentirme capaz de soportar tantas desgracias reunidas...

—Agregue usted, de saber la conducta torpe...

—Esa palabra es demasiado dura, señor, ¿no lo cree usted así?

—Es la propia, sin embargo. No le quepa a usted duda. No se engaña a una jóven, no se la separa de la sociedad para condenarla al aislamiento i hacerla mas tarde juguete de caprichos bastardos, sin que se manche con eso toda conciencia honrada.

—Las circunstancias quizá han obligado a Alberto a ser tan cruel conmigo. Pienso que su corazon no está corrompido aun como usted lo cree.

—Disculpas que la ennoblecen mas a usted a mis ojos, hija mia. El ha herido a usted como mujer i como madre. Se ha burlado de su amor i de su inocencia i ha despreciado i ha escarnecido sus sentimientos mas lejitimos, abandonándola hasta en el momento en que imploraba su auxilio a nombre de su hijo moribundo... No; Alberto no puede ser un hombre leal, un hombre de honor... Mi Amelia no le pertenecerá, aunque hubiera de perderla para siempre... ¿La espanta a usted, hija mia, este lenguaje? Pero un padre tiene que ser severo i apreciar los hechos con la luz que ellos despidan, por siniestra que sea. ¿Quién me asegura que no le miente a ella como le mintió a usted? quién me diria que no ha pensado burlarse tambien de mí... despues de lo que él mismo ha estampado en la carta escrita para usted? ¿No ha dicho él allí que al casarse con mi hija cedia a la voluntad de su padre? I usted misma ha leído la verdad en la otra carta... Sabe que nuestro buen pariente niega su consentimiento a su hijo i que él amenaza con desatender su mandato!

El acento de don Antonio era duro, acerado i vibrante.

Eujenia al escucharle casi tuvo miedo creyendo que su indignacion subiría de punto.

Pero don Antonio, dando un nuevo sesgo a sus ideas, tranquilizó pronto a la jóven.

—Pero hasta aquí, hija mia, no me he cuidado de preguntarla por sus asuntos... íntimos. He venido a ofrecerla mis servicios, que espero aceptará con franqueza. Veamos ¿cuál va a ser su conducta en vista de su situación presente? ¿tiene usted amigos, tiene quién se interese por usted?

—¡Oh! no, señor. Soi casi una extranjera en Santiago; no tengo relaciones ni de vecindad. No he podido ni deseado visitarme con nadie. Vivo sola con una mujer anciana i una sirvienta. Usted comprende que en mi estado todo lo que podia apetecer era vivir oculta, ignorada de todos... Cuando Alberto prolongaba sus ausencias... la soledad me era mas querida... las miradas de las jentes estrañas me hacian mal... me turbaban...

—Tiene usted razon. Me alegro de saber estos pormenores; i quizá le podré yo ser útil. Dígame i escuse mi indiscrecion... bien sabe que no le pregunto por mera curiosidad... ¿tiene usted familia, ha cortado usted toda relacion con ella?

Eujenia se sintió vacilante a esta interrogacion tan directa sobre las llagas de su pasado.

Armóse, empero, de valor i contestó a don Antonio:

—Tengo mi madre, señor, i una hermana. Mi padre, Ambrosio Valle, murió...

—¿Ambrosio Valle?

—Sí, señor.

—¿Comerciante que fué en Valparaiso?

—El mismo, señor... Allí hizo algunos negocios que le permitieron comprar un fundo de campo en Rengo...

—¡Oh! hija mia, su padre de usted era un excelente sujeto... le traté a fondo i aun le fuí deudor de un servicio importante...

—Murió, señor, dejándonos mui niñas i sumiendo a mi madre en un profundo dolor, que la hizo retirarse a la hacienda que habia heredado cerca de Rengo, i buscar en la agitacion un consuelo que anhelaba para dedicarse al cuidado de nosotros... que por nuestra edad no podíamos hacernos cargo de la enorme desgracia que habiamos experimentado con la pérdida de nuestro padre.

Mi madre se dedicó por sí misma a las tareas de campo con gran ardor. Ella lo gobernaba todo, la casa i las faenas...

Atendió a nuestra educacion, dejándonos algun tiempo en el pueblo al lado de una señora que le debia algunos pequeños servicios, i que cuando iba a la hacienda a ver a mi madre nos hacia grandes cariños, como que mas tarde siguió amándonos como si fuésemos de su propia familia. Despues me trajo al colejio de las monjas francesas en donde estuve encerrada tres años.

Cuando yo, que soi la menor, cumplí diez i seis, me llevó mi madre nuevamente a su lado.

—¿I su madre, dijo don Antonio, no se habia hecho violencia al separarse de ustedes por tanto tiempo?

—Sí, sí, señor. Mi madre es la mejor de las mujeres, i nos amaba con ternura. Mientras estuvimos en el pueblo no se pasó un domingo sin que fuera a abrazarnos i nos colmaba de caricias. Cuando se enfermaba, nos llamaba siempre para que la acompañásemos i parecia que nuestra vista la reanimaba de sus dolencias.

—Continúe, hija mia, aunque esta relacion debe serle bien penosa...

—Aquellos recuerdos son los que mas me hacen sufrir, señor. ¡He sido tan ingrata para con aquella santa mujer i he pagado tan mal sus bondades i su cariño!

Dos años pasamos del modo mas tranquilo, continuó

Eujenia, yendo a la ciudad solo cuando necesitábamos hacer algunas compras o cuando habia algunas fiestas.

Un día dieziocho de setiembre nos convidaron a una tertulia a la que fueron las principales familias de Rengo i los hacendados de los alrededores.

¡Era una fiesta mui alegre aquella!

Los bailes se sucedian unos a otros i hasta los viejos tomaban parte en la alegria jeneral, diciendo que se celebraba a la patria...

Esa noche conocí a Alberto Miranda. Habia ido en compañía de otros jóvenes que despues supe estaban de paseo en el fundo que él tenia arrendado, a pocas leguas del de nosotros. El se particularizó bailando de preferencia conmigo i diciéndome que era mui bella i mui amable i que era una lástima que estuviera condenada a brillar en una sociedad tan reducida como la de Rengo.

Yo era una niña i todo lo creía con el candor más injenuo.

Alberto era jóven, hermoso, i su palabra insinuante tenia para mí un gran encanto.

Al retirarnos, Alberto nos acompañó hasta la casa en que estábamos alojadas, i al despedirse me apretó la mano de una manera que mi madre habria notado mi rubor i mi turbacion si hubiera habido la suficiente claridad.

Alberto prometió a mi madre ir a hacerle algunas visitas a título de vecino.

Mi madre le dió las gracias i no pudo escusarse.

Pasé toda aquella noche sin dormir... pensando, pensando en aquel jóven i el efecto que me habian hecho sus palabras. No sabia qué pasaba por mí; jamas me habia desvelado i entonces sentí en la calle el canto del sereno, hora por hora, hasta que vino el día.

A esa hora me dormí. Cuando desperté ya se hallaban todos en el comedor para almorzar.

—I Alberto, dijo don Antonio, interrumpiendo a la jóven a fin de ahorrarle detalles ¿no tardó en ir las a ver?

—Al domingo siguiente se presentó en casa. Se mostró amable en su conversación i dió a mi madre tan buenos consejos sobre agricultura, que ella a su partida quedó encantada de su visita. Solo a mi hermana mayor pareció disgustarle, i eso quizá porque Alberto apenas la dirigió la palabra.

Durante tres meses Alberto nos visitó frecuentemente i en ese tiempo tuvo ocasiones de hablar a solas conmigo, mientras nos paseábamos en las tardes por los potreros.

Me decía que me amaba, que jamas habia encontrado una niña que la inspirase una pasión semejante a la que yo le habia inspirado. Me habló de casamiento, pero haciéndome prometer que nada diria a mi madre, pues habia inconvenientes serios por parte de su padre para poder obtener desde luego su consentimiento.

Yo de nada dudaba i prometia a Alberto cuanto él queria.

Un día envió al anochecer a un mozo con una carta, pidiéndome una cita. El mozo fué tan torpe que entregó la carta a mi hermana i esta en el acto se encerró a hablar con mi madre en secreto. Lo único que yo supe al día siguiente, fué que mi madre habia enviado a Alberto una carta escrita por mi hermana, en que le decía que suspendiese sus visitas por convenir así a su tranquilidad i hacer cesar las hablillas que circulaban en el pueblo acerca de las relaciones de Alberto con nuestra familia.

Alberto obedeció.

Mi madre recobró su tranquilidad.

Pero yo comencé a enflaquecer i a demudarme.

No comprendia la crueldad de mi madre: i confieso que sentí por ella cierto desvío i que mi cariño hacía ella se debilitaba a medida que trascurrea el tiempo.

Yo pasaba las noches encerrada en mi pieza i siempre llorando.

Mi madre se alarmó creyéndome enferma.

Me llevó a la ciudad i allí supo que mi estado no infundia sérios temores. El médico dijo que yo sufría de debilidad i me recetó algunos tónicos, aconsejándome que me distrajera i alimentase bien. Mi madre un poco tranquila, se volvió al campo dejándome en la casa en que habia permanecido miéntras mi educacion.

El segundo dia de mi permanencia en aquella casa, recibí un papel por conducto de una sirviente.

No necesito decirle que era de Alberto i el júbilo que invadió mi corazon al leerlo.

—¿I conserva usted esa carta, hija mia? preguntó don Antonio.

—Sí, señor, con otras muchas que despues me escribió.

—Bien, usted va a hacerme el favor de prestármelas... deseo leerlas despacio. Yo se las devolveré.

Eujenia miró a don Antonio, tratando de sorprender su intencion por el aspecto de su fisionomía.

Pero la fisionomía de don Antonio nada dijo a la perspicacia de la niña, sino que reflejaba el interes mas natural por su relacion.

Continuó en el mismo tono:

—Ese papel, como usted lo verá, era la historia de sus sufrimientos desde que no me veia. Me decia que se habia venido a Santiago, pero que ni las diversiones, ni los amigos, ni nada de cuanto veia i oia le habian podido hacer olvidarse de mí un solo instante.

Yo leí cien veces aquella carta, i la contesté largamente.

—¡Pobre niña!

—¡Oh! Entónces fuí mui feliz!

El calor volvió a animar mi rostro i mis ojos adquirieron mas brillo que nunca. Fué tan notable el cambio que esperimenté en unos cuantos dias, que luego supo mi madre que mi curacion era completa. Me escribió que en tres dias iria a Rengo por mí.

Esta carta en vez de alegrarme, me volvió a mi tristeza. ¡Me parecia tan insufrible la vida del campo! ¡I luego allí no podria recibir cartas de Alberto!

Hago ahora esta reflexion, dijo sonriéndose tristemente la niña, para que vea usted que no trato de ocultarle nada: ¡es la primera persona i quizá será la única a quien contaré mi vida!

Don Antonio dió a entender a la niña con un ademan que deseaba que continuase.

—Usted va a ver que fuí mui culpable i mui lijera en mi conducta, aunque despues bien he llorado mi falta i mi inesperienza!

Esa misma tarde puse en conocimiento de Alberto la noticia de mi próxima partida.

En la siguiente mañana recibí la contestacion. Alberto se mostraba desesperado, i decia que si no fuese por los temores que abrigaba de causar un enorme dolor a su padre, iria a echarse de rodillas a los piés de mi madre i rogarle que me permitiese ser su mujer. Agregaba que aun no tenia veinticinco años i que por eso desobedeciendo a su padre no haria mas que empeorar nuestra situacion. Concluia suplicándome que le esperase aquella noche en el patio de la casa, que él tenia medios de entrar por una puerta escusada de la calle atravesada sin que hubiera el menor peligro para mí ni

para él. Que lo único que deseaba era hablarme aunque fuera un instante, ántes de que me ausentase quién sabe por cuanto tiempo.

Confieso que mi primer impulso fué negarme redondamente a aceptar esa cita. Pero volví a leer aquella carta, i parecían tan sinceras las espresiones i era tanta la pasion que revelaban, que me puse a llorar sin saber qué resolver.

Por fin, triunfó el amor en mi corazon i escribí a Alberto dos líneas diciéndole que le aguardaria a las once para hablarle un momento.

Esa tarde no salí de mi aposento. Para que no conociesen mi agitacion pretesté una enfermedad i pedí me llevaran la comida a mi pieza.

Apénas pude pasar un poco de caldo. Siempre he creído despues que mi estado era verdaderamente alarmante aquel día. Tenia fuertes palpitaciones al corazon i mi cabeza se ardia por la fiebre. Deseé mil veces que mi madre llegara esa tarde anticipando su viaje, para confesárselo todo e implorar su perdon i el de Alberto, que siempre me aseguraba profesar gran afecto a mi madre a pesar de su dureza para con él.

¡Dios quiso que así no sucediera i que llegase a ser una mala hija!...

—Esa confesion la vindica a usted, replicó don Antonio. Si usted hubiese podido imaginarse, hubiera podido sospechar que Alberto solo deseaba engañarla ¿no es verdad que usted nunca le habria correspondido i se habria encontrado feliz viviendo retirada al lado de su madre?

—¡Oh, estoi segura que así habria sido! Pero entónces no me hice esa reflexion ni podia hacérmela; tenia tantas pruebas del cariño de Alberto, que me habria parecido tan horrible como desearle la muerte, dudar de sus palabras i de sus buenas intenciones para conmigo!

—Dios castiga sin palo ni piedra, murmuró sordamente don Antonio... Esto no lo digo por usted, hija mía, a quien justifico... Ya la escucho.

—Llegó la noche. En casa se recojian cuando mas tarde a las diez, i a esa hora todo quedaba tranquilo. Aguardé temblando las once.—En Rengo cantaban entonces las horas los serenos, recorriendo las calles.

Apagué la luz de mi cuarto i salí.

Cuando me hallé en el corredor esperímenté un vahido de cabeza que casi me hizo caer... Avancé sin embargo unos cuantos pasos i luego sentí la voz apagada de Alberto que pronunciaba mi nombre, i una mano tibia que estrechó la mia helada por el terror, a pesar de que momentos ántes ardía por el fuego de la fiebre. Nuestros pasos resonaron en el patio i el ladrido de un perro interrumpió el profundo silencio que reinaba en la casa.

Creí morir... se doblégó mi cuerpo... i si Alberto no me sostiene entre sus brazos, habria caído, pues me sentí desmayar. Cuando volví en mí, ya no estaba en la casa. Divisé los faroles de la calle... quise lanzar un grito, pero Alberto me apretó el brazo i la voz espiró ahogada en mi garganta.

Alberto me prodigaba palabras i caricias, però yo no le comprendia ni tenia fuerzas tampoco para oponerme a seguirle a donde me arrastraba conducida del brazo.

Me sentí perdida i no tenia a quien llamar en mi auxilio: la calle estaba desierta i en la ciudad no se sentia ruido alguno.

Alberto, entre tanto, me esplicaba el paso que daba, asegurándome que no debía tener ningun temor, pues luego sería mui feliz. El escándalo obligaria a mi madre a que no se opusiera a mi enlace con él, que por lo que tocaba a su padre, Alberto estaba próximo a entrar

en la mayor edad i podia pasarse sin su consentimiento, dado el caso de que lo negase, lo que pensaba no sucederia cuando supiese el compromiso en que se hallaba para salvar el honor de una jóven tan digna de aprecio como lo era yo.

Ahora que reflexiono, no sé como pude creer en aquello i cómo llevó un rayo de esperanza a mi corazon oprimido por el temor i por la conciencia de mi falta!

—¡Cien veces torpe, hija mia, el hombre que así ha abusado de la inocencia!

—¡Oh! señor. No trate usted de justificarme. Yo bien sé que otra en mi lugar no habria sido tan crédula. Entraba en mucho en mi conformidad el amor que sentia hácia Alberto i que debí sofocar en mi pecho desde que mi madre trató de poner atajo a él. ¡Así el peligro no me habria alcanzado!

CAPITULO X.

EL ABANDONO.

Don Antonio sintió que aumentaban sus simpatías por aquella anjelical criatura tan digna de lástima, que rechazaba con tan noble sencillez todo asomo de justificación, de una justificación que no necesitaba, desde que la elocuencia de los hechos bastaba i sobraba para poner en transparencia el candor i la modestia que se ocultaba en su purísima alma.

No insistió sin embargo en sus observaciones para dejar hablar libremente a Eujenia.

Esta continuó:

—Confieso que me hicieron mucho bien las palabras que con tono persuasivo vertia Alberto, i que en ese instante llegué a temer que se hubiese notado mi ausencia en la casa i siguieran mis pasos.

Luego disipé tambien este temor. Oculto en la sombra de la calle, cercano a la plaza, habia un carruaje.

Era un birlocho de viaje. Alberto me hizo subir en él i se sentó a mi lado. Bajó el tapa-barro i en el instante el postillon azotó a los caballos que salieron a escape.

No sabia a donde iba, pues Alberto no habia dado

la señas al postillon, que seguramente estaba instruido de antemano del sitio a donde debia llevarnos.

La noche no estaba mui oscura, pues aunque no habia luna, la claridad de los astros que lucian en el cielo despejado, permitía divisar el camino i los grandes álamos que se elevaban a los lados.

Alberto apretaba entre las suyas mis manos i sentia sobre mi rostro su abrasador aliento...

Deseo abreviar, pues padezco al traer a mi memoria aquellos recuerdos.

Nos apeamos en una casucha de jentes pobres, en donde habia una mujer de alguna edad i de fisonomía bondadosa.

La pregunté a donde estábamos i me dijo que bien cerca de la estacion de la Requinoa.

La mujer nos dejó solos.

Cuando volvió me trajo huevos cocidos i leche.

A las dos de la tarde entraba en un carro del tren que marchaba para Santiago, en compañía de la mujer que nos habia servido. Alberto habia subido en otro carro próximo al nuestro.

Alberto me habia hecho consentir que era necesario ponerme en un lugar seguro a cubierto del furor que se apoderaría de mi madre en los primeros momentos de saber mi desaparición...

No hice objeción alguna i aquella misma tarde entré en esta casita, preparada de antemano por Alberto para recibirme...

—¡El contaba con que todo se realizaria conforme lo habia ideado!

—Así lo comprendí pronto; pero entonces nada se me ocurrió. Dado el primer paso, me dejaba llevar... i aun agradecí en el fondo de mi corazón las delicadas previsiones de Alberto, que me buscó en medio de sus

tribulaciones un alojamiento aislado en que nada me faltaba i no tenia que temer el trato de jentes estrañas.

—I Alberto, hija mia, le prometia siempre ser su marido... o luego la desengañó del todo?...

—Jamás me dijo que no lo seria; pero usted verá luego lo que aconteció a ese respecto.

—Vamos; adelante.

—Alberto venia todas las mañanas a verme... cuando no habia pasado aquí la noche... Me colmaba de atenciones i su trato era para conmigo el mas cariñoso... procuraba darme gusto en cuanto deseaba. Como yo viera que transcurrian los dias sin que recibiera la menor noticia de mi madre, i Alberto apartaba siempre la conversacion de este asunto sin disipar mis aprensiones... la escribí dos cartas a Rengo contándole todo, i pidiendo su perdon para poner término a mis angustias...

—¿I ella no tuvo compasion?... ¡pobre madre!

—No recibí contestacion a ninguna de ellas... Quizá mi madre ha querido cortar toda relacion con la hija que tantos dolores debe haberle causado... o quizá no recibió aquellas cartas como mas tarde he sospechado...

Despues de algunos meses en que pude haber sido dichosa... sin el remordimiento de mi conciencia por mi pasada conducta... Alberto dilataba sus visitas, pretestando ocupaciones que le obligaban a ausentarse de Santiago.

Yo iba comprendiendo las consecuencias fatales de la situacion en que me hallaba, bien a pesar mio. Un dia, despues de llegar de misa, encontré que Alberto habia enviado algunos vinos, licores i conservas i una carta para mí, en la que me anunciaba que en la noche me presentaria a dos de sus amigos intimos, con los cuales tomaríamos el té.

No sé por qué, me disgustó ese anuncio. Pensé en preparar una cena para Alberto i sus amigos i excusarme yo de recibirles, pretestando una enfermedad cualquiera. Temí despues desagradar a Alberto... i arreglé convenientemente mi traje i mi tocado para aguardar la noche.

A las once, entró Alberto con dos jóvenes mas o menos de su edad i de maneras un tanto desenvueltas. Sin embargo, cuando ya habia transcurrido un rato desde su presentacion, oí que el que parecia mas intruso, como se dice en el campo, murmuró en voz baja dirijiéndose al otro:—¿Sabes que la chica es mas bonita de lo que Alberto nos la pintaba?—I tiene unas maneras i una elegancia, contestó el otro, que imponen cierto respeto. ¿Apuesto a que nada haremos aquí?

Alberto dió la señal de pasar al comedor para tomar el té.

La conversacion se jeneralizó; los amigos de Alberto mientras comian algunos fiambores i bebian los jenerosos vinos que aquel habia remitido, me dirijieron a mí algunas lisonjeras galanterias que contesté lo mejor que pude.

Alberto parecia mui contento i oia las bromas de sus amigos con el mejor humor del mundo.

Cuando ya el té vaheaba en las tazas, uno de los jóvenes, situado entre Alberto i yo, sirvió nuevamente champaña en las copas i propuso un brindis. Alberto que parecia algo achispado, comenzó a golpear sobre la mesa, aplaudiendo de antemano la idea.

—Señorita, me dijo, mirándome de frente i con audacia: al venir aquí confieso que creí encontrarme con alguna hermosura vulgar de esas que abundan en nuestros bellos pueblecillos i que no tienen mas que sus frescas mejillas i el atractivo de su juventud... Pero ahora,

confieso con todo entusiasmo, que es usted mas bella i mas graciosa... i... mas hechicera... que cuantas beldades hai en la capital i cuantas muchachas ha puesto el diablo en mis manos. Brindo porque si alguna vez el amigo Alberto, que no es tan buena pieza que digamos, tiene el capricho de dejarla a usted... acepte mi apoyo, mi corazon i cuanto tengo!

El otro amigo aplaudió con frenesí, haciendo ruido con los puños sobre la mesa i chocando los cristales.

Creo que Alberto se puso pálido... i no aplaudió.

Yo sentí repentinamente que mis ojos se empañaban por las lágrimas i que el corazon se me sacudia violentamente en el pecho como si quisiera estallar...

No olvidaré jamas lo que sufrí al oir esas palabras que fueron para mí una súbita revelacion de lo que podia esperar de Alberto i de cuál era mi situacion ante la sociedad i ante él mismo.

Esperimenté una especie de vértigo, me levanté maquinalmente, atravesé corriendo el comedor i fuí a encerrarme en mi dormitorio confundida por la vergüenza...

Todo lo comprendia entónces... El porvenir se me presentó aterrador...

Como si Dios hubiese querido darme el último golpe, en medio de mi desesperacion me acordé que llevaba en mi seno una criatura condenada como yo al sufrimiento i a la vergüenza.

—¡Pobre niña! exclamó el anciano con voz sorda al ver retratado en el rostro de Eujenia el dolor que le producian aquellos pormenores.

—¿Verdad que he sido mui desgraciada, señor? ¡Mas desgraciada que mala quizá!... Aquella noche hubiera querido ir a llorar sobre el seno de mi madre, i a pedir perdon, humillándome, a mi hermana... i separarme de

Alberto... ¡Pero estaban tan léjos de mí!... i luego el estado en que me hallaba me habria hecho desear la muerte antes que presentarme asi a los ojos de mi madre..

Al dia siguiente vino Alberto. Me aseguró que él habia sentido tanto como yo aquella broma de su amigo, por qué lo que habia dicho no habia sido sino una chanza de mal gusto.

Aparenté que le creia i que estaba dispuesta a olvidarme de todo.

Desde aquel, para mí tan horrible incidente, se deslizó triste i descolorida la existencia aislada a que estaba condenada, sin que divisase la menor esperanza de felicidad.

¡Alberto me habia elegido solo para su querida i jamas me haria su esposa!

Esta era la realidad que se me habia revelado de un modo tan extraño.

El desvio de Alberto hácia mí volvió a hacérseme mas palpable cada dia.—Una mañana me dijo enfadado, oyendo mis quejas, que si habia pensado que las conversaciones de amor debian ser eternas!—Estás mui fastidiosa i te dejo, agregó, tomando su sombrero.

Ya vé usted como he vivido. Durante el último año solo ha habido para mí un rayo de sol i fué cuando estreché sobre mi seno a mi hijo, a mi pobre Alberto!

Ahora que ha muerto no me queda nada en el mundo.

—Se equivoca usted, hija mia, dijo don Antonio con profunda ternura. Usted tiene desde hoy un padre en este pobre viejo que desea servirla asi como ha aumentado su desdicha, haciéndole saber la infame conducta del hombre que la ha arrastrado a la desgracia sin siquiera experimentar remordimientos.

Eujenia tomó una de las manos de don Antonio i la besó enternecida.

—¡A mis brazos! ¡a mis brazos, hija mia! dijo el anciano estrechándola i besándola en la frente.

—Usted está pura e inocente como cuando era solo una niña. El culpable es otro, agregó don Antonio con voz solemne, i ha hecho mal el cielo en ponerle en mi camino...

—No sé con que pagar los beneficios de usted, dijo Eujenia envolviendo con su mirada de ánjel, húmeda de agradecimiento, a don Antonio.

Ahora que sé los proyectos de Alberto, ahora que he visto que no hai en su corazon ni la jenerosidad ni la nobleza de que yo le creía animado, no siento por él ni amor ni odio...

—¡Desprecio! ¡desprecio es lo que merece!

—Sea. Lo desprecio; i solo temo por lo que será de mí en el abandono en que me ha dejado...

—Deje usted eso de mi cuenta... yo tengo una hija tan sencilla i tan hermosa como usted... esto me hace interesarme mas por su estado i querer aliviar sus penas en cuanto pueda...

Luego, hija mia, el padre de usted fué mi amigo, i este es otro título para que usted acepte mi apoyo.

—¡Usted me produce mucho bien con sus tiernas palabras! exclamó Eujenia. ¿Por qué Dios me arrebató a mi padre? ¡él habria velado mejor por su hija i yo no habria sido arrastrada a la miseria en que me veo!

—No hai que buscar remedio para los males que no pueden remediarse. Usted debe tener aversion a seguir viviendo en esta casa... ¿me equivoco, hija mia?...

—¡Oh! no!...

—Pues bien... la abandonará usted... Mas tarde pensaremos en su madre... por ahora usted se irá a vivir a Valparaiso, yo tengo allí algunas casitas de arriendo... yo le arreglaré una... Pasará usted por viuda... nadie

sabrá su secreto, mucho mas cuando usted verá a pocas personas mientras lleve luto por su hijo...

—A nadie, a nadie... mas que a usted!

—Bien, lo que importa es que decida cuanto antes su viaje.

—¡Virjen mia! exclamó Eujenia, juntando las manos: ¿qué debo hacer?

—¿Qué? ¿teme usted el viaje?...

—No, no es eso...

—Vamos, hija mia, mas confianza: ¿qué idea se le ocurre que no quiere participarme?

—Es, dijo Eujenia, con el semblante rojo por la vergüenza; es que no poseo dinero con que instalarme en otra parte... yo no puedo, yo no quiero llevarme nada de lo que contiene esta casa... Todo es de Alberto i yo no deseo conservar nada aunque se me ofreciese... Unas cuantas alhajas que tenia las he mandado estos dias a empeñar para pagar a los médicos que visitaron a mi pobre Alberto i para hacer que le enterrasen en una sepultura que no fuese la fosa de los pobres... la fosa comun... No ha sido por orgullo, señor, que he querido esto, sino porque alguna vez podré así ir a rezar i llorar sobre la tumba que guarde a mi hijo. Este es un gran consuelo, señor, para una pobre madre que a nadie sino a Dios podrá decir lo que sufre por el bien que le ha sido arrebatado, por el tesoro que ha perdido... En él habia concentrado toda mi ternura, i todo lo sufría con paciencia por él, solo por él.

Eujenia en ese arranque de su amor maternal, apareció sublime ante don Antonio.

La ternura que se evaporaba ardiente de su corazon la engrandeció a los ojos del anciano.

—¡Oh! ¡qué bella alma tiene usted! exclamó. ¡Cómo haria usted feliz al hombre que fuese digno de amarla!

Luego añadió:

—Opino como usted, hija mia: nada debe llevar de lo que encierra esta casa; seria un oprobio indigno que mancharia su delicadeza... nó... dinero no le faltará. Usted con el tiempo va a heredar o mas bien debe recibir lo que ha heredado de su padre ¿no es cierto? Yo la anticiparé a usted a cuenta de su patrimonio. No se hable mas!... ya me lo pagará todo hasta con intereses...

La anjelical criatura desfloró una sonrisa en sus labios.

Habia comprendido al anciano... i se resolvió a aceptar su jenerosa i delicada oferta.

CAPITULO XI.

UN NUEVO CONOCIMIENTO.

Volvamos a Quillota.

Cuando Alberto entró en la quinta en la noche del día en que sucedieron los acontecimientos que hemos narrado en otros capítulos, halló a don Antonio mas sério i reflexivo que de costumbre.

El jóven creyó que desaprobaba los términos de la carta que en la tarde le habia entregado para que se impusiese de ella. Avanzó, pues, una pregunta en este sentido, mas don Antonio le contestó que nada habia tenido que observar i que habia cumplido con su recomendacion de enviarla al buzón mas cercano.

Don Antonio anticipó la hora del té i se retiró a sus habitaciones.

Como Amelia i su tia, no notaron que don Antonio tenia el aire sombrío i habia demostrado bien pocas ganas de hablar, volvieron al salón, en donde pasaron la noche con Alberto comentando el paseo de la tarde i las pocas noticias que contenian los diarios de Valparaíso.

En la mañana siguiente fué cuando don Antonio habló a su cuñada i a su hija de la necesidad que tenia de ausentarse de la quinta por dos o tres días.

Hemos oído al mismo don Antonio la causa a que atribuyó su hija tan inesperado viaje.

Amelia participó la noticia a su primo i éste sin dificultad convino en que no podía ser otro el motivo que les privaba de la presencia de don Antonio, que algunas diligencias con el fin de activar su combinado enlace, o de sorprenderles con algunos delicados regalos para el día de la boda, que descaria acelerar desde que habia prestado su consentimiento con tanta voluntad.

Solo la tia Margarita tuvo sus recelos, despues de oír algunas instrucciones que le dejara el anciano por si su vuelta se prolongaba mas de lo que él creía.

Pero la tia nada dijo a los sobrinos.

Alberto satisfecho de la aprobacion que habia merecido la carta dirijida a su padre, i libre de un peso con la que escribiera a Eujenia acerca de su actual modo de pensar, hizo le ensillasen un caballo i se dirijió al pueblo a tertuliar con algunos amigos.

En el hotel se encontró con varios conocidos, jugó una partida de guerra al billar, la perdió i fué obligado a hacer el gasto de cerveza i helados.

Hallábase empinando el segundo vaso cuando entró en la sala el jóven Eduardo Calm, con quien Alberto tenia amistad.

Era Calm hijo único de un rico comerciante ingles de Valparaiso i de una mui apreciable señora de la sociedad porteña.

Jóven de veintinueve años, Eduardo Calm era un hombre en toda la estension de la palabra. Amable i circunspecto, educado con esmero i de maneras caballescascas, gozaba de gran estimacion entre sus amigos.

Se alababa su franqueza.

Su intrepidez.

Su jenerosidad.

En el comercio era una reputacion. A pesar de su corta esperiencia, tomaba parte activa en especulaciones bancarias; nadie como él conocia los asuntos de Bolsa, la alta o baja de los papeles de crédito, sociedades anónimas, etc.

Decíase que usaba de la firma de su padre cuando no bastaba la suya propia para algunos negocios de magnitud i que jamas su sagacidad le habia engañado aceptando especulaciones ruinosas.

Calm era por lo tanto un hombre grave i de importancia; una intelijencia precoz en materias mercantiles; i un mozo acreedor a todas las distinciones en sociedad.

A su buen carácter i a su reconocida capacidad para acometer cualquiera empresa, reunia Calm el atractivo de sus dotes personales.

Las mujeres, que forman el tribunal mas competente para juzgar del mérito de la parte *fea* del jénero humano, decian todas a una que Calm era un buen-mozo.

Alto, de formas proporcionadas, manos blancas i nerviosas, revelaba dignidad en su persona i en sus movimientos; su rostro era blanco, pero algo tostado como el de los que han permanecido largo tiempo en el mar; la nariz aguileña, la boca de labios delgados, i los dientes albos; el cabello rubio, de un rubio opaco, peinado hácia la frente, le daba la apariencia de un *gentleman* de raza pura.

Calm, por último vestia con elegancia, sin ese amane ramiento de los *dandys* prendidos de las novedades de la moda por exajeradas i ridículas que sean.

El jóven al entrar hizo un saludo a los concurrentes i estrechó la mano a dos o tres de ellos. Alberto le presentó una silla próxima a la mesa.

Se pidieron otras botellas.

—¡Diantre! Así puede matarse el tiempo en este pue-

blo... Hace tres dias que bostezo horriblemente. ¡Quillota me hace dormir!

—¿Andas solo? dijo Alberto a su amigo.

—Casi... acompaño a mi madre. ¿I tú, hombre?

—He venido solo, i permanezco aquí hace ya mes i tantos dias.

—¿I aun estas vivo? ¿Verdad, señores, que los dias son interminables en este lugar?

—Ya lo creo, dijo uno; como que yo me llevo como los patos... del agua a tierra, es decir, a mi cuarto, i de mi cuarto al agua, llega la noche i me acuesto.

—Todo consiste en saber buscar la vida, añadió otro. Yo monto a caballo por la mañana, almuerzo bien, me baño i espero la hora conveniente para hartarme de fruta... En la tarde paseo con buenas chicas que no faltan aquí, por cierto, i en la noche *tertuleo* que es un contento. Conozco unas muchachas que son balazo para el canto i la guitarra.

—Yo no conozco sino bien poca jente... de pelea, dijo Alberto. Ademas, vivo algo retirado; por eso no me ofrezco para llevarte.

—Ya lo creo, saltó uno. Como que tienes en la casa la mejor prenda que anda por estos mundos.

—Cuidado con nombrarle la prima a Alberto, porque se pone sério, agregó un tercero.

—¿Cuál prima? ¿Tienes tú aquí alguna prima? preguntó Calm.

—¡Pues! ¿No le vió usted ayer en la plaza, dándole el brazo, en la tarde?

—¡Oh! ¿La hija del socio don Antonio?

—¿Cómo del socio?

—Ni mas ni menos. Don Antonio tiene capitales en la casa de mi padre i en ella creció Ricardo su hijo, ¿no sabias esto?... I dices que ella es tu prima?

—Hija de una hermana de mi madre, respondió Alberto ¿lo ignorabas?

—¡Mejor!

—Mejor... ¿por qué?

—Porque así me aburriré menos. Mira, esta noche iré a tu casa, pues tenía pensado hacer a tu tia una visita tan pronto como hubiese averiguado la situación de su casa. Dile a la señora que aunque apenas he podido visitarla en Valparaíso.... no creo sea ello un inconveniente para que me reciba aquí. ¿I el buen don Antonio cómo lo pasa? ¿siempre con spleen?

—Está ausente, contestó Alberto.

—Lo siento. Tengo una buena noticia que darle sobre sus negocios. Pero esto no hace al caso: tu harás sus veces i espero me atenderás en regla.

—Mi tio sentirá mucho no verte, dadas las relaciones que dices tener con él.

—¿Cómo será! Deseo no echarme a la cama esta noche a las diez como me ha sucedido estas noches pasadas, i me entretendré oyendo cantar a tu prima, ¿no se llama Amelia tu prima?

—Amelia.

—Eso es, Amelia, ¡Bonito nombre a fé!... Bebamos, señores, un vaso a la salud de esa hermosa que ha venido a dar vida a Quillota, porque, ¡qué diablos! las mujeres bellas alegran i dan colorido a cuanto las rodea.

Todos vaciaron su vaso.

Menos Alberto.

—Cuando decia yo, que en sacando a bailar a la prima, Alberto se amurra... observó el que ántes habia hablado.

Alberto le lanzó una mirada que no reflejaba por cierto mucha dulzura.

—Bromas a un lado, dijo otro. ¿Quién me acompaña

a tirar al blanco? Tengo unas pistolas riquísimas i ayer tuve una puntería magnífica.—Voi a seguir ensayando i cuando vuelva a Valparaíso pienso dejar bien puesto el pabellon de los quillotanos *negociándome* en “Polanco” a los señores alemanes.

—¿Usted tiene el tiro en su casa? preguntó Calm.

—No, señor. Está a una cuadra de aquí, en un solar viejo.

—Pues, acepto el convite. Veo, que he hecho bien en venir aquí, agregó el jóven. Así no me quejaré de aburrido...

—Ni de Quillota... avanzó tímidamente uno que hasta allí no habia hecho mas que beber en silencio i que tenia el honor de haberse avecindado en el pueblo desde tiempo atras.

Calm que sospechó esta circunstancia, con su esquisita delicadeza respondió al jóven;

—Tiene usted razon, señor. Quillota es una ciudad por mil títulos agradable i yo he andado lijero por no decir petulante al achacar mi hastío al pueblo en que me hallo i no a la verdadera causa, cual es el aislamiento a que me habia condenado.

El otro interlocutor se sonrió de satisfaccion i dijo en tono jocoso.

—Por San Martín, que usted ha hablado bien ahora... Yo una vez fui a Santiago, la capital, i malditas las diversiones que tuve! Apenas si dije esta boca es mia una tarde en que serví una copa de vino a un compañero de mesa, que se me mostró mui alegre.

Calm saludó con suma gracia a su interlocutor i asiéndose del brazo de Alberto, siguió al que un momento antes le habia invitado para tirar al blanco.

Cuando llegaron al solar, vieron que efectivamente estaba todo dispuesto.

En medio de una muralla de adobe, sin blanquear, habia una plancha grande de fierro, sostenida por cuatro ganchos que penetraban en la muralla.

En el centro de la plancha habia dos circunferencias marcadas con tiza. La mas pequeña tendria un radio de cinco centímetros i la mayor de diez.

A cincuenta pasos de la plancha habia una mesa de palo de álamo, sin barnizar, sobre la cual descansaba una manífica caja de pistolas norte-americanas, con todos sus útiles.

Calm observó con detencion las pistolas i exclamó mui satisfecho.

—¡Buenas, escelentes armas! Creí que en Inglaterra solo se trabajarian semejantes. ¿Le han costado a usted mui caro?

—No señor. Son un obsequio hecho por un amigo, Mr. Whine. ¿Le conoce usted?

—Mucho. Pues le ha hecho a usted un buen regalo.

—Si a usted le gustan...

—Oh! nó... no lo digo por eso. Doi a usted sin embargo, las mas rendidas gracias... Al ver estas pistolas me ha parecido que se puede tener fé en ellas.

Miéntres tanto, Alberto habia cargado una de las armas i el dueño la otra.

—¿Tira usted primero? preguntó este, ofreciendo la pistola cargada a Calm.

—Está bien en sus manos. Solo que ya que no conozco la punteria de ninguno de los que están aquí, agregó el jéven, bien podríamos hacer alguna apuesta... algo que valga poco i que dé mas interes...

—Cierto dijo uno de los circunstantes. Bien podria apostarse un par de cubos de helados... ganaria el que primero diera en el círculo grande.

—Yo apostaria... un paseito, dijo otro.

—Aceptado, dijo el dueño de casa.

—¿Pero a dónde? ¿qué clase de paseo?

—A comer un cordero en “Boco,” al otro lado del río, añadió el de la propuesta de los cubos. Allí hai bosquecillos de pataguas que es lo que hai que ver i unos duraznales de los mas delicioso.

—I convidaremos niñas, agregó a otro. Una cabalgata *a caballo*, en regla... esto cuesta poco i por bestias no ha de quedar pues en casa las hai de sobra...

—I que el que gane, tenga derecho a convidar a quien quiera.

—Acepto, dijo Alberto.

—I yo, dijo Calm.

—I yo, agregó el dueño de casa.

—Yo no... porque nunca he subido tirar, digo a la pistola, que lo que es con escopeta i con municion soi capaz de bañar a un zorzal de cabo a rabo, agregó el partidario de la cabalgata en bestias.

—Yo tampoco me arriesgo, saltó un cuarto. Una vez cuando muchacho disparando un revólver planté la bala a una lora que tenia colgada mi madre en el parron de casa, i casi me cuesta mi tranquilidad doméstica... porque me plantaron una paliza sobre el espinazo que me hizo ver candelillas...

—Pues hasta aquí somos tres, observó Alberto.

—Sobra con tres.

—Sea; ¿cuáles son las condiciones?

—De tres tiros quien ande mas cerca de la circunferencia chica.

—O quien la toque primero: dijo Calm, mirando el blanco.

—¡Diablo! Ya eso es mas dificillo.

—No lo creo, señores, puesto que tiraremos a ménos de cuarenta pasos.

—Convenido, dijo Alberto.

—¡La distancia! ¡a medir la distancia! gritó el del cuento de la lora.

En un momento estuvo todo arreglado.

Se rifó el tiro i tocó la suerte a Alberto.

Abalanzóse éste ligero sobre las pistolas, tomó una, inspeccionó el fulminante haciendo maniobrar el gatillo i se colocó en actitud de tirar.

Apuntó con pulso firme.

Sintióse la detonacion, i resonó una aclamacion jeneral.

La bala habia ido a chocar en la mitad del espacio, entre las dos circunferencias.

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Buen principio! dijeron algunos batiendo las manos.

Alberto se mostró complacido.

—¡Ya afirmaré la mano en el otro! exclamó.

El segundo tiro tocó en suerte a Saldaña, el dueño de casa, jóven quillotano, de excelente humor.

Se adelantó triunfante.

Puso la pistola al frente de la vista, alargó el brazo i disparó.

La bala fué a marcar su huella fuera de la circunferencia grande, a un lado de la plancha.

Hubo un momento de hilaridad jeneral.

Saldaña se amostazó.

—Todos los dias no son viernes, dijo mirando a los circunstantes. Si hubieran visto ustedes los tiros que hice ayer se les entraria el habla, ¡Vean que reirse! ¡a que tú, Manzano, apuesto lo que quieras, no le das a un pavo a veinte pasos?...

—¡Me lo das asado, si lo mato? respondió éste riéndose. I eso que yo no paroleo como tú de tirar a lo Monte-Cristo.

Cesaron las hablillas.

Calm habia cargado su pistola i se avanzaba tranquilo hácia el punto designado.

Llegó a él, apuntó un instante i soltó el gatillo.

Tan pronto como se disipó el humo en el aire, resonó un hurra entusiasta: la bala se habia estrellado contra la plancha casi en el centro mismo de la circunferencia menor.

Calm dejó el arma sobre la mesa como si nada hubiese hecho que mereciera aquella acogida.

Esta modestia encantó a algunos de los circunstantes, que se aproximaron a felicitar al jóven por su puntería.

—Casualidad, pura casualidad, dijo éste con su acento de voz natural. Estaba cierto de dar en el blanco, pero no tan al centro ¡ha sido un buen tiro!

Sus contrarios se confesaron derrotados.

En los disparos sucesivos, Alberto tuvo la peor parte.

Saldaña logró plantar su tercer bala en la raya misma de la circunferencia menor. Quedó tan satisfecho como azareado se sintió despues del primer tiro.

Calm asestó las dos balas restantes dentro siempre del pequeño círculo, lo que aumentó el valor de su victoria.

La apuesta quedó a su favor. Alberto i Saldaña quedaron convenidos en hacer los preparativos para el paseo que deberia realizarse dos dias despues.

CAPITULO XII.

LA VISITA.

En la noche Calm con esa exactitud británica que es tan preciosa aun en los negocios mas insignificantes, llegó a la quinta a la hora precisa que habia indicado a su amigo.

Calm habia sido anunciado, lo que quiere decir que se le aguardaba con la sala iluminada del mejor modo posible, con una lámpara de parafina sobre la mesa de centro i dos candelabros de tres luces sobre las de arrimo.

La tía Margarita habia dejado sus labores i Amelia ejecutaba en el piano preludios de una armonía vaga, como si cediese a su inspiracion i trepidase en elejir la pieza a que deberia contraerse.

Cuando entró Calm acompañado de Alberto, la señora le hizo una amigable acogida i Amelia abandonó el piano despues de un saludo lleno de amabilidad i de gracia.

Calm iba vestido con harta sencillez.

Sin embargo, su simpática presencia, su fisonomía expresiva i franca, sus formas regulares, sus cabellos peinados con esmero, sus ojos grandes i vivos, le daban un aire tal de elegancia i distincion que para nada necesi-

taba de ese realce facticio que suelen dar al individuo los hermosos chalecos, las bien pintadas corbatas i el bien cortado pantalon.

Calm fué recibido con la cordialidad i la franqueza que se prodigan a los antiguos conocidos.

Doña Margarita i Amelia le habian visto en dos o tres ocasiones en su casa, i muchas veces habian oido hacer en Valparaiso el elogio del jóven a distintas personas.

El mismo don Antonio hábíales relatado un magnífico rasgo de heroismo de que dió pruebas el jóven mientras un horroroso incendio, ocurrido en altas horas de la noche, para salvar de las llamas a un niño i a la ama que le criaba.

Mas tarde habian oido decir que Calm habia tenido un lance de honor con un marino de la armada francesa en que demostró tanta serenidad como valor, llegando a ser del dominio público el suceso, gracias a los romancescos pormenores de que lo rodearon los admiradores de la conducta del gallardo jóven.

El padre de Amelia, tan severo en sus juicios como avaro de palabras en su conversacion, en mas de una vez se habia complacido en dar una idea a su cuñada de los motivos que hacian apreciable a Calm como hombre de negocios i como hijo amante i respetuoso. Contóles que el jóven profesaba particularmente un verdadero culto por su bondadosa madre, a quien jamas habia querido causarle un pesar. Cierta dia en que Calm habia ido a la *Placilla* en compañía de algunos amigos amantes de la caza, se dió un feroz golpe desde las piedras resbaladizas de una quebrada, lo que hizo que se disparase la escopeta que cargaba i el tiro le dañase el hombro izquierdo.

Socorrido por sus compañeros, hallaron éstos modo

de mandar por un carruaje i llevarle inmediatamente a la ciudad. En la puerta de su casa, despidió a sus amigos rogándoles guardasen silencio sobre el accidente que le molestaba, que no era de ningunas consecuencias, i se entró fieramente sin el apoyo de nadie.

Divisó a su madre i con el aire mas risueño del mundo se puso a referir el magnífico dia de campo que habia pasado. Un cuarto de hora hacia a que estaba de pié, cuando fué a caer sobre una silla con el semblante blanco como la cera, pero procurando aun sonreír.

Alarmada la señora, exhaló un grito i se abalanzó hácia su hijo, mientras este exclamaba:

—¡Oh! madre mia, te juro que no es nada, i que no habrias tenido que inquietarte si no fuera que el... cansancio hace quizá cambiar mi cara de color.

Calm tuvo ocho dias de cama a consecuencia de la fiebre que le produjo la herida cuya curacion retardara tanto tiempo.

Todos estos antecedentes eran causa de que el jóven poseyera las simpatías de las dos mujeres.

Amelia, sobre todo, dotada de una alma tan tierna como pura, al ver al jóven habia sentido flotar en su espíritu todos aquellos recuerdos revestidos por su imaginacion mujeril de una encantadora poesía, i se preguntaba a sí misma si ellos serian la causa de que se sintiese en su presencia como ajitada por una conmocion agradable al par que estraña.

¡Inesplicable misterio del corazon de la mujer, abierto siempre a la sensibilidad i dispuesto a dar cabida a lo que sale de lo comun i toma fantásticas apariencias!

Calm era un modesto héroe que ignoraba lo que sucedia en el interior de aquella criatura cuya hermosura i bondad admiraba desde hacía tiempo, sintiendo que se desprendia de ella una especie de aroma misterioso

que conocen solo los iniciados, las almas escojidas, a la manera que la inmensidad del mar i de los horizontes no ofrece sino un pobre espectáculo a las jentes vulgares, mientras que a la imaginacion de los poetas presenta secretas bellezas i ocultos encantos capaces de absorber todas sus facultades.

Calm sostuvo con las señoras desde el primer instante una conversacion bien animada, contando con gracia algunos incidentes de los que ocurren en Valparaiso cuando toca a su apojeio el delirio de los santiaguinos por participar de las diversiones de los *últimos días*, viviendo en los hoteles como sardinas en su caja i recorriendo de la mañana a la noche la ciudad, arrostrando valientemente el viento i el sol, por no encerrarse en los miserables i estrechos cuartuchos en que se les aloja a costa de fuertes estrujones del bolsillo.

Tocó despues las diversiones públicas habidas durante la temporada, e hizo con gracia algunas alusiones sobre política que Alberto salió a rebatir i que no pudo despojar de lo picante que encerraban para los hombres de su partido.

—I su buen papá, señorita, preguntó Calm dando fin a la conversacion que habia tomado un jiro difícil para su amigo, tendrá a Udes. mucho tiempo mas en este pueblo?

—Creo que nó, señor, respondió Amelia ruborizándose lijamente. Nuestro viaje dependerá de algunas dilijencias que ha ido a practicar... ¿I usted se vuelve pronto?

—El lunes o mártes. Mi madre no ha designado aun con fijeza el dia de su vuelta.

—¿Parece que a usted no le es agradable la vida de retiro que se lleva aquí?

—Francamente, hasta hoi me he aburrido de una

manera atroz... pero ahora estoy seguro de pasar alegremente los pocos días que me quedan.

—¿I a qué se debe tan feliz cambio, si no es indiscrecion? dijo la tia.

—A los amigos, señora. Para mi la falta de sociedad es abrumadora; ya me ve usted contento esta noche; debo a mi amigo Alberto la ocasion de disfrutar de la grata compañía de ustedes... I a propósito... supongo que ustedes estarán invitadas para el paseo del domingo?

—¿Un paseo el domingo?... No, señor, no hemos tenido ninguna noticia. I no le sorprenda a usted esto, pues nos vemos muy de tarde en tarde con algunas familias...

—¿Cómo! exclamó Calm, mirando a Alberto: ¿no has invitado a estas señoras?

—Pensaba hacerlo mañana, balbuceó éste. Además, como tu ganaste la apuesta, se dijo que tenias el derecho de invitar...

—Oh, amigo mio, bien sabes que yo he dejado a la eleccion de ustedes las personas que han de favorecernos.

—Pues bien, nada hai perdido. Mi buena tia, mi amable prima: ¿nos harán ustedes el honor de acompañarnos a una partida de campo que debemos arreglar para pasado mañana?

—Antonio está ausente i no sé si debo... observó la tia.

—Señorita, dijo Calm dirigiéndose a Amelia: ruegue usted a la señora que acepte. Me intereso tanto mas vivamente en ello cuanto que ustedes serán para mi las únicas personas de alguna confianza a quienes con gusto veré en el paseo, que ya trataremos de que les ofrezca algunas distracciones.

—¿Iré a caballo? ¿Verdad, Alberto, que iremos a caballo? dijo Amelia gozosa con esta sola idea.

—¡Siempre loca! exclamó la tia. Ya ve usted, caballero, ni espera mi respuesta, para decidirse...

—¡Tía! exclamó Amelia roja como la grana, arrepentida de aquel primer arranque de expansion. Si tu no quieres, ya sabes que yo no iré, ni lo sentiré quedándome a tu lado.

—Sí, la enmienda no tiene mas de malo, si no que llega un poco tarde ¿no lo cree asi usted, don Eduardo?

Calm se sonrió i dijo a la tia.

—Daria a usted la razon, mi señora, si al mismo tiempo no tuviera que confesar que es tan halagüeña para usted esa enmienda, que demuestra el profundo cariño que la profesa su adorable sobrina.

Amelia se ruborizó hasta las pestañas.

Afortunadamente para ella, la tia no halló prudente insistir i se contentó con preguntar a su sobrino:

—¿I podremos saber el motivo de este paseo, Alberto?

—Es mui sencillo, querida tia. Nos pusimos a tirar al blanco esta tarde i este caballero nos derrotó.

—Oh! señora, una derrota imprevista, casual...

—Una derrota vergonzosa, sí señor. Crea usted, tia, que de tres tiros Eduardo dió en el blanco...

—¿Dos?

—Los tres, los tres.

—Perfectamente, i reciba usted mis cumplimientos, dijo la tia.

—I tú Alberto, preguntó la injenua jóven ¿diste tambien en el blanco?

—¿Yo? ¿No te digo que perdí!

—Pues me doi por mui feliz de mi suerte de hoi,

agregó Calm, desde que ustedes aceptan su parte en el resultado de la apuesta. ¿Será molestarla a usted, señorita Amelia, si le ruego que estando ansioso de música, nos haga oír su deliciosa voz?

—Oh, no señor. Solo que usted se equivoca respecto de la favorable apreciacion que hace de mi voz.

—Yo sé lo que la digo, señorita, i jamas hablo por lisonjear. Mi madre que oyó a usted una vez la romanza *Las armonías del alba* opina porque es mui difícil hallar una voz tan dulce i tan impregnada de ternura como la de usted; i yo respeto mucho la opinion de mi madre, añadió Calm inclinándose i yendo a abrir el piano.

Amelia no encontró qué replicar a esa salida.

Dejó su asiento i se dirigió al piano.

—¿Ud se acompaña? Es una, doble gracia, agregó Calm disponiendo el asiento.

—¡Oh! no siempre encuentra una amigas que le hagan ese favor, repuso la niña. I como mi tia no toca...

—Yo me sentiría mui feliz si usted aceptara esta vez mis servicios, si es que desea cantarnos la romanza que le he nombrado... mi madre me ha enseñado el acompañamiento, pues en sus ratos perdidos gusta cantar algunas composiciones sencillas.

—¿Sabe usted la música, entónces?

—Si i... no. Nociones lijeras i nada mas. Nunca he podido leer a primera vista una pieza aunque no encierre dificultades. Sin embargo, con mis cortos conocimientos he obtenido el placer de dar una satisfaccion a mi madre, que asegura que no es completa la educacion de un jóven que no pueda dar vuelta la hoja de un álbum musical cuando ha invitado a alguna señorita... ¡Oh! mi madre tiene algunos caprichos a que he necesitado someterme, ya que he sido el único hijo, i que por lo tanto he disfrutado solo de toda su ternura.

—¿Sabe que pienso que la señora debe estar orgullosa del afecto que usted le profesa? dijo la niña con la mas encantadora sencillez.

—Orgullosa no, feliz puede ser, contestó Calm con igual franqueza. Pero veo que la hago aguardar... Procure usted excusar mi torpeza si con mi poca práctica incurro en alguna equivocacion.

I Calm recorrió el teclado con sus dedos ájiles, preludiando la introduccion de la magnífica romanza, que era un trozo melodioso i lleno de un sabor melancólico i dulce para el alma.

Amelia cantó con admirable sentimiento. Las notas puras i vibrantes al principio, tomaron despues una sonoridad suave, triste, fujitiva, cuyo eco penetraba en el alma como el blando quejido de las brisas nocturnas al mover el follaje de los árboles.

La sentimental romanza fué mui aplaudida por Calm, quien fué cumplimentado a su vez por la perfeccion rara con que habia ejecutado el acompañamiento.

En seguida Amelia puso en el atril la cavatina de *Julietta* i el jóven la ejecutó con igual felicidad cuidando siempre de no apagar en lo menor el delicado timbre de la voz de la niña.

—¡Es admirable! exclamó Amelia cerrando su libro de música. ¡Parece que usted no hubiera hecho otra cosa que acompañarme esta ária! ¡No he tenido el menor tropiezo.

Calm se sonrió con manifiesta complacencia.

—Eso depende, contestó, de que usted ha elejido otra de las piezas favoritas de mi madre i que la he acompañado cien veces. ¡I qué espresion ha dado usted al allegro de esa ária! Canta usted con mucha alma, señorita, tiene la sensibilidad de una verdadera artista.

—¿Vamos a tomar té? dijo la tia a la sazón, viendo

entrar al sirviente que le anunciaba estar ya preparado.

Calm se apresuró a ofrecer su brazo a la señora.

Alberto tomó el de su prima.

—Te noto mui contenta, la dijo en voz baja. No has estado así en la mañana.

—¿Sí? pues mira, creo que te engañas. La noticia de un paseo no me produce ni mas ni ménos alegría...

—Bien sabes que no lo digo por eso.

—Pues ¿por qué lo dices? ¡No te comprendo!

—¿Sabes que si no te conociera a fondo, habria tenido celos de tí esta noche?

—¿Estás loco, Alberto? ¿Qué motivo?

—Eso mismo digo yo: ¿qué motivo has tenido para no hablar ni una palabra conmigo, sino que toda tu atencion se la ha llevado Eduardo? Buena es la política, pero no tanto!

A la niña le hicieron mal estas palabras de su amante.

Las halló mas que injustas, chocantes.

Entraron al comedor.

Aquella noche, cuando las dos mujeres se recojieron a su aposento, la tia dijo dando el beso de costumbre en la blanca i tersa frente de su sobrina:

—Qué alma tan excelente parece tener ese jóven i qué buena educacion revela en su trato! Antonio tenia razon al elojiarle.

—Alberto, tia mia, tiene tan buenos sentimientos como él, aunque no posea su misma educacion.

¡I luego nos quiere tanto!

La tierna paloma cuando estuvo en su nido rebujada en el blanco lienzo de las sábanas, se puso a repasar sus acciones de la noche, haciéndose amenudo esta interrogacion:—¿Por qué, Dios mio, Alberto me ha dicho que si no me conociera habria tenido celos? ¿Acaso podria yo amar a otro que a él?

Alberto, pues, habia dado un paso en falso, haciendo concebir a aquella alma virjinal i cándida una idea que jamas se le habria presentado sin que él le hubiese dado forma...

—Te noto muy contenta, la dijo en voz baja.

—Estado así en la mañana.

—Sí, pues mira, tres días te faltaban. La noticia de

tu paseo no me produce ni tan ni malos efectos...

—Bien sabes que no lo digo por eso.

—Pues por qué lo dices? No te comprendo.

—Sabes que si no te conociera a fondo, habria temido

de caer de esta noche.

—¿Tienes poco Alberto? ¿Qué motivo?

—El que siempre he tenido para el paseo a poco que

me han llamado. Dices que no, pero lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

habitación que me ha dado, como que lo he hecho en una

CAPITULO XIII.

LA CABALGATA.

El día domingo, destinado para el paseo a Boco, apenas amaneció Dios cuando Alberto dejó la cama i salió a reunirse con su amigo Saldaña.

Ambos jóvenes debían presidir los arreglos de los carruajes i cabalgaduras para las señoras i las niñas invitadas.

I con esto tenían bastante tela que cortar.

Un paseo en nuestros tiempos es cosa mui seria.

No así en la época feliz de nuestros padres.

¡Qué paso de gigante ha dado nuestra civilización en el particular!

Allá, cuando a nuestros abuelos no les pasaba por las mientes la idea de que tendrían tales nietos, los *pick-nicks* no se conocían ni de nombre, quizá porque tampoco abundaban los *gringos*, sino que los papás, las mamás, los pollos i las pollas subían en una entoldada carreta, con cortinas azules, rojas o verdes, que el color no hace al caso; echaban cestos repletos de fiambres, damajuanas con vino, vihuelas i utensilios domésticos.

En el fondo del vehículo las criadas i las viejas, en el centro la jente operaria, de uno i otro sexo, i en la puer-

ta los chicos con sus picanas de coligue para punzonear el espinazo o la cola de los tardos cuadrúpedos.

Llegados al lugar del paseo, los fiambres salían de los cestos, retorciase el pescuezo a un par de gordas gallinas, que era lo que sobraba en el campo, colocábase la olla de la cazuela, abriáanse las bocas de las damajuanas, soltábanse los chicos a gritar alborozados, punteábanse con primor las vihuelas; i la danza, i el bureo i el buen humor jeneral sacaban a todo el mundo de sus casillas hasta que llegaba la hora de uncir nuevamente el yugo a los bueyes, dar descanso al gazzate, al estómago i a las piernas i subir a la carreta al son de alegres tonadas.

—¡I van de fiesta! decían con envidia los que pasar veían a la mas alegre nidada de implumes que jamas imaginara el grave filósofo que tal clasificacion hizo de los pobres hijos de Adan.

Pero la alegría primitiva, la alegría franca i al aire libre que tanto amaban los habitantes de Chile cuando tenían la desgracia de vejetar en el atraso i la ignorancia, ha sido poco a poco encarrilada por sus conspícuos descendientes hasta el punto de que sea un gran pecado, un delito de lesa-sociedad el demostrar siquiera a los demas que uno se siente alegre, se divierte o se entrega sin rebozo a las expansiones del buen humor.

—¡La carreta! ¡la vihuela! ¡las tonadas! ¡las damajuanas!...

—¡Piff!!

Esas pobres jentes ignorantes de la etiqueta, abrian un palmo de boca al ver las maravillas de la moda del dia, los prodijios obtenidos de la imitacion inglesa, de la elegancia francesa.

¿Qué sabían del *comfort*?

¿Qué del *sport*?

—¡Bah! Divertirse sin berlinas, sin caleches, sin coupés, sin potros *pur sang*...

No saber lo que es un *lunch*...

I a donde deja usted que jamas saborearon las frescas ostras, la esquisita langosta, el *pâté froid*, el *jambon a la glace*, el *pudding*, el jeneroso Rhin, el *champagne frappé*, el *chateaux Loeville*...

Señores abuelengos: eran ustedes unos nenes cuyas narices jamas olieron nada bueno i cuyos paladares jamas cataron líquido que valiera la pena.

Ustedes iban al campo a divertirse i lo conseguian; pero, ¿cómo iban?

Moliéndose las costillas en una carreta.

¿Qué comian i qué bebian?

Miserables fiambres i cazuelas; i agrios o insípidos líquidos.

¿I en qué sitios se realizaban sus paseos?

En algun campo sembrado de robustos árboles silvestres; en algun pradillo cubierto de humildes flores o de esmaltada grama...

¡Oh! ¡Si ustedes hubiesen tenido estanques, jardines, avenidas, parques, kioscos como los de nuestros tiempos! Si hubiesen tenido carruajes parisienses, nobles bichos de inglesa raza, si hubiesen sabido montar como nuestro gentlemen-riders, si hubiesen sabido preparar paseos en que se admira, no la naturaleza desnuda, sino el arte que la supera; el fausto, el brillo, la riqueza del anfitrión; la noble circunspeccion de los convidados; la severa etiqueta que comunica a la fiesta ese aroma de buen tono que un envidiable *puff* da a conocer en breve tiempo hasta en sus menores detalles a todos los altos círculos de la ciudad... ¡vaya en gracia! ustedes no nos harian sonreir por su simplicidad, ni ruborizarnos por su burda manera de divertirse...

Pero ¡qué enorme distancia entre el ayer i el hoy!

¡Qué progreso el nuestro!

—¿Ibamos, lector amigo, en qué?...

—¡Ah!...

Sonaban las nueve de la mañana a tiempo que por la hermosa plaza de Quillota, clásica por haberse realizado en ella la primera escena de la famosa tragedia que dió en el otro mundo con el esclarecido Portales, atravesaba un lucidísimo cortejo de damas i caballeros, jinetes todos en magníficos caballos, lustrosos i rasqueteados, a cuya vanguardia iba un respetable estado mayor de viejas i jamonas empaquetadas dentro de un carromato de cuatro ruedas, una carretela i un cabriolé tan dignos de respeto por sus años como la carga que sustentaban en sus entrañas.

Decíamos también que sonaban las nueve, no en la torre de la Matriz de Quillota, que entónces como ahora no tenía reloj, sino en los relojes de las casas de la ciudad i en las campanas del cura, que a esa hora infaliblemente *dejaban* en señal de que su reverencia trataba de desayunarse luego para poner término a los aguijones de su apetito.

Los fieles, pues, que apresurados marchaban al templo, tuvieron ocasion de sorprenderse a la vista de una comitiva tan hermosa como aquella que atravesaba la plaza.

Quillota sin ser un pueblo *corto*, es un pueblo sin embargo mui novedoso, en lo que se parece a otros muchos que son aun mas *largos* que él.

Mientras los carruajes rodaban lentamente i los jinetes hacian describir cabriolas a los corceles, muchos de los mirones dijeron quiénes eran cada uno de ellos, quiénes las viejas i quiénes los mozos i las mozas.

Añadieron tambien algunos que aquel paseo no era mui inocente, puesto que se trataba nada ménos que de hacer tragar el anzuelo a ciertos galanes forasteros, hasta allí mui sensibles a las gracias i encantos femeninos, pero mui poco partidarios del matrimonio. Segun esos comentadores, iban en la comitiva algunos pimpollos que no llevaban otro objeto que aprovechar la ocasion de dirijir el mas terrible de los ultimatum a esos adoradores, recalcitrantes siempre que las niñas "razonables" les dejan comprender que para ellas nada significan los apasionados obsequios que se queman ante el altar de Venus, diosa mui pagana para que las fascine su culto; sino que prefieren el modesto altarcillo de cualquier capilla o iglesia del prosaico culto católico, apostólico romano.

Esto hacia pensar a aquellas jentes que poca gracia haria la celada que se preparaba a los individuos del sexo feo que marchaban ignorantes de que podria llegar el caso de que cesaran las escaramuzas amorosas si se resistian a rendirse a sus bellas enemigas, prefiriendo empeñar una batalla en que no les darian cara.

Sabido es que el sexo feo sale al mundo con la innata predisposicion de tenoriar en el campo del amor (vaya la frase en gracia de la verdad que encierrra) i que suele tocar retirada cuando, agotados sus seductores recursos, se le quiere aprisionar con la coyunda del himeneo. Se esperaba, pues, de todos modos, que saldria de aquel paseo algo bueno con que alimentar el escándalo durante algun tiempo, bocadito mui sabroso para ciertas jentes.

Tantos ojos se volvieron (continuamos ya, si nos dáis vuestro permiso) para admirar a los de la cabalgata miéntras las campanas del cura hacian la última seña para el oficio divino. Uno de los circunstantes que

se hallaba afirmado contra la puerta del patio que da a la sacristía de la Matriz, púsose también a observar con detención el grupo de jinetes todavía bastante cercano.

Ese sujeto, que era un caballero entrado ya en la edad madura, se sorprendió de improviso. Colocóse las manos sobre la vista a manera de pantalla para observar mejor.

Parece que sus dudas se disiparon.

Arrancó una hoja del libro de su cartera de bolsillo, escribió con lápiz algunas líneas; dobló el papel i en seguida comenzó a observar a todos los que permanecían aun al lado exterior del templo.

Acercóse a un perillan del pueblo que se entretenía en jugar a las *bolitas*.

—Te ganas esto, dijo, mostrando al pilluelo una moneda de veinte centavos, si entregas este papel a aquel jóven que monta el caballo tordillo i que va a doblar la esquina en este instante.

—Bah, patron, i si dei me hace leso? Pase primero la chaucha i verá como lueguecito lo entrego.

—Aquí tienes, pero ve de prisa!

El chicuelo echó a correr como un truhan a quien persigue la justicia.

Cumplió su encargo.

El desconocido se sacó el sombrero i penetró en el templo.

El papel habia sido entregado a Alberto Miranda, que era el jinete que montaba el tordillo que habia llamado la atención del hombre que entraba a oír la misa mayor.

La comitiva que se dirigía hacia el río, para pasar a la subdelegación de Boco, componíase de nueve jóvenes i cinco niñas, sin contar la jente de los carruajes.

Calm i Alberto habían sido de opinión de no invitar

sino a bien pocas personas i relacionadas ya de antemano; de modo que dos familias amigas de la de don Antonio i los jóvenes invitados por Saldaña i Alberto eran los que mui alegres al parecer tomaban el camino de Boco, en donde les esperaba un campestre almuerzo mandado preparar con anticipacion bajo la sombra de unos robustos peumos que habian llenado el gusto del intelijente Saldaña.

Para lograr que la caravana se pusiera en marcha a la hora en que la hemos visto desfilas, se comprende cual habria sido la actividad desplegada por los ardorosos invitantes.

Un paseo con señoras i en dia de misa, realizándose a las nueve de la mañana, era ya algo que salia de lo comun.

Casi un prodijio.

Arregle usted los animales, los ropones, las huascas, los estribos; suba usted a las amazonas, empuje usted a las viejas, recomiende usted el cuidado... ¡oh! es mucho cuento!...

La mañana, como todas las del temperamento delicioso de Quillota, era hermosísima.

Ráfagas de un aire fresco hacian ondular las cintas i los velos de los sombrerillos de las damas.

Torrentes de una luz dorada i suave se derramaban del astro del dia que brillaba en un cielo tan límpido i tan azul como jamas ha podido pintor alguno estampar sobre el mejor preparado lienzo.

Las diucas, las golondrinas i los chirigües saltaban o revoloteaban sobre las paredes de los huertos, sobre las copas de los lúcumos i las higueras, cuyas ramas caían a la calle descansando sobre los bardas de teja; i bandadas de otras avecillas cruzaban lijeras los aires en busca de la sombra de los grandes árboles, de las mieses

perdidas en los campos o de los cristalinos arroyuelos de las esmaltadas praderas.

Amelia se sentía feliz.

Irradiaba su mirada, su rostro se animaba a medida que el caserio iba convirtiéndose en solitario arrabal.

Desde allí se divisaba el valle estenso alfombrado de verdura, i los brazos del rio que recibiendo oblicuamente los rayos del sol, brillaban como anchos paños cubiertos de lentejuelas de plata.

Un jinete encabritó su caballo i se abrió paso hasta Amelia.

Los dos animales, el que montaba la jóven i el del que se le habia acercado, relincharon i parecieron acariciarse.

El jinete era Calm.

—Su montura, señorita, ¿va bien?

—Perfectamente, caballero. Aunque no monto con frecuencia a caballo, cuando me decido a salir jamas he tenido esos lijeros contratiempos que embarazan la marcha.

—Su apostura es magnífica: parece usted mui jinete.

—¿Podré galopar sin riesgo entónces?

—Ya lo creo; pero aguardemos salir a mejor camino; hai ondulaciones en el terreno que conviene evitar pasarlás a galope.

—¿Qué linda está la mañana!

—Este ejercicio debe probarla a usted mui bien: noto que su color ha cambiado, está usted sonrosada, i hasta sus ojos tienen una espresion extraordinaria de vida.

—Amo tanto el campo, el aire libre. Hace un rato hablaba de esto a Alberto.

—¿A su primo? Quizá él puede tener derecho a acompañarla i podria obtener de su tia permiso para salir todas las mañanas.

—Oh! no, eso seria pedir demasiado.

—¿A él?

—No, no señor... a mi tia.

—¡Ah!

—¿Por qué esa esclamacion?

—Por nada, señorita... Ha sido un acto involuntario. Aunque bien visto, me imagino que su primo o cualquiera en su lugar, seria mui feliz con la oportunidad de dar a usted ese placer, recibiendo en cambio...

—¿Qué, señor?

—El doblemente inestimable de gozar durante algunas horas de su conversacion, por ejemplo.

—¿Sabe que es usted mui lisonjero?

—Si eso me lo dijera otra que usted, lo dejaria pasar sin respuesta. Pero con usted es distinto, no quiero sino que me conozca alguna vez a fondo...

—No comprendo.

—¿A donde quiero llegar? ¿no es eso?

—Es la verdad... mi observacion creo que no ha tenido nada de desfavorable para usted; por el contrario...

Aqui Amelia desvió su caballo para salvar un mal paso.

Cuando se reunió a Calm éste la dijo:

—Estoi dispuesto a usar con usted de una franqueza con que no he hablado a nadie. Desde luego la diré que con usted no puedo usar lisonjas: mis palabras traducirán netamente mis pensamientos.

—I ¿por qué ha de suceder eso conmigo? preguntó Amelia sonriéndose alegremente.

—¿Por qué?... Qué se yó... se me ha figurado que usted no es como las demas mujeres, que usted no oculta nada, que usted dice solo lo que siente i que todo lo que usted puede sentir es digno de ser creido i de ser

grabado en la memoria, porque no hai nada mas bello que el lenguaje de un corazon tan tierno i tan sencillo como el de usted.

Amelia dejó de sonreir.

Miró a Calm i vió que su semblante tenia una animacion que no le habia notado antes.

—I si usted se engañara, dijo lentamente la niña: ¿si yo ocultara algunos secretos, si nunca dijera sino lo que me conviniera decir?

—No puede ser. Basta mirar a usted para poder jurar lo contrario.

—¿Qué obstinacion!

—Déle usted la calificacion que quiera, pero no me probará que padezco un error. La primera vez que vi a usted antes de la partida de su hermano, ¿sabe lo que le dije?

—Querido Ricardo, tienes una hermana que vale un tesoro: es la primera niña delante de la cual, interrogándome a mi mismo, he pensado que podria elejirla por mujer, si alguna vez hubiera de pensar en casarme...

—¡Oh! ¡caballero!

—No se alarme usted, señorita. Reciba esta confidencia como la acojió su hermano, que parece quererla a usted entrañablemente—despertó su buen humor... Puedo ademas agregarle, no la asuste tampoco esta otra particularidad, que antenoche cuando participé a mi madre que habia estado en casa de ustedes, me hizo esta reflexion:

—Querido Eduardo, si llegas a pensar alguna vez que necesitas amar a alguien despues de tu madre, busca a alguna niña que se parezca a la hija de don Antonio: entonces no me verás contrariarte ni me causarás la afliccion que sentiria de otro modo.

Ya ve usted que estas coincidencias estrañas, es

imposible que den un resultado absurdo. Yo no me engaño, ni mi madre tampoco...

Amelia movió los labios para responder al jóven; mas, de improviso azotó el anca del magnífico animal que montaba, i salió al galope exclamando:

—¡El rio! ¡ya estamos en el rio!

Las niñas que marchaban detras lanzaron tambien a galope sus cabalgaduras.

Los demas jinetes hicieron otro tanto, i un remolino de polve envolvió la senda a tiempo que Alberto, que se habia ex-profeso quedado algo atras, corria a rienda suelta para alcanzar a sus amigos.

CAPITULO XIV.

LA CAIDA.

Hemos visto que Alberto se había quedado atrás de sus compañeros.

Hé aquí la causa:

Luego que recibió de tan estraña manera el papel del desconocido de la plaza, lo ocultó en el bolsillo creyendo que seria un aviso de algun amigo o algun convite para la noche.

No quiso tampoco leerlo al lado de Amelia para evitar las preguntas que pudiera hacerle la niña.

Sin embargo, a poco de haber andado, fuéle picando la curiosidad hasta que resolvió quedarse con disimulo un poco atras e imponerse de él en cuanto se hallase solo.

Concebida esta idea, paró su caballo, echó pié a tierra i se puso a aflojar la cincha de la silla, para tener lugar de apretarla en seguida.

Saldaña que le vió en esa ocupacion le ofreció sus servicios, pero Alberto le dió las gracias asegurándole que no era nada i que luego les alcanzaria.

Cuando la comitiva estuvo algo distante, sacó Alberto el misterioso papel i comenzó su lectura.

Decian aquellas lineas:

“Mi querido hijo:

Apénas llegué de la chacra leí tu carta. Ella me ha alarmado hasta el punto de que me pusiera inmediatamente en marcha i me encuentro desde anoche en este pueblo. Hoi iba a escribirte anunciándote mi llegada.

“Ven tan luego como puedas, que te aguardo con ánsia.

Te abraza

Tu padre.”

“Estoi alojado en casa de don Juan Rábil.”

—¡Diantre! exclamó Alberto. ¡Mal comienza para mí la fiesta!

Guardó el papel i subió a caballo.

—¿Qué hacer? murmuró. ¿Seguir? ¿volver atras? El caballero debe venir chispeando por mas que sea cariñoso el tono que emplea en esta misiva. Debe haberme visto pasar con Amelia... ¡malo!

¿Por qué malo? ¿No estoi resuelto? ¿no se lo he dicho claro en mis dos cartas? Aquí dice él: he leído *tu carta...*; por lo visto no ha leído la segunda ¡mejor! Así estará ménos sentido cuando le hable.

El caballo de Alberto marchaba al paso.

Absorto él en sus reflexiones ni lo habia notado.

Siguió andando del mismo modo.

• —Si pudiera volverme i hablarle desde luego quizá podria llevar una noticia favorable a Amelia ¿pero qué dirian los demas? Creerian que me habia sucedido algo en el camino... no... no puede ser. Luego la escena que tenga con mi padre puede ser larga, borrascosa... ¿Quién sabe?... el nombre de mi tio solo, le pone de un humor de los diablos... no, no será ahora cuando le vea sino esta noche... de vuelta. Así vendré mas animado. Beberé algunos tragos de jerez, i estaré valiente. ¡Cáspita!... ¡casi se me agua la fiesta!

Apretó el jóven los hijares de su tordillo, aflojó la brida i partió al galope.

Habia resuelto el problema.

No veria a su padre hasta despues de terminado el paseo.

Como no alcanzase a divisar la comitiva, aplicó los espolines i convirtió el galope en carrera.

El camino no era parejo: de trecho en trecho ofrecia algunas quebraduras.

Alberto las salvaba siempre a la carrera.

Divisó una polvareda densa, que arremolinaba el viento.

Se metió en ella cerrando los ojos para abrirlos cuando la hubiera salvado, a fin de no dañarse la vista.

El camino hacia un recodo, dejando a la izquierda una pequeña loma, al pié de la cual comenzaba la caja arenuzca i pedregosa del rio.

A la derecha habia un foso, ménos que un foso, una zanja de poca hondura que marcaba el ancho de la vía.

Lanzado el caballo de Alberto en línea recta con una velocidad extraordinaria, no orilló el camino sino que siguió de frente.

El noble animal cortaba el aire con las orejas gachas, estendida la cola, las narices dilatadas.

De súbito sus patas delanteras hallaron el vacío i caballo i jinete rodaron por la zanja.

Un grito resonó.

Luego quedó todo en silencio.

El viento disipó a poco las nubes de polvo; i pudo verse que el jóven habia sido lanzado de su montura a algunos pasos de la zanja.

Estaba sin movimiento.

El caballo se habia parado i un temblor convulsivo estremecía su cuerpo.

Daba resoplidos i sus orejas levantadas demostraban su espanto.

Saldaña que marchaba a la retaguardia de los paseantes i que se sentia inquieto por la tardanza de Alberto que habia quedado de reunírseles pronto, fué el único que percibió apagado el grito de la víctima.

Sin trepidar un instante volvió bridas i deshizo a carrera el camino andado.

Pronto pudo conocer la realidad de la desgracia sobreenvenida a su amigo.

Apeóse con presteza i se fué derecho hácia él.

Le halló aturdido por lo récio del golpe.

Limpió Saldaña el rostro empolvado de Alberto con su pañuelo de bolsillo, i vió que no tenia lesion alguna. Comenzó a hacerle aire con su sombrero, al mismo tiempo que le apoyaba la cabeza sobre una de sus rodillas, teniendo en tierra la otra.

Alberto tardó algun rato en volver en sí.

—¡Al cabo! exclamó Saldaña respirando con libertad. ¡Pobre amigo! Horrible ha sido el golpe: ¿te duele la cabeza, el brazo?

—El brazo, sí, de una manera espantosa... debo haber caído de costado... balbuceó Alberto.

—¿Qué hacer? Puedes quedarte aquí un momento, mientras voi a avisar a los demas ¡qué desgracia!

—No hagas tal, amigo mio ¡ah!...

—¿Qué? ¿te duele mucho?

—Sí... este movimiento me ha hecho daño: debo haberme dislocado la muñeca... ¡oh! caro pago mi imprudencia... pero no veia la hora de alcanzarles...

—Lo que veo yo es que corre prisa transportarte de aquí... esa mano se te va hinchando i no hai nada que aplicarte.... Monto a caballo i traeré agua en mi sombrero... el rio está a cuatro pasos de aquí... allí abajo.

—Mira, Saldaña: ¿cómo es que los demas no han sentido nada?

—Yo marchaba atras, pues tenia inquietudes desde que no te veia llegar. Te dejé arreglando tu silla i eso no era para demorarse un siglo...

—¡Ah! de modo que nadie mas que tú ha oido mis voces o mejor el grito de dolor que dí... Espera, vé modo de sentarme... así...

Te decia que quizá conviene no concluir con el paseo. Inventá un pretesto... una salida... Mira, dí que ha llegado mi padre de Santiago.

—¿Tu padre?

—Sí, no mentirás en esto. Ese papel que recibí era de él. Busca medios de llevarme al pueblo; él está alojado donde Rábil...

—Qué locura! mejor seria avisar a todos...

—¿Qué se sacaria? Alarmarles i nada mas.

—Ya se vé. La fiesta terminaría... i luego las niñas se asustan de todo i no querrian ni volver a subir a caballo. Aguarda... voi a treerte tu montura... te afirmarás en ella miéntras yo vuelvo.—Veré de traer el birlocho i te iremos a dejar. ¿Siempre sufres mucho?

—Algo. Por fortuna creo que no me he quebrado nada... la pierna la muevo sin dificultad... el brazo solo me pesa como plomo i me causa ahora un dolor sordo... lo tengo adormecido.

Saldaña quitó la montura al animal, que se puso a dar fuertes sacudidas a su cuerpo.

—¡Pobre bestia! exclamó Saldaña. Tiene por lo menos para un mes con esta.

Volvió al lado de su amigo, lo arregló lo mejor que pudo apoyándole en la montura, i en seguida subió de nuevo a caballo i partió a galope.

Al cabo de veinte minutos estuvo de vuelta.

—¿Cómo te sientes? preguntó.

—Lo mismo. No puedo andar, he hecho esfuerzos en vano.

—Ahí viene Caravantes i el birlocho. Los demas no sospechan nada. Dije que mandaba al birlocho para traer algunos cajones con cristales que se habian olvidado.

—¿Mi tia no te ha dicho nada?

—No la ví. Estaba léjos del rancho.

—Bueno, ahí está el carruaje. Despues darás la disculpa que te he dicho i la fiesta no se interrumpirá por mí. ¡Qué hacer! Pensé pasar un buen dia... pero ha comenzado mal, mui mal para mí, dijo Alberto pensando en la carta de su padre, causa principal del accidente.

—¡Eh! ¡Caravantes! ¡aquí! gritó Saldaña viendo llegar a su amigo.

Entre ambos jóvenes pusieron a Alberto de pié, tomándole cada uno de los brazos, i lo llevaron así hasta el carruaje.

Caravantes se prestó a acompañarle al pueblo i dejarle en la casa de su padre. No convenia, dijo, que se ausentasen los dos invitantes del paseo, pues daria ésto que sospechar a los demas.

Alberto al sentarse en el carruaje tuvo un nuevo desvanecimiento, a causa de los dolores que sintió con el movimiento.

Su palidez llamó la atencion del birlochero, que echó pié a tierra, se desprendió de su manta i arregló al maltratado joven, poniéndosela arrollada en la espalda.

La caridad del tunante no fué tan a humo de paja. Miétras practicaba aquella operacion, halló trazas de deslizar sus dedos en el chaleco de Alberto sacando pegadas a ellos algunas monedas que sepultó en los profundos bolsillos de su pantalon.

—El patroncito se ha amolado en regla, "esclamó el auriga. Cómo irán a echarlo de ménos las niñas allá abajo ¿verdad don Panchito?

—Listo! Amarra mi caballo i en marcha! No tires mui lijero...

A poco, el birlocho echaba a andar en direccion a la ciudad, i Saldaña volvía a repasar el rio para participar de la fiesta.

¡Estraña amistad!

Saldaña que se dejó guiar al principio por un jeneroso impulso de su corazon, ahora vió alejarse a su amigo sin el menor pesar. Un sentimiento egoista vino a mezclarse a su primera impresion.

¿Cómo era posible perder aquellos preparativos que le habian costado tantos pasos? Cómo concluir con una fiesta que apénas comenzaba? No era dado postergarla para otra ocasion... i luego las niñas agradecerian a Saldaña el que les hubiera ocultado durante algunas horas una desgracia que no podian remediar i que, a saberla ántes, les habria robado la alegría de un día.

—¡Pobre Alberto! murmuró el jóven, siguiendo su camino; pero ya que él mismo lo ha querido... no he podido negarme.

Esta última reflexion ahogó su último escrúpulo.

Picó espuelas a su cabalgadura i se hundió en las aguas de aquel nuevo Rubicon, tan resuelto como el héroe romano.

CAPITULO XV

EL PASEO.

Saldaña cumplió a las mil maravillas el encargo de su infeliz amigo—Dijo a todos los que le preguntaron por él que acababa de recibir una carta en que se le avisaba la llegada de su padre i que habia corrido a abrazarle; pero que habia prometido volver al seno de sus amigos, si lograba quedar pronto libre.

Fácilmente se creyó esta excusa, tanto mas bien hallada, cuanto que contenia mucho de verdad.

Solo la tia Margarita i Amelia experimentaron una gran inquietud, no porque hubiesen presentado la desgracia ocurrida a Alberto, sino por cuanto las llenaba de ansiedad aquel viaje tan inesperado de don German Miranda.

La tia aparentó serenidad por no alarmar a la sobrina, i ésta ocultó su emocion a su vez por no descubrir sus inquietudes a los ojos de aquella.

En el fondo de su alma, la pobre criatura sentia que flotaban vapores fúnebres que disipaban sus ensueños mas queridos.

—Sí don German estaba dispuesto a dar su consentimiento, pensaba, no habria necesitado de aquel viaje: habria escrito una palabra a su hijo, i eso habria bastado para llevar a dos corazones la alegría.

— ¡Cómo iba a desear la vuelta de Alberto!
— ¿Le traería él la calma, la felicidad, o bien la angustia i el dolor?...

Saldaña era un hombre precioso para arreglar una fiesta.

Todo estaba previsto i arreglado admirablemente.

Una gran ramada de hojas de maiten i de arrayan ofrecía una magnífica sombra i convidaba a descansar.

Cerca de esta ramada había dos ranchos de quinchá i techo de totora, con el pavimento bien barrido i limpio.

Infinidad de sillas de madera blanca i asiento de paja estaban diseminadas en los ángulos de la ramada.

Las buenas jentes, dueñas de aquella morada, se mostraban afanosas i serviciales con los ilustres huéspedes que la suerte les deparaba, en lo que veían un negocio cierto i seguro.

A los alrededores de los ranchos picaban la tierra parvadas de pollos i gallinas.

Otras bandadas de patos reales sacudían sus plumas salpicando el agua de dos bateas, colocadas al nivel de la tierra, que les servían de estanques.

Dos loros brutos, una tenca i un tordo *guachos* cruzaban impávidos por entre los pies de los recién llegados; i dos jilgueros en sus jaulas de caña modulaban esos alegres trinos que jamás pueden remedar los mas delicados instrumentos de música.

Un par de podencos que borneaban la cola tanto como movían sus amos las piernas desde la llegada de la numerosa comitiva, componían el resto de los habitantes de aquella feliz estancia.

— Señoritas i caballeros, dijo un robusto moceton, hermano de una de las beldades allí presente; ya comprenderán ustedes que no habiendo venido a papar mos-

cas ni a mirarnos las caras, debemos dar inmediatamente comienzo a la fiesta. ¡Ea, muchachos! Que salga a las canchas el *pisco-labis* i entren las cantoras en funcion!

—¡Bravo!

—Si señor; ¡viva el buen humor!

—Cáspita, no haber traído voladores!

—Calla, hombre. Eso ya pasó; no es de tono...

—Cierto pues, pero aquí no venimos a *entonarnos*, sino a divertirnos con toda confianza; i los voladores son un ramo de primera necesidad.

—Arzale, mi alma! qué linda voz tienen esas chicas que nos ha buscado Saldaña! Tamboréale Joaco, antes que acabe el pié!

Dos famosas cantoras quillotanas pulsaban las cuerdas de dos esbeltas arpas, arrancando entusiastas sonos con que acompañaban sus voces un tanto nasales i un tanto chillonas, pero de una potencia i robustez indisputables.

Un magnífico ponche “arrimado a nieve” ser sirvió a los jóvenes como antídoto contra el calor.

Saldaña recorría ufano el campamento dando órdenes a sus numerosos ayudantes. Dudamos que jamás nuestros grandes capitanes miraran sus huestes alineadas con mas complacencia que Saldaña su veterana jente, diseminada en el cuadrilátero improvisado para el bureo.

A cada paso hacia estas u otras prevenciones con tono de mando:

—Ven acá, Ponciano. Cuida tu de que no se aprieten mucho las clavijas a las dama-juanas antes de almorzar. ¡Ya verás que almuerzo estoi haciendo preparar allá abajo!

—Mire, ña Maiga. ¡Muévase, que la hablan!

—Ya estoi, patron...

—Cuidado con que no me atienda a las señoras... Ya sabe... prepáreles en su rancho lo necesario: espejos, peineta i... otras cosiacas... mire que las niñas muchas veces por un sonso pudor... ¿Qué diablos estoi hablando de pudor a esta vieja?... ¿Eh? ¿me ha comprendido?

—De juro, pues. Ei tengo cuatro tiestos nuevitos treidos del comercio...

—Bien, asi me gusta que ande lista. Llámeme a ño Pablo.

—Vea ño Pablo: ¿Qué hai de los corderos?

—Puchas digo, patron, que están ya en el asador los lechones como una bendicion de Dios!

—Bueno.... que se asen los pavos tambien, i que avisen lo que estén dorados.

—¡Ya! mi mujer que harto que lo entiende, los tiene pelaitos i bien aliñaitos....

—Bien, bien. Tengo seco el gazzate i voi por un trago; ¡diablo! a ver si beben allá.

I Saldaña se fué a la ramada satisfecho de ver como se cumplian sus órdenes i pensando lo mal que habria hecho en aguar aquella fiesta que tan buenos visos presentaba.

Mientras tanto las niñas se habian despojado de sus ropones i entablaban conversacion con sus adoradores, se cantaba, i se bebia el delicioso i refrescante ponche en pisco i coñac, Amelia habíase separado del centro de la alegría para ir a admirar el bellissimo paisaje que ofrecia aquel lugar.

Calm que volvía del potrero en que habian soltado los caballos despues de recomendar por sí mismo el cuidado del noble animal en que habia hecho la jornada, divisó a la jóven i se acercó a hablarla.

—Parece, señorita, la dijo, mostrándole la cercana

ramada, que usted no gusta del bullicio i la alegría que se siente allí.

—No, no es eso. Usted comprende que hai ocasiones en que una no se encuentra dispuesta a participar de los placeres... En este momento pensaba en mi padre ausente i en que... nos hallamos solas, mi tia i yo, pues Alberto quizá no llegue en el resto del dia.

—Es cierto que esta contrariedad es sensible, pero no creo que ella influya hasta el punto de que usted espere aprensiones que carecerian de fundamento sólido, pues se hallan ustedes entre personas que las aprecian i que les profesan una verdadera amistad. Deseche pues, esos pensamientos de este instante i usted volverá luego a sentirse tan alegre como cuando dejó la ciudad.

—Pero noto que usted quizá se mortifica con la ausencia de sus amigos... si usted desea reunírseles...

—Iba a proponerle dar un corto paseo por entre aquel grupo de pataguas i maitenes. ¡Qué magníficos árboles! No puede negarse que la naturaleza ha sido pródiga con esta tierra... la fertilidad brota por todas partes a donde se tiende la vista. Al venir aquí no tenia idea de semejante exhuberancia de hermosura, diré a falta de otra palabra.

—¿Ama usted mucho el campo?

—No tal. Admiró sus bellezas, pero no podría vivir largo tiempo en él. La agitacion i el movimiento de las ciudades me son necesarias... la actividad es ya un hábito en mí. El aspecto de las montañas, de las llanuras, de las aguas; el balido de los animales, el aspecto de los tardos campesinos, el canto de las aves, los ecos de las profundas quebradas, las armonías, en fin, de la naturaleza desnuda i primitiva, me producen una impresion estraña i mui difícil de poder definir: a veces experi-

mento momentos de dulce placer, pero otras me asusta la tristeza i la melancolía que se apoderan de mí. La soledad me conmueve i llevo a desear que algun ruido fuerte se produzca para salir de esa absorcion de mi mismo, en que el pensamiento parece comunicarse con el alma...

—Oh, caballero, eso mismo experimento yo... por eso tengo miedo a veces del campo.

—Bueno, sin pensarlo veo que nos engolfamos en cuestiones de metafísica que es quizá lo peor que puede suceder a quien tiene, como yo, la suerte de verse al lado de una tan hermosa niña a quien es preciso distraer de alguna manera. Le pido a usted mil perdones por mi falta de tino al hablarla de tales puerilidades.

—Al contrario, le aseguro que me es mui agradable esta conversacion.

—Tenga usted la bondad de seguir por este sendero, señorita, la evitará a usted dar un rodeo para salvar la humedad de esa tierra. ¿Sabe, señorita Amelia, lo que se me ha ocurrido para que se encuentre la vida del campo siempre risueña?

—Veamos.

—Juntar dos almas que se comprendan, que tengan esas analogías tan difíciles de hallar...

—¡Ah!... sí!

—Ya lo vé. Cuando la una se sintiera invadida por la melancolía, la otra iria en su auxilio. Cuando las impresiones se comparten, cuando se establece un mútuo cambio de ideas, las cosas varían, las penas se minoran, la paz vuelve al alma.

—¿I por qué no lo ha intentado usted... ya que ha llegado a tener esa convicción?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué? Si hai de por medio algun secreto...

retiro mi pregunta, dijo la niña entreabriendo el coral de sus labios i dejando ver al traves de una encantadora sonrisa el esmalte de sus dientes blancos i brillantes.

—Porque hasta hace poco no creia que existiese esa alma que deberia hermanarse con la mia... Lo que yo reputaba ser mera fantasía, efecto de los ensueños de mi imaginacion exaltada, un ideal irrealizable... no era cuerdo que figurase en mis proyectos positivos de existencia...

—Ya comprendo. Tiene al presente esperanzas de realizar lo que tuvo por un imposible.

—Usted lo dice.

—Lo digo porque usted mismo acaba de darme a comprender que ya ha encontrado lo que buscaba i no creía posible hallar.

—Es la verdad.

—Me alegro en este caso de saber que usted es feliz...

—Quién sabe aun?...

—¡Cómo! ¿duda entónces?

—No dudo, espero; dijo el jóven.

—¡Ah!...

—Sí, señorita. Desde que llegué a los veinte años, me ví rodeado de una atmósfera envidiable para muchos. Mi padre me hizo entrar a los negocios mui temprano, lo que me dió cierta independencian en armonía con mi carácter. Mi madre me ha prodigado sus mas dulces caricias, hasta el punto de que para mí ha sido el mas grato de los deberes complacerla hasta en sus menores deseos. La sociedad de Valparaíso me ha acogido con los brazos abiertos i he logrado hacerme querer i estimar de mis amigos. He encontrado en mi camino algunas mujeres mui hermosas, me ha palpitado el corazon, me he sentido a veces a punto de alcanzar la felicidad que soñaba, de realizar el ideal forjado en

mis momentos de calma, pero no he tardado en tocar el desengaño. Tras el hermoso velo que me habia fascinado, he hallado siempre egoismos, vulgaridades, intereses mesquinos, apariencias mas o ménos seductoras...

—¡Dios mio! ¿I no habrá sido usted o mui exigente o mui severo en sus juicios?

—No lo niego, habré incurrido en ambas cosas, i hé ahí por que estoi ahora satisfecho de mí mismo.

He resistido atropellando muchas i mui fuertes tentaciones. No he querido cegarme un solo instante: mi instinto o quizá la temprana experiencia adquirida en el íntimo trato de las jentes de todas las clases sociales, me guiaron en mis juicios i me han salvado del naufragio.

Interesada Amelia a su pesar en la conversacion con Calm, habia andado un largo trecho por entre los árboles i los matorrales.

De repente sintieron los jóvenes un ruido cercano de personas que hablaban en voz alta.

A traves del espeso ramaje, notaron que a la sombra de unas seculares pataguas habia estendido un gran mantel i que se hacian los aprestos del almuerzo.

Las voces que habian oido eran las de las jentes que preparaban los manjares.

La niña se sentó sobre el tronco estendido sobre la tierra de una añosa parra, cuyas vides se habian entrelazado a los ganchos de un majestuoso peumo.

Calm se sentó sobre las malezas, a poca distancia de la niña.

Fué este un convenio tácito, pues ni uno ni otro se dirijieron la menor palabra de invitacion.

Calm continuó sus pensamientos comunicativos, un instante interrumpidos por el rumor que habia alcanzado a percibir.

—Decia, pues, que las niñas que durante algún tiempo me impresionaron con su aparente candor, con su ilusoria intelijencia, a poco andar, el encanto desaparecia sin que su voz vibrase en mi corazon ni sus gracias me produjesen el subyugamiento que anhelaba. El tipo que tenia fijo en mi mente era el de una mujer animada de creencias jenerosas i nobles aspiraciones, dulce, natural, sencilla, ajena al deseo de sobresalir en los salones, de llamar sobre sí todas las miradas, de conquistarse todas las simpatías a la vez; una mujer hermosa, porque la hermosura fisica revela casi siempre la hermosura del alma; una mujer, en fin, modesta en sus aspiraciones, pero franca i abierta para manifestar sus gustos i sus deseos; una mujer que tuviera algo de mi madre: que supiera labrar como ella lo ha hecho, la felicidad de su esposo i la de sus hijos...

Calm hablaba con vehemencia en ese instante i sus grandes ojos azules brillaban extraordinariamente.

—¿I ha hallado usted ese prodijio? preguntó Amelia demostrando en su rostro la admiracion que le causaban el lenguaje i los pensamientos del jóven.

—Sí, respondió éste, mirando con sus pupilas que despedian el fuego entusiasta de la juventud, a la niña. Sí, mi ideal, mi sueño, mi quimera viven en usted; usted es esa mujer ideal, usted que ha inspirado a mi madre la misma idea que a mí; usted a quien he dedicado mi mas íntimos pensamientos durante muchos meses i que por mas que he hecho para apartar su imájen temiendo ser de nuevo víctima de una ilusion, no he podido lograrlo, porque quizá ahora no puedo engañarme.

Amelia se levantó como movida por un resorte: una sensacion eléctrica recorrió todo su ser.

Cubrióse el rostro con las manos ajitadas por la conmocion.

¡Tan imprevista era para ella aquella declaracion ardiente i apasionada del jóven!

—¡Dios mio! exclamó despues de un momento en que el pasmo la privó de hablar. Eso no es posible, ¿no es verdad...? usted ha dicho todo eso de broma, usted no lo siente, no puede sentirlo!

—Se engaña usted, señorita. Lo que le he dicho es un pálido i póbrecito reflejo de lo que siento en realidad.

—¿Pero no sabe usted...? Ah! nó, no quiero figurármelo...

—Hable usted sin rebozo. Yo creo que no ignoro lo que usted teme decirme.

—¿I usted insiste entónce?

—Insisto.

—¿Pero no dice usted que sabe que amo a otro, que amo a mi primo?

—Lo he conocido solo antenoche, observándola a usted i mas que a usted, a Alberto.

—¡Pero esto es horrible! Usted llama a Alberto su amigo... i sin embargo, me dice lo que yo deberia ignorar; lo que no querria haber sabido jamas.

—Tambien se equivoca en esto. Yo no creo que usted ame a su primo, usted debe tomar por amor lo que solo es una inclinacion que puede engañar a un corazon tan tierno i tan sensible como el de usted, pero que no llegará a echar raices jamas ni a convertirse en una verdadera pasion...

—¿Qué locura!

—Pues nada es mas cierto. Su primo es mui digno de aprecio, pero indigno de merecerla a usted, pues ni siquiera ha podido comprenderla. El ha tenido antenoche celos por un desconocido casi para usted... su semblante i su actitud me lo revelaron claramente. Pues bien, yo no habria tenido jamas esos celos. Ya lo vé,

yo la conozco mil veces mejor que su primo, i es porque soi capaz de amarla como usted debe i necesita ser amada!

—¡Oh, caballero! Hágame el favor de conducirme al lado de mi tia; me siento mal; no me doi cuenta de lo que por mí pasa en este instante.

—Es escusado, señorita. Su tia viene hácia nosotros, vienen todos al lugar del almuerzo. La dejo a usted para que se serene; pero ¡por Dios! no me rechace usted. Aunque siento algo aquí dentro, dijo el jóven, con acento de conviccion, que me dice que no puedo engañarme: ¡usted me amará!

I el jóven se perdió en la espesura, dirijiéndose al sitio en que habia visto se arreglaba la mesa.

Amelia se quedó inmóvil como una estatua.

Las palabras de Calm oprimian su corazon como con una capa de plomo.

El rumor de las personas que se acercaban, imprimió a su cuerpo una sacudida como si despertase de un terrible sueño.

Se restregó los ojos humedecidos por las lágrimas i esperó sentada a que llegase su tia, que al divisarla se habia adelantado presurosa hácia ella.

CAPITULO XVI.

UNA HISTORIA DE SOBREMESA.

Amelia balbuceó algunas excusas para justificar su separacion, espresando que nada le era tan grato como la sombra de esos majestuosos árboles i la soledad de esos sitios.

La tia la miró con ternura infinita.

Creyó adivinar la causa de la tristeza de su sobrina.

La ausencia prolongada de Alberto debía tenerla en gran ansiedad.

Aquel aire de melancolia estendido en las facciones de la niña le sentaba a las mil maravillas.

Sus grandes ojos negros iluminaban aquel semblante, tan diáfano i blanco como las últimas nieves, i la media luz que penetraba por entre el follaje le daba esa apariencia poética que adquieren los objetos confundidos en las sombras, al reflejo de un rayo de luna.

Cuando penetró en la bóveda de verdura en que estaba preparada la mesa del almuerzo, Calm la turbó con la mirada de intelijencia que le lanzó con su natural audacia.

En el alma de la pobre criatura habia tal mezcla de sentimientos estraños, tal confusion de afectos, que las ideas bullian en su mente, sucediéndose en tropel, sin

que pudiese penetrar en su espíritu la calma que ansiaba.

Felizmente para ella, llegaron allí las cantoras con sus instrumentos, escoltadas por el alegre séquito de jóvenes, i fué tal la algazara que se produjo que bien pronto cambió de aspecto la escena.

La mesa se cubrió de concurrentes en un instante: la etiqueta se habia desterrado, dando lugar a una franca i bulliciosa alegría.

Las arpistas hirieron las metálicas cuerdas i dieron suelta a sus sonoras voces.

Aquella tonada fué la señal de ataque.

Los trincheros i los tirabuzones entraron en funcion.

El cuerpo humano, como todo organismo, tiene su base—el estómago—i cuando este desmaya por falta del necesario alimento, bien sabido es que se resienten la intelijencia i las facultades todas del espíritu. El entusiasmo que habia animado al juvenil grupo de paseantes, habia ido en progresion descendente a medida que los estómagos comenzaron a sentir el aguijon del hambre, pues el tirano Saldaña hasta despues del medio dia les habia ofrecido refrescos por todo alimento.

Asi fué que se acojió con verdadera alegría la señal de atacar las fuentes de cazuela de sabrosas gallinas, los dorados pavos i los lechones asados de un modo admirable, las magníficas empanadas acabadas de sacar del horno, los grandes camarones del Aconcagua, los hermosos pasteles cubiertos con una bien cocida costra de tierno mais, todo aquello en fin, que despedia unos suaves i perfumados vapores que habrian hecho romper el ayuno al mas digno reverendo, no decimos llenar de contento a los estómagos hambrientos con una tan prolongada espera.

Las señoras eran atendidas cuidadosamente: los mozos se disputaban el honor de servir las.

Tras los manjares calientes vino un repuesto de jelininas, conservas i fiambres, mui a propósito para estimular a la bebida.

Las botellas de burdeos se vaciaban en un abrir i cerrar de ojos. Saldaña anunció a las señoras que esperaba no le desairasen un magnífico champaña helado, esquisita invencion que segun entendia databa desde el tiempo en que las cenas de Luis XV en Francia ejercian una gran influencia en la política del mundo entero. Llenáronse las copas del espumante líquido, que tuvo en esta vez como en todas la excelente virtud de aflojar la lengua a los comensales.

El champaña es en verdad un gran dispensador de elocuencia.

Saldaña pronto se puso chispo.

—Señores, un *toast*, como dicen los gringos, exclamó reclamando el silencio.

—¡Bien! ¡tiene la palabra Saldaña!

—Señoras cantoras: paren el arpa!

La música cesó.

—Yo soi un buen muchacho... comenzó Saldaña.

—¡Alábate coles!

—“Juan Gomes, tu te la traes, tu te la comes.”

—Chiton o no sigo!

—¡Silencio pues!

—Yo soi un buen muchacho, que no tengo pretensiones ningunas a merecer la atencion del bello sexo...

—¡Triste va la cosa! exclamó uno. Este chico nos va a hacer llorar si sigue así.

Saldaña continuó impertérito.

—Sin embargo de eso, declaro que me iré de aquí mui

desconsolado si no logro arrancar siquiera una graciosa sonrisa de las bellas que me rodean...

—¡Aprieta!

—Pues es claro: otros mas feos que yo han dejado viudas tan desconsoladas como la del rei Mausoleo, lo que quiere decir que yo bien puedo aspirar al amor. Brindo, pues, porque el bello sexo aquí presente se apiade de nosotros i de mi en particular, a fin de que en este sombrío sitio prenda el fuego que me conduzca al altar i me transforme en hombre... de estado. He dicho.

Hubo un instante de hilaridad.

—Yo propongo, dijo uno, que no haya mas brindis si todos han de ser por el estilo de éste.

—Bueno, añadió otro. Que mientras viene el té, se cante una serie de tonadas con sus respectivos cogglos.

Saldaña apuró una copa de jerez i dijo:

—¡Atencion! Conozco que no puedo producir nada bueno brindando. Por lo tanto reclamo la induljencia de las señoras i les ofrezco contar asi como de sobremesa una historia que las indemnice de mi falta de chispa. Es una historia de ayer, mui fresquita por lo tanto, i que gustará a las niñas.

—Bueno, que sea corta no mas.

—I que no sea inventada.

—¿Cómo inventada? Aquí hai dos testigos... ¿dónde está Calm?

—Ya vuelve dijo uno: fué a traer cigarros... unos magníficos puros que dejó allá abajo.

—Bueno, dijo, que aquí hai dos que no me dejarán mentir. Advierto solo que no diré nombres propios... no puedo absolutamente decirlos...

—Eso es mejor: el milagro sin el santo.

—Habíamos ayer en la plaza no ménos de diez jóve-

nes i se hablaba de un... paseo, de un paseo cualquiera.

—¡Pues! quedamos enterados.

—Ya estaba medio oscuro i quedaban solo mui pocas personas tomando el fresco.

—Al grano, hombre.

—Un mocito algo petulante dijo que se alegraba de saber cuales eran las personas que vendrian... que irian al tal paseo, porque asi no sentiría que no le hubiesen convidado.

—¡Ya!

—Comenzó a pasar revista a las niñas i a sacarles a cada una su inclinacion...

—¡Diantre! Esto toma interés.

—No hai cuidado, que no se comprometerá a nadie en lo que cuente. Pues, señor, sacó a danzar a una niña... mui bonita i mui simpática..., colgándole cierto adorador... cuyo nombre no puedo decirlo, porque todos lo conocemos... Al oir eso uno de los circunstantes, se adelanta con arrogancia i dice al mentecato:—Caballero, permítame que le advierta que su conversacion es demasiado impertinente para qua la aplaudan jentes que no sean necias.

—¡Cáspita!

—El mocito se quedó de una pieza.

—¡No se sostuvo?

—¡Ca! El hombre estaba bien cortado, pues. Balbuceó que él tenia datos para decirlo, pero en voz tan baja que apenas le oimos.

—¿I?

—Inmediatamente el defensor de las beldades puestas en tela de juicio, como diria nuestro honorable escribano, con acento duro replicó:—Señor mio: no pretendo dar a usted una leccion de buena crianza, pero deseo que retracte sus palabras o declare el orijen de

ellas. Usted ha tomado el nombre de una señorita a quien aprecio demasiado i me obligaría usted a usar de espresiones mas enérjicas de las que le he dirigido anteriormente si no ejecuta lo que le indico...

—Me gusta. Ese jóven merece un aplauso.

—Por eso lo cuento a ustedes i porque a la hora de ésta la cosa habrá trascendido en el pueblo.

—Sigue, hombre, mira que ya viene el té.

—Entónces nos metimos varios de por medio para evitar un lance mas sério. No hubo remedio. El mocito tuvo que confesar que hablaba por lo que habia oído, i que en verdad no podia afirmar nada. Con esto todos aconsejamos al jeneroso adversario que debia darse por satisfecho, i así lo hizo, yéndonos despues al hotel a beber una copa de cerveza a su salud i felicitándolo por el tapaboca que le puso tan a tiempo al hablador...

—¡Chito!... exclamó el que tenia al lado Saldaña tocándole el brazo. Ahí viene...

—¿Quién? preguntó una de las niñas que habia prestada atencion a la historia de Saldaña, ¿el hablador?...

—No, el otro... es decir... ninguno, dijo Saldaña.

—¡Oh! Por la hebra se saca el ovillo... exclamó un tercero mui gozoso. ¿Qué tiene de particular, hombre, que nos digas la persona que dió tan buena leccion, con tal de que calles el nombre del otro? Pero ya te has vendido tu mismo, ¿apuesto a que es Calm, pues él es el único que viene allí?

—¿I bien? dijo Saldaña; no puedo negarlo, ni veo tampoco por qué he de guardar tanto misterio cuando otros lo habrán contado a estas horas: Calm fué i a fé que desde ayer le estimo mas!

Uno de los jóvenes se paró teniendo en alto una copa.

—Por el señor Calm, dijo, a quien he tenido el gusto de ser presentado esta mañana.

Todos los concurrentes, incluso varias de las niñas, vaciaron sus copas. El ruido de las palmadas i de los cristales duraba todavía cuando Calm, ajeno a lo que pasaba, ocupó tranquilamente su asiento i ofreció cigarrros a los jóvenes, presentándoles una caja que traía en la mano.

Todas las miradas, de hombres i mujeres, por ese sentimiento de viva curiosidad que se deja sentir cuando se oye anunciar la entrada de alguna persona notable, converjieron en el mismo punto: sobre Calm.

Afortunadamente, durante ese instante, cerraba él la caja de cigarros i la pasaba a uno de los sirvientes.

—Ya está el té, patron, dijo una voz ¿lo sirvo?

—¡Perfectamente! Música! que se cante una tonada!

El encanto se rompió.

Las conversaciones parciales se trabaron en toda la mesa, i la alegría suspensa un corto rato por la ocurrencia que tuvo Saldaña de referir aquella accion que honraba a Calm, pero que era impropia en aquel lugar, desde que se conoció claramente que algunas de las personas a quienes directamente afectaba se hallaban presentes.

Esto mismo le observó a Saldaña su vecino, pero aquel se encojió de hombros i le replicó.

—Qué demonios, hombre! Cuando yo estoi *cucarro* soi capaz de decir hasta los defectos de mi padre.

Dos horas mas tarde, miéntras se bailaba bajo la ramada una zamacueca acompañada con gran entusiasmo por las cantoras, tamboreadores i “animadores”, Amelia oía de boca de una de sus amigas que tenia al lado, que a fuerza de vivas instancias habia logrado saberse por medio de Saldaña que entre los nombres de las niñas que habian motivado el incidente referido en la mesa, estaba el suyo, i tambien el de su primo Alberto.

A las seis de la tarde, cuando el sol enviaba desde el occidente sus últimos i tibios resplandores, entraba la comitiva en la ciudad, mucho mas alegre al parecer que lo que habia salido en la mañana.

Solo Amelia llevaba el corazon acongojado, lleno de lúgubres presajios, por todo lo que la habia sucedido aquel dia. La ausencia inesperada de su primo despues del arribo repentino de su padre; las conversaciones con Calm capaces de llevar la tempestad al mas fuerte de los corazones femeninos; la noticia que recibiera de los comentarios que se hacian en la ciudad respecto de sus relaciones con Alberto; i el silencio que tan delicadamente habia guardado Calm despues que le habia hecho un señalado servicio... eran otros tantos pensamientos que atormentaban la imaginacion de la niña, sumiéndola en un mar de suposiciones en que nada claro veia para el porvenir ni nada propio para que la quietud perdida volviera a su espíritu.

CAPITULO XVII.

EL PADRE I LA HIJA.

En su casa aguardaban nuevas sorpresas a Amelia.

Despues de despedirse en la puerta de algunas de las amigas que la habian ido a acompañar hasta allí, entró en el patio seguida de su tia, que tambien iba ajitada por tristes reflexiones.

Amelia divisó a su padre, que al ruido de los caballos habia salido a su encuentro, i se lanzó a sus brazos dando un grito de júbilo.

El anciano la estrechó en silencio contra su pecho i la besó en la frente. Despues estrechó las manos de su cuñada Margarita, i todos se dirijieron al corredor.

El aspecto de la quinta pareció sumamente triste a la niña, a esa hora en que una ténue claridad anunciaba la cercanía de la noche.

Habíase desvanecido la secreta esperanza que habia alimentado un momento de hallar allí a Alberto impaciente por comunicarle el resultado de la entrevista con su padre.

En lugar del jóven halló la niña a don Antonio, a quien no aguardaba, pero cuya vista le produjo una impresion bien grata desde que profesaba al anciano un cariño tan arraigado como tierno.

—Oh, papá, exclamó Amelia dando un suspiro, que se escapó de su pecho sin poderlo reprimir: ¡al fin llegaste! Otra vez no te dejaremos ir sin nosotras, pues tu presencia es necesaria a tu hija ¿verdad tia, que no le dejaremos ir sin acompañarle?

—Vamos allá: ¿qué sucede desde que yo faltó? Cualquiera diría que se les ha caído la casa encima, según el aire de tristeza que tienen ustedes.

—Hai muchas novedades, papá, ya lo sabrás todo mas tarde, pues antes quiero preguntarte por tu viaje ¿cómo te ha ido? ¿por qué has tardado tanto?

—Vaya, vaya, eres una loquilla, dijo don Antonio, mirando detenidamente a su hija. No puedes razonablemente pretender que te lo diga todo en una palabra. Ya me ves, estoy sano i salvo que es lo principal.

—Pero qué aire tomas para decirme eso? Mira que podría pensar que traes algo que quieres ocultarnos.

—¿Yo?

—¡Sí! tú! Te conozco en la cara: alguna novedad ocurre.

Don Antonio en lugar de contestar a su hija, se dirigió a su cuñada:

—¿I tu no dices nada? la preguntó.

—¿Qué quieres que te comunique? En la casa todo marcha como el día en que te fuiste. Hemos tenido hoy un paseo...

—Sí; ya lo sé.

—Un paseo bien triste para mí, papasito. Alberto nos abandonó en el camino; dicen que mi tío German ha llegado i que lo mandó buscar...

—Bueno, bueno.

—¿Cómo tomas esto! ¿no piensas que es preciso saber de una vez lo que podemos esperar? Mira, mi tia te contará lo que se dice ya en el pueblo... ¡Dios mio!

Cuando él no ha venido aun, debe ser porque nada favorable habrá obtenido... ¿no lo crees así, papá, tú que lo conoces?...

—Alberto no puede venir hoi... ni nos dirá nada de lo que piensa su padre, desde que no está en estado de escucharle... ha mandado pedir algunos objetos que le hacian falta, asegurándonos que no hai peligro alguno...

—¿Peligro?... ¿que no vendrá? No adivino...

—¿Qué no adivinas? ¡Ah! ya comprendo: ignoras su caida del caballo ¿pero cómo es que yo sé esto ántes que ustedes?

Amelia se puso pálida como si sintiera correr hielo por sus venas.

—¿El caballo le ha dado un golpe? murmuró con voz trémula: ¿i por qué no le han traído aquí? por qué no nos han avisado a nosotras?

—¿Traerle aquí?... respondió don Antonio con ronco acento. Nó; ahí está su padre...

Mas, viendo el anciano que desgarraba el corazon de su hija, que le miraba con sus grandes ojos abiertos i las pupilas espantosamente dilatadas, cambió la frase i el tono de su voz, dominando con su poderosa voluntad las impresiones que sentia, i añadió:

—No era propio, hija mia, que se le hiciese andar demasiado para traerle aquí, sobre todo cuando su padre, segun se me ha informado, no le habia visto aun.

—Sí, eso será. Pero nosotros debemos mandar... debemos ir ¿quién sabe si se habrá lastimado mucho, o si su vida está en peligro?

—Tranquilízate, Amelia. Yo ya he mandado a indagar. No hai temor alguno: ha sido una simple caida que le ha dejado estropeado un poco, i nada mas. Le ha visto el médico i ha dicho que es cuestion de salir en dos o tres dias a la calle...

—¡Mi buen papá! En esto te reconozco... Ya lo ves, te creo todo lo que me dices, i me libras de un susto terrible que he tenido al principio. ¿Quién se habria imaginado que por eso el pobre no volvía al paseo? Tal vez él vendrá mañana; sí, puede ser que se mejore ántes de lo que cree el médico...

—Dejemos esto a un lado, ya que nada hai que hacer por ahora. Me parece haberte oído, querida hija, que han sabido ustedes que en el pueblo se murmura algo.

—¡Ah! ¡sí!

—¿Acerca de... tu casamiento?

—No, no sé precisamente si será sobre eso; pero lo cierto es que se habla acerca de mí i de Alberto; pero un amigo... Calm... descubrió...

—¿Calm dices? ¿Está acá por acaso?

—Sí, está aquí desde hace dias, vino a verte la otra noche contestó la tia Margarita.

Amelia habia inclinado la cabeza abrumada por las ideas que le vinieron al recuerdo de la estraña conducta del jóven para con ella.

—Ya me contarás, Margarita, esta noche lo que hayas sabido. Esto es sério, hija mia, i nos obligará a tomar una pronta resolucion.

—Como gustes, padre mio.

—Eso de Calm, me consuela: quizá tengamos que deberle un nuevo favor. Ese jóven, Margarita, tiene un excelente corazon, que he podido apreciar en diversas circunstancias.

La tia no respondió.

La fisonomía del anciano habia tomado un aspecto de tristeza i su voz inflexiones tan solemnes que la conmovieron profundamente, porque adivinó que en el alma de su cuñado pasaba algo de mui sério que no querria comunicarle desde luego ni delante de su hija.

El anciano balbuceó como si se respondiera a sí mismo:

—Sí, es preciso. Lo mas pronto posible partiremos...

—¿Partir? preguntó Amelia que alcanzó a percibir las últimas palabras de su padre. ¿I a dónde, padre mio?

—Nos volveremos a Valparaíso... Ya terminan las vacaciones... i nada tiene de estraño esta proposicion. Así cortaremos de una vez los comentarios que corren por el pueblo.

—Apruebo tu idea, papá. Pero el viaje no será sino en el caso de que Alberto no siga enfermo.

—Lo veremos, lo veremos, dijo don Antonio, comenzando a pasearse pensativo por el corredor.

La tia Margarita, tomó de la mano a Amelia i le dijo:

—Quiéres que nos vamos a quitar estos trajes, hija mia? Dejemos a tu padre que debe tener mucho que pensar, despues de lo que hemos hablado.

La niña no opuso la menor resistencia i siguió a la buena señora.

Al pasar junto a su padre, hizo Amelia un esfuerzo sobre sí misma, se avalanzó hácia él, echóle los brazos al cuello i le dijo dando curso a las lágrimas que hacia rato asomaban a sus ojos:

—Papá mio. Tu hija tiene mucho que sufrir i para tí no quiere tener secretos. Mañana te contará lo que hoi le ha pasado... ¡Oh! ¡sí! ¡todo te lo contaré!

Don Antonio besó los hermosos cabellos de su hija, se despendió dulcemente de la cadena con que le retenía, i sintiendo que sus ojos se humedecian por las lágrimas que ascendían desde su corazon como una marejada de cálidos vapores, se apresuró a contestarla con voz entrecortada:

—Hasta mañana: vé ahora a descansar, que harto debes necesitarlo.

Don Antonio, ese padre que tenia una verdadera adoracion por su hija, se sentia en ese momento débil como la hoja que abate el viento; una lucha de encontrados sentimientos le roia el corazon. En primer lugar su odio hacía don Jerman Miranda.

Despues su indignacion por lo que habia descubierto acerca de Alberto a quien creia un miserable.

Amaba a su hija con ese amor único, exigente, altivo, capaz de atropellarlo todo por evitarla una desgracia i de sacrificarlo todo por ofrecerle alegría.

I veia sufrir a su hija.

I abrigaba sérios temores por su futura felicidad.

Por eso habia sentido en ese instante aplacarse su severidad i deshacerse su enerjía al contacto del soplo aciago que comenzaba a sentir al rededor de su cabeza i la de los suyos.

Temia por su hogar.

Temia por la calma de los últimos dias de su vida.

Temblaba por la suerte del ser que mas queria en el mundo, que era el último vínculo que le retenía a la tierra: su hija, ese ángel de paz, esa alma de su alma a quien amenazaba la calumnia, i la mala fé, la envidia de los estraños i el cálculo, o el amor de un hombre indigno de poseerla.

Don Antonio se abismó en su meditacion, sentado en el banco del corredor, con las manos cruzadas sobre sus rodillas i la mirada dirijida hacía la celeste bóveda en la que comenzaban a relucir los astros.

Su mirada centellante parecía que hubiese querido penetrar al travez de la inmensidad, hasta el trono de Aquel que dispone de los acontecimientos, para descubrir el velo misterioso que oculta el futuro a los ojos de los hombres.

Deseaba saber lo que estaba reservado a su hija.

Don Antonio al sentir las vibraciones lejanas del campanario de una iglesia que anunciaban el toque de ánimas, puso término a sus reflexiones i se dirigió a su aposento.

Desde allí dió aviso a su cuñada de que deseaba hablarla, i tal plática trabó con ella, que a las diez de la noche pudo vérsela salir mas pálida que un muerto i con un ribete rojo en los párpados como si hubiese llorado.

Lo que oyó la buena tia Margarita de boca del anciano don Antonio, no ha alcanzado a saberlo de un modo positivo el que esto relata; pero puede que algo se trasluzca andando el tiempo.

CAPITULO XVIII.

CONFIDENCIAS.

Don Antonio levántose mui de mañana.

Resplandecia el sol en un cielo sin celajes, el aire soplaba apenas, los pájaros gorjeaban, la naturaleza toda sonreia al tibio calor de los torrentes de luz que derramaba el astro que ascendia en el oriente.

Don Antonio habia pasado una horrible noche de vigilia.

El anciano acostumbraba todas las mañanas asistir al riego de sus dalias, de sus rosales, de sus plantas i sus árboles.

Pero esa mañana no se acordó de las flores, ni recojió los azahares de sus naranjos. Dió algunas órdenes i se encerró en su habitacion para escribir algunas cartas.

Despues hizo ensillar un caballo i despachó a un mozo para la ciudad.

El fámulo llevaba a la grupa una maleta, pendiente de la enjalma una sombrerera i en el brazo izquierdo un paquete de cuadernos i papeles, liados con una huincha.

Don Antonio volvió a encerrarse.

Amelia salió al poco rato de su cuarto de dormir.

Vestia un traje de percal, i por todo peinado lucia dos

maravillosas trenzas que habria envidiado un peluquero para hacer la delicia de alguna noble dama aficionada a lucir los encantos que el tiempo suele arrebatarse temprano.

Amelia aparecia mui hermosa i mui interesante con ese modesto vestido, porque tenemos para nosotros que las galas no hacen ni mas ni ménos lindas a las mujeres bien dotadas por la naturaleza.

Se entiende que sobre las feas... no abrimos juicio, pues, sin lo que llaman el *arte*, mas de un susto nos llevariamos diariamente por esas calles de Dios.

Amelia contempló un instante las bellezas de aquel día de verano.

En vez de sentir alegría, se le oprimió el corazon.

El aire, el sol, el cielo, el trinar de las avecillas, el rumor vago de los árboles, todo le produjo una impresion dolorosa.

Tan cierto es que el estado de nuestro espíritu es el verdadero prisma al traves del cual vemos los objetos exteriores.

Amelia se fué al salon, entornó las persianas para que penetrase un rayo de luz, i se sentó al piano.

Oprimió dulcemente el teclado i produjo una armonía trístisima, que no era mas que un preludio.

Luego las notas de su romanza favorita resonaron claramente. La pura i cristalina voz de la niña se hizo sentir a poco.

Lánguida, flébil, suspirante: era un canto triste el que modulaba.

No hai duda que la música es un lenguaje maravilloso: el que hubiera oido ese canto melancólico que parecia un jemido escapado del alma, ese canto que suspiraba dolor, que hablaba a una ilusion desvanecida, a

una felicidad largo tiempo acariciada, se habria sentido profundamente conmovido.

Esas notas arrancadas al piano por una mano esperta i hábil i aquella voz melodiosa, blanda, dulce, triste, fueron a hallar un eco doloroso en el corazon del amante anciano, que al oir las fujitivas vibraciones del preludio habia entreabierto la puerta de su habitacion sorprendido de que su hija hubiera ido a buscar una entretenion...

Don Antonio comprendió luego su momentáneo error: su hija evocaba sus recuerdos, sus pensamientos penosos con aquella música.

Llévose la mano a la frente como para disipar sus ideas.

I, dulcificando la ruda espresion de su rostro, salió.

—¡Amelia! dijo desde el corredor.

La armonía espiró de súbito.

La niña reapareció.

I divisando a su padre que la aguardaba se echó en sus brazos, haciendo asomar a sus lábios una sonrisa que dió a su hermoso semblante un reflejo de animacion.

—Anoche me dijiste, hija mia, que deseabas comunicarme algo de lo que te ocurría: aquí me tienes: deposita las amarguras de tu corazon en el mio, que yo te ayudaré a buscar la resignacion. Adivino que lo que vas a decirme no será alegre, ¡qué le haremos! desde que comenzaste a vivir era raro que la desgracia no hubiera tocado tu cabeza... Vamos, siéntate aquí... a mi lado... i sepamos lo que te aflije.

Don Antonio se sentó junto a su hija, conservando entre las suyas una de sus manos.

Entónces Amelia refirió al anciano cuanto le habia espresado Calm el dia anterior i cuanto habia referido

Saldaña a propósito de lo que comenzaba a circularse sobre la intimidad con su primo.

Nada ocultó la encantadora criatura, ni aun aquello que la hacia ruborizarse por tocar de cerca a sus propios méritos.

Don Antonio dejó hablar a su hija sin hacerle la mas lijera interrupcion.

Mientras recibia aquellas confidencias, su rostro iba animándose gradualmente i sus ojos brillaban por la emocion.

—I bien, papá, dijo la niña cuando ya lo habia contado todo: ¿no crees ahora que tengo mucha razon para sufrir? ¿qué pensará Alberto cuando descubra lo que ha intentado su amigo? ¿qué le responderé yo misma si llega a saber que imprudentemente oí la conversacion de Calm por mas de una hora... estando él ausente i habiéndome dicho noches ántes que casi habia tenido celos?

—¡Pobre ánjel! exclamó don Antonio, estrechando con efusion la mano de su hija.

—¿No lo tomará a mal Alberto, entónces?

—Hija mia... deseo que me escuches... ¿verdad que quieres mucho, mucho todavía a este pobre viejo?

—Me haces daño, papá, con esa pregunta. Tu sabes que todo mi cariño es poco para pagar el que tú me tienes.

—Sí, ya lo sé; pero lo que voi a exigir de tí no puedes figurártelo.

—¡Oh! papá! ¡Ya verás si soi capaz!...

—Pues bien, Amelia; Dios quiera ayudarte. El sabe que labraria tu felicidad a costa de los pocos dias que me restan de vida. Un hecho mui grave me obliga a pedirte un sacrificio inmenso...

—¡De veras que me causas susto con tanto misterio!

—Es necesario que te armes de valor, como he tenido que hacerlo yo mismo para hablarte de esto... tu suerte penderá de la manera como recibas mis ruegos...

—¡Dios mio! ¡Tú has sabido algo! Don Jerman talvez no quiere que Alberto... ¡ah! ¡no me engañaba!

Don Antonio guardó silencio.

La niña se cubrió de una palidez mortal.

—¿Quiere que demore... mi casamiento? balbuceó con acento apagado.

—No se trata de demorar, hija mia, dijo lentamente el anciano, es necesario mas, mucho mas aun.

Amelia fijó una mirada ansiosa en su padre, i se estremeció.

—Tu primo, agregó vacilando el anciano, no debe ser tu marido; miéntras me tengas a tu lado te repetiré lo que hoi te digo... se trata de la felicidad de toda tu vida...

—¿I qué, padre mio? ... ¡habla por piedad!

—Alberto no es digno de tí... no: no se casará contigo.

Amelia irguió la cabeza.

Por un movimiento involuntario retiró su mano de entre las del anciano.

Al comprender cual era el sacrificio que se exijía de ella, su desesperacion la llevó a experimentar un sentimiento de terror que no pudo reprimir.

Pero al ver brillar la ternura en los ojos húmedos de su padre, que retrataban una infinita ansiedad, cayó aniquilada en sus brazos, murmurando con voz apenas perceptible:

—¡Qué no se casará conmigo!

Don Antonio estrechó silenciosamente a su hija contra su corazon, i luego la apartó de sí con suavidad.

—Amelia, dijo el infeliz padre con acento trémulo,

si he de causarte una afliccion que no puedas sopor-
tar... haré cuenta que nada te he dicho. Bien sabe el
cielo que no me dejo guiar por vagas sospechas ni in-
formes apasionados. No, mi solo pensamiento, mi úni-
co anhelo han sido afianzar tu dicha. Mira; Alberto, hi-
jo de un hombre que ha causado hondos pesares a toda
tu familia, cuando le juzgaba digno de tí iba a ser tu
esposo, yo se lo habia permitido, aunque echaba por
tierra todas mis esperanzas: pero ahora es distinto, él no
es capaz de sentir una afeccion seria i durable, es un
mozo lijero... un miserable... que ha destrozado el co-
razon de una pobre jóven... prometiéndole hacerla su
mujer...

—¿El?... él... ¡Dios mio! Papá, quizá te engañas, sé
franco, confíesame que ese no es el motivo que te indu-
ce a pedirme que le olvide.

—Basta, hija mia, de dudas. Tú lo sabrás todo i de-
cidirás de tu suerte. Tu padre por ahorrarte un dolor...
¡Oh! tu tia te lo dirá todo... vé donde ella; te aguarda
en su cuarto. Verás el retrato de una jóven, de un án-
jel mas bien, que ha sufrido lo que tú no sufrirás jamás,
como lo espero. Lee, lee una a una las cartas que acom-
pañan a ese retrato... tú no desconocerás la letra de tu
primo. No trates de descifrar lo que hai borrado... son
infamias que no conviene que conozcas... Vé, hija mia...

I don Antonio que se habia puesto de pié, cojió de
un brazo a su hija i la empujó suavemente, de una ma-
nera nerviosa, hácia la habitacion que ocupaba su cu-
ñada Margarita.

Amelia trémula, con una densa palidez, i con los
ojos nublados, echó a andar en la direccion que el in-
flexible anciano le indicaba.

Don Antonio cayó a plomo sobre el banco; pero su

rostró no demostraba cólera ni amenaza, sino una compasion infinita.

Ya no pensaba en Alberto, sino en la sorpresa cruel que aguardaba a su hija cuando se impusiera de las cartas que le habia entregado Eujenia ántes de partir i que él habia depositado en las manos de su cuñada.

CAPÍTULO XIX.

LA TARDE.

El crepúsculo de la tarde se hacia mas i mas débil, anunciando la proximidad de la noche.

Lijeras nubes se cernian en el cielo azul como deslumbrantes copos de nieve; i allá, en el occidente, la caprichosa reflexion de la luz producia en una estensa zona arreboles de fantástica apariencia i de un encendido color púrpura.

Amelia sentada en el banco del corredor de su triste casa, hallábase sumida en una vaga contemplacion.

Suaves efluvios desprendidos de las flores i los azahares, a favor del leve soplo de la tarde, llegaban a acariciarla sin producirle la menor sensacion de bienestar.

Su alma soñaba.

Su pensamiento no estaba en la tierra.

Hablaba a su madre cuya ternura i cuyos consejos habrian sido para su corazon un bálsamo de salud en las circunstancias que atravesaba.

La amorosa solicitud de su padre, sacó a la niña de ese mudo arrobamiento.

Don Antonio se sentó a su lado.

El amante padre conocia que necesitaba asediar el corazon de su hija, distrayéndola de su pensamiento único despues de lo que le habia descubierto acerca de Alberto.

Para eso era necesario ahondar la llaga: la curacion seria mas rápida i mas eficaz.

Don Antonio se proponia sofocar el amor que pudiera alimentar la niña hácia su primo, sin que viese que se ejercia violencia alguna de su parte.

Cifraba él sus esperanzas de triunfo en el acendrado afecto que le profesaba su hija, en la inesperienza que ella tenia del mundo, i en la indignacion que le habia producido la doblez de carácter de su primo, quien mientras le juraba que ella era la primera mujer a quien habia hablado de amor, anegaba en desesperacion el alma de una desgraciada criatura que no habia hecho sino confiar en su fe i en su lealtad.

Si todo eso no hubiera sido suficiente para obrar una reaccion en el alma cándida de la niña, don Antonio contaba con otro recurso, que ya habia llegado la hora de poner en accion.

Una voz secreta decia al padre que él lograria que su hija olvidase ese pasado que tantas emociones habia causado a su alma de niña, tantos latidos a su corazon inesperto, tantos ensueños queridos a su imaginacion juvenil, mientras una ola amarga le habia envuelto a él, turbando el reposo de los últimos dias de su existencia i haciéndole temblar por la suerte futura de su amada hija.

El instinto previsor de don Antonio, ese instinto precioso que tiene la intuicion casi de lo que pasa en el misterio de las modificaciones del pensamiento del sér que nos ha inspirado mas que el amor, la adoracion profunda de todos los instantes, comprendió con cuanta cau-

tela i con cuanto afan debia proceder para no dejar un resquicio en el alma de su hija por donde penetrase la duda o siquiera la compasion, ese sublime afecto que oculta la mujer i que la convierte a veces en mártir voluntaria de los ajenos estravíos.

Así fué que el anciano despues de prodigar a su hija algunas dulces espresiones de consuelo con la esperanza de un porvenir tranquilo a su lado i al de su hermano Ricardo, que pronto deberia llegar, o al de un esposo digno que la suerte le depararía, le preguntó si deseaba permanecer sola o queria escuchar una relacion que creia oportuno hacerle en vista de las circunstancias especiales en que se hallaba.

—¿Una relación, padre mio? habia respondido la joven, cediendo a [ese sentimiento innato en la mujer: la curiosidad.

—Sí, hija mia; deseo poner ante tus ojos un triste cuadro, a fin de que veas hasta donde he llevado mi cariño por tí... cuando creyendo que Alberto haría tu felicidad si llegaba a ser tu esposo, le dí mi consentimiento...

—Yo jamas he dudado de tu afecto, padre mio.

—Ni quiera Dios que suceda. Pero, mira Amelia, las circunstancias hacen necesario que conozcas los graves males que nos ocasionó ese don Jerman Miranda, i justifiqués mi natural repulsion por el enlace de su hijo contigo, mi hija querida, consuelo único de mi vida...

Los grandes ojos negros de Amelia se fijaron lucientes sobre su padre.

Aparecia en ellos una profunda espresion de cariño, de ansiedad i de dolor.

—¡Ah! padre mio, exclamó la niña con voz apagada, te doi las gracias por la confianza que vas a hacerme.

Para ser franca, te diré que no solo por curiosidad deseo escucharte, sino porque esa secreta aversion, que nunca pudiste ocultar bien, i que sentias por Alberto i particularmente por su padre don German, a quien nunca oias nombrar sin que se contrajeran tus facciones, me ha preocupado tanto, padre mio, que me he sentido llena de aprensiones... Mil veces, viendo la reserva de mi tia, me sentí tentada a preguntarte la razon por qué don German no consentiria en mi casamiento...

Don Antonio tomó la mano de su hija, i dijo interrumpiéndola:

—Pues bien, ahora lo sabrás todo. Esta tarde tan hermosa, en que no has querido salir a andar... la aprovecharé en contarte sucesos que solo te distraerían sino tocaran mui de cerca a toda tu familia.

—Mira, no sabia cómo pasar estas horas tan tristes... Asi veremos salir la luna... i transcurrirá el tiempo necesario para que llegue mi tia de la iglesia.

Don Antonio sacó su caja de rapé, sorbió algunas narigadas, colocó sobre sus piernas los faldones de su leviton como si el aire fresco de la tarde le hiciese sentir frio, i comenzó con acento reposado:

CAPITULO XX

LA RELACION.

—Hace treinta años murió en Valparaiso tu abuelo materno, don Andres Pino. Era un hombre mui apreciado por su posicion independiente i su buen carácter.

—¿Era rico, entónces, mi abuelo?

—Para aquellos tiempos sí, hija mia: tenia allí algunas casas i varios fundos de campo en esta ciudad.

Don Andres dejó, pues, una fortuna a su mujer.

Tambien le dejó tres hijas en estado de casarse, aunque eran mui jóvenes; tu tia Luisa, la menor, apénas contaria dieziocho años.

Tu abuelo que habia sido cabildante en Valparaiso, era tenido por un excelente patriota, adicto al gobierno de Prieto i mui influyente en política. Su muerte fué mui sentida i su viuda le lloró con harta justicia.

—¿Quedó mui jóven mi abuelita? preguntó la niña, mientras su padre desdoblaba su pañuelo de bolsillo.

—No, se habia casado no mui niña, segun ella decia. Despues de la muerte de don Andres se entregó a las devociones, viviendo mas que en la casa, en las iglesias, i aislándose de sus relaciones. Yo, que en vida de don Andres habia logrado hacerme estimar en la casa i te-

nia en ella cierta confianza, seguí visitándola i pude prestar algunos servicios a la buena señora. Concluido el año de luto me casé con su hija Isabel, un año menor que tu tia Margarita; nos amábamos desde ántes que muriera su padre...

—Mi tia me ha dicho que mi madre era mui linda i mui buena... ¡cuánto daria yo por recordar siquiera sus facciones!

—Tú eres su vivo retrato, hija mia, ya en otras ocasiones te lo he dicho. Ella tenia tu misma edad cuando nos casamos: tenia tus mismos ojos i tu manera de sonreír...

La voz de don Antonio se hizo opaca.

La niña creyó ver brillar en sus ojos una lágrima.

Se quedó muda, arrepentida de habar causado a su padre con su interrupcion una impresion demasiado penosa.

Don Antonio se recobró.

La idea de distraer a su hija de todo pensamiento aciago, pudo en él mas que el enternecimiento que por un instante sintió al traer a su memoria los recuerdos de su doloroso pasado.

Continuó con acento natural:

—Yo me hice cargo de los asuntos de mi suegra, que desde entónces quedó en libertad de entregarse a sus prácticas relijiosas sin preocuparse de nada.

A fin de atender los fundos de campo, que segun informes estaban mal administrados, resolví trasladarme por algun tiempo a esta ciudad. Mi suegra no quiso quedarse sola con sus hijas solteras i me siguió. Arrendamos una casa cómoda en la plaza i comenzamos una vida tranquila i mui a gusto de mi suegra.

Entre las personas que nos visitaron habia un excelente sujeto, antiguo conocido de mi suegra, que poseia la

mejor tienda del pueblo: llamábase don Salvador Rivera.

Este fué quien presentó en casa a Miranda.

Rivera nos visitaba a menudo i luego pude convenirme de que mi cuñada Luisa no le era indiferente. Pero fué el caso que Miranda, que parecia no ignorar la inclinacion de su amigo, trató por su parte de obtener el afecto de aquella.

Un dia Rivera me confió que se sentia enamorado de Luisa i que seria mui feliz si llegaba a ser correspondido.

Entónces me dediqué a estudiar a ambos pretendientes, tratando de averiguar sus antecedentes. Supe luego que Rivera era un comerciante honrado i de buena familia, i que Miranda llevaba una conducta algo desarrreglada desde que habia llegado a Quillota. No se le conocia otra ocupacion que la de comprar algunos cereales en la época de las cosechas para revenderlos en Valparaíso, asegurándose que el demas tiempo lo pasaba en el juego i en buscar medios de divertirse, provocando algunos lances un tanto escandalosos que habian producido algun ruido en el tranquilo vecindario.

En vista de estos informes hablé a mi cuñada francamente, i supe por ella que era efectivo que habia recibido insinuaciones de casamiento de parte de Rivera i Miranda; i por lo que pude comprender, éste último habia logrado sobreponerse a su rival en el corazon de la niña.

A fin de abreviar, hija mia, te diré que Rivera solicitó formalmente la mano de Luisa i que mi suegra despues de pedirme mi parecer i de consultas repetidas con el cura su confesor, se decidió a acordársela, para lo cual llamó a su hija i la espresó que era su voluntad no rechazase ese casamiento.

En aquellos tiempos, hija mia, la voluntad de los padres era tan sagrada, que en mui raras ocasiones era desobedecida o burlada. Tu tia Luisa, hija sumisa i respetuosa ántes que todo, pensó en dar gusto a su madre i a toda la familia, pues yo i su hermana mayor, tu tia Margarita, éramos de parecer que don Salvador seria un esposo excelente i a quien pronto llegaria a amar, si era que le profesaba alguna inclinacion.

Yo me encargué en consecuencia, sin decir nada a mi suegra, de hablar con Miranda e imponerle de lo que acontecia a fin de que no siguiese frecuentando sus visitas. Este, contra lo que yo aguardaba, prometióme conducirse como hombre de honor, retirándose ante un rival que habia andado mas feliz que él, formalizando primero sus pretensiones i recibiendo tan halagüeña acogida. Díjome entónces que él, a haberse hallado en mejores condiciones de fortuna, habría obrado de otro modo, pero que sus circunstancias actuales no le permitian de ninguna manera pensar en establecerse tan pronto, por lo que no le quedaba otro recurso que lamentar su mala estrella i desear que mi cuñada Luisa fuese mui feliz con el marido que habia aceptado.

Entónces convinimos con mi suegra en designar definitivamente para el casamiento el domingo siguiente al en que terminaría la cuaresma que acababa de entrar i yo escribí a nombre de mi suegra a Rivera en este sentido.

Miranda no volvió a presentarse en casa, i luego supe que se le corrian nuevos amores con una niña de las mas celebradas del pueblo.

Estábamos en el décimo dia de cuaresma, cuando recibimos en la mañana la terrible noticia de que en la noche habia sido robada la tienda de don Salvador i se habia encontrado el cadáver de éste cosido a puñaladas

en su mismo lecho, colocado en la pieza contigua a la trastienda, que era su dormitorio. Fué tal la impresion que me causó este horrible asesinato, que me trasladé en el acto al sitio del suceso i desplegué toda mi energía para descubrir a los salteadores, ayudando en sus investigaciones al juez de primera instancia que era mi íntimo amigo. El dependiente que acompañaba al infeliz Rivera, se retiraba en las noches a dormir a su casa, de modo que nada sabia, ni ninguna luz pudimos obtener con las declaraciones del sumario, pues nadie estaba en la casa en la noche del golpe de mano.

Los asaltantes habian robado únicamente el dinero de los cajones del mostrador i el que existía en una cómoda del dormitorio, segun se deducía de la circunstancia de hallarse aquellos abiertos i forzadas las cerraduras de ésta. Quizá no tuvieron tiempo de buscar las llaves o no pudieron exijirlas de don Salvador por cuanto le ultimarian a puñaladas apenas entraron.

Inspeccionando algunos papeles de la víctima i los libros de la tienda, pudo conocerse que el robo montaba a poca cosa, a cerca de dos mil pesos.

—¿I no se ha sabido hasta ahora, padre mio, quiénes mataron al pobre don Salvador? preguntó Amelia que había comenzado a sentir un vivo interés por la relacion de su padre.

—Nunca ha averiguado la justicia, hija mía, por mas pasos que se dieron, quienes fueron los asesinos. Pero yo, dijo don Antonio arqueando sus cejas, creo hoi... i Dios me libre de proferir un falso testimonio... que Miranda tuvo mucha parte en aquel crimen...

—Por Dios, papá, exclamó la niña con sus grandes ojos dilatados por el terror ¿es posible pensar eso? ¡Es tan terrible esa suposicion!

I la niña clavó en su padre su límpida mirada deseo-

sa de leer en su fisonomía la duda o la no-confirmacion de la terrible sospecha que acababa de formular.

Pero don Antonio sin cambiar de espresion, continuó con voz opaca:

—Por mas terrible que sea, hija mia, esta creencia, no he podido dejar de abrirla mas tarde, cuando ya hacia tiempo que la víctima reposaba en el cementerio i cuando el crimen que conmovió a todo este vecindario, estaba casi olvidado en la memoria de muchos.

—¡Oh! papá, cuánto debe haberte hecho sufrir ese descubrimiento, puesto que aun ahora te pones pálido i te causa tanta impresion.

—Es que siento una especie de remordimiento dentro de mí mismo por no haber sido bastante enérgico en mi conducta i no haber obrado con mas valor cuando adquirí la conviccion de que te hablo, i que nadie ántes que tú ha oido de mis lábios.

—Me causas miedo, papá, con tus palabras: jamas te he visto como ahora...

—Tienes razon, hija mia. Hago mal en mortificarte demostrándote mis propios sentimientos. Procuraré referirte de aquellos sucesos, lo que no te cause una impresion demasiado fuerte... Ellos han sido una pesadilla para mí, i al traerlos ahora a la memoria comenzaba a turbárseme la razon... Disculpa... lo que aun me queda por decirte cautivará tu atencion, permitiéndote apreciar la funesta influencia que ha tenido ese hombre sobre tu familia...

Don Antonio descabezó un cigarro i lo encendió en un bracerillo que tenia a su lado sobre el escaño.

La noche comenzaba a estender sus sombras sobre los objetos.

La indecisa claridad del dia al éstinguirse, era reem-

plazada por los arjentados reflejos de la luna que asomaba majestuosa sobre el horizonte.

Los murciélagos iban a golpear con sus fatídicas alas los aleros del corredor.

Turco, el perro favorito de don Antonio, i guardian nocturno de la quinta, refunfuñaba royendo un hueso en medio del patio.

Una brisa refrescante ajitaba las hojas produciendo un lejano rumor, continuo i monótono.

Ningun otro ruido llegaba hasta allí.

CAPITULO XXI.

DE CÓMO EN QUILLOTA HICIERON LAS ÁNIMAS UN CASAMIENTO.

Don Antonio continuó despues de aquella lijera interrupcion:

—Habria trascurrido un mes desde aquel crimen cuyos vestijios no llevaron a la justicia a ningun descubrimiento, cuando por asuntos de la testamentaria de mi suegro tuve que dirijirme a Valparaiso.

Grandes novedades ocurrieron en la casa durante mi permanencia en aquel punto.

Como mas tarde llegué a descubrir i a saberlo todo hasta en sus menores detalles, voi a contarte lo sucedido de una manera exacta i prolija: así conocerás un rasgo característico de aquella época que hoy no pasaria de ser ridículo.

Miranda intentó ver a mi suegra i no descansó hasta que obtuvo de ella una entrevista.

Mi suegra supo por Miranda que el amor que éste sentia hácia su hija Luisa no habia disminuido; que léjos de eso, solo ansiaba obtener su mano, i que eran falsos los rumores que habian circulado acerca de sus nuevas pretensiones respecto de otra de las niñas del pueblo.

Mi suegra que tenia buenos datos a que atenerse sobre

los recientes escándalos en que figuraba el nombre de Miranda, i que habia oido pintarle como hombre audaz e indigno, le dió por toda respuesta una repulsa positiva. Miranda se separó profiriendo amenazas en contra de aquella santa mujer que al negarle su hija se dejaba guiar por los impulsos de su noble corazon i los cuerdos consejos de algunos amigos.

A los pocos dias corrieron por la ciudad siniestros rumores acerca de graves sucesos que pasaban en la casa de mi suegra. En aquellos tiempos de ignorancia, el fanatismo relijioso estaba mui estendido en las sociedades de nuestros pueblos cortos: se creia en ánimas, duendes i demas apariciones del otro mundo: el diablo i las brujas costeaban la conversacion de las sencillas jentes del pueblo durante las largas noches de invierno. Cocinera habia que habria permitido que la colocasen sobre el encendido fogon ántes que dudar de las muchas ocasiones en que habia visto gatos de negra piel que despedian chispas del lomo, lucecillas sobre los árboles que no eran sino almas en pena, frailecillos de hábitos blancos bautizados por la supersticion con el nombre de *duendes*, i mil cosas por el estilo.

La casa de mi suegra se vió de repente invadida por los malignos espíritus: apenas entraba la noche aparecian duendes sobre los mojinetes de los tejados, hacíanse sentir ruidos inesplicables en el huerto, i caía de todas partes una lluvia de piedras sobre los que en su atrevimiento se aventuraban a atravesar los patios para convencerse de esas estrañas apariciones. Al tercer dia de esta tanda, no quedó sirviente alguna al lado de mi suegra, pues todas abandonaron la casa en que los malos espíritus ejercian sus correrias.

Mi suegra que al principio no dió valor alguno a aquellas escenas, comenzó a entrar en temores. Sus re-

zos no tuvieron influencia sobre los duendes, hasta que convocó para que presenciasen el fenómeno que tenía sumida en gran pavor a toda la casa, al cura, al subdelegado, a varios cabildantes i otros sujetos respetables.

Reunidos los personajes mas caracterizados de este vecindario, convinieron en salir con luces i hacer un reconocimiento en los patios. Mas, apenas la comitiva avanzó presidida por el párroco, cayó sobre ella una lluvia tal de piedras, carbones i corontas de maiz i resonaron entre los árboles quejidos i ayes tan lastimeros que mas de uno echó pié atras i se sintió temblar de terror.

El buen sacerdote fué el primero en aclamar el prodigio i aconsejar a mi suegra que mandara decir algunas misas por el descanso de su difunto marido, cuya alma deberia andar vagando por el mundo de los vivos en demanda de oraciones para purgar sus faltas. Un cabildante apoyó con elocuencia la opinion del digno ministro i concluyó proponiendo se levantara una acta de lo que habian visto i presenciado con sus mismos ojos i oído con sus propias orejas.

Trájose papel i tinta, i para edificacion de las futuras generaciones el sacristan de la parroquia escribió lo que el cabildante dictó sobre aquel hecho extraordinario, firmando aquella acta desde el cura, el subdelegado i cabildantes, hasta el último vecino, incluso el timorato sacristan.

Esa noche la pasó en vela la familia rezando a ratos el trisajio i a ratos comentando el extraño acontecimiento que tenia alarmado el pueblo entero, mientras la bombilla de un sabroso mate circulaba de boca en boca entre los caritativos vecinos que se habian prestado a hacer compañía a las consternadas mujeres.

—¿Sabes, dijo Amelia a su padre, que si esta relacion

no la oyera de tus lábios creería que todo no pasaba de ser una pura invencion? ¿Cómo creer que una cosa tan ridícula fuese capaz de ser tomada a lo sério?

—Hija mia, estas historias, incomprensibles en nuestros dias en que la civilizacion ha estendido su influencia a todas las clases sociales, en aquellos tiempos eran bien comunes: hoi mismo podrias oirlas de personas que aun viven en esta ciudad i las recuerdan con pormenores mui interesantes para el que quiera juzgar de los errores de la supersticion.

—Pero ¿por qué no te llamaron de Valparaiso? por qué no te escribieron luego que en la casa ocurrían esos incidentes? Tú habrias descubierto la verdad; por que tú de seguro que no creerias en *duendes*...

—Lo hizo tu madre hija mia; pero su carta no llegó a mis manos.

—¿Cómo! ¿La interceptaron?

—No me cabe la menor duda. Entónces el servicio de correos se hacia mui mal, hija mia. Una carta se demoraba cuatro i cinco dias en llegar a Valparaiso i no habia seguridades de ninguna clase. Pero veo que nos vamos distrayendo sin quererlo del asunto principal...

—Continúa no mas...

—Al otro dia de aquella noche pasada tan angustiosamente, un mocho del convento de San Agustin de quien se contaban muchas cosas parecidas a milagros, se presentó en casa de mi suegra i pidió hablarla a solas. El lego despues de mil rodeos, comunicó a la desolada señora que habia sentido la noche precedente, al tiempo de dar los dobles de las ocho en la torre de su convento, una voz misteriosa i apagada semejante a un hálito salido de una tumba, i le habia dicho que era una ánima retenida en el purgatorio por la poca caridad de la que habia sido en la tierra su esposa, que descuidaba

emplear en cosas santas el patrimonio que le habia dejado, i rehusaba casar a una de sus hijas con un hombre a quien estaba destinada a sacar de la mala senda i convertirlo en un hombre bueno i honrado. El mocho agregó con estudiadas señales de espanto que preguntando a la voz el nombre de la viuda, habia sabido que era mi suegra, i que por eso corria a poner en su noticia el terrible aviso para que hiciera cesar los tormentos de aquella alma martirizada por el fuego i las penas del purgatorio tan horribles casi como las del infierno.

La devota señora se echó a temblar i creyó que ese aviso milagroso le daba la clave de las escenas estrordinarias que pasaban en su casa. Dió una buena limosna al lego, encargóle le mandara decir cincuenta misas a su difunto i ese mismo dia, sin decir a nadie una palabra, mandó llamar a Miranda i le participó que estaba dispuesta a dejarlo casarse con su hija Luisa siempre que le prometiera abandonar la vida desarreglada que segun se decia llevaba desde tiempo atras. Miranda se mostró altamente sorprendido de ese cambio repentino operado en mi suegra i prometió cuanto quiso.

Desde esa noche los duendes no volvieron a aparecer.

A Miranda le fué permitido visitar la casa i hablar libremente con su prometida. El matrimonio se celebró seis dias despues en la iglesia matriz en medio de un numeroso corrillo de los mas notables vecinos, para quienes no era un misterio la intervencion sobrenatural que habia arreglado ese casamiento.

Cuando yo regresé, hacía ocho dias a que mi cuñada Luisa era la mujer de Miranda, quien le prodigaba delicadas atenciones i le juraba hacerla la mujer mas feliz de la tierra contrayéndose ántes que nada a darle gusto.

Como tu calcularás, hija mia, apenas llegué me hice contar cuanto habia pasado durante mi ausencia, in-

terrogando al efecto a todas las personas de casa. A fuerza de trabajo logré que mi suegra me refiriera lo que a ella le concernia i que ignoraban sus hijas como todos los que la rodeaban.

Mostrándome reservado aunque cortés con Miranda, seguí en mis averiguaciones para poner en claro mis sospechas sobre la indigna farsa que, no abrigaba duda, habia representado éste durante mi ausencia para lograr sus fines.

Me trasladé al lado del mocho agustino i amenazándole con descubrir su criminal conducta al padre guardián del convento i darle una tunda de palos si no me descubria la verdad de lo acontecido, lo hice cantar de plano cuanto sabia. Miranda habia llegado una noche al claustro, le habia ofrecido una tentadora propina para que se prestara a ayudarle en su proyecto, que le aseguró ser el mas inocente, desde que solo se proponia casarse con una tierna niña, de cuyo amor estaba seguro, i que obedecia por fuerza a las sujestiones de su inflexible madre. El pobre lego se dejó fascinar por aquellas promesas, i seguro de hacer una obra meritoria a Dios cooperando a la union de dos almas que tan bien se amaban, prestó oidos a la leccion del sainete, preparado por Miranda i un tunante llamado José que éste tenia a su servicio, i al dia siguiente la desempeñó con toda fidelidad i resolucion.

No castigué a aquel infeliz que me inspiró solo compasion por la simpleza i credulidad con que se habia prestado a desempeñar un rol tan grotesco en el final de ese sainete de ánimas *en pena*, que mas tarde nos habia de orijinar grandes amarguras i sinsabores.

—¿Cómo iba a calcular el pobre lego las consecuencias de su accion? Hiciste bien, papá, en no causarle da-

ño; pero toda la culpa pesaba sobre don Jerman, i despues de lo que averiguaste le harias cargos...

—No, hija mia: no era prudente por entónces dar a conocer el resultado de mis pesquisas: el mal estaba hecho i no tenia remedio: era aquel un recurso que me reservaba para el caso en que mas tarde la conducta de aquel hombre me obligase a quitarle la máscara... Como te dije hace un instante, él se conducia como un marido amante: era un hombre completamente cambiado. Llegué a creer que el matrimonio o mas bien el amor que parecia tener a mi cuñada le rejeneraria, haciéndole olvidar sus hábitos de disipacion i las calaveradas de soltero.

Condújose conmigo i con todos los de la casa con tanta maña i estudio que insensiblemente fuimos olvidando nuestras justas prevenciones... i llegamos hasta concederle nuestra estimacion, sino toda nuestra confianza.

Se contrajo a sus especulaciones mercantiles, haciendo frecuentes viajes a Valparaiso so pretesto de sus negocios, i siempre a su vuelta hacia a su mujer regalos que le probaban por lo menos el deseo de complacerla...

Con diferencia de cuatro dias con el nacimiento de tu hermano Luis, que la Providencia nos arrebató temprano, nació Alberto, colmando de gozo a tu buena tia Luisa, que creyó desde que estrechó contra su seno a su hijo que era la mujer mas feliz...

Quiero pasar en silencio, hija mia, algunos incidentes que sobrevinieron al poco tiempo entre Miranda i yo con motivo de pretender que le hiciera entrega del fundo que yo administraba a nombre de mi suegra, bastándote saber que este fué el oríjen de que aquel iniciase un juicio de peticion de herencia por la parte correspondiente a su mujer.

—¡Ah! su conducta de ántes...

—Ya verás, luego, hija mia. Las particiones demoraron seis meses, i durante ellos Miranda vivia con su mujer i su hijo sin cortar definitivamente sus relaciones con mi suegra, disculpándose con que ciertos malos negocios le habian puesto en la precision de procurarse dinero.

En posesion de una hijuela del *Tricagüe* i de cinco mil pesos que le correspondieron por la parte de Luisa, Miranda se dirijió a Santiago con el propósito, segun nos dijo, de buscar allí algun arriendo de campo i comprador para su hijuela a fin de dar a ese dinero una inversion mas productiva.

Trascurrieron dos, tres meses, i Miranda no volvia, ni escribia tampoco a su mujer.

Esto me hizo solicitar de un amigo tomase algunos informes sobre la suerte que le habia cabido, i supe mui pronto que era el mismo hombre que habiamos conocido ántes, con la diferencia de que disponiendo de un mayor teatro para sus desórdenes, no tenian éstos el eco que en un pueblo chico, aunque eran en cambio de una gravedad alarmante para la quietud de mi cuñada.

—¡Qué hombre, Dios mio!

—No hallo conveniente explicarte, hija mia, la indignacion que tales excesos me produjeron, tanto mas grande cuanto que él no ignoraba que yo conocia sus antecedentes que debió haber tratado de hacer olvidar por un comportamiento digno como el que finjió al principio.

Aunque con repugnancia le dirijí una carta a Santiago para procurar que volviese al seno de su familia, donde lo esperaban su esposa i su hijo.

Volvió efectivamente.

Díjome que le habian calumniado vilmente, se escu-

só de mil maneras i concluyó rogándome que no pusiese en noticia de su mujer los falsos rumores que habian hecho llegar hasta mis oídos personas que le querian mal.

Yo le prometí hacerlo; pero sabia que Luisa estaba informada de todo i lamentaba su cruel desengaño sufriendo en silencio desde largo tiempo.

CAPITULO XXII.

LAS VÍCTIMAS DE MIRANDA.

Ocho dias despues del regreso de Miranda a Quillota, prosiguió don Antonio, me suplicó le hiciese el favor de prestarle cuatro mil pesos para realizar algunas compras mui ventajosas i firmándome el correspondiente documento.

No le negué aquel favor, pues creí de buena fé que serviria para que tomase nuevamente aficion a las especulaciones que habia interrumpido durante su larga ausencia.

En la mañana siguiente supimos de boca de personas estrañas que Miranda se habia robado del lado de su madre, una muchachita que vivia del producto que le daba un telar de que salian las hermosas mantas que usaban los mozos ricos del pueblo. Nadie conjeturaba a dónde se habia dirijido.

Este escándalo que cundió como mancha de aceite, clavó un puñal en el corazon de Luisa. Nada pudo consolarla al ver marchitadas todas sus ilusiones i disipadas las dulces esperanzas que habia fundado por un momento en el cariño que Miranda pareció profesar al pequeño Alberto en los pocos dias que permaneciera a su lado... ¿Qué seria de la suerte de su hijo cuando en

vez de acrecentar su pequeño caudal, su padre lo tiraba a la calle i se entregaba con mas decision que nunca a su vida de desenfreno?

—Ai, papá, interrumpió Amelia: ¿con que mi tia fué mui desgraciada?

—Cuanto puede serlo una mujer de naturaleza delicada, pues comenzó a soportar una cadena de males desde la muerte de su padre.

—Ahora me esplico, padre mio, la tristeza que se apoderó de mi tia Margarita cuando me contó la muerte de la madre de Alberto...

—Tu tia es una santa, Amelia, i la debemos tantos sacrificios que jamas podremos pagarle. ¿Con que ella te ha referido la muerte de su infeliz hermana?

—Sí, me contó que un mal parto la arrebató mui jóven a su familia...

—Sí... eso es... Pero no habrá podido decirte que fué su esposo quien la asesinó.

—Oh! papá!!

—Sí, hija mia. El, nadie mas que él. El escándalo que provocó con el rapto de aquella muchacha i el abandono en que la dejó, precisamente cuando acababa de hacerle concebir la esperanza de que en lo sucesivo no la causaria el menor sufrimiento, la produjo tan terrible emocion que cayó inmediatamente a la cama...

—¡Ah!

—Teníamos aquí un solo médico, o mas bien un curandero, pues no tenia título legal. Lo llamamos sin perder tiempo, i al instante nos dijo que la enferma corria un gran peligro... En la noche Luisa abortó una criatura de cuatro meses que nació muerta... i dos dias despues la infeliz madre espiró recomendando a su hermana Margarita el cuidado de su hijo Alberto a quien

mantuvo en su lecho hasta el instante mismo en que la muerte nubló su vista.

—Que desgracia tan terrible, dijo Amelia, enjugándose las lágrimas que habian brotado de sus ojos.

—La muerte de Luisa fué para toda la casa un golpe bien cruel. Mi suegra no podia consolarse atribuyéndose gran parte en el infortunio que acarrear a su hija aquel casamiento que ella habia permitido.

Con la idea de que ella desechase aquel pensamiento, la referí entónces cuanto sabia acerca del fatal engaño de que habia sido víctima por la astucia de Miranda... i mui luego me convencí de que con ello aumenté su pena, pues se creyó mas culpable por haber padecido un error tan craso dando asenso a un hecho que debió haberle infundido sospechas que, a no haberse obrado con tanta precipitacion, se habrian pronto aclarado.

Desde entónces la pobre madre no tuvo un dia bueno. A los seis meses cabales de la muerte de su hija, llevamos sus restos a la misma sepultura que abrigaba aquellas cenizas queridas.

Tu tia Margarita se constituyó en madre del pobre huérfano...

—¿Entónces mi tia ha criado a Alberto? interrumpió Amelia.

—No mucho tiempo, hija mia. Aun teniamos vivo en nuestros corazones el sentimiento que nos habian producido aquellas dos muertes, cuando se presentó ante nosotros el hombre funesto a quien con razon mirábamos como la causa de todos los males que habian caído sobre la familia...

—I qué le llevaba ahora, papá? ¿No sabia la muerte de su mujer... ni la de su suegra?...

—Casualmente, hija mia, eso era lo que ocasionaba su viaje. Ese hombre que nó habia tenido otro móvil al

casarse con Luisa que procurarse el dinero que sus pasiones i sus vicios le hacian necesario, volvía para reclamar a su hijo, porque él le constituía *heredero*...

—¡Qué horror! exclamó Amelia al escuchar la *entencion* particular que habia dado su padre a esas palabras...

—Lo que me resta que contarte, hija mia, te lo diré en breves palabras. Conociendo que la lei le amparaba en esa pretension, i que nada podíamos hacer para oponernos a ello, le entregamos al niño... i yo aceleré los asuntos de dinero para ahorrar a mi mujer i a mi cuñada el sentimiento desgarrador que les producía la presencia de aquel hombre.

—¿I él se fué con Alberto?

—Se fué a Santiago. Poco tiempo despues de su partida tuve aun que soportar otra nueva infamia...

Cumplido el plazo del documento que conservaba en mi poder, lo endosé a un amigo a fin de que me recojiese ese dinero ántes que Miranda hubiese derrochado todos sus bienes, como creía que sucedería...

—¿I qué?

—El documento que llevaba el endoso puesto por tu padre, hija, fué rechazado por Miranda, alegando que aquella no era su firma i que jamás me habia debido cantidad alguna.

—¡Qué maldad!... Pero tu probarías, fácilmente.

—¿Probar?... El miserable sabia bien el paso que daba. Si me hubiese presentado al tribunal habría solo provocado un pleito escandaloso, sin que hubiese podido sacar otra cosa que poner mi reputacion de honradez al nivel de la de un ruin estafador. No, hija mia, sofoqué mi despecho i mi justa indignacion por dignidad de mi propio nombre i retiré aquel documento que aun conservo... Conocí que ese hombre era ca-

paz de todo, i me dejé robar ántes que hacer público un hecho deshonoroso para la familia i que talvez lo habria sido para mí mismo, pues la justicia no siempre dispone de medios eficaces para descubrir la verdad.

—Es imposible que me hubiera imaginado tales cosas, Dios mio, entre personas de una familia... Mira, papá, aun no me has dicho lo que te ha hecho creer que don Jerman tuvo parte en la muerte de aquel comerciante...

—¡Ah! ¿no se te ha olvidado eso?

Amelia bajó la vista arrepentida de su observacion.

—No hai por qué no lo sepas, continuó don Jerman. Antes me alegro que nada hayas olvidado... Recordarás que te dije que yo escribí una carta a Rivera a nombre de mi suegra anunciándole la época de su casamiento... Despues de la muerte de Luisa, arreglando unos cuantos papeles, dí con varios que pertenecian a Miranda i que habria olvidado de llevarse... Eran cartas i apuntes de gastos... No tenian importancia alguna... Empero, entre esos papeles tropecé de repente con una factura de objetos de tienda i una carta en cuyo sobre conocí mi letra... era la que yo habia dirijido a Rivera...

¿Cómo estaban en poder de Miranda esos papeles?

¿Cómo se habia él olvidado de que habian quedado allí?

Ese descubrimiento, hija mia, despues de la torpe conducta observada por Miranda, que me habia demostrado sus instintos perversos, hirió con un rayo de luz mi razon i he llegado a creer lo peor, es verdad; pero ni un solo instante se han desvanecido las terribles sospechas que concebí...

—Padre mio... Ahora te admiro... comprendo todo lo que has de haber sufrido hasta el momento en que

has visto a tu hija a punto de ser la hija de don Jerman! Olvidarte de todo... solo por cariño hácia mí... ¡debo haberte hecho sufrir mucho!

—Oh! hija mia. Bien sabe Dios que nada de esto habrias conocido a no haber descubierto que el hijo lleva trazas de seguir el ejemplo del padre...

—Papá, me afliges con tal pensamiento. No puedo creer que Alberto sea capaz de abrigar tan malos instintos... Mira, ahora que recuerdo, él ignora los antecedentes de la vida de don Jerman, sé tú bastante jeneroso para ocultárselos siempre ¡qué horrible seria que un hijo llegase a despreciar a su padre!

—Nó, hija mia, Alberto no lo sabrá por mí; aunque bien visto, castigar a los malvados es ejercer una de las mas santas prerogativas de Dios; i ningun castigo mereceria mejor don Jerman que el que su hijo le conociese i le hiciera sentir su desprecio... Pero yo no quiero tal venganza, no pienso ahora sino en evitar el peligro que te ha amenazado a tí, hija mia, i si algun castigo ha de caer sobre Alberto no será por las faltas de su padre, de que yo habia prescindido creyendo obtener tu dicha, sino que recibirá el que sus propias faltas le hacen merecer... Si él te ama sin que ningun interes bastardo le guie, tanto peor para él, porque tú serás entonces quien le sirva de espiacion por su conducta indigna con aquella pobre criatura... Tú la conocerás, Amelia, i entonces convendrás conmigo en que Alberto sin ser un miserable no ha debido tratarla i burlarla con la crueldad que lo ha hecho. Si Eujenia hubiese aparecido ante mis ojos como tantas de esas criaturas que forman en las ciudades enjambres de seres degradados i dignos a lo sumo, de lástima, habria vuelto de Santiago con mui diversos propósitos... pero es ella, hija mia, tan pura i tan hermosa i tan digna de respeto, que he

temblado por tu suerte al conocer por mí mismo que en el corazón de Alberto no debe existir sino el cálculo i la bajeza... como en el de su padre; i he sentido renacer el profundo terror que se apoderó de mí cuando noté por primera vez que el hijo de don Jerman trataba de despertar el amor en el alma de mi pobre hija...

—Oh! papá, ¿por qué no me advertiste? ¿por qué no me aconsejaste a tiempo si lo que iba a suceder no era para tí un misterio?

—¿Podia yo acaso disponer de tus inclinaciones? Sufrí en silencio, porque pensé que la Providencia me reservaba, a mí tan solo, una amargura; la enfermedad de tu tia Margarita i el deseo que sintió de volver a abrazar ántes de morir a ese sobrino a quien habia prodigado en su infancia las caricias de una verdadera madre i a quien iba a dejar parte de su fortuna, lo miraba yo como causa de una intervencion oculta... Creí... me figuré... que la pobre mártir que al morir recomendó a su hermana velase por la suerte de su hijo, habia dispuesto los sucesos; i te lo repito de nuevo, a haber sido Alberto el hombre que pensábamos, tú habrias sido su esposa sin que la menor palabra salida de mis labios te hubiese hecho sospechar que ese enlace me repugnaba en el fondo del alma...

Amelia presa de la emocion mas viva, se arrojó en los brazos de su padre resuelta a soportar el sacrificio que quisiese imponerla i a ejecutar sus deseos sin objecion alguna.

Don Antonio debió leer el pensamiento de su hija, porque brilló en sus ojos un fulgor de alegría, fujitivo como el relámpago, i cubriendo de besos los hermosos cabellos de la niña, la sentó a su lado, desprendiéndola dulcemente de sus brazos.

La conversacion siguió entre el anciano i la niña, durante largo rato, hasta que la llegada de la tía Margarita les hizo recojerse a las habitaciones.

ИЗДАТЕЛЬСТВО

—Oh! papà, per che no me avvertite? per che no me reconsejate a tiempo si lo que iba a suceder no era para él un misterio?

—¡Podía yo acaso disponer de tus inclinaciones? No fui en silencio, porque pensé que la Providencia me reservaba a mi tan solo, una amargura; la enfermedad de Ricardo el lector que Alberto Miranda fue traspor- tado a la casa en que se hallaba alojado en París, días antes del accidente que le privó de asistir al paseo de Horta; y a quien iba a dejar parte de su fortuna, lo mi- rando inmediatamente al medio de la ciudad enro- nado que el joven había vivido solo en aislamiento. La mujer que no sería de consanguineas graves. Un solo un viaje a la recomendarlo reposo, a haber sido. Durante la noche, presentó el joven, entonces joven, la febre que la menor palabra salida de sus labios le daba. Jean-Jean le prestó constantemente su asistencia. En la mañana siguiente el enfermo se sintió muy me- jor, hizo funcionar las articulaciones del brazo, y solo experimentó un gran dolor al hacer movimientos bruscos. A las diez recibió Alberto la visita de su amigo. En- tónce a quien pidió detalles de la fiesta del domingo.

no era indolente al joven portorico.

CAPITULO XXIII.

UN GOLPE INESPERADO.

Recordará el lector que Alberto Miranda fué trasportado a la casa en que se hallaba alojado su padre, después del accidente que le privó de asistir al paseo de Boco.

Llamado inmediatamente el médico de ciudad, encontró que el joven había sufrido solo un dislocamiento en la muñeca que no seria de consecuencias graves. Púsole un vendaje i le recomendó reposo.

Durante la noche presentó el joven síntomas lijeros de fiebre.

Don Jerman le prestó constantemente su asistencia.

En la mañana siguiente el enfermo se sintió mui mejor: hizo funcionar las articulaciones del brazo, i solo esperimentó algun dolor al hacer movimientos bruscos.

A las diez recibió Alberto la visita de su amigo Saldaña, a quien pidió detalles de la fiesta del domingo.

Saldaña era locuaz.

Ignoraba por otra parte la verdadera situación de su amigo respecto de su hermosa prima, por lo cual refirió con toda sencillez la conducta obsequiosa de Calm para con Amelia, indicio claro para algunos de que la niña no era indiferente al joven porteño.

Despues de la partida de su amigo, Alberto experimentó un vago malestar, a causa quizá de los pormenores que oyera de éste, o quizá por la desatencion inesplicable para él de su tia i de Amelia, que no habian enviado a saber de su salud, siendo que no podian ignorar el accidente que le habia ocurrido.

Una reflexion tranquilizó en parte las aprensiones del jóven.

Supo que un mozo enviado por don Antonio le habia traído sus maletas que éste no podria por ménos de darle la noticia de la ninguna gravedad de su estado: en tal caso era lójico creer que sabiendo don Antonio el arribo de don Jerman, esperara que el mismo Alberto fuese a participarle la resolucion que hubiese tomado aquél.

Despues de medio dia tomó el jóven algun alimento, e hizo llamar a su padre, resuelto a obtener de él una respuesta definitiva sobre el asunto que constituia su preocupacion de todos los instantes.

Don Jerman ocurrió con prontitud al llamado de su hijo.

Era don Jerman un hombre alto i corpulento, de mirada dura i rostro atezado. Los años habian blanqueado en parte sus cabellos gruesos i rebeldes, i los vicios de la primera mitad de su existencia habian impreso en su frente, surcada de hondas arrugas, el sello de una rápida destruccion.

Alberto, aunque seguro del afecto de su padre, se sintió en su presencia embarazado para comenzar a hablar.

Tembló a la idea de que quizá tendria que sostener con él una lucha cuyo término habria de ser la formal notificacion de que sino accedia a sus exigencias, estaba dispuesto a desobedecer su voluntad.

—¿Qué me quieres? dijo don German, sentándose en una ancha poltrona de junco.

—Padre, respondió Alberto. Me hallo ya sin temor alguno por las consecuencias de mi caída; pero abrigo ciertas alarmas acerca de lo que usted ya conoce.

—¿I bien?

—Que estoy ansioso, como usted calculará, por saber de una vez el motivo de su viaje...

—¿Mi viaje? deseaba ántes que todo verte, hijo mio, i luego pedirte esplicaciones por el tono algo brusco de tu carta... Tu me dirás que eso lo he podido hacer sin necesidad de trasladarme a tu lado; pero la verdad Alberto, que hai cosas que no convienen o no se pueden confiar al papel i que es necesario tratarlas detenidamente i con reposo. Hé aquí por que he venido, felizmente para tí en los momentos en que te acontecia una desgracia que pudo ser bien funesta; i hé aquí tambien por que no he creído oportuno provocar una conversacion de esta naturaleza en el estado en que te encuentro.

—¿Pero no vé Ud., padre mio, que lo mas terrible que puede haber para mí es la ansiedad en que me tiene con su silencio desde hace tantos dias?

—Vamos, Alberto, un poco de calma. Tú no eres el mismo, te noto demasiado exigente.

—Oh! señor, tranquilíceme Ud. de una vez i no me reconvinga: ¿qué debo decir a don Antonio? Aprueba, sí o nó mi enlace con mi prima?

—¡Hum! Así no haremos nada. Hai cosas mui serias, Alberto, que tú no debes tratar como si fueras un muchacho. Sabes bien que te profeso un cariño del que tú has abusado casi... Bueno, no creas que voi a recordarte nada del pasado. Solo pretendo que te convenzas de que solo miro i busco tu bienestar...

—Sí, padre mio. Sería un hijo bien injusto si no reconociese que Ud. ha usado de bondad...

—Me alegro, pues, de verte en este terreno. Así te hallaré mas razonable.

—Pero aun Ud. no me dice...

—Alberto, dijo don German con acento grave, hai en nuestra familia motivos que impiden de todo punto ese matrimonio... i no sé como don Antonio haya podido pensar en que yo aprobaria una union... imposible. Ese hombre, hijo mio, ha profesado a tu padre un odio a muerte, odio que fué causa de que mi matrimonio con tu madre se retardase mucho tiempo... Ese don Antonio fué causa de que mi suegra, mi mujer i mis amigos mirasen en mí a un hombre indigno... qué se yo hasta donde llegó en la guerra solapada que me hizo en la familia!... Sí; tu padre en otra ocasion te contará todo el mal que ese hombre, que deseas darte por suegro, le ha causado en su vida; i creo, hijo mio, que entonces sentirás hacia él i los que le rodean, el mismo sentimiento que a mí me domina!

Don German se calló.

Sus palabras vibrantes de cólera, fueron a resonar de una manera fatal en los oídos de su hijo.

—Oh! padre mio! qué tarde llegas a hablarme de eso! exclamó Alberto con voz opaca i el semblante pálido como el de un cadáver.

—¿Acaso alguna vez puede ser tarde para abandonar un mal camino? replicó don German. Además, Alberto, ese matrimonio no te traerá ninguna conveniencia. Mi fortuna es reducida i tú has gastado mucho, demasiado a veces. Mira, yo tengo otros proyectos, te traigo una sorpresa. En cuanto nos volvamos a Santiago te presentaré a un amigo, que tiene una hija bastante bella... ya verás... i que heredará no nos de cien mi-

pesos a la muerte de sus padres... Tengo casi seguridad de arreglar este matrimonio. Tú, para librarte de tu compromiso, no tienes sino echarme a mí la culpa... ya comprenderá luego don Antonio la causa... no te dé cuidado!

— ¡Oh! señor! no siga Ud., porque cuanto diga no conducirá a nada!

— ¿Estás loco?

— Estaré lo que Ud. quiera; pero amo a mi prima i me casaré con ella!

— Vamos. Veo que he hecho bien en venir. Te hallo ménos cuerdo de lo que pensaba. ¿Con que te imaginas por un momento que yo permitiría la alianza de mi hijo con el que durante treinta años he mirado como mi mas mortal enemigo, como el causante de mis mayores desgracias?

— Yo no he sabido nada, yo no sé nada ahora mismo, padre, sino que he dado mi palabra de casarme con la única mujer que podré amar. Yo no he hecho un misterio de mis actos, Ud. sabe que he andado entre mujeres de toda especie: las he querido un momento, las he despreciado, las he olvidado despues. Pero mi prima es otra cosa, padre; es una mujer que me infunde amor i respeto, que me hace sentir mil emociones nuevas i delante de la cual me vuelvo tímido. Tiemblo solo a la idea de que podría perderla. Yo he tenido fundamento para creer que tú no eras amigo de su padre, puesto que me lo decias cuando calculabas que iba a venir a tu casa ¿pero podría esto hacerme olvidar a Amelia?

Nó; ha sido peor; esa especie de oposicion, de contrariedad, quizá ha sido causa de que me esforzara mas para que me amase, porque los triunfos fáciles jamas me han halagado.

I ahora que estoi seguro del amor de Amelia, que

su padre ha olvidado su rencor justo o injusto, hácia Ud., ahora que estoy a punto de hacerla mi mujer ¿quiere que renuncie a ella? Aunque lo intentara no podría hacerlo. La cuestion de dinero es de ningun valor para mí: Ud. me ha hecho no darle importancia: le he ganado fácilmente, he jugado, he botado... lo que ansio al presente, no por un mero capricho, sino con empeño, con un deseo ardiente es disponer de la suerte de esa mujer que no se parece a las demas, que me subyuga, que si me ordenase que ejecutara una locura, la ejecutaria sin vacilar. Sí, padre mio, es mui tarde para que pueda volver atras; necesito que Amelia me pertenezca i estoy resuelto a hacerla mi esposa.

Alberto estaba excitado.

Su voz salia convulsa de sus labios descoloridos.

Don Jerman le escuchaba con el rostro cádeno.

Las oleadas tempestuosas que se levantaban en su interior salian a su rostro, horriblemente descompuesto por la cólera que rujia en su alma incapaz de soportar la contrariedad.

Alberto, por su parte, se hallaba tan impaciente que no reparó en el terrible efecto que habian hecho en su padre sus palabras.

—¿Con que tal es tu resolucion? exclamó sordamente don Jerman irguiendo la cabeza. ¡Sea! Tambien tomare mi partido i veremos quien vence: ¡si tú o yo!

Usted, padre, perdóneme que diga lo que siento, es injusto, mui injusto, exclamó Alberto exasperado. Ud. no se hace cargo de que Amelia ni yo debemos pagar culpas ajenas. ¿Qué obtendria Ud. negando su consentimiento? Créame que ese casamiento se hará, porque él constituye toda mi dicha. ¿Ud. mismo, señor, no ha amado alguna vez? ¿no sabe que hai situaciones en que uno es capaz de atropellar por todas las consideraciones

para lograr un propósito acariciado largo tiempo? No me dé Ud. entonces ocasion de desobedecerle, de pasar por encima de su voluntad, porque esto me causará un inútil dolor i se lo causará Ud. tambien a la pobre Amelia, que léjos de participar de la enemistad de su padre, le estima a Ud. i llegará a amarle...

—Jamás! murmuró don Jerman. Jamás tendrás mi aprobacion para ese enlace.

—¿I quiere decirme Ud. por qué? Basta acaso el rencor...

—Señor, don Antonio Reinal manda esto para don Alberto, dijo un sirviente, presentando una carta cerrada a don Jerman.

—Ya lo vé, dijo Alberto yendo a tomar la carta. Mi tío quiza me pedirá noticias acerca de lo que haya obtenido de usted... ¿I he de tener que contestarle que se opone a nuestras miras? Oh! ¡no será así!...

—Vete! dijo don Jerman al sirviente.

Este salió.

Alberto desdobló la carta con mano insegura.

A medida que leia su semblante íbase poniendo mas i mas pálido.

Una niebla densa flotaba entre sus ojos i aquel papel, haciéndole difícil la lectura.

Lanzó de repente una especie de jemido desgarrador i cayó desvanecido sobre la silla.

La carta se deslizó de su mano i fué a caer abierta sobre la alfombra.

Don Jerman que notó la palidez letal que se habia ostendido por las facciones de su hijo, creyó que la debilidad proveniente de la falta de alimento i del insomnio de las noches, le habria ocasionado aquel vahido de cabeza. La escena que acababa de pasar no podía ménos

que haberle sido tambien mui funesta, contribuyendo a agotar sus pocas fuerzas.

Don Jerman dió voces i ocurrió jente.

Alberto fué trasportado inmediatamente a su lecho.

Don Jerman levantó la carta que acababa de leer su hijo i que yacia abierta sobre la alfombra.

Decia:

“Mui sensible me es anunciar a usted que impuestor por mí mismo de gran parte de su vida pasada, hallo conveniente, mirando por la felicidad de mi única hija, dejar libre a usted de su compromiso de matrimonio.

“Aunque mi amor de padre pudiera cegarme, no creo que mi Amelia valga mas que la infeliz jóven a quien usted ha despreciado por ella, abandonándola a su desesperacion en los momentos mismos en que el cielo le arrebatava a su hijo. Esta conducta que me abstengo de calificar, me ha hecho concebir temores por el porvenir que esperaria a mi hija al lado de usted. Mas tarde quizá celebrará no haber entrado en la familia de un hombre a quien odia su padre tanto como yo le desprecio i que jamas habria podido soportar que usted hubiese llegado a obtener mi confianza.

A. Reynal.”

Don Jerman estrujó el papel entre sus manos.

La ultima parte de la carta de don Antonio atizó su cólera, pues creyó que habia sido calculada para que su hijo le pidiera esplicaciones, que no estaba en el caso de dar.

El otro hecho a que se refería don Antonio no se lo explicaba don Jerman: no conocia nada de los amores a que aludia i tomaba como causa principal para el rompimiento de su compromiso con Alberto. Fueron como

fuese, poco le importaba, desde que eso secundaba sus miras i le evitaba empeñar con su hijo otra lucha como la que sin fruto alguno habia empuñado hacia poco.

Don Jerman despues de seguir un breve rato en sus meditaciones, pasó al cuarto de su hijo.

En su semblante no se reflejaba la espresion de fiera-za de hacia poco.

Las huellas exteriores de la borrasca que habia con-movido su corazon de bronce, habian desaparecido del todo.

Alberto yacia en un estado de abatimiento que con-trarió a su padre.

Este habria preferido verle presa de la irritación pro-pia del hombre resuelto, ántes que de la extrema pos-tracion del ánimo que demuestra la falta de enerjia.

Don Jerman trató de reanimar el abatido espíritu de su hijo vaciando en el corazon de éste parte del odio que sentia en el suyo hacia don Antonio Reynal.

CAPITULO XXIV.

ESCURSION NOCTURNA.

Si la falta de tráfico hacía de Quillota durante el día una ciudad no muy alegre, la falta de alumbrado público hacía de ella durante la noche una ciudad triste, silenciosa, soñolienta.

Nos referimos a la época de esta historia.

Hoy Quillota es una ciudad que se transforma, habiendo hecho en pocos años rápidos progresos en sus calles, en sus edificios, en sus paseos, en el alumbrado i en otras mil cosas que auguran un hermoso porvenir al pueblo sentado sobre un manto de flores i verdura.

Decíamos que en aquél entonces las calles de Quillota, entrada la noche, eran de infundir pavor al transeunte por su completo silencio, su soledad i su mal alumbrado.

Miserables farolillos colocados durante unas cuantas horas sobre el dintel de las puertas, despedían una agonizante luz, suficiente para eludir la multa, mas no para ahuyentar las sombras siquiera en interés de la seguridad de los vecinos i propiedades.

Sébase además que la policía era escasísima.

Por lo cual era cosa corriente oír decir que había sido despachado un prójimo con la bolsa vacía en dirección

al otro mundo, o bien, robada alguna vivienda ya fuese central o apartada.

El vecindario tronaba contra el gobernador, acusándole de desidioso.

I el gobernador como el Prefecto de la Escritura se lavaba las manos i se encojía de hombros: con las cortas entradas del municipio no podia aumentar con un solo guardian la custodia de la ciudad, ni el gobierno atendía a sus reiterados reclamos, so pretesto de que los caudales públicos no paraban en las arcas a causa de los apremiantes empleos que de preferencia pedia el servicio de los pueblos.

I las cosas seguian en tan pésimo *statu quo* en vista de tan especiosas razones.

Por otra parte, los vecinos timoratos eran mui dueños de mirar por su propio pellejo encerrándose a buena hora en sus casas, como ratones en sus cuevas.

¡Eran mui malos tiempo aquellos para los enamorados amigos, de andar a picos pardos!

El almanaque anunciaba luna.

Realmente se hallaba en el cenit a eso de las once i media de la noche en que rogamos al lector nos acompañe hasta la quinta Reinal; pero, como habia algunas nubes, una claridad cenicienta envolvía la ciudad, lo que bastó sin embargo para que las buenas comadres hiciesen el ahorro de los cabos de vela en los farolillos, seguras de que el bando de policía nada podría contra ellas.

La calle larga se muestra solitaria como una Tebaida i silenciosa como un sepulcro.

Dos bultos humanos se ven frente a la puerta de la casa de don Antonio. Acecha el uno por el agujero de la cerradura i el otro se mueve impaciente.

Hablan en voz baja.

—Digo que no hai luz, dice el uno.

—Me habré engañado, contesta el otro; pero me pareció que salia un rayo de luz de la pieza de la derecha.

—Cuando yo no diviso nada, siendo que el ojo de la llave no es tan chico que digamos.

—Bueno, tantea si entra tu llave.

—¡Pues no ha de entrar!

—Despacio... es necesario no meter ruido, pues el maldito *Turco* echaría a perder la cosa. En entrando al patio ya no hai temor, el perro me conoce.

—¡Diablo!

—¿Qué?

—Que no abre...

—¿Cómo! que no abre!

—Da vuelta... Una, dos... pero ¡nada!

—¿Resiste la puerta?

—Está mas firme que un peral. Por fuerza hai algo..

—¡Oh!

—¿Quiere, ver patron?

—Aguarda.

—No *rempuje* de balde ¡si no afloja!

—Hai tranca, pues! Lo que es la llave estaba yo seguro de ella.

—¿Lo ves? No te decia que saldríamos con algun domingo siete...

—Las cosas tuyas, patron; por lo poco que se aflije.

—¿Qué haremos, José?

—¿Está resuelto a entrar de todas suertes?

—¡Chit!

—¿Qué?

—¿No sientes ruido adentro?

—¡Bah! Es el miedo que usted tiene, señor. Ni siquiera hai viento. I luego yo soi mui ducho en esto de rui-

dos... Cuando yo me he hallado en casos peores que éste.. El patron don Jerman lo habia de decir! ¡Ese sí que era hombre ¡harto hombre!...

—¿Quién? mi padre?

—¡Ai! i que bestia soi! murmuró por lo bajo el que acababa de hablar; luego siguió en alta voz:—Digo, pues, patron, que yo he sido mui hombre para esto... como lo pueden otros asegurar... Mire, ya hemos hablado mucho i hecho casi nada. Lo primero en esto es obrar.

—Tienes razon, dijo el otro: ¿qué me aconsejabas?

—Yo decia que no habiamós perdido nada i que si hai necesidad de entrar, entraremos.

—Pero nõ por la puerta.

—De juro, pues, por la tapia.

—Pero ¿i el salto?

—Se salta ¿i dei?...

—Temo que nos sienta Turco i nos venda.

—Bueno, entónces no hagamos nada.

—A Roma por todo, José, i salga lo que saliere...

—Así lo quisiera ver siempre. Hágase para este lado, afirmese en la pared i pise en mis hombros. ¡Bueno! Agárrese ahora de las tejas...

—Ya estoi....

—¡Gracias a Dios! No ha costado poco...

A este tiempo un furioso ladrido resonó dentro de la casa, i un enorme perro se avalanzó hacia la pared sobre la que se destacaba un hombre de pie.

—¡Maldito animal! exclamó el de arriba agazapándose sobre la barda de teja i dejando caer algunos terrones.

El de abajo prorrumpió al mismo tiempo en una blasfemia.

—Tírele la carne, patron, tíresela!

—¡Turco! ¡Turco! dijo el de arriba con voz apagada,

ya por efecto del terror de que parecia poseido, ya por mera precaucion a fin de no ser sentido para el caso de que alguien se hubiera alarmado dentro. Al mismo tiempo habia arrojado un trozo de carne al importuno.

El perro, contra lo que aguardaba el de arriba, dejó el cebo que se le arrojaba i se acercó a la tapia gruñendo.

—Soi yo, Turco, mi buen Turco, ¿no me conoces?

El perro cesó de gruñir i meneó a uno i otro lado su lanuda cola.

En seguida dió media vuelta i se puso a devorar el trozo de carne que yacia en el suelo a pocos pasos de la pared.

—¡Nos salvamos! murmuró el de arriba.

—Bueno, dijo el llamado José. La mitad del peligro lo hemos quitado de encima. Catee ahora, patron, si algo se mueve adentro, i en la de no, bájese luego.

—¿I tú?

—Lo que usted tenga a ese judío de perro...

—¡Ya! espera...

—No se tire de salto... ¡Hum!... qué barbaridad! Si con ésta no despierta el diablo del tio, será porque los años le habrán puesto sordo... ¡I cuidado que es de una cáscara!...

Al decir esto el tal José, hallóse encaramado sobre la tapia en el mismo sitio en que su acompañante acababa de saltar produciendo el ruido que tan a mal habia tomado el fámulo.

—¿Estamos?

—Baja... no hai cuidado... a Turco lo tengo de una oreja i el bribon está manso como un cordero.

—Vea, patron, no hai que perder tiempo, gane aquel lado i pase por detras do las tinajas... sígame no mas,

que de ahí observaremos un rato... No sea que él tío nos reciba mal si nos siente...

—Silencio, tunante, i avancemos...

—No será sin que prepare ántes la retirada, pues esta maldita tranca nos podría volver a molestar

I uniendo el dicho al hecho, desatrancó la puerta con la mayor cautela, metió la llave en la cerradura, hizo jirar sin inconveniente el pestillo i dejó entrearbiertas las hojas de carcomida madera.

Tomadas estas precauciones, echó a andar agazapado en direccion al corredor, buscando la sombra que arrojaba la pared lateral.

Aquí dejaremos a los nocturnos visitantes que se introducian en aquella casa corriendo los riesgos de los ladrones vulgares, que, como hemos dicho, pesaban sobre la buena ciudad como las plagas de langostas sobre los sembrados de nuestros campos.

Conviene que el lector se esplice el paso en que se aventuraba Alberto, desafiando no pocos peligros.

Pronto volveremos a encontrarle.

CAPITULO XXV.

IMPOSTURA.

Alberto habia experimentado un terrible acceso de desesperacion despues de la lectura de la carta de su tio.

El jóven dudaba a veces de su razon. Parecíale que su espíritu era presa de uno de esos terroríficos sueños en que flotan tétricas sombras i fatídicas visiones; de esos sueños horribles que atormentan a la vez el alma i el cuerpo, haciendo brotar un frio sudor de las sienes i lanzar confusos acentos de dolor al oprimido pecho.

Don Antonio se le aparecia amenazante.

Amelia, triste i desdeñosa, le devolvía su promesa i le significaba su desprecio.

Eujenia, llena de desesperacion, le mostraba a su hijo ya cadáver.

Su padre, en fin, con ceño adusto le enrostraba su desobediencia, negándole su afecto.

Alberto sufría cruelmente.

Era voluntarioso.

La contrariedad agriaba su carácter i sublevaba sus pasiones.

Desde mui jóven habia satisfecho sus caprichos, sin freno, sin miramientos, dejándose guiar por sus inclinaciones i atropellando todos los obstáculos.

Habia gozado a sus anchas de su juventud i de su independenciam: amigos, caballos, carruajes, mujeres, las comodidades i el lujo, la amistad i el amor, habian hecho risueña su existencia.

Habia sacrificado a sus placeres la tranquilidad de pobres moradas, sin experimentar el menor dolor. Habia emponzoñado la existencia de jóvenes de modesta condicion, abandonándolas a la mas triste suerte como las abejas a las flores, despues de libar la dulce miel de sus cálices.

Entre ellas, se contaba Eujenia, fragante lirio nacido en medio de los campos, cuya lozanía marchitó con su aliento impuro...

I cuando hastiado de esos goces materiales, habia resuelto dejar su vida licenciosa despues de vislumbrar al influjo del amor de su inocente prima, una existencia de calma, de trabajo i de dulce reposo, que abria su corazon a sensaciones puras i nuevas, se levantaba de repente a su paso un obstáculo que no podia apartar.

¿Qué habia motivado el rechazo inesperado de don Antonio, despues de haber consentido en acordarle a su bija por mujer?

¿Còmo habia descubierto éste sus relaciones con Eujenia?

¿Era éste el solo motivo de su rompimiento? ¿era solo un pretesto? ¿existiria ademas alguna otra causa que no podia adivinar?

Alberto se embrollaba.

Sus reflexiones hacian arder su cabeza sin llevar luz alguna a su ajitado espíritu.

Llegó en último resultado a convenirse de que era el juguete de alguna mala intelijencia de don Antonio, quien seria víctima de algun error fácil de desvanecer, i en consecuencia se resolvió a ir a casa de su tío para

demandarle una franca esplicacion de su estraña conducta.

Hallábase en esta disposicion de ánimo, cuando vió que su padre abria la puerta de su aposento.

Alberto no pudo reprimir un movimiento de marcada contrariedad.

Don Jerman, como si nada hubiese notado, tomó un asiento cerca de su hijo.

—Siéntate, dijo, i atiende a lo que tengo que comunicarte.

Don Jerman revestia cierto aire de misteriosa solemnidad que jamas le habia notado su hijo.

—Estoi dispuesto a escucharle, respondió el jóven, presintiendo que iba a tratarse de algo sério.

Don Jerman hizo saber a su hijo ciertos hechos que explicaron a éste las causas de ese odio de familia de que jamas habia podido descorrer el velo i de cuya existencia habia tenido desgraciadamente sobradas pruebas.

Alberto supo que su padre habia sido víctima de persecuciones crueles i tenaces de parte de don Antonio, sin mas que por cuestiones de intereses mezquinos; que su madre, partícipe de las persecuciones que se hicieron pesar sobre su marido, habia sucumbido maldiciendo al intrigante que habia acelerado su muerte con los hondos sentimientos que le ocasionara.

Despues don Antonio habia hecho ocultaciones de dinero, reduciendo la herencia que correspondia al padre i al hijo, no mostrándose satisfecho hasta que hubo difamado en el pueblo el nombre de don Jerman, atribuyéndole manejos indignos i calumniosos para su honradez.

Don Jerman recargó su historia de tintes tan sombríos, cambió tan sagazmente los papeles, conservando en el fondo parte de la verdad, que Alberto le escuchó

hasta el fin mudo i consternado. Coronó aquél su relación, dejando traslucir a Alberto que él habia sentido el golpe que ahora le agobiaba, desde que Reinal debería profesar al hijo parte del odio implacable en que envolviera al padre.

Alberto creyó explicárselo todo.

Las palabras de su padre habian puesto fin a la Esfinje: los enigmas quedaban descifrados.

Como un viajero perdido en medio de las tinieblas, mientras ruje el viento i azota la lluvia, a la luz de un relámpago divisa el camino, así Alberto a los resplandores siniestros que alumbraron su inteligencia, creyó comprender cual era el verdadero móvil que habia impulsado a don Antonio—el odio hácia su padre.

La infeliz Amelia seria sacrificada a ese ciego sentimiento como lo era él mismo.

Alberto trajo a su memoria las reservas de don Antonio; las seguridades con que afirmara que don German no consentiria en su matrimonio, i por último el descubrimiento de sus amores con Eugenia, tomado por pretesto para una estrepitosa ruptura.

¡Fútil pretesto por cierto!

¿Qué mozo no tendria que acusarse de alguna falta semejante?

Claro era que don Antonio tenia meditado de antemano romper su compromiso, a fin de humillarle i ajar nuevamente el amor propio de su padre, como en realidad lo ajaba en la carta que le habia remitido en la mañana.

¡Oh! aquel viejo no era sino un hipócrita miserable, entregado por cálculo a una vida de retiro i sosiego!

Alberto apretó silenciosamente la mano de su padre, i se levantó de su silla con una palidez cadavérica extendida sobre sus facciones.

Comenzó a pasearse a lo largo de la habitación, murmurando:

—El ha pensado que partiría... ¡oh! rencor maldito que la aleja de mí! Estoy seguro que ella me quiere, no puedo dudarlo... Saldaña ha sido un simple en pensar que ella... Nó! me iré!... nó!

—Hijo mío, dijo don Jermán, te suplico que trates ahora de descansar. No te entregues mas a reflexiones que agravarian tu estado sin darte ningun provecho... Si quisieras que fuésemos en carrunje a dar un paseo hácia la chacra de don Juan.

—Oh! nó, señor!

—Haces mal, mui mal. El aire te sentaria bien... estás mui pálido... Hasta temo que en la debilidad en que pareces hallarte no puedas acompañarme pasado mañana... dia en que pienso regresar a Santiago...

—Bien, señor. Mañana le contestaré a usted... la cabeza me duele ahora atrozmente... esto es todo... Si logro tomar algun reposo me sentiré mejor... ¿Tiene usted a José por ahí?

—Sí, voi a enviártelo, le he dado orden que permanezca en la casa. Te lo dejaré por si algo se te ofrece... Aunque puedes llamarme a cualquiera hora...

—Creo que no necesitaré incomodar a usted... ¡Esto pasará!... Usted ha hecho bien en contarme todo eso... i si lo hubiera hecho ántes, quizá esta mañana no le habria causado el pesar que le dí...

Alberto se arrojó sobre el sofá i pasándose el pañuelo por la frente sudorosa i ardiente, murmuró:

—I yo la amo, la amo, la amo mas i mas!

CAPITULO XXVI.

LA PROTECCION DE LA TIA.

Lentas rodaron las horas de la noche para Alberto.

Apénas la opaca luz del amanecer iluminó su habitacion, cirniéndose por entre las cortinas de las ventanas como al traves del empañado cristal de una lámpara de alabastro, el jóven abandonó el lecho i comenzó a vestirse presuroso.

Cuidando de no producir ruido al pasar por el corredor de la casa, salió a la calle.

Brillaba el sol sobre la cima encumbrada de El Campana, bañando la ciudad con sus reflejos de oro, i levantando de los tejados i de los árboles húmedos de rocío, i de las tierras bordadas de vejetacion, vapores sutiles i blanquecinos que se remontaban en los aires como flotantes velos de gasa.

Alberto aspiró con fuerza el ambiente puro de la mañana, experimentando una sensacion de bienestar al contacto de la fresca brisa que resbalaba lijera por su encendida frente.

Oíase el trinar alegre de las aves en el espeso follaje de los huertos, i los chincoles i las diucas cantaban bulliciosos sobre los mojinetes al sentirse acariciados por los rayos tibios i retuljentes del astro del dia, que daban a sus plumajes los mas hermosos cambiantes.

Alberto con su ánimo abatido i sombrío, no prestó la menor atencion a los encantos primorosos de la naturaleza, que despertaba risueña i galana, entonando ese himno de sublime i misteriosa melodía que en alas del callado viento sube a perderse en la inmensidad de los espacios, i cuyas notas, transformadas en ecos de infinita dulzura, deben llegar espirantes i como un blando murmullo hasta el trono del Supremo Hacedor.

Alberto encendiendo un cigarro que puso entre sus descoloridos lábios, tomó lentamente la direccion de la calle Larga.

Su mirada errante i desdeñosa apénas se fijaba un momento sobre los repartidores de pan, las beatas i las cocineras que pasaban de prisa a su lado.

Su propio pensamiento le absorvia por completo.

Caminando de ese modo, llegó hasta el templo de la Merced, cuya puerta acababa de abrirse.

Allí permaneció un instante indeciso, hasta que echó de nuevo a andar calle arriba.

Despues de recorrer algunas cuadras, volvió atras para comenzar en seguida a hacer el mismo camino.

Alberto ahora prestaba una atencion escudriñadora a los transeúntes. Su mirada ansiosa buscaba a la distancia por entre los recodos de la calle alguna mujer en traje de iglesia, como el héroe de Virjilio una de sus naves en las aguas del Tirreno; i cuando divisaba el bulto de alguna, marchaba a enfrentarse con ella.

De esto resultó que algunas cuantas viejas dieran al diablo la impertinencia de aquel curioso, que despues de medir sus portes de arriba a bajo les lanzaba una mirada de atravesio alejándose incontinenti mas a prisa de lo que se les habia acercado.

Al rato de sonar las siete, solo cesó el tormento del joven.

Uno de aquellos bultos envueltos en merino i cachemira negros se parecia tanto a su tia Margarita, que Alberto atravesó la calle en dos trancos, exclamando al cruzarle el paso:

—¡Por fin la encuentro!

Era en efecto la buena señora que como de costumbre iba a aprovechar la mañana, o sea a desayunarse con una misa.

—¡Tú, i a estas horas! balbuceó llena de sorpresa al contemplar la demudada fisonomía de su sobrino.

—¿Le estraña mucho, no es verdad? Soi bien desgraciado, señora.

—¡Ah! ¡sí!

—Usted lo sabe todo ¿no es cierto?

—¡Pobre muchacho! Yo he llorado mucho estos dias... sin saber siquiera como te sentias del golpe...

—Dejemos eso a un lado: necesito que usted me cuente lo que ha sucedido... marchemos despacio... No me oculte nada, absolutamente nada... Vamos, dígame...

—¿Lo que ha pasado? Pero Antonio te ha escrito ayer...

—Sí, me ha escrito; pero no me esplico el verdadero motivo de un rompimiento semejante: necesito descubrir cómo se ha impuesto mi tio de mis relaciones... de otro tiempo... en fin, deseo, quiero ver a Amelia, hablarla....

—¿A Amelia? ¡Imposible!

—¡Cómo!... ¿Con que debo creer que ahora Amelia me odia tanto como mi tio? ¿Es esto, señora, lo que a usted la hace temblar viendo que he llegado a sospecharlo?

—Alberto, no se trata de odio... en casa nadie te

odia... pero tu conducta... esa carta que entregaste a Antonio...

—¡Oh! hable usted, tia, por favor.

—La carta que escribiste a esa... Eujenia... fué lo que causó el viaje de Antonio a Santiago.

—Pero él, cómo ha sabido... cómo ha obtenido esa carta? ¿Acaso en venganza esa infeliz...? ah! no puedo creer...

—Tú, desgraciado; tú mismo se la entregaste creyendo darle la que habias escrito para tu padre, pues debiste equivocarse el sobre.

Alberto se estremeció.

—¡Oh! dijo, mientras gruesas gotas de sudor brotaban de su frente. ¡I yo que me alegraba de que mi padre no la hubiese recibido!... Pero, tia mia, yo no sé que hacer... yo quiero disculparme, yo le juraré a Amelia que a ella sola he amado i que la amo aun mucho mas... ¿Qué me importa mi tio? Si ella quiere ser mi esposa... lo será... No lo dude, usted tia, lo será aunque la arranque del lado de su padre... ¿I no sería ésta una venganza justificada contra ese hombre? Por fortuna, hoy sé a qué atenerme...

—¿Estás loco, Alberto? exclamó la cuñada de don Antonio deteniéndose en medio de la vereda, ajitada fuertemente en presencia del estravío que demostraba su sobrino.

—Loco o no loco, tia Margarita, yo no retrocederé. ¡I usted me ayudará!...

—¿Yo?...

I la tia miró al sobrino con ojos mas i mas espantados al ver su rostro contraído por una cólera creciente.

—¿Por acaso usted no me guarda ya el menor afecto? prosiguió Alberto dulcificando su espresion por medio de un supremo esfuerzo. ¿Soy ya para usted un extraño

desde que la desgracia me rodea por todas partes? ¿No es usted la misma que me ha referido con las lágrimas en los ojos, que sus labios fueron los primeros que buscaron mi frente para besarla en donde estaban estampadas las huellas de los besos de mi madre moribunda? ¿No me ha dicho usted que cuando yo le sonreía como si la tomase por ella, usted prometía ser mi segunda madre?—I bien, señora: ¿es así como usted entiende sus juramentos? ¿Cuándo usted puede aliviar mis penas, cuándo puede ahorrarme parte de un gran dolor, usted me vuelve la espalda, me trató de demente i se espanta de que implore su apoyo, el único con que contaba, puesto que me he estado en medio de la calle, esperando encontrarla, desde que comenzó a rayar el día?...

Alberto sacó su pañuelo de bolsillo i enjugó el copioso sudor que brillaba en su pálida frente.

El jóven concluyó sus interrogaciones con una voz lánguida, cansada, débil.

Ese acento enfermizo tan en armonía con el aspecto de profunda desesperacion a que habia dado lugar la cólera de que un instante se habia dejado dominar el jóven, contristó hasta el extremo a la buena mujer.

El llanto asomó a sus ojos i la voz espiró en su garganta.

Cubrióse la cara con la cachemira del manto i lanzó una especie de sofocado jemido.

—¡Dios mio! ¿a qué tanto sufrimiento? murmuró clavando sus ojos llorosos en el azulado cielo.

I pareció que su cuerpo iba a doblegarse.

Alberto la apoyó en su brazo.

—¿Llora usted, tia? ¿Con qué no le es indiferente mi situacion? Bien comprendia yo que si estuviese en usted, todo cambiaria...

—¡Infeliz! ¿Qué puedo hacer yo?... ¿son pocas las lá-

grimas que he derramado estos dias? Crees tu haber sufrido mas que yo durante estas noches de terrible insomnio?... Pregúntalo a tu madre... mi pobre hermana... que ha oido mis ruegos i mis oraciones... Ahora mismo iba a rezar al frente del altar, en esa pobre iglesia donde la Virgen recibe mis ruegos i me consuela... ¡i si no fuera ésto se secarian acaso mis lágrimas! ¡mi pobre Amelia tendria quien la sostuviese!...

—Tia, tia mia, una palabra aun.

—Hijo mio, ahí viene jente... Serénate!

—Ya lo estoi... míreme de frente... Son ademas sirvientes... que maldito si harán alto en nosotros... ¿Me concede usted lo que voi a pedirle?

—Habla, habla luego, que deseo oir la misa... pediré por tí... ya te lo he dicho...

—Gracias tia, pero no es la proteccion de los santos la que ahora le demando, nó, es algo que usted solo puede hacer ¿verdad que no se negará usted?

—Nó... Haré lo que me digas.

—¡Oh! ¡gracias! Usted es una santa. Yo quiero ver a Amelia, quiero saber por ella misma si consiente en dar gusto a su padre olvidándome para siempre... Quiero saber si mas tarde puedo esperar... ¿Quién sabe? todo cambia cuando uno menos lo aguarda... ese hombre que odia a mi padre i me odia a mí... dejará de ser un obstáculo...

—¡Desgraciado! ¿Olvidas que él iba a darte a su hija si no hubiese descubierto que tú eras indigno de estimacion por tu cruel conducta con una pobre criatura, acreedora a mejor suerte?

—Yo bien sé lo que me digo, tia; ¿pero... me ayudará usted?

—No veo cómo. Estando en casa Antonio, jamás me atreveré...

—¿Pero no sabe usted que pronto se la llevará a Valparaíso? ¡Es necesario que sea hoy mismo!

—¿No conoces a tu tío?... ¡Te espondrás a hallarte con él?....

—Por eso mismo. Hé aquí mi idea. Esta noche... se retiran ustedes a las diez... yo entraré tarde... después de las once, cuando mi tío duerma... Usted entretendrá a Amelia i dejará abierta la puerta del corredor i yo entraré... usted presenciara la conferencia que no será larga... no corre ningun riesgo. ¿Concedido? ¿verdad, tía?...

—Pero para entrar a esa hora... la puerta de calle...

—¡Oh! no se ocupe de esto... ¡yo tengo un medio seguro. Con que hasta la noche i no se hable mas.

—¡Dios del cielo! Si Antonio llegase a saber... me moriría ántes que confesarle la verdad. Contrariarle hasta ese punto...

—¿A qué ponerse en ese caso? Seré precavido, le prometo tomar toda clase de precauciones, ya verá usted, tía, como todo nos sale bien. Es necesario que usted se convenza de que desde que amo a mi prima, he sido otra clase de mozo, ella llegará con su amor a hacer de mí lo que quiera, me transformará, i con el tiempo se olvidarán mis faltas pasadas.

La tía, muda por la emocion, tendió su mano al sobrino.

Alberto la estrechó entre las suyas i la sintió fria i temblorosa.

La tía se echó el manto sobre la cara i tomó la diagonal para penetrar en el templo.

Alberto echó a andar en direccion a su casa.

Allí le esperaba José, el sirviente mas antiguo i de mas confianza de su padre, el cual le habia prome

tido ayudarle en su propósito facilitándole los medios de acción.

Podemos ahora volver a la quinta Reinal para seguir los sucesos en el punto en que los dejamos.

CA. TULO XXVII

Alferto i en compañía seguían desfilándose a medio de la oscuridad sin producir mas ruido que el reptil al arrastrarse sobre un lecho de hojas secas.

De improvviso el joven se detuvo.

— ¿Qué has preguntado José en la casa?

— Batamos al llegar al corredor. Aguarda aquí que yo sé el camino que debo seguir.

— ¿No le digas?

— ¿Qué?

— ¿Que tiene miedo, pues? Deben seguir hasta la misma puerta que mas ven cuatro ojos que dos i al instante vió lavarse la conciencia de sentimientos...

— Harás mejor en callar. Ves las por algunas partes? Como no sea la de la luna alta de las...

Alferto comenzó a atravesar de puntillas el corredor. José lo siguió a los pasos de Alferto.

El silencio era profundo. Dentro de las habitaciones parecía que todo dormía. La noche era fría. El silencio era profundo.

CAPITULO XXVII.

LA DETONACION.

Alberto i su acompañante seguian desliziéndose en medio de la oscuridad sin producir mas ruido que un reptil al arrastrarse sobre un lecho de hojas secas.

De improviso el jóven se detuvo.

—¿Qué hai? preguntó José en voz baja.

—Estamos al llegar al corredor. Aguarda aquí, que yo sé el camino que debo seguir.

—¿No le digo!

—¿Qué?

—Que tiene miedo, pues. Déjeme seguir hasta la misma puerta, que mas ven cuatro ojos que dos; i si el maldito viejo tuviera la ocurrencia de sentirnos....

—Harás mejor en callar. ¿Ves luz por alguna parte?

—Como no sea la de la luna allá detras de los nublados, todo está como boca de lobo, en particular allí en las piezas.

Alberto comenzó a atravesar de puntillas el corredor.

José le siguió, a dos pasos de distancia.

El silencio era profundo.

Dentro de las habitaciones parecia que todo dormia.

La noche era tibia.

El viento soplaba leve, i la luz opaca que se cernia a

traves de las flotantes nubes que velaban el disco de la luna, apenas permitia columbrar entre la oscuridad la forma indecisa de los objetos.

Esos ruidos tenues, confusos i misteriosos de la naturaleza, producidos por el grillo que canta perdido en los agujeros, los insectos que roen en las malezas, el murciélago que cruza por los tejados, el perro que ahulla en los corrales, se dejaban sentir oprimiendo el corazon de aquel amante sin ventura, condenado a correr los riesgos de un amante venturoso, que desafia impávido los peligros al recuerdo del tierno abrazo o del dulce beso que le esperan al término de su viaje.

A tientas i deslizándose a lo largo de la pared, llegó Alberto a tocar la puerta de la habitación que servia de dormitorio a su tia Margarita.

Esa puerta estaba junta.

Empujóla suavemente Alberto.

Prodújose un hijero réchinamiento en los goznes. El jóven se detuvo un instante en el umbral como para contener los acelerados latidos de su corazon.

No parecia sino que aquel hombre era un criminal a punto de cometer un delito en que temia ser sorprendido.

Avanzó sin embargo la cabeza por la puerta entreabierta i alcanzó a divisar un pálido reflejo de luz que pasaba al traves de una puerta vidriera cubierta con cortinillas verdes.

Esta circunstancia le tranquilizó.

Su tia le cumplia su compromiso.

Indudablemente, en aquella alcoba en que se mantenía luz, debería hallarse con Amelia.

Alberto pensó en la intranquilidad en que se encontrarían aquellas dos mujeres, en vigilia cuando ya habia pasado la media noche, asustándose al menor ruido i

temiendo ser sorprendidas por don Antonio. Trató de abreviar i empujó hácia adentro la puerta, que chilló con mas fuerza acusando sus malos encajes.

—¡Patron!... dijo una voz cerca de Alberto, que se preparaba a lanzarse en el dormitorio.

El jóven retrocedió un paso.

—¿Qué me quieres?

—¿Quién duerme en la pieza de enfrente? dijo José con voz sofocada.

—¿Eh? ¿te has propuesto agotar mi paciencia?

—¡Ya! dijo aquel picado por la contestacion.—Bien visto, ¿qué me va a mí en todo esto? Lo decia porque creí sentir como un temblor en aquella vidriera...

—¡Diablo!...

—I como no corre mucho viento que digamos...

—Te habrás engañado... habrá sido otro ruido cualquiera.... Allí duerme mi tio i ni siquiera resuella....

—¡Hum! Cuando yo digo que el viento no puede hacer mover los vidrios, i que he sentido, pues.... No sea que el zorro nos cace i tengamos que largarnos mui aprisa sin ver siquiera al anjelito...

—Concluyamos. Ya ves que tu ayuda aquí no es necesaria.... la entrada está libre.... Vuélvete a esperarme cerca de la puerta.... no demoraré gran cosa...

I Alberto empujó la puerta.

José jiró en un pié i dió algunos pasos por el corredor.

En ese instante resonó la detonacion de una arma de fuego, i se oyó al mismo tiempo un quejido en medio del corredor i un grito de suprema angustia en la habitacion en que iba a penetrar Alberto.

Un furioso ladrido lanzado por Turco en el centro del patio acabó de consternar al aturdido Alberto, que

se apoyó contra el marco de la puerta sin poder darse cuenta de lo que sucedía.

De pronto una luz hirió sus ojos.

El corredor se había iluminado.

Un ruido de puertas que se abrían i cerraban, unos ladridos cada vez mas frenéticos, repetidas exclamaciones de espanto i ayes comprimidos de dolor, llegaron confundidos a los oídos de Alberto, cuyas pupilas dilatadas no le permitían ver lo que pasaba a su alrededor sino al traves de una bruma de color impuro.

Su cabeza era un torbellino, un caos.

No sabía si vivía, si soñaba, si todo aquello era realidad, estravió de su razón, horrible pesadilla resultado de la excitación extraordinaria que le habían traído los sucesos de aquellos últimos días, en que el sufrimiento físico había marchado a la par del sufrimiento moral.

Pero pronto iba a cesar ese parasismo, ese horrible marasmo que embargara las facultades de aquel desgraciado para ponerle frente a frente de su verdadera situación.

Hé aquí lo que había sucedido.

Don Antonio aunque, como de costumbre, se había retirado a su aposento a las diez, aquella noche no había podido dormirse.

La preocupacion del espíritu es un terrible enemigo del sueño.

Don Antonio hacia muchas noches que no podía descansar con tranquilidad.

A lo mas dormía dos o tres horas, i esas de un sueño ajitado por pesadillas continuas.

Hallábase recostado de espaldas en su lecho, devorando los mil pensamientos que unos tras otros pasaban por su mente, cuando se incorporó sobresaltado.

Habia oído distintamente el atronador ladrido de *Turco*.

Aguardó en silencio.

Nada.

Se tranquilizó i volvió a su antigua posicion.

Pasó un rato.

El lijero chillido de una puerta al abrirse i un rumor confuso que en nada se parecia al que el viento prestaba a la noche, le hizo saltar de su cama, ponerse las zapatillas i los pantalones, abrigarse en su paletot i dirigirse a la ventana.

Abrió mui quedo los postigos.

El ruido imperceptible que se produjo en los vidrios fué, como hemos visto, sentido por José.

Don Antonio era valiente.

Pero tembló al divisar dos bultos, al frente de él en el corredor.

Uno de esos bultos tentaba la puerta del dormitorio de su cuñada Margarita.

Don Antonio no dudó fuesen algunos de los muchos pillos que ejercitaban sus correrías por la ciudad.

Tembló porque no podia saber su número.

Habia visto dos bultos ¿pero cuántos habria del lado de afuera?

Sin trepidar, cojió del velador su revolver Lafocheux, i se fué al corredor interior de la casa.

Despertó de su profundo sueño al mozo que le servia i le dió órden de que le siguiese.

El mozo, a indicacion de su amo, se armó con un cuchillo, que estaba en la enjalma de su montura, i le siguió con la camisa pegada a las carnes por el susto.

No sabia de lo que se trataba; pero debia ser algo terrible por el aspecto que tenia su patron.

Cuando volvió don Antonio a la ventana, divisó a la

escasa luz de la noche a los dos bultos, percibió las dos voces contenidas de la conversacion, luego unos pasos furtivos i el rechinar de la puerta que se abria....

No observó mas.

Su vista se ofuscó.

Preparó el revólver, hizo una mueca de coraje i sin abrir la vidriera, levantó el arma i disparó.

La bala atravesó silbando el vidrio, dejando un agujero redondo.

Don Antonio raspó un fósforo, encendió la vela que habia sobre el velador, tomó en la mano izquierda la palmatoria, empuñó con la otra el revólver i dijo al sirviente:

—¡Sígueme!!....

Ambos se lanzaron en el corredor.

CAPITULO XXVIII.

EN DONDE LA POLICÍA PESCA UN DIFUNTO.

Después de la detonacion que interrumpiera el silencio de la noche, todo fué consternacion i movimiento.

La tia Margarita, que habia pasado en espinas desde que el reloj marcara las once, apenas sintió el rechinar de la puerta i el cuchicheo de personas que hablaban del lado de afuera, se dirigió temblando como azogada a ver si era su sobrino.

No habia dado cuatro pasos, cuando sintió el estruendo del arma de fuego que la hizo lanzar el grito involuntario que fué a mezclarse con el angustioso quejido de dolor que exhaló al caer el herido.

La tia, impulsada por una especie de instinto mas que por la reflexion, corrió a la alcoba, tomó la palmatría con la vela encendida i salió con las facciones alteradas por el espanto.

Amelia, al ver la desaparicion de su tia, echó a correr tras ella presa del presentimiento de alguna horrible desgracia.

Don Antonio a su vez, con la luz en una mano i el revólver en la otra, habia llegado al sitio de la catástrofe con el semblante pálido i demudado.

Un paso atras de don Antonio se veia al sirviente,

descolorido i en actitud estúpida, mirando la ancha hoja de uno de esos cuchillos que jamas abandonan del cinto nuestros campesinos i que el pobre diablo apretaba convulsivamente en su mano derecha.

Turco, el enorme perro, al ver aparecer a su amo, cesó en sus ladridos, ahullando ahora lúgubremente.

En medio del corredor yacia un hombre tendido i ensangrentado.

Don Antonio se acercó a aquel hombre.

Al traves de la camisa i por entre las zolapas de un sucio chaleco, salia la sangre hirviente i negra.

Aquel hombre no estaba muerto.

Sus ojos estaban abiertos, espantados, horribles, i sus párpados se movian continuamente: de los labios de aquel miserable se escapaba un hálito sordo, semejante a un ronquido, que no tenia nada de la voz humana: era algo como el ruido de agonía de un animal bravío.

Sus manos huesosas, crispadas, se agitaban convulsivamente como si quisiera aferrarse a los ladrillos del pavimento.

Al aspecto de ese hombre don Antonio retrocedió asombrado.

La sangre se le heló en las venas.

Le acababa de reconocer.

Paseó don Antonio a su alrededor su mirada estraviada, atónita, i solo entónces descubrió en la penumbra la figura pálida i consternada de su sobrino.

Creció de punto su estupor.

Pareció que el anciano iba a ser presa de un vértigo, de esos accesos horribles de ofuscacion mental capaces de producir en un instante la muerte de un hombre.

Dejó caer en tierra el revólver que empuñaba, i llevó su mano trémula a las blancas crenchas de su cabeza

como para sacudir el desvanecimiento que comenzaba a experimentar.

—¡Oh! mi hija! ¡el infame!... exclamó sobrecojido por la sorpresa i la ira!

—¡Padre mio! gritó Amelia con una voz llena de angustia al figurarse que el anciano pudiera llegar en su extravío a cometer algun acto de demencia.

—¡Tú! tú! dijo el infeliz padre retorciéndose los brazos con furor i mirando a su hija cuyo traje demostraba que no se habia desvestido en la noche.

Amelia prorrumpió en sollozos.

—Papá, exclamó, serénate: mi tia te lo dirá todo. Yo estaba escribiendo a mi hermano Ricardo... ¡Dios mio, ni siquiera me oye! ¡Esto es de morirse!

Alberto cesó en su vacilacion.

Adelantóse con paso firme hácia don Antonio.

—Señor, dijo con voz distinta i acentuada, le juro que no he tratado de dar el paso que usted se imagina. Lo que ahora ocurre es debido a la fatalidad que parece pesar sobre nuestra familia. El odio de usted hácia mi padre, sus antiguas persecuciones, el vivo rencor que aun le profesa, me hicieron desgraciadamente concebir la idea de que debia prescindir de usted para llegar hasta mi prima i cerciorarme de lo que podia aguardar de ella, ya que de usted solo puedo esperar todo el daño posible. Estoi, pues, dispuesto a soportar todas las consecuencias del paso que me ha salido frustrado i arrostrar toda su cólera, que no temo, a fin de que usted me escuche i sepa el verdadero propósito que me ha traído a esta casa...

—¡Qué dice este desgraciado? exclamó el anciano en el colmo de la sorpresa i avanzando hácia su sobrino con el continente amenazador.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¡me muerol... dijo una voz

ronca que hizo estremecer a los actores de aquella escena.

Era el herido, que ayudado por el sirviente de la casa, luchaba en vano por incorporarse.

—¡Un médico, un médico! exclamó la tía Margarita con tal acento de terror que causó una honda impresion en don Antonio.

Esas exclamaciones hicieron volver en sí al anciano.

Comprendió la gravedad de las circunstancias.

Se dirigió hacia el sitio en que se hallaba José, desangrando por la herida i con las facciones contraídas ya por la proximidad de la muerte.

Alberto se precipitó igualmente en socorro de la desgraciada víctima.

—Es inútil llamar a nadie, dijo el herido apretándose el pecho con sus manos crispadas... la bala la siento aquí... ¡oh! voi a morir! voi a morir!

—¡Agua! voi a traer agua, dijo la tía apartándose presurosa del grupo en cuyo centro estaba el herido.

—¡Qué horrible casualidad! balbuceó don Antonio al ver la sangre bermeja que se escapaba del pecho de aquel miserable. ¡Bien sabe Dios que disparé al acaso i creyendo que fuesen bandidos que venian a asaltarnos!

—¡Sí! ¡bandido! dijo dando un jemido de dolor el sirviente de don Jerman. Yo no trato de negar, Dios mio, que he sido mui criminal; i yo perdono al patron la culpa que tiene... en los hechos pasados. Sin él, yo no habria sido tan malo... ¡ail...

Alberto que descubria el pecho del moribundo para poner a la vista su herida, desgarrando las ropas, tembló al percibir el sentido de las frases que se le escapaban.

Don Antonio permanecia mudo, contemplando ese espectáculo horripilante.

—¡Piedad! ¡perdon! murmuró José tendiendo hácia don Antonio una mano ensangrentada.

—¡Quiera hacerlo Dios como lo hago yo! murmuró éste con acento solemne.

Un vómito de sangre acometió al herido, dió algunos ronquidos sordos i se calló.

Habia concluido de sufrir.

Las mujeres, hincadas, rezaban en alta voz.

Alberto tenia el semblante desencajado i tan lívido como el cadáver que habia caído a su lado.

Habia creído comprender el oscuro significado de las palabras que acababa de proferir el hombre de confianza de su padre.

Don Antonio, de pié, miraba al desgraciado que acababa de espirar con profunda espresion de lástima.

Permaneció un rato en silencio como los demas.

Cuando las mujeres acabaron su oracion, les señaló la puerta con un ademan tan imperativo que aquellas se alejaron en silencio.

Amelia hizo esfuerzos inútiles por sofocar sus sollozos.

Don Antonio al sentir los jemidos de su hija, la abrazó con una mirada afectuosa, pero severa.

Luego volviéndose hácia Alberto dió a su rostro una espresion de dureza i enerjía.

—¿Qué piensa usted que hagamos? le dijo.

—No lo sé, señor.—Diga usted que han venido a robarle...

—¿A robarme la honra, no es verdad, caballero?

—Si la desgracia me persigue, señor, no la aumente usted con insultos que no puedo rechazar. Con tanta razon podria usted culparme de lo sucedido como yo a usted. Por la memoria de mi madre, juro que he llegado aquí sin mas pretension que oír, de los labios mismos de mi prima, la confirmacion de la noticia que us-

ted me comunicó de una manera que me permitia dudar de que el amor que ella libremente me jurara se habia borrado en un dia de su corazon...

—Ni una palabra mas, señor mio, sobre este asunto. Ahora si usted conserva aun algun sentimiento jeneroso, ayudará a que desaparezcan las huellas de la sangre que... usted ha dado ocasion a que se derrame en mi casa. Una investigacion judicial nos perderia, i ántes que nada sufriria la honra de mi infeliz hija... ¿no es usted acaso, de esta opinion?

—Señor, haré lo que usted desee...

—Es necesario sacar ese cadáver a la calle

—Se hará, señor.

—I que se crea que ha sido atacado en ella i robado. Manuel le ayudará a usted, que yo tendré bastante que hacer aquí dentro, añadió don Antonio lúgubramente, mirando el charco de sangre negra que habia quedado cerca del lugar en que estaba el cadáver.

Aquella órden no admitia espera.

El sirviente tan pálido como el difunto, se preparó a cumplir su deber.

—I cuando usted dé cuenta de lo sucedido a su padre don Jerman, de quien me tituló usted perseguidor, agregó el anciano dirijiéndole una mirada centelleante a su sobrino, no olvide usted decirle que ese miserable me ha pedido perdon ántes de dar su alma a Dios: dígale us- que habló ántes de morir!...

Las palabras incisivas, vibrantes, terribles de don Antonio anonadaron a Alberto.

I descolorido, trémulo, vacilante, airado i lleno de confusion, se acercó al cadáver que sostenia de los brazos el fiel dependiente de su tio.

Una hora mas tarde, la luna, libre de los blancos ce-

lajes que empañaban momentos ántes su disco, derramaba su luz pálida i fria en el estenso patio de la quinta Reinal.

La brisa producía un quejumbroso rumor, ajitando las ramas de los grandes árboles.

Turco, de cuando en cuando turbaba el silencio con ahullidos profundamente tristes.

Una sombra humana con una azada en la mano removía la tierra aplanándola en seguida con su pié i con el instrumento de que estaba armado.

Hubiérase dicho que aquella sombra como el sepulturero de *Hamlet*, se daba prisa por dar término a alguna lúgubre tarea.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, los vecinos que traficaban por la calle Larga, se paraban ante un grupo de mujeres, hombres i muchachos del pueblo que rodeaban el cadáver de un hombre espantosamente desfigurado i cubierto con mui escasas prendas de ropa.

Sobre aquel cadáver no se había encontrado ni una sola moneda, ni un solo objeto de valor, ni un solo papel que indicara su nombre.

A las siete llegó la policía.

Esta señora siempre se da tono—llega a los espectáculos cuando ha pasado lo mas interesante.

Así lo decían las comadres que presenciaban aquéllo.

—A ver si ellos le vuelven al difunto sus cosas! esclamaba una, mirando colérica a los policiales.

—¡Quiere callarse la impertinente! respondió un cabo que acababa de abrirse paso a duras penas por entre el corro de curiosos. No vé usted que si ese cadáver está difunto, maldito si le harán falta sus cosas!

—I dei—dijo un chichero, afamado del barrio—uno afloja que afloja la contribucion todo el año pa que lo

despancen en la misma calle sin confesion ni auxilio!
—¡Este gobierno no sabe mas que chupar la plata del pobre!

—Ya lo credo, saltó una beata, cerrando el manto i santiguándose. Dios lo tenga al pobrecito en su santo reino.—Los cristianos aquí mueren como los perros, pues como a la policía nadie se la come, aunque se lleve roncando de noche i de dia...

—¡Uff!.... exclamó un carretero, apartando con su picana la jente para abrirse paso hasta el muerto.

—¿Eh? ¿qué quiere este entraor? dijo un paco dando un planazo con su chafarote en el nalgatorio del hombre de picana. ¿Qué no ha visto usté nunca un dijunto?

—Ese cadabre no es dijunto, que lo hei visto abrir los ojos...

—¡Diablo!

Hubo un movimiento ondulatorio entre los curiosos.

—¡I que risuella! agregó un tuno.

—¡Jesus! dijo la beata. Si le queda resuello no está finado....

I se lanzó tras de su confesor.

—Ei va esa melindrosa a trer un fraile a la merienda... dijo una libre dama que se afirmaba en el hombro de un robusto carpintero.

—Señores i señoras, exclamó a la sazón el cabo de pacos. Miéntas va *pa entro* el causante, es necesario llevar la víctima.... que ha sido asesiné alevosamente en su persona... a la declaracion del Juzgao.... ¡A ver una camilla! ¿Quién presta una angarilla con derecho a la divolucion?....

Los curiosos se apartaron.

—Vos Peiro, añadió el cabo dirijiéndose a un subalterno—agarráme un par de esos papamoscas que han

estao en el caso, pa que declaren como testigos allá.

Los curiosos escaparon a tranco largo.

—Vean la jente mieosa! exclamó el paco echando garra a una vieja i a un ciego pordiosero que no habian dejado su sitio.

—Pitea hó, al sarjento.

El *piteo* comenzó.

—Cáspita que en Quillota se saltea! Todos los dias cae uno! exclamó un dependiente de despacho miéntras se alejaba del sitio de la catástrofe.

—Cómo no han de saltear con el gobernador que tenemos! observó un ciudadano de la oposicion que oyó aquellas palabras. Ya le molerán los huesos en el *Mercurio* lo que yo les comunique este otro atentado. ¡Se asalta sin garantías a las personas honradas i se las desbalija al aire libre! ¡Bribones de gobiernistas!...

.....
La justicia levantó un sumario. Púsose en claro que el llamado José Arancibia, al parecer de cincuenta años de edad, de profesion doméstico, habia sido alevosamente asesinado i robado en la calle Larga de la ciudad de Quillota en las altas horas de la noche del dia..... sin que se hubiese podido descubrir ni capturar a los delinquentes por haber sido infructuosas las diligencias de la justicia.

El cadáver habia sido reconocido por una criada del vecino don Juan Rabil, en cuya casa se alojaba el patron del occiso, don Jerman Miranda.

El entierro fué costeadó por éste.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO XXIX.

LA VIUDA.

Estamos en pleno invierno.

Las cordilleras muestran orgullosas sus albos ropajes de nieve; los grandes árboles despojados de sus hojas semejan gigantescos esqueletos cuyos descarnados brazos sacuden las heladas ráfagas precursoras del mal tiempo; los campos empapados por las lluvias aparecen esmaltados de verde; i el cielo vése cruzado por nubes plomizas i oscuras que privan a la tierra de las benéficas caricias de los tibios rayos del sol.

Aquel invierno se hacia sentir con mayor crudeza en algunas ciudades de la costa.

Valparaiso habia sufrido recios temporales, i habia visto llegar al mes de junio soportando frecuentes i copiosos aguaceros.

Una mañana del citado mes amaneció el hermoso puerto envuelto en una niebla espesa, húmeda i fria.

Los transeuntes que se divisaban en sus calles cargaban gruesos abrigos.

Era, pues, una de esas mañanas tristes i lúgubres en que hasta los pensamientos toman una forma fantástica en armonía con lo cerrado de la atmósfera i lo sombrío de la naturaleza.

En un risueño costurero de una casita de la calle del Olivar está sentada, al amor de un brasero con carbones encendidos, nuestra antigua conocida Eujenia Valle.

Hemos llamado “risueño” aquel costurero, por cuanto estaba adornado con una elegancia sencilla i coqueta: sofá i sillas abotonadas, de repazul cielo, cortinas blancas con colgaduras tambien azules, alfombra fondo blanco con flores moradas i lacres, dos mesitas de arriño con dos pintorescas piezas de bronce amarillo sobre las cubiertas i una mesa de centro con tapete azul i flores estampadas. En las paredes, algunos grabados representando escenas marítimas.

Eujenia se entretiene en tejer una bufanda con una lana alba i esponjosa como la plumilla de nieve.

Eujenia está sumida en una melancolía profunda.

Sufre.

I el sufrimiento la hace aparecer mui bella.

Sus grandes ojos negros destellan una brillantez febril.

Sus labios aparecen húmedos i rojos como los granos de una granada.

Sus cabellos negros como las alas del tordo, constituian un precioso marco a aquel semblante encantador, del óvalo mas perfecto i de facciones tan artísticamente perfiladas.

I luego habia tal languidez, tal pureza, tal espresion de dulzura en aquella niña; se desprendia de su sér una especie de delicado perfume, de inesplicable atractivo,

que nadie al contemplarla podría resistir al deseo de hacer sonreír aquella boca, de animar aquellos ojos, de dar vida a aquella interesante fisonomía, abatida por algún pesar oculto, contristada por algún dolor intenso.

Eujenia tejía maquinalmente.

Su pensamiento vagaba en lo infinito.

Subía al cielo, bajaba a la tierra: recorría lo ideal i analizaba la realidad.

Sus impresiones ya gratas o dolorosas se reflejaban en su encantador semblante como en un magnífico espejo.

Hubo un momento en que brilló en sus ojos una mirada ardiente, en que su frente tersa se irguió serena, en que sus labios se contrajeron con una suave sonrisa; pero luego su vista se nubló, su cabeza se inclinó tristemente i sus labios se plegaron con una crispación amarga.

—¡Locura! ¡locura! balbuceó. Yo no debo esperar nada, no puedo engañar a nadie; él no sabrá que le amo. ¡Oh! qué diría cuando supiera!... No, yo ahogaré los latidos de mi corazón, el pasado no puede borrarse!...

I la niña sintió estremecerse su seno i dos lágrimas se deslizaron por sus hermosas pestañas sin que siquiera pensara en enjugarlas.

Una tos seca i dura se escapó de su pecho.

Arrojó una espuma sanguínea que la hizo llevarse el pañuelo a la boca.

Eujenia abandonó un instante su labor, se dirigió a una de las mesas de arrimo i allí bebió dos cucharadas del agua contenida en un vaso.

Era una toma homeopática.

Después volvió al lado del brasero.

—Señorita, dijo una moza coloradota i fresca que

acompañaba a Eugenia en calidad de sirviente, ya son mas de las nueve, ¿voi a casa del señor Reinal?

—¡Nada! ¡Nada! dijo a ese tiempo una voz desde la puerta. No hai para que ir... mi salud va mejor. Héme aquí, hija mia. ¿Cómo se siente esa personita?

—¡Oh! ¡señor! Qué imprudencia comete usted saliendo con tanto frio; esto le probará mal.

—Al contrario, al contrario. El frio me entona los nervios, i este paseito a pié, que no hacia muchos dias, me sentará, no te quepa duda.—Niña, vete a tus quehaceres, agregó don Antonio, dirijiéndose a la criada.

Esta salió.

Don Antonio ha sufrido una notable transformacion en los últimos meses transcurridos.

Ha envejecido visiblemente.

Su cuerpo está flaco.

Su semblante enjuto i rugoso.

Ya se vé que ha tenido muchos dias de cama i displicencias continuas.

¡Achaques de la vejez! segun él mismo dice a sus hijos: i hablamos en plural tratándose de los hijos de don Antonio, porque hace ya mas de tres meses que su primojénito Ricardo le acompaña.

—Vamos, agregó el anciano mirando fijamente a Eugenia: siempre triste, siempre con ese aire de melancolía... ¿Nunca acabará eso? Sábetete que si sigues así, los papeles se cambiarán. En vez de ser tú la que dia a dia mandes saber de mi salud, tendré yo que mandar a informarme cuando no pueda salir.... Bueno... ríete ahora... que esa cara tan mona te la ha dado Dios seguramente para la alegría i no para que partas el alma a los que te miren.

—¡Oh! señor... ¡que no le viera yo siempre a usted con ese humor!

—¡Bah! No es por lisonjarte, bien lo sabes, que yo no lo hago ni aun con mi hija... A propósito, Amelia quiere pasar hoy el día contigo. Estos días nebulosos deben pasarse acompañados: te aguardan a almorzar... Ponte un abrigo i adelante... Yo mientras tanto te aguardaré aquí al lado del fuego... ¡Sabes que tú no debes calentarte? Ya te lo he dicho... este calor artificial... puede hacerte daño...

—¡Siempre bondadoso! Nunca hallaré con que pagar a usted... Ah! si no fuera por usted, por su familia!...

Eujenia se detuvo, pues conoció que la emoción le iba a embargar la voz...

—Vaya, ¿volvemos a la manía? A vestirme i punto final.

Don Antonio se sentó en la silla que acababa de dejar vacía Eujenia, i estendió sus delgadas manos para recibir el calor de las áscuas.

Eujenia salió.

Pero ántes de salir cubrió al anciano con una mirada tímida, dulce, elocuente, húmeda de cariño i gratitud.

Don Antonio vió aquella mirada i se sonrió tristemente.

—¡Qué no pueda yo salvarla! murmuró.

I algo como el fulgor de una esperanza, brilló en sus ojos.

Pero luego tomó asiento en ellos una profunda expresión de pena, de esa pena honda i punzante que martiriza el alma sin descanso cuando se la experimenta.

Al volver Eujenia, sorprendió en el anciano aquella expresión.

I se conmovió a su vez profundamente.

Había visto que en las pupilas extraviadas de aquel ardía un fuego sombrío.

Se reprimió sin embargo.

—Estoi pronta, dijo diseñando en sus labios una sonrisa pálida como un rayo de luna que luce entre dos nublados.

—¡Hechicera! respondió el anciano.

—Dale con los cumplidos.

—¡I cuando pienso que te alindas así en ménos de un minuto!

Eujenia llevaba un sencillo traje de gros negro, cubierto con una capa de paño con abalorios i cuentas del mismo color.

—¿A pié vamos, señor?

—Ya tomaremos un coche; lo pescaremos en la calle. Dile a tu muchacha que no te aguarde hoi, nos perteneces hasta la noche.

—Descuide usted. Ya está avisada.

Eujenia ofreció sonriéndose su brazo a don Antonio i ámbos salieron de la casa, dejando cerrada la puerta.

En la esquina de la Merced, encontraron un coche vacío i subieron en él.

Don Antonio vivia en una magnífica casa de la calle de la Victoria.

Miéntas llegan a ella ocuparemos al lector un breve instante para imponerle de la situacion de Eujenia.

La niña, cumpliendo la pãlabra que diera a su jeneroso protector, abandonó a Santiago tan pronto como recibió una carta de don Antonio en que este le comunicaba que ya le tenia lista una casita para hospedarla.

Eujenia llegó sola a Valparaiso.

La mujer que la acompañaba se negó a seguirla con fútiles pretextos.

Fué aquel otro desengaño para la pobre criatura, que se creia lealmente amada por aquella mujer.

En la estacion aguardaba don Antonio a su protegida.

Con una solicitud verdaderamente paternal, la instaló en su casita.

Allí encontró Eugenia todo cuanto podia desear en su situacion.

Un saloncito, un costurero, un dormitorio, un comedor perfectamente amueblados, sin lujo, sin nada superfluo, pero elegantes en su sencillez.

La cocina bien provista de utensilios i la despensa de provisiones,

La criada que ya hemos visto, aguardaba a su ama con las once servidas.

Eugenia despues que hubo visto todo aquello, echó sus brazos al cuello del anciano i derramó abundantes lágrimas.

Su gratitud no tuvo palabras para manifestarse. Aquella expansion, conmovió mas al buen 'viejo que lo que pudieran haber hecho todas las palabras del diccionario que sirven para manifestar los tiernos afectos del alma.

—Bueno, hija mia, dijo con voz temblona: créeme que este momento me hace feliz, mui feliz. He estado mui triste este tiempo i me voi ahora consolado.

Soy yo el que sirviéndote, recibo un favor: ya comprenderás esto algun dia. Necesito hacer el bien... i tu eres un ángel.

Ahí en la mesa de tu costurero hallarás algunas monedas para tus gastos. Te he dejado lo mui necesario, porque te conozco demasiado para comprender que tu no querrás ser sino mui económica...

Eugenia sintió que se teñian de encarnado sus mejillas.

Ardia su cara.

No era de soberbia, no era de orgullo, pues estaba resignada a su suerte i tenia el alma llena de reconoci-

miento por las bondades i la delicadeza de aquel anciano.

Era sí porque se creía indigna de aquella estimación, de aquel afecto que se le brindaba tan noblemente.

Ella había aceptado ántes el dinero que no era de la caridad, de esa virtud que todo lo sublima, hasta la humillación misma!

Por eso el rubor de la vergüenza había coloreado su rostro.

Don Antonio quiso dejar entónces sola a la niña i se levantó para despedirse.

—Una palabra, hija mía, le dijo, ántes de marcharme: ¿cómo se llamaba tu abuelo materno?

—Matias Sanchez, señor.

—Bueno. Ese será tu marido... difunto. Esto está convenido contigo, lo debes recordar, hija mía.

Aquí nadie sabrá otra cosa.

Es necesario que todos te conozcan por viuda de Sanchez ¿entiendes?

Esta noche te abrazarán mi cuñada i mi hija Amelia.

I don Antonio había besado en la frente a su protegida, sin hacer caso de los sollozos que se escapaban del pecho de la niña i las lágrimas que cegaban sus ojos.

Aquella noche don Antonio cumplió su palabra.

La tia Margarita abrazó a la jóven morena de grandes ojos i rostro melancólico.

Amelia abrazó i besó a su nueva i simpática amiga.

Aquellas dos niñas se amaron porque debian amarse.

Eran dos almas gemelas.

Virgenes de todo sentimiento impuro; ricas de ternura, de pureza, de arranques nobles, de abnegación sin fin.

La una magnetizó a la otra con el hechizo imponde-

table de la belleza física realzada por la belleza del espíritu.

Entre las dos habia otro lazo mas—la desgracia—lazo que une mas estrechamente los corazones que la felicidad i que cuanto afecto puede concebirse.

Ambas habian sido engañadas en su primer amor—poco importaba que lo hubieran sido por causas bien diversas.

El corazon no ratiocinia—siente i nada mas.

La primera flor de la esperanza, nacida en sus almas puras, habia sido deshojada harto temprano.

I ámbas habian llevado oculta en los pliegues mas profundos de sus cándidas almas la imájen de un mismo hombre.

¿Ambas acariciaban aun algun débil reflejo de felicidad? ¿ambas alimentaban el mismo sentimiento de repulsión por el que habia tronchado sus ilusiones, sus sueños de oro?

¡Quién sabe!

Nada podian comunicarse aun.

Amelia, bueno será que lo advirtamos, sabia solo de su compañera lo que debia saber una niña inocente: lo que su padre le habia dado a leer i le habia comunicado.—Sabia que su primo habia jurado amor a aquella niña i la habia burlado mas tarde, despreciándola por ella.

No sabia mas.

Ni deberia saberlo, pues don Antonio advirtió mui pronto a Eugenia de su intento, contándole que habia forjado algo en la historia que habia referido a su hija para esplicarle la finjida viudez de su amiga, exigiéndole al mismo tiempo reserva absoluta para todo el mundo.

Amelia lo creyó todo, puesto que se le decia su padre, i juró no confiarlo jamas ni a su confesor.

Don Antonio quedó así libre de preguntas indiscretas, i Eujenia aliviada de un gran peso.

Aunque bien visto, aquella inocente mentira, conveniente i necesaria al mismo tiempo, fué mas tarde motivo de gran pesar para Eujenia.

—Oh! ¡si ella supiera! ¡si ella supiera! exclamaba la infeliz i noble criatura al recibir las sinceras caricias i las íntimas confianzas de su amiga.

I esta consideracion quemaba el alma de Eujenia, porque le asaltaba la duda de que su amiga, que la creia tan pura, quizá no la estimaria, ni la juzgaria digna de su amistad i de sus confidencias si supiera su secreto, la terrible verdad de su situacion.

CAPITULO XXX.

LAS DOS AMIGAS.

Don Antonio Reinal habia puesto su casa en un magnífico pié. A la llegada de su hijo Ricardo, se habia ocupado detenidamente de negocios i habia llegado al convencimiento de que sus esfuerzos habian sido coronados por el éxito.

Peseia una regular fortuna.

Las entradas de sus fundos de campo agregadas a las ganancias obtenidas por su hijo en la capital del Perú, mediante las buenas relaciones de la casa de Calm, le permitian vivir con desahogo en Valparaiso.

Don Antonio habia meditado sobre la necesidad de procurar a su hija distracciones i placeres, i se habia decidido a aumentar sus relaciones.

Montó su casa lujosamente, i abrió sus salones a la sociedad porteña.

Una magnífica tertulia ofrecida con el pretesto del arribo de su hijo, llevó a su casa un buen número de familias distinguidas.

La obsequiosa franqueza con que recibia a sus amigos el anciano Reinal, la exelente reputacion de que gozaba en el comercio su hijo Ricardo, i la gracia i la belleza de que estaba dotada Amelia, hicieron en

poco tiempo que los jóvenes de mas valer solicitasen el favor de serle presentados.

La casa de don Antonio llegó a ser así una de las pocas de Valparaíso en que se gozaba durante las noches de los atractivos de una tertulia de confianza.

En esas reuniones no tardó en brillar Amelia.

Era el alma de esas sencillas fiestas.

Su distinguido talento en el canto i la música, su variada instruccion, lo ameno de su conversacion i el encanto poderoso de su hermosura, la constituian de hecho en la reina del salon.

Habíase esparcido ademas la voz de que su padre era poseedor de una bonita fortuna, i esto la rodeaba de una brillante aureola que realzaba poderosamente los muchos méritos que nadie ponía en duda.

Don Antonio estaba orgulloso de su hija.

Amelia necesitó al principio de mucha fuerza de voluntad para no demostrar a su padre que aquel nuevo jénero de vida no la halagaba en manera alguna.

La niña habria preferido la existencia de sosiego i de retiro a que habia estado acostumbrada: pero insensiblemente el sacrificio se le iba haciendo menos penoso, a medida que conocia que sus nuevos deberes eran un obstáculo para entregarse a sus pensamientos llenos de amargura i de melancolía, i que paulatinamente las distracciones volvian a su espíritu la calma i la serenidad perdidas.

A medida que el pasado se alejaba, la niña sentia renacer una vaga i dulce esperanza de bienestar, que no hallaba a qué atribuir, o mas bien, la atribuía a muchas causas, menos a la verdadera.

¡Oh! el corazon humano tiene arcanos insondables!

Creia que el cariño que le profesaba su hermano Ricardo, la afabilidad con que la trataba su buena tía, i el

amor infinito de que la rodeaba su padre eran el salutífero bálsamo que de un modo maravilloso iba cicatrizando las heridas que abriera en su corazón el cruel desenlace de aquel amor que había alimentado por su primo.

Reia, cantaba, se alegraba, hacia visitas, iba al teatro, a las tertulias porque se imaginaba que con ello procuraba un placer a los que vivían a su lado.

No pensaba siquiera en que todo eso modificaría los tristes recuerdos del pasado que ocultaba en el fondo de su alma.

En su inocencia e inesperienza de la vida, no podía sospechar siquiera que el tiempo destruiría sus sufrimientos.

No sabía que el dolor de la mañana puede ser borrado por el placer de la noche.

No contaba con que cada día que transcurre, cada hora que se pierde en la eternidad, teje el admirable i precioso velo que concluye por ocultar a la memoria los acontecimientos que nos hicieron estremecer de dolor o de alegría.

¡El olvido!

He aquí la gran palabra. Ella existe i ella gobierna al mundo.

Es una ola que crece, que crece, sombría, fría, terrible i todo lo que toca lo apaga, lo descolora, lo sumerge en tenebrosa oscuridad.

Sin el olvido ¿qué sería de la criatura?

Perpetuad los dolores, los sufrimientos... hariais del mundo un infierno, un tormento eterno mas terrible que todos los concebidos por Dante en su obra inmortal.

Amelia, pues, participaba de las distracciones que le procuraba su padre con repugnancia i forzosamente al principio; pero a medida que iba olvidando hallaba en

aquellas distracciones cierto encanto secreto que alijeraba su corazon i le hacia concebir un pálido reflejo de felicidad para mas tarde.

A medida que de su memoria se borraban los rastros de la decepcion que mató su primer amor, i la imájen de Alberto iba apagándose i debilitándose por grados, surjia en su corazon una esperanza risueña i otra nueva imájen cobraba colorido...

Asi la encantadora niña, sin mirar hácia atras, seguia por donde se la queria llevar.

Pero... nos parece oportuno continuar.

Cuando Amelia vió a su amiga Eujenia que subia la escalera de su casa al lado de su padre, se lanzó a su encuentro i la estrechó en sus brazos.

—¿Es posible, amiga mia, que hagan hoi nueve dias mortales a que no ponias los piés en esta casa? ¿Qué te hemos hecho, dí, para que nos olvides hasta este punto? ¿Verdad que no tienes disculpa?

—He estado algo mal estos dias... Amelia... pero tú no puedes dudar que he deseado verte... He mandado saber de tí...

—¡Saber de mí! Vaya con el afecto!

—Bueno, bueno, dijo don Antonio, desenvolviendo lentamente de su pescuezo una gruesa corbata de lana; hé aquí ya a esta señorita pronta a dedicarnos el dia i quizá.... la noche para satisfacernos.

—¡Oh, señor!

—Sea como quieras: volverás a tu agujero ántes de anoecer, ya que sobre este punto eres intransijente. Adentro, adentro, hijas mias, sopla cierto airecillo por esa escalera que trasmína los huesos...

Todos entraron a una sala con puerta al pasillo de la escalera i con balcones a la calle.

Los muebles, la alfonbra, los cuadros, los cortinajes de las ventanas, eran ricos i elegantes.

Una pequeña estufa mantenía una agradable temperatura.

Dos floreros llenos de flores del tiempo acabadas de renovar, prestaban al ambiente una fragancia deliciosa.

Las dos niñas se sentaron en un sofá la una junto a la otra.

Don Antonio se dirigió a sus aposentos diciendo a Eugenia:

—Vaya... me voi; tienen ustedes para hablar una hora larga. Yo también estoi tomando, hija mia, ciertos polvos recetados por el doctor Box que dicen tienen el poder de abrir el apetito. Ya vermos en el almuerzo, hasta luego.

—Que Dios ayude al doctor, señor, i esa medicina le prueba bien.

—Gracias por tus deseos. Voi mejor, mucho mejor.

Apenas salió el anciano, Amelia tomando entre las suyas una mano de Eugenia le dijo:

—Ansiaba verte. Anoche estuve en el teatro.

—¿I qué?

—No te imajinarás nunca a quien ví en la platea.

—¿Apuesto a que sí? respondió Eugenia sonriendo tristemente.

—Convenido. ¡Cuando yo sé que no adivinarás!

—¿Has visto.... a Alberto?...

—¡Ah! ¿lo sabias ya? pero cómo has podido tú que no sales...

—Nada mas sencillo, replicó Enjenia. Hace dos dias me entregaron un papel de parte de él...

—¿Se ha atrevido a escribirte? Es increíble...

—Contenia solo dos líneas. Me suplicaba que tenien-

do que solicitar de mí un gran favor, le permitiera presentarse en mi casa...

—Pero tú no le habrás contestado.

—Al contrario... Hoi debo recibirle.

—¿Tú? ¿estás loca, amiga mia?

—No habria sacado nada con una negativa.

Si él desea hablarme, atropellaria por todo i se presentaria en mi casa, consintiéralo yo o no. He querido evitar ésto i ayer he mandado una carta al buzón con las señas que me indicaba, diciéndole que esta noche a las ocho le aguardaria.

Eujenia dijo estas palabras con su tono natural i como si se tratase del asunto mas indiferente.

Pero ellas hicieron gran efecto en su interlocutora, que dejó reflejarse la sorpresa en su rostro.

No fué esto solo.

Soltó la mano de su amiga, que acariciaba entre las suyas, i abandonando la espresion lijera i versátil que tenia un momento ántes, dijo con aire sério i con cierta especie de asombro:

—Tú no has sido franca conmigo. Tú me ha ocultado que aun conservabas... estimacion... por mi primo. Deseo que todo te salga bien i que llegues a escucharle con gusto... ya sabes que por lo que a mí respecta ha concluido todo... solo quedan cenizas de lo pasado....

Una sombra oscureció la frente de Eujenia.

Una nube de rubor coloreó su rostro.

Poco despues una espresion tiernísima de melancolía se estendió como un velo sobre sus graciosas facciones.

—No eres justa al juzgarme, dijo con voz impregnada de dulzura. Me duele el alma que puedas atribuir, como he creído comprenderlo por tus palabras, alguna causa interesada en lo que he hecho.

Esto me obliga a hablar con mas franqueza de la que quisiera.

Yo, al recibir aquel papel, medité la clase de favor que Alberto podria implorar de mí, i es tal la certidumbre que tengo de que ese hombre jamas me ha amado, que no me ha sido difícil formarme idea de que para nada entraré en lo que irá a pedirme. Involuntariamente tu recuerdo se presentó a mi imaginación...

—¡Eujenia!

—Sí, amiga mia. He pensado en la manera como estaba escrita aquella carta; en que si Alberto ha sabido donde vivo, es porque me habrá seguido; i como no salgo a otra parte que aquí... Tambien puede haber encontrado a tu papá alguna de tantas veces que se molesta yendo a verme.... Alberto, pues, me dije, está seguro de que yo soi amiga de Amelia i vendrá a pedirme informes o algo que tenga que ver con ella.

—¡Oh! te equivocas. Alberto no necesita saber mas de lo que sabe acerca de mí. Despues de lo que sucedió en Quillota i de las cartas que escribió a mi tia... debe comprender que ninguna relacion puede continuar entre nosotros... seria causar la muerte de mi papá i perder el cariño de Ricardo... Luego él ¿no estará mas bien arrepentido de su conducta para contigo i deseará solo pedirte que le perdones?

Yo creo, amiga mia, agregó la niña con acento insinuante, que puede mui bien que te haya amado o te ame todavía.... ¿no eres tú mui bonita i mui graciosa? ¿no eres casi irresistible, picarona? Ya ves tú lo que dice mi hermano...

—Amelia, por favor, no hagas broma de ésto, que es mui serio, dijo Eujenia con una palidez letal. Tú estás mejor que nadie en aptitud de juzgar a Alberto i no puedes dudar que él te ama i que es obstinado. Yo no

sé lo que hará, lo que pensará poner en obra; pero desde que él está aquí, desde que sabe que permaneces sin que se diga que amas a otro, no desistirá de su empeño. ¿Quién nos dice que no está creyendo que tú le conservas el mismo afecto de ántes en el fondo de tu alma, aunque no lo confieses por no contrariar a tu padre? I si es así, Alberto te seguirá, se valdrá de mil medios para hacerte comprender que léjos de olvidarte, cada día crece su amor hácia tí.

Yo conozco mucho a tu primo.

¡Ai! he tenido una triste experiencia de lo que es su carácter: la contrariedad le estimula, no puede soportar que nadie se le oponga en nada. Creo, i perdóname que lo diga, que si Alberto no te hubiera tenido el gran amor que es seguro te tiene, habria bastado que alguien de tu familia le hubiera querido hacer desistir o le hubiera demostrado disgusto, para que él hubiera redoblado sus esfuerzos i llegado ademas a concebir una verdadera pasion.

—Amiga mia, me causas miedo con tus suposiciones i me haces pensar en lo que nunca habria podido imaginar siquiera. Tú sabes que cuando Alberto me conoció, mi papá no le queria, como no le ha querido despues. Por otra parte, sus visitas anuales las hacia pretestando viajes a otros puntos, porque su padre no las supiera, pues conocia la malquerencia que mediaba en nuestra familia. Quien sabe si esto, como tú dices, le hacia solicitar mi afecto i empeñarse....

—No, no, Amelia, tu vas mui adelante en tus sospechas. No, tú primo te ha amado, no hai duda que si. En ese tiempo, despues de sus viajes, era cuando aumentaba su preocupacion, cuando no hacia caso alguno de mí.... i yo, que le queria entónces, atribuia a causas distintas su conducta.

Mira, nos vamos distrayendo del punto principal. Te decia que al presente, en el estado en que se encuentra Alberto contigo, es mas que seguro que conserve alguna esperanza i que crea que amándole tu, podrá aguardar cualquier circunstancia favorable para obtener mas tarde su objeto.... Entónces, nada mas cierto que despues de descubrir que yo he sido acogida por tu padre i que no ignoro nada de lo que te concierne, haya pensado que podré imponerle de lo que tanto debe interesarle...

¿Crees esto del todo falto de razon?.... Puede tambien que creyéndome la causa hasta cierto punto directa de la severa medida tomada por tu papá, quiera hacer pesar sobre mí sus recriminaciones i comprometerme a que le ayude a reparar el mal que por mí le ha venido....

—¡Oh! ¡Eres terrible!

—Bien sabe el cielo, querida Amelia, que estos pensamientos me han venido despues de mucho meditar durante las interminables horas de una noche de vijilia, i en mi ansia por serles útil en algo, de no causar la menor desgracia, el menor motivo de disgusto a mi protector tan noble i jeneroso i a su querida hija... tan bondadosa para con esta desgraciada, a quien trata con el cariño de una antiga amiga....

—De una hermana... sí... tú eres mi hermana, Eujenia, i debes mirarme como tal...¿no te quiere mi papá como a su hija, i no mereces todo nuestro afecto?

Eujenia al oir esta esclamacion espontánea de Amelia, que habia brotado de su corazon con ese sello de verdad, con ese acento de ternura que conmueve i halaga lo mas íntimo del alma, tuvo un instante de felicidad que iluminó su melancólico rostro con un brillante lampo de alegría.

La jóven abrió sus brazos i estrechó a su amiga con-

tra su corazon, rozando con sus labios trémulos la hermosa i pálida frente de Amelia.

Ese rasgo mudo de profunda sensibilidad hizo latir de satisfaccion el corazon de aquella otra criatura, que se veia comprendida sintiéndose orgullosa de inspirar el mas tierno i desinteresado de los afectos.

Cuando ambas amigas cruzaron una mirada húmeda por la emocion, dejaron vagar en sus labios una sonrisa llena de seductora gracia.

—¡Qué tonta soi! exclamó Amelia con aire jugueton. Yo queria verte para hablarte de cosas alegres, porque el dia está triste. Dejemos a un lado nuestros recuerdos ¿no te parece?... Nada, nada... de Alberto... ni de otros tiempos... Dime: ¿nunca lograremos que vengas de noche a oir música, a oir canto?... Mira, sé mucho nuevo, como que estudio dos i tres horas al dia...

—Una palabra aun, te lo ruègo...

—Con tal que sea la última.

—La última.

—Dí.

—Estás resuelta... resuelta ¿entiendes? a romper con el pasado?

—No te comprendo bien...

—Si te faltara tu padre ¿lo que Dios no permita! ¿reviviría tu inclinacion por tu primo? ¿le amarias lo suficiente para casarte con él?—Perdona, amiga mia, pero te pregunto esto por tí, por tu bien, para el caso que pudiera influir en algo... mas tarde.

—¡Dios mio! ¿Qué quieres que te diga? ¿Sé yo misma si me engañé ayer o si estoi engañada ahora?

Pero si no puedo leer claramente en mi corazon, te diré que mi mayor afficcion ha pasado... i que ahora que veo que mejora la salud de mi padre, que suelo verle alegre... no siento el desencanto que me hizo sufrir

i llorar durantè tantas noches en que el sueño me abandonaba... Léjos, léjos de mis primeras ilusiones... Alberto me parece que no me ha amado...dudo... he llegado a creer que yo misma confundia el cariño de primo... con... Ya ves, Eujenia, no sé lo que haría... luego contariar la voluntad de mi padre, la de Ricardo...aunque fuera despues... Oh! no podria....

—Estás curada de la enfermedad, mas de lo que yo creia.—Amelia, tú has dejado de querer a tu primo: tu alma como la mia... fué seducida por las apariencias... Has visto que Alberto no correspondia a tus secretas aspiraciones, al ideal de tus sueños: has deseado olvidar i serás feliz porque olvidarás, no tengo la menor duda...

—¡Ah! ¿i tú?

—¿Yo?...

—Sí, tú ¿no dices que tu alma es como la mía i que Alberto... nos alucinó...?

—¿He hecho esa comparacion? Mira... yo estoi loca a veces... no me escuches. Yo no podré amar a nadie... a nadie... Tu sí, tu amarás, serás feliz, tú lo mereces, el cielo debe premiarte... Bueno, ya sé lo que queria... ¿No me decias que habláramos de otra cosa.... ¡ah! anoche estuviste en el teatro, cuéntame si te gustó la pieza Yo no iré el teatro tampoco, pero leeré las comedias....

—¿Pero qué tienes, amiga mia? esa tos... me das pena con ese aire que has tomado... tu sufres... tu no ves médicos... Yo le diré a mi papá, a Ricardo, es necesario hacerte tomar medicinas.

—¡Chit!... ni una palabra, por favor... no tengo nada, es el aire frio de la calle, i como aquí está tibia la atmósfera...

—¿Te hace mal la estufa? ¿Quiéres que vamos al sa-

lon? Mira, tengo un álbum que mostrarte... un regalo...

—Eso es, vamos. ¿Será mui bonito? ¿Quién te lo ha dado? Soi curiosa, efecto de mi educacion en pueblo chico...

Eujenia trató de sonreir i se llevó el pañuelo a la boca para reprimir la tos que la atormentaba.

—Me lo trajo Calm... el amigo de Ricardo... a nombre de su mamá... respondió Amelia con las mejillas encendidas por un suave tinte de rubor.

Eujenia sorprendió ese síntoma en su amiga i se sonrió sin esfuerzo.

Esa sonrisa aumentó la lijera turbacion de Amelia.

Pasaron al salon.

Allí Amelia mostró a su amiga un álbum magnífico de concha de perla, con finísimas incrustaciones de oro i carei. En la primera pájina se leia el nombre de Amelia i la firma de la señora que se lo obsequiaba.

—¡Qué hermoso es esto! exclamó Eujenia.

—¿Verdad que es mui lindo?

—I cómo se conoce que la madre ama a su hijo ¿no?

—¿Por qué?

—Porque tambien parece amar a las personas a quien él ama...

—¡Tonta!... dijo Amelia con el rostro mas i mas encendido.

—¡Ah! ¿estabas aquí, hermanita?—Señorita celebro ver que al fin se ha acordado usted de que tiene aquí amigos, dijo una voz varonil desde el dintel de la puerta de la sala contigua al salon.

—¿Eres tú, Ricardo? dijo Amelia. Aquí estamos haciendo hora para el almuerzo... puedes entrar, puesto que no estorbas.

—¡Gracias!

—No lo tomes así, es una chanza. Eujenia ya me habia preguntado por tí i creo que se alegrará de verte.

—Amelia tiene razon, dijo Eujenia con voz balbuciente... Me habia informado de su salud... durante estos dias...

—Aprecio a usted infinito esa atencion i por mi parte me tomo la libertad de preguntarla como se ha sentido durante la mortal semana que acaba de trascurrir ¡es usted mui amiga de hacerse desear!

El jóven tendió con desembarazo su mano a Eujenia. Al tocar la de la niña sintió que estaba húmeda i fria.

Clavó sus ojos en la jóven i vió que una densa palidez acababa de reemplazar al color sonrosado que un momento ántes tenian sus facciones.

CAPITULO XXXI.

DE COMO ES MUI DIFICIL OCULTAR EL AMOR.

Bajo la presion de los delicados dedos de Amelia, el magnífico piano de Herz que adornaba el salon de don Antonio, llenaba el aire de alegres armonías.

Eujenia, sentada en una comfortable de brocado color de oro, inmediata a una de las colgaduras de las ventanas, recibia los suaves reflejos de la blanda luz exterior, en la que voltejeaban los sutiles átomos de la niebla estendida desde la madrugada sobre la ciudad, i que ya comenzaba a disiparse.

Próximo a la niña se hallaba el hermano de Amelia.

Era Ricardo Reinal un jóven alto, elegante, desenvuelto, de fisonomía agraciada i espresiva. Tenia con su hermana ese notable parecido que se llama aire de familia.

Los viajes continuos i la vida independiente que habia llevado aquel jóven desde temprana edad, le habian dotado de un trato fácil i ameno: poseia esa cortesanía delicada que da a cada cual ni mas ni ménos de lo que tiene derecho a esperar.

El jóven Reinal, de continente noble, severo i simpático, de distinguidas maneras, de conversacion siempre variada e interesante, de jeneroso i valiente corazon, era

mui estimado por sus amigos i en todas circunstancias bien acogido por las mujeres.

Miéntas Amelia arrancaba del piano raudales de notas, que iban a vibrar sonoras en los oídos de los jóvenes, sostenían ambos una conversacion hacia rato principiada.

—Es la verdad, decia Ricardo con animacion, usted pasa como un ave en su jaula: usted no sale, no recibe, no busca distraccion alguna, i así no puede vivirse en el mundo cuando se tiene una naturaleza rica de juventud i de belleza: ¿qué deja usted entónces para los viejos? Por mas que busco, no hallo disculpa a su retiro, a su egoísta aislamiento.

Usted necesita aire, luz, ruido, impresiones siempre nuevas para sacudir esa apatía que se ha apoderado de su ánimo i que en vano trato de explicarme. De nó, en la soledad languidecerá, enfermará como esas flores que crecen en la sombra i que pierden su color i su perfume ántes de alcanzar su desarrollo. ¡Oh! Es necesario que usted atienda nuestros consejos. Así recobrará la vida que se aleja de su semblante i disipará pronto esa especie de melancolía que la inclina a la soledad, la soledad que es capaz de enfermar al alma mas fuerte.

Si usted sufre con la memoria de algun ser que le fué querido... no debe por eso abandonarse de lleno a su pesar...

—No, caballero, le aseguro que no es eso. Yo misma no me doi cuenta de lo que siento. Circunstancias mui desgraciadas me han separado de mi familia, de mi madre, de todo lo que constituia mi felicidad...

—¿I no es nada mas que eso...? repuso el jóven clavando su vista en la niña i dando un sentido malicioso a su reticencia.

—Le aseguro que este es el principal motivo... dijo Eujenia con voz apagada.

—Recuerdo que cierto primo nuestro... que no fué a usted indiferente... no estará exento de culpa en la situacion de usted.

—¡El!

—¿I qué tendria esto de extraordinario? ¿Acaso podemos mandar al corazon i hacer que se borre la imájen que el amor ha impreso en él?

—¡Oh! no, usted no puede pensar que yo lo amo, no lo cree, estoi segura de eso.

—Entónces usted me hallará razon para que me confunda al no encontrar una causa para explicarme lo que le sucede. ¿Es acaso la memoria de su marido la que se levanta entre usted i su felicidad, la que la sume en esa tristeza de que nadie ni nada pueden sustraerla? Sea franca i esplicita, se lo suplica un amigo interesado en lograr su curacion i que asume en este instante el papel de médico... moral, a riesgo quizá de pasar por importuno; pero, qué quiere, es un empeño tan justo el mio, es tan natural que tratemos de interesarnos por la suerte de las personas que nos son simpáticas o queridas por cualquier título.

La voz del jóven tomó un acento afectuoso, dulce, insinuante.

Eujenia veló sus grandes ojos con sus hermosas pestañas; sus mejillas se tiñeron de un encarnado febril, i su seno se ajitó violentamente como las aguas tranquilas de un lago a las primeras ráfagas del viento de tempestad.

Sus labios se agitaron tambien, pero no brotó de ellos la menor palabra.

Aquella criatura apuraba un tormento indefinible.

La mentira le repugnaba. Se sintió incapaz de soste-

ner un engaño en que ella no había convenido sino a trueque de complacer a su protector i sobre el que nadie le había dirijido aun la menor alusion. Decir la verdad le era tambien de todo punto imposible: el secreto no era suyo solamente; pertenecia en gran parte a don Antonio, quien le había exijido el silencio para cohonestar la intimidad de los suyos ante las jentes que tuvieran ocasion de notarla.

Afortunadamente para la niña, Ricardo al ver su vacilacion, al observar su creciente confusion, interpretó su silencio de una manera hartó favorable para ella, i dió un rumbo distinto a sus ideas.

—Confieso, dijo el jóven, que a veces'estoi tentado de dar crédito a las suposiciones de mi padre. El me ha esplicado que el retiro absoluto en que usted se mantiene de la sociedad proviene de los modestos recursos que tiene a su alcance. Lo que a usted debe aflijirla, entónces son circunstancias pasajeras que pueden desaparecer mas pronto o mas tarde. Ser orgullosa a la manera que lo es usted, tener el noble orgullo de su dignidad, es a mis ojos un nuevo motivo de aprecio. Sí, usted huye de todo trato, rechaza los halagos de la sociedad porque teme no ser en ella apreciada i distinguida como tiene derecho a serlo. Cuando se es tan bella, tan noble, i tan pura como usted, debe temerse ser el blanco de la crítica de mujeres maldicientes o el objeto de los estúpidos obsequios de esos mozos que miran como una fácil conquista la de la mujer que no reúne a sus dotes personales el aliciente de una gran fortuna.

—Ah, ojalá pudiera corresponder a la opinion que usted tiene de mí; pero debo confesarle que no merezco sus elojios, no, jamás le dejaré creer...

A este tiempo Amelia produjo un acorde final, raudó, poderoso, rápido.

La vibración cesó a poco.

La frase espiró en los labios de la niña.

Ricardo abrazó a Eugenia con una mirada de fuego.

Por su parte ésta miró frente a frente al jóven, que se sintió profundamente conmovido.

Esa mirada había sido estraña.

Reflejaba gratitud, ansiedad, júbilo, una dulzura infinita, inmensa.

Hai miradas que valen un millon de frases.

Son miradas magnéticas, chispeantes, de un poder, de una fuerza, de una elocuencia irresistibles.

El alma blanca de la niña, su alma pura como un rayo de luz se habia transparentado en sus ojos.

Eso duró un instante.

Amelia recorrió de nuevo el teclado i resonaron los alegres compases de un hermosísimo vals de Hanssens.

Ricardo se aproximó a Eugenia.

El jóven habia sentido un estremecimiento de placer, un momento de suprema satisfaccion que embrolló sus ideas al leer en la mirada de Eugenia lo que pasaba en su alma.

—Gracias, mil veces gracias, dijo con voz conmovida; usted me ha dejado adivinar algo que me hace mui dichoso. ¡Oh! yo lograré que cambie de hábitos, que desee vivir, que ame la existencia!

—No sé lo que usted piense, dijo la niña presa de una visible turbación, pero nunca olvidaré el interes que me manifiesta, nunca mientras viva... cómo tampoco olvidaré las bondades de todos los de su familia.

—Yo deseaba ardientemente hablarla como ahora... pero ¡qué se yo! he tenido miramientos, he trepido temeroso de ver disipada mi felicidad...

—¿Su felicidad?...

—Sí, mi felicidad; porque me habia preocupado

de buscar causas imaginarias a la tristeza, que usted revela... creía que algun recuerdo.... que la imájen de algun hombre... nada.... Ahora me siento feliz, presiento, conozco que usted podrá ser para mí lo que he ansiado desde que la traté, desde que la ví....

—Ricardo, usted no siente lo que dice, no puede ser... se alucina... Yo no podré jamás ser para usted otra cosa que una amiga.... una hermana....

—¡Hermana!.... Eujenia: no luche en vano por engañarme.

—¿Yo?...

—Usted ha conocido demasiado la impresion que me domina. Usted sabe que la amaba... que la amo... i yo hace un instante lo he sorprendido en usted... lo he leído en sus ojos... Sin ser un fátuo, creo que usted me colmará de dicha diciéndome que no le soi indiferente... sí, usted me lo dirá... su misma turbacion...

—¡Nó! ¡nó!...

—Por compasion, Eujenia: ¿debo esperar que corresponderá a mi afecto?

—¡Nunca!...

I la niña, pálida i trémula, se levantó de su asiento con las manos estendidas de una manera suplicante.

Aquel *nunca!* habia salido de sus labios blancos como la cera, semejante a un grito de una alma destrozada por el dolor mas punzante.

Fué algo como la esclamacion desesperada del delincuente que se vé descubierto i que persiste en negar.

Ricardo esperimentó una amarga sorpresa en el primer instante.

Un oleaje de sangre afluyó a su corazon i sintió correr por sus venas un frio glacial.

Pero luego con un tacto esquisito sorprendió en Euje-

nia los síntomas de una agitacion tan violenta, una expresion de infortunio tan triste, de un dolor tan intenso, que creyó ver desgarrarse el velo que le ocultaba la verdad i experimentó un secreto placer.

Tras esa cruel negativa divisó un misterio, un sacrificio inmenso, cuya razon, si no podia imaginarla desde luego, podria hallarla mas tarde.

Aquella mujer que pronunciaba una palabra tan terrible para sus esperanzas del presente i del porvenir, dejaba reflejar claramente en su semblante, en su mirada, en su actitud suplicante, en su estremecimiento, que sentia otra cosa de lo que espresaba.

Ricardo no pudo equivocarse.

Aquello valia la conviccion de que era correspondido.

¿Qué habia dictado a Eujenia entónces su enérgica negativa? La delicadeza, el temor de ser burlada, la desigualdad de fortunas, la duda de su propio valer?...

Ricardo no lo sabia; pero se sintió mecido en un mar de felicidad: sus esperanzas se levantaron al cielo infinito en que vuelan las almas de los enamorados dichosos.

—¿Qué pasa, Dios mio? habia exclamado Amelia, abandonando el piano i lanzándose hácia el lugar en que estaba su amiga, de pié aun, pero a punto de desvanecerse.

—Nada, hermanita, nada, habia dicho Ricardo sonriéndose. No te asustes... tu amiga que es tan nerviosa i que se halla tan débil... no ha podido continuar oyendo la relacion... de un horrible salteo que ha acontecido ayer i de que hablan los diarios...

—¡Ah! ¡pobre Eujenia! Siéntate... aquí... aquí...

—Protesto no volver a ser imprudente... debí calcular

que esa conversacion no era oportuna... Pido, pues, mil perdones...

—Ricardo, ¿son las diez? preguntó Amelia.

—Espera, hermanita.... van a darlas.

—Oigo que llaman a almorzar ¿vamos?—Dame el brazo, Eujenia, i no haya miedo que en todo el dia te hablen de tales cosas; yo me encargo de eso, dijo Amelia con voz cariñosa a su amiga.

—Oh, señorita, agregó Ricardo con una mirada harto maliciosa dirigida a la pobre víctima, soi mui dichoso en haber descubierto que usted se lastima de los pesares ajenos, i le prometo por lo tanto que en lo sucesivo me será fácil evitarla una tortura semejante. Por lo demas estoi seguro que aquel desgraciado que causó a usted esa impresion tan... grande... a la hora presente debe sentirse feliz porque ha descubierto que lo que imploraba se lo han concedido... aunque finjieran negárselo...

—Ya ves, dijo Amelia riéndose, como el cuento de mi hermano tenia una conclusion alegre. I tú tan tonta que no alcanzaste a oirla sin sentirte mala. Pero... ¿qué tienes Eujenia?... Tiembla aun tu brazo...

—Tengo frio... no sé, este dia... de niebla...

—Alijaremos el paso. Este balcon está mui helado... con este aire... de veras que es de tiritar.

—Hola! dijo don Antonio desde la puerta del comedor: ustedes se hacen esperar como si no tuvieran apetito. Ya iba a enviarles un emisario... ¡Margarita!... ahí viene ya la ingrata: no habria venido si no voi a sacarla en persona. Bien dicen que “a quien bien se quiere se hará rogar...”

CAPITULO XXXII.

UN CORAZON DESTROZADO.

Eujenia, segun su costumbre, volvió ántes de anoche-
cer a su casa.

Ella no habia querido jamas acceder a las súplicas de
su amiga para acompañarla durante la noche.

La niña huia de la sociedad. Además del temor que
abrigaba de ser conocida, de llamar la atencion por
cualquier motivo, su natural altivez, capaz de soportar
con entereza la miseria, pero no la humillacion, la ha-
cian persistir en su absoluto alejamiento.

Ella comprendia que la gangrena del vicio suele mu-
chas veces esconderse bajo la seda de los trajes i el bri-
llo de la opulencia, i que la degradacion de algunas
jentes que para nadie es un misterio, llega a ser harto
escusable sino olvidada, cuando se tiene un nombre re-
tumbante i se despliega un rejio boato.

Peró ella, la pobre niña, sin nombre i sin familia, con
un estado usurpado, viviendo bajo el ala de la caridad
¿tendria algun título al aprecio de las grandes damas,
al respeto de los hombres de la moda?

Eujenia debia respirar en una esfera humilde, conde-
narse al retiro, al silencio, a la oscuridad, a participar

del poco de aire i del pedazo de cielo que le ofrecia su casita.

Ella poseia la resignacion, esa virtud que impulsa a los grandes sacrificios.

Ella no se arredraba.

Es verdad que sentia desfallecer sus fuerzas: su débil naturaleza caminaba lentamente a su destruccion; pero ¿no estaba dispuesta a soportarlo todo como una espacion de su pasado? i ademas, no era eso acercarse al término de su martirio?

Ella no esquivaba los sufrimientos: poníase frente a frente a su desgracia i calculaba friamente que nada le restaba que aguardar en el porvenir.

Los alegres dias de su niñez al abrigo del risueño hogar, en que su buena madre le prodigaba tiernas caricias; los pasatiempos de su pueblo natal, llenos de encantadora poesía; los primeros ensueños de amor que visitaron su alma cuando la inocencia la envolvía con su cándido ropaje; todas las esperanzas brillantes que llenaron un dia de deleite i entusiasmo su corazon juvenil, estaban allá, allá perdidos entre las brumas del tiempo que se fué.

—¿Qué la ligaba, entónces, a la tierra?

¿El amor?

¿Los sentimientos de madre?

¿Los deberes de hija?

—¡Nó! El amor habia sido para ella espinas, engaño, dolor, vergüenza i deshonra.

Sus alegrías de madre, luctuosas memorias, recuerdos sombríos.

Sus deberes filiales no existian ya. Ella habia burlado el afecto maternal.

Habia llenado de desesperacion a su buena madre, abandonándola, hiriéndola cruelmente. Ni siquiera po-

dia atreverse a demandar su perdón, ese último consuelo que como un jeneroso rocío hubiera caído sobre su corazón lacerado.

¿Qué la restaba, pues, capaz de hacerla desear la existencia?

¡Ah! otro golpe tremendo la esperaba.

Cuando se sentía débil, moribunda i vacilante como la llama de un cirio, incapaz de resistir nuevas amarguras, la Divina Providencia la puso al borde de una sima en cuyo fondo no podía penetrar su mirada.

Un noble corazón, el hijo de su benefactor, se sintió atraído hácia ella por un amor irresistible, que fué creciendo a medida que se estrelló contra la altiva esquizofrenia, que como una valla insalvable le opuso Eujenia desde el instante en que lo sospechó.

Ricardo al hallarse en casa de su padre con aquella criatura tan admirablemente hermosa;

Que parecía el ángel del sufrimiento;

Que conmovía con su mirar esquivo, dulce i triste; con su sonrisa suave i melancólica; con su fisonomía espiritualizada por el dolor, por un dolor que se adivinaba intenso, resignado i paciente, no fué dueño de sí mismo, se sintió rendido ante la gracia i el encanto que se desprendían de aquella seductora niña.

Ricardo avanzó con timidez.

Conoció que iba a tener que luchar.

Que aquella naturaleza delicada ocultaba algunas de esas penas roedoras, terribles que para curarse necesitan del trabajo lento del tiempo i de un tacto a la vez esquivo i vigilante.

Rodeó desde entónces a Eujenia de una solícita atención, cuidó de sus espresiones i llegó a establecer en su trato con ella cierta encantadora intimidad, venciendo a fuerza de constancia i tino los escrúpulos de la niña.

Pero fueron vanos su anhelo i su empeño por descubrir el secreto de aquel corazon cruelmente herido por la desgracia.

No avanzó mas de lo que supo a los pocos dias de su llegada a Valparaiso, por medio de su padre i de Amelia, esto es, que aquella criatura, viuda i sin familia, habia sido víctima de su primo Alberto, quien durante algun tiempo le finjió un amor que no sentia, desengañándola solo cuando creyó un hecho su enlace con Amelia.

Ricardo juzgó, en consecuencia, que su empeño no seria desoido i que el mal moral de Eujenia seria tan fácilmente curado como la enfermedad fisica que comenzaba a desarrollarse en ella.

Habia notado con extremo gozo que la niña se turbaba en ocasiones en que sus miradas le daban a comprender lo que hubiera deseado espresasen sus palabras. Habia notado mas, i era la nube de rubor que se estendia por sus facciones apenas él lograba ocupar el asiento que a su lado quedaba vacío i su conversacion no era oida por su hermana, como jeneralmente sucedia, excepto cuando ésta tocaba el piano o salia del salon por algun quehacer momentáneo.

Esos síntomas de simpatía, apreciados debidamente por el jóven, fueron causa de que una tarde se ofreciese a acompañar a Eujenia hasta su casa, ofrecimiento que ésta no pudo rechazar, yendo resuelto a provocar una declaracion en el camino.

Eujenia se dió tales trazas en su conversacion, que el jóven tuvo que postergar su intento hasta su llegada a la casa. Mas, la niña ántes de golpear la puerta, le dió las gracias por haberse molestado i le tendió la mano sonriéndose sin invitarle a entrar.

Ricardo, despechado, apretó aquella mano mas de lo

regular entre las suyas; i sin pronunciar una sola sílaba se alejó.

Eujenia entónces se habia pasado ocho dias sin ir a su casa, contentándose con mandar diariamente un recado para informarse de la salud de don Antonio, hasta que habia llegado la mañana en que la presentamos de nuevo al lector.

¿Qué daba motivo a la estraña conducta de Eujenia?

Ella al leer en los chispeantes ojos de Ricardo la pasión que le habia inspirado, se habia estremecido aterrizada.

En el delirio de sus noches, en el mundo de pensamientos que cruzaban por su mente, jamas le habia ocurrido la idea de que su corazon, despedazado en jirones en el naufragio de su primer amor, pudiese latir a la vista de un hombre: que pudiese brotar de él otra cosa que angustia.

Ella se creia condenada a cruzar por la tierra como la hoja seca que desapiadado arrastra el viento, como las nubes que recorren el espacio para ser deshechas en la tormenta.

Ella que habia sacado pura el alma al perder la pureza de su cuerpo, que habia maldecido el amor, porque el amor que encontrara no era el que habia soñado; no podia descender hasta el fango en que se precipitan tan amenudo las infelices que como ella son arrojadas en el torrente del mundo por un primer amante.

¡Antes la muerte!

Tampoco podia esperar ser feliz de otra manera—amando honestamente a un hombre digno.

¡Ah! su falta se la arrojarían a la frente i el desden i el desprecio de las jentes honradas la llenarian de confusión.

I sinembargo de todo esto, de tener grabadas en el

fondo de su alma tan desconsoladoras como terribles ideas, el Señor la hizo apurar un nuevo i tremendo dolor—hizo nacer en ella una simpatía, un afecto, un amor poderosísimo que de dia i de noche, despierta o en sueños hacían que flotase ante su vista la imájen de un hombre:

Bella, risueña, insinuante, tentadora.

Ricardo, franco, noble, respetuoso, apasionado, absorbió su alma, magnetizó sus miradas, anuló su voluntad encendiendo en su corazon un volcan de aspiraciones, de deseos, de esperanzas que no podían realizarse, que debería sofocar a costa de su vida sino quería precipitarse en el abismo acarreándose su propio desprecio i el de los demas.

De no hacer de él un amante, no podía hacer un esposo: ¿seria acaso comprendida i estimada?

Ella no tenia honra que ofrecerle.

En su pasado existia un amor criminal, una maternidad reprobada, un bagaje de miserias i de vergüenza.

Su felicidad al vislumbrar el cariño de aquel jóven i sus esperanzas todas, se ahogaban en el charco.

No le restaba sino morir tranquila, con su conciencia pura. La justicia divina quizá aceptaria el sacrificio en remision de no haber puesto la enerjía necesaria al falaz seductor que la arrancó a su familia i a la sociedad para sumirla en la desesperacion, burlando su credulidad de niña.

Ella conforme prescribe la lei de Jesucristo, habia perdonado a aquel hombre; podia aguardar a su vez tranquila la clemencia del cielo.

Su espiacion, siendo un verdadero martirio, la purificaba. Los sacrificados hallan gracia delante de Aquél que sufrió en el Calvario el mas horrible de los martirios.

Notamos que a poco mas estampariamos aquí un trozo bíblico.

I no queremos, segun el dicho vulgar, gastar pólvora en gallinazo.

Quizá tambien mas de un lector nos mandaria sermonear a otra parte; pareciéndole poco edificante o bien el testo o bien el fraile.

En consecuencia...

Eujenia cuando conoció que iba a desbordarse la passion comprimida en el pecho de Ricardo, tomó su partido: consumiria en silencio su amor i sus lágrimas: finjiria indiferencia, i trataria de alejarse cuanto le fuera posible del peligro.

Por eso, como lo hemos indicado, habia dejado transcurrir diez dias sin ir a visitar a su bienhechor.

CAPITULO XXXIII.

LA ENTREVISTA.

Eujenia llegó a su casa llena de aflicción.

El secreto que con tanto ahinco mantenía sepultado en lo íntimo de su alma, había dejado de serlo para aquél que, según se había imaginado, debería ignorarlo siempre.

El lo había dejado comprender con su alegría i con sus palabras claramente a la infeliz criatura. I sin embargo, ella no podía racionalmente echar sobre sí toda la culpa.

Repasaba en la memoria los menores incidentes de la escena de la mañana: sus espresiones, su reserva, su crueldad casi para con el jóven que la dejaba adivinar un amor tan puro como intenso. Si la emoción de su voz, si la turbacion de su espíritu, si el reflejo que se desprendiera de sus ojos la habían traicionado, revelando a Ricardo lo que ella había negado con sus palabras, era necesario convenir en que la fatalidad que había pesado sobre su destino presidia aun sus acciones i disponia de su suerte.

Su resolucion estaba, sin embargo, tomada de ante-mano: persistiria a todo trance en su negativa, cortaria toda esperanza a aquella pasion creciente, opondria una

frialdad extrema a los obsequios de aquel jóven, hasta matar sus ilusiones.

Ella no queria que llegase el doloroso caso en que Ricardo tuviese que sonrojarla con su desprecio cuando descubriera los embustes tras de los que ocultaba su miserable situacion, i la creyese una intrigante i una hipócrita.

Era tal la excelencia de aquel corazon que jamas habia pensado por un instante siquiera que su *crimen* pudiera ser disculpado o atenuado i llegase ella a merecer el aprecio i el afecto de un hombre de honor.—A lo mas, se decia, infundiré conmiseracion i lástima, como ya me ha sucedido con el bondadoso anciano que me ha salvado de la miseria.

Antes, pues, sucumbiria o huiria del lado de su bienhechor, que revelar su pasado de difamacion al hombre que la hacia experimentar un amor que no habia conocido, que no habia soñado—un amor del alma, casto como un himno de la inocencia e infinito como el azul de los cielos—i que la habria embriagado de dulce felicidad si se hubiese creído digna de alimentarlo i de compartirlo con el que se lo habia inspirado.

¿Qué era el amor que habia profesado a Alberto con el que ahora sentia por Ricardo?

Aquello habia sido el vértigo, la fascinacion: se habia sentido arrastrada por el torrente bramador, i cuando abrió los ojos i recobró su razon se halló confundida, desengañada, lleno el corazon de amargura, el alma de incertidumbre i tribulaciones.

Nueva Desdémona, habia sido arrancada de su hogar cediendo a la fascinadora influencia de un Otelo vulgar.

Mientras que el amor que experimentaba por Ricardo la hacia sentir una profunda ansiedad, estraña i embriagadora que dominaba completamente todo su ser: ilu-

minaba su alma una luz intensa, poderosa, cuyos fulgores se escapaban a su pesar haciendo arder su mirada; i en su voz, en su aliento, en sus jestos se exhalaba sin que pudiese evitarlo.

Era una de esas pasiones como la de Sapho por Faon, capaces de todas las abnegaciones i todos los sacrificios.

De esas pasiones de que se rien las jentes positivistas de nuestros dias que no poseen sensibilidad para comprenderlas, alma para sentirlas, intelijencia para admirarlas i que las juzgan ajenas de la vida real, invenciones de novelistas.

Eujenia, sin el secreto que acibáraba su existencia, se habria visto colmada de dicha: solo habria divisado en su porvenir luz, armonías, flores, celajes de seductora apariéncia.

El sentimiento de la realidad la abrumaba.

El hombre que habia operado el fenómeno de ajitar su corazon yerto, no como se ajita un cadáver por la electricidad, sino llevándole el calor, el fuego, la ardiente savia del amor, quizá no tendria mas que desden en su mirada i desprecio en sus labios al conocer su triste pasado.

Por eso la desgraciada habia temblado cuando se vió descubierta en ese amor que con tanto ahínco ocultaba a los estraños.

Firme, sinembargo, en su propósito de no hacer la menor confesion que pudiera robustecer la esperanza del jóven Reinal, aguardaria a que el cielo la sostuviese en los nuevos dolores que la suerte le reservara.

Eujenia, cuando hubo entrado la noche, se dispuso a entregarse a su ocupacion habitual—sus tejidos de lana.

Sentóse en una silla, cerca de la mesa de centro, a fin de aprovechar la única luz que habia encendido de una

lámpara de bronce negro de tres quemadores, que adornaba la humilde habitacion.

Continuó con febril agitacion el trabajo comenzado en la mañana i que habia paralizado al recibir la visita de don Antonio.

Aunque el frio era penetrante, no habia pedido fuego.

Unicamente conservaba puesta en su cuello una abrigadora bufanda, matizada de blanco i negro, con que habia salido de casa de su protector.

Entregada a su trabajo, su pensamiento no permanecia inactivo un solo instante.

—Puede ser que me engañe, se decia, i que el amor que él siente no se parezca al mio, entónces será fácil obtener que me olvide. Cuando yo le deje comprender... que no le amo... se ofenderá i no deseará hablarme mas. ¡Dios mio! qué caro me haceis pagar mi debilidad!

Cuando abandoné a mi pobre madre no tenia experiencia, creí de buena fé que me perdonaria luego que Alberto se hubiera casado conmigo... ¿pude acaso imaginarme que éste era tan malvado que solo habia querido perderme, puesto que su cariño era mas bien un capricho? Entónces, tanto sufrimiento es un castigo superior a mi falta... ¡Oh! perdon! perdon! no sé, Dios mio, lo que digo. Yo no deseo mas, no pido mas sino que mi madre pudiera verme llorar i que me tuviera lástima cuando se convenciera de mi arrepentimiento... pero ella no ha contestado la carta en que le decia que esta tos que no me deja puede llegar a ser una mala enfermedad.

Sí, no importaria que viviera triste, que no olvidara nunca este amor desgraciado... Quiero abrazar a mi madre, a mi hermana ántes de morir... ¡Virjen mia! haced este milagro! Yo le volveré a escribir... una madre dicen que nunca odia a sus hijos...

Eujenia sintió al formular este pensamiento que el llanto subia a sus ojos, su vista se habia nublado.

Sacó su pañuelo i enjugó sus lágrimas.

—No debo abatirme así, dijo; el Señor me dará conformidad... hai en el mundo tantas que sufrirán como yo....

—Oh! Amelia creía ser tan desgraciada i ahora está contenta... ¡Sí! ella ama tambien... ¡Dios mio! ¿quién será el que golpea?... Oh! mi memoria... ¡Jertrúdis!... Jertrúdis!

—¡Señorita!...

—Anda a abrir la puerta.

—¿Cuál?

—¿Que no has sentido golpear?

—¿Pero será aquí... señorita?... como nadie ha venido a esta hora... no habia hecho caso... creí que seria en la puerta del lado.

—Bueno, anda luego.

—Es raro lo que me pasa, continuó Eujenia para sí: yo no pensé ver mas a ese hombre... Pero puesto que me necesita i calculó que no se ha de tratar de mí... No siento conmoción alguna... diria que se trata de un desconocido sino temiese que su vista pudiera hacerme daño... aunque ahora nada que no sea para mí indiferente...

—Aquí está la señorita, dijo la voz de Jertrúdis desde el pasadizo.

A poco la puerta se abrió.

Miranda rebozado en una capa con esclavina i el sombrero en la mano apareció en el dintel.

Eujenia permaneció inmóvil.

El joven arrolló su capa, dejola sobre una silla i avanzó en direccion a ella, sin abandonar su sombrero.

—Usted permitirá que junto con saludarla, le espese

mi reconocimiento, dijo Miranda, acercándose a la joven con esa naturalidad sin afectación que llegan a poseer los que tienen costumbre de tratar a toda clase de personas.

—Pase usted a sentarse en el sofá, dijo la niña, con voz perfectamente tranquila. Solo en sus mejillas un ligero matiz sonrosado demostraba su emoción.

Hubiérase creído que recibía una visita ordinaria de algún amigo de confianza.

—Usted no habrá podido ménos de extrañar... agregó Miranda perdiendo visiblemente parte de su aplomo.

—Confieso que en el primer momento en que me impuse de su carta me sorprendí un tanto; pero después la reflexion...

—¿La reflexion?

—Me hizo convencerme de que algún asunto importante, en qué yo no tendré que ver, le obligaba a perdirme esta entrevista.

Mientras hablaba Eugenia, Miranda no apartaba de ella su vista.

La actitud sosegada i altiva a la vez con que le recibía esa criatura que él en otro tiempo había encontrado siempre sumisa, amante i solícita, le producía una especie de penosa admiración que hacia se levantase en el fondo de su corazón un sentimiento de despecho.

—Necesito excusarme, dijo el joven tras un breve silencio, respecto de ciertos hechos que conciernen a usted directamente...

—Alberto... si usted quiere... si usted desea por algo conservar mi estimación i mi... amistad, le suplico que no toque para nada el pasado. Si yo fui confiada, si fui crédula, si fui además bien culpable... harto sufro i he sufrido... Dios solo lo sabe!

Al presente evocar esos recuerdos... sería una cruel-

dad inútil: nada se puede remediar, ni nada exijo yo.

—Pero yo... yo debo obtener de usted una justificación, por lo que respecta a lo que mas doloroso debe haberle sido; pues confieso con injenua franqueza que si en jeneral fué mi conducta indigna de disculpa, no pensé jamas aparecer ante usted como un miserable cuando mi incredulidad acerca del verdadero motivo de aquella carta...

—¡Basta!... por favor se lo suplico, dijo la niña con un arranque de disgusto. Ya vé que yo he olvidado... desde que he convenido en recibirle...

—¿Pero no me odia usted, Eujenia? ¿no me aborrece en el fondo de su corazon? Yo estaba loco... no calculé ¡oh! créame usted que he sido bien desgraciado

—¡Odio? ¿rencor?... N6, no esperimento nada de eso... Yo he perdonado... para que el cielo me perdone tambien... ¿quién dirá que mi condescendencia no fué tan reprochable como... ¡Oh! mejor es que abandonemos este terreno... Nada adelantaremos en él... i como creo que usted ha venido...

—¡Pues bien! Sea así. Quiero imitar la injenuidad i la delicadeza de sus sentimientos: voi a explicar lo que espero de usted sin rodeo alguno. La bondad de su alma que tanto conozco... confio que no se desmentirá esta vez... Es para mí un sacrificio... grande., enorme,.. el venir a implorar la ayuda de usted cuando tiene justísimos títulos para despreciarme u odiarme... Pero es el caso que me hallo en un extremo tal, que estoi dispuesto a soportar hasta las humillaciones mas terribles siempre que ellas puedan mejorar mi situacion.

—Ah! usted padece...

—¿Si padezco? Atravieso una situacion horrible, Eujenia; i le aseguro que mas de una vez he pensado en quitarme la existencia.

—Usted me causa miedo. No atino a imaginarme lo que a usted le produzca la exasperacion que advierto en sus palabras i en el tono de su voz.

—Usted lo comprenderá pronto. Usted sabe que amaba a la hija de mi tio Antonio Reinal cuando dejé a Santiago en las vacaciones... Perdóneme, Eujenia, pero no me atreví a decirle una palabra ántes de ausentarme, porque creí causarla mucho mas dolor que si usted lo sabia despues... Yo amaba a mi prima con un amor frenético, que no me dejaba ser dueño de mí mismo. Conocia que el destino de mi vida estaba fijado. Olvidé mis compromisos... con usted, Eujenia, a quien debia tanto afecto i abnegacion... contrarié la voluntad de mi padre, dejé mis negocios en manos estrañas... i me resolví a arrostrar por todo con tal de casarme con Amelia... Lo que sucedió despues lo conoce mejor que yo... lo he llegado a saber mas tarde por la mujer que dejó usted en la casa... cuando se vino...

—Sí... pero todo esto...

—¿No es bastante para ser causa de que un hombre desee quitarse la vida, no es verdad?

—Le aseguro que mi intencion...

—Nada de disimulo i hablemos con propiedad. Ya vé que no me detengo ni en lo que podria acarrearle el odio de usted,... si ya no me despreciara...

—Usted se vuelve a engañar, Alberto...

—¡Sea! ¿usted me compadece, usted ha olvidado mi infamia? ¡tanto da! Es usted mui buena, pero no por eso yo debo prescindir de dar a cada cosa su nombre.

La agitacion de Alberto crecia, aguijoneado por una especie de cólera concentrada, que hacia seca i dura su voz.

La mirada centellante i el ceño adusto i agrio, daban

a su rostro una espresion repelente, que Eujenia no recordaba haberle notado jamas.

La niña sintió un frio en el corazon, un vago males-tar se difundió por todo su ser.

Decia que aquello no bastaba, continuó Alberto con una ironía amarga, para sumir a un hombre en la desesperacion i desalentarle. Mas tarde, Eujenia, procuré ver a Amelia; necesitaba hablarla, pues estaba seguro de que ella no obraba en mi contra sino cediendo a la voluntad de su padre... Ella habia jurado amarme i no podia mentir... La fatalidad lo impidió, causando al mismo tiempo una gran... desgracia a un hombre... i una indeleble impresion en mí... una herida en mi orgullo, en mi vanidad... i en mi afecto de hijo... Sí... lo que descubrí acerca de mi padre, contrario a todas mis creencias, añadido a la negativa de Amelia... fué para trastornar el juicio de cualquiera.

Mi padre, que desde que fui un muchacho me dejó hacer mis caprichos... que me hizo voluntarioso i porfiado, tuvo conmigo a poco de nuestro regreso a Santiago una esplicacion acerca de mis proyectos futuros... Yo, Eujenia, le confesé que Amelia era siempre objeto de mi mas ardiente anhelo, que pensaba hacerla mi mujer i lo lograria le pesara a quien le pesase... i que pronto partiria para dar cima a mi propósito.

Mi padre odiaba a don Antonio... yo ya habia tras-lucido parte de los motivos... Mi padre me trató duramente i en su despecho me injurió. Yo lo culpé de mi des-gracia, de cuanto me sucedia; i para cortar de una vez una escena tan violenta i desagradable, le descubrí el secreto que habia descubierto—una falta enorme de mi padre—que deberia hacerle cubrirse de vergüenza de-lante de su propio hijo... ¡Oh! mi padre ruió de cólera...

le sobrevino un terrible ataque de bñlis... i duró tres dias...

—¡Dios mio! ¡murió!...

—Sí, murió... sin quererme ver, sin perdonar mi imprudencia, maldiciéndome talvez...

—¿Qué horrible desgracia! exclamó Eujenia, temblando por lo que oia.

—Los médicos declararon en junta que mi padre moria del derrame de bñlis producido sin duda ninguna por la incomodidad que habia tenido inmediatamente despues de la comida con su mayordomo... habia sido preciso decirles la causa del ataque repentino que padecia, i esa fué la primera disculpa que hallé.

Mi padre testó el segundo dia de su enfermedad... declarando varias deudas... que yo no conocia... i sus bienes libres apénas alcanzaron a diez mil pesos... esto me ha entregado el albacea... Soi pobre, solo en el mundo, i con el recuerdo de haber muerto a mi padre...

—Por Dios, Alberto, abandone esa idea... ¡oh! engañan a veces las apariencias... estaria enfermo ántes... sufriria algun mal interior...

—¡Ah! exclamó Alberto crispando sus labios con una sonrisa amarga. Si alguna duda hubiera abrigado se habria desvanecido al ver el horror con que mi padre me rechazó cuando fué a suplicarle... I luego el empeño que puso en su testamento para privarme de sus bienes sin que ni el albacea pudiese traslucir su intencion... Mire, Eujenia, usted sabe ya que mi padre odiaba a don Antonio... mucho... como que ese odio ha traído para mí una serie de catástrofes... Pues bien, ¿qué cree usted que ha hecho en el testamento?

—He oido que ordenó pagarle una deuda...

—¿Una deuda? ¿Cree usted que fuera efectivo que mi

padre le debiera esa suma? ¿cómo no la habia pagado ántes?

—No lo sé; pero creo que su padre debia a don Antonio... pues él mismo se mostró delante de mí mui admirado de que el albacea le escribiera dándole a conocer esa parte del testamento, añadiendo que él nunca habia pensado que se le devolveria ese dinero...

—Puede ser, dijo Alberto con acento ronco... esto me explicaria el motivo...

De improviso, por medio de una súbita transicion, continuó cambiando de voz:

—Cuando ocurrió lo que dejo dicho, no pensé sino en meterme una bala... pero creo que soi cobarde... ¡no me decidí!... quizá tenga que arrepentirme siempre de no haber seguido este primer impulso.

—Quizá lo ha hecho Dios, Alberto, usted ha tenido buenos sentimientos...

—¡Oh! ¿es usted quien lo dice?... ¿Cree usted que Dios se mezcla en lo de aquí abajo? Bueno, me falta blasfemar delante de usted.... La estoi causando mucho mal, pero pronto voi a terminar lo que tengo que decirle...

Quedé solo en casa... la soledad me espantaba con su peso frio i triste... i me fuí a vivir a un hotel mientras se arreglaban los asuntos de la testamentaria.

Eujenia, aunque le parezca a usted un ser despreciable, un mónstruo, debo decirle que mi amor por Amelia me ha atormentado, ha pesado sobre mí hasta en los instantes mismos en que moria mi padre... ¿no era acaso por ella que se habia orijinado aquella desgraciada incidencia?....

¿Me ha olvidado Amelia?.... Nó... ¿verdad que no?...

Apénas me ví libre de aquellos negocios, me he venido. He preguntado, he pasado por su casa, la he segui-

do, la he espiado... Cargando luto... he ido al teatro, a los paseos... i he oído un rumor acerca de un casamiento con Calm... ¿cree usted que se casa? ¿qué le ha dicho a usted? ¿se la obliga, se le aconseja, se le impone que se case, no es cierto?...

Eujenia miró espantada a su antiguo amante.

Su excitacion, su acaloramiento, ese flujo, ese diluvio de preguntas con que la acosaba le hizo temer que Alberto tuviese accesos de demencia. Notaba con terror su mirada lúcida de repente i estraviada a veces, su acento golpeado, su pensamiento turbio, su franqueza casi cínica, un no sé qué de raro, de anormal que no podía traducirse sino por una especie de enajenamiento de sus facultades mentales, excitadas en fuerza de las horribles vicisitudes de que la suerte le hacia el juguete.

Eujenia aturdida por lo imprevisto i lo escepcional de su situacion guardó silencio.

Alberto comprendió lo que pasaba en la mente de aquella niña.

Como un corcel al que de repente se le tuerce la brida para hacerlo cambiar de direccion, detuvo el curso de sus ideas i dijo a la jóven.

—Eujenia, mi situacion es tal, que no veo a nadie que se interese por mi suerte: estoi sin padre, solo, pobre, desgraciado; usted me ha tenido afecto, fuí un miserable para con usted, no puedo negarlo, pero estaba ciego, enamorado, loco. Las dificultades, las contrariedades exacerban los malos instintos, avivan las pasiones, esto es innato en el hombre, pero en mí se realiza con mas vigor, es propio de mi carácter i de mi defectuosa educacion. Una sola cosa me podrá hacer variar, podrá operar en mí una saludable i benéfica transformacion—el amor de Amelia—ella es libre i si uniera su suerte a la mia creo que se obraria ese milagro.

Usted Eujenia, tiene un gran corazon, una gran alma, usted me ha perdonado sin odiarme, sin vengarse.

Usted es la misma que he conocido, la misma que sufrió llena de resignacion i de bondad mis impertinencias i mis repetidos desaires: la que a una escusa, a una súplica perdonaba mi culpable abandono.

Usted es un ángel.

Yo un insensato.

Apesar de todo, Eujenia, he pensado en que si con mi conducta maté el amor que usted me tenia, mis desgracias la inspirarian compasion, la conmoverian...

—I bien? ¿qué desea usted de mí?

—I me resolví a presentarme a usted desde que supe que era la amiga íntima de Amelia, casi la hija de don Antonio, la confidente talvez de mi prima i de su padre...

—¿I usted pretende?...

—¡Oh! no pretendo nada. Vengo a suplicarle por lo que mas aprecie en el mundo que me imponga simplemente de lo que ocurre, que me dé una respuesta terminante acerca de lo que me llena de zozobra e intranquilidad, acerca de si aun soi algo para ella, si debo esperar que todavía me ame, si es verdadero el rumor de que su padre, de que Ricardo se empeñan en casarla con otro. Hable usted, dígame cuanto sepa, i seré su agradecido, su amigo, su esclavo, dispuesto a servirla en cuanto quiera en pago de su jenerosidad i del inmenso favor que la deberé!

Se calló Alberto.

Eujenia estaba confundida.

Pero profundamente impresionada por aquél infortunio que obligaba a rebajarse a un hombre hasta demandar el apoyo de una débil criatura a quien atrocemente

había agraviado, siendo la causa de todas sus desdichas.

La situación era estremadamente difícil.

Por fin, el delicado instinto de esa jenerosa naturaleza, le sujirió un partido para salir por el momento del paso, mientras se daba tiempo de reflexionar.

—Estoy dispuesta a serle útil, dijo a Alberto con voz débil; pero ahora nada sé de positivo, nada que pueda hacer cesar su intranquilidad. No podría tampoco sin hacerme indigna i despreciable ante mis propios ojos, comunicarle lo que confidencialmente me hubieran dicho mi amiga o mi protector.

¡Harto mal pagaria los beneficios que recibo!

Sin embargo, le prometo que trataré de saber... de indagar por otros medios lo que a usted pueda interesarle... i pasado mañana a esta hora sabrá usted todo lo que haya averiguado.

Alberto se ajitó de una manera nerviosa.

Ya no era el Lovelace de otro tiempo, era el Werther infeliz i rodeado de inquietudes.

Su mirada dura se había ido haciendo poco a poco suave, serena, triste, benévola, cariñosa.

—¡Oh! ¡Eujenia! exclamó. Creo que le debo a usted el único instante de felicidad que he tenido despues de seis meses de pesares!

En seguida, sin agregar una palabra, se levantó de repente, estrechó la mano a Eujenia i salió de la pieza.

La niña quedó un largo rato sumida en una profunda meditacion, inmóvil, absorta completamente.

—¡Ah! si yo hubiese amado a ese hombre, murmuró por fin, habría podido vengarme ahora cruelmente... pero no le amo...

¡Dios mio! ¿es una pesadilla mi pasado? ¿el presente me hará creer que no le he amado jamas?...

—El... él... es diverso... ¡moriré conservando en mi alma su imájen!...

Inclinó la niña su hermosa cabeza, sus ojos languidieron i sus labios se ajitaron suavemente como si pronunciases un nombre.

Los reflejos dorados del gas caian de lleno sobre esa magnífica cabeza que habria inmortalizado al pintor que hubiese podido fijar en el lienzo la gracia poética de las facciones i su espresion dulcísima de melancolía i sufrimiento.....

Eujenia volvió a tomar su labor, que no abandonó hasta mui tarde de la noche.

CAPITULO XXXIV.

EL OBSEQUIO.

Al día siguiente, que era un juéves, el cielo cargado de nublados amenazaba lluvia.

Eujenia no salió.

Trabajó sin cesar en sus obras de mano.

Jertrudis, la excelente muchacha que la acompañaba i la servia, fué a eso de las cuatro de la tarde a una tiendecilla de la calle del Comercio que no era otra cosa que un *baratillo*, en que se vendia al pormenor una variedad infinita de mercaderías i en el que encontraban los marchantes cuantas fruslerías iban a buscar.

Allí Jertrudis entregó a don Gauna, el respetable i obeso propietario, varios tejidos de lana merina prolijamente acabados i mui propios para la estacion del invierno.

Don Gauna i su cara consorte, examinaron con detencion cada objeto, criticaron un tanto los matices de las lanas, los tazonaron a "ojo de buen varon," i por último, contaron cuatro pesos i medios en moneda sencilla de plata, que entregaron a la muchacha.

Jertrudis salió balbuceando algunos resongos, que debieron hacer poca gracia a los honrados cónyuges,

porque aquélla pudo oír antes de trasponer el umbral, que la matrona le dirijia este apóstrofe:

—¿I dei, pues hija? Sino le gusta lo deja, que para eso cada uno es dueño de lo suyo.

Con llevarse los embelecocos i dejar la mosca, concluirán los refunfuños.

Jertrudis habia escapado sin agregar chus ni mus.

Jertrudis entregó a su ama aquel dinero.

Ella lo contó no sin alguna inquietud, hizo algunos encargos a la muchacha, i volvió a su labor con una expresion de gozo en su rostro.

Ese trabajo incesante a que se entregaba Eujenia auxiliaba poderosamente en su obra destructora a la terrible enfermedad que la atormentaba.

Pero sobre ese punto la niña era intransigente.

La buena muchacha que estaba a su servicio i que habia concluido por profesar un acendrado afecto a su bondadosa i desgraciada señorita, la habia suplicado con frecuencia no trabajase tan seguido, puesto que podria empeorarse su salud; pero ella habia contestado que esa ocupacion la distraia i que no hallaria qué hacerse permaneciendo ociosa.

Jertrudis no replicaba a ese argumento, aunque bien sospechaba que esa no era la verdadera causa.

Eujenia vivia tan modestamente que sus gastos eran bien reducidos, faltando poco para que su economía rayase en miseria. Su displicencia i desgana habituales ponian en cuidado a Jertrudis i muchas veces para lograr que almorzase algo su ama, recurria al arbitrio de aparentar una gran pena por su incapacidad para la cocina, puesto que no lograba hacer siquiera un caldo que gustase a su señora. Entónces ésta se esforzaba por desvanecer esa idea, i probaba alguna cosa.

Jertrudis tambien habia obtenido que su señora to-

mase todas las mañanas un vaso de leche pura que ella misma le llevaba a la cama.

Don Antonio, impuesto por Jertrudis de algunos de estos detalles, habia intentado en dos ocasiones dejar dinero a Eujenia, pero ésta lo habia rechazado mostrando tal aficcion i desasosiego, que habia tenido que desistir de su propósito.

La niña le habia hecho presente ademas que los recursos que le habia suministrado a su llegada, aun no se le concluian, i que cuando llegara este caso le prometia participárselo.

Don Antonio se veia así obligado a esperar una oportunidad para socorrer a esa criatura dotada por la naturaleza de un sentimiento innato de altiva delicadeza i dignidad, tan susceptible de lastimarse al menor ataque, por disimulado que fuese.

Eujenia experimentó una íntima i dulce satisfaccion el dia en que mandó vender las primeras labores i pudo calcular que con su producido llegaria a atender a su subsistencia sin ser gravosa a su jénero protector.

Su oracion de aquella noche fué una ardiente accion de gracias a la Vírjen, de quien era mui devota, como recordará el que haya leído los primeros capítulos de este libro.

Su resolucion de trabajar sin descanso, la habia proporcionado un gran consuelo i a don Gauna una regular ganancia con sus “parroquianas” de mas copete, a las que vendia los hermosos tejidos de aquella humilde e ignorada Penélope.

Luego que Jertrudis sirvió a su ama su frugal comida, recibió de ésta el encargo de ir a infomarse como de costumbre de la salud de don Antonio.

Jertrudis se dispuso a salir cuando camenzaban a caer del cielo gruesas gotas de lluvia.

La muchacha que vió se le venia encima un aguacero, se armó de un paraguas i salió.

Jertrudis no tuvo necesidad de usar ese aparato defensivo, porque apenas cayó una mangada, cesando a poco la lluvia.

Trajo a Eugenia la noticia de que el anciano habia pasado un mal dia, quizá a causa de la desagradable variacion del tiempo.

En seguida, pasando una carta a su señora, la dijo:

—Don Ricardo, señorita, me dió esto para usted i ahí trae el mozo su encargo.

—¿Mi encargo?

—Si señorita, el encargo que hizo usted a don Ricardo, segun él me dijo al pasarme el papel.

—¡Ah! exclamó Eugenia sin decidirse a tomar la carta que le alargaba Jertrudis.

Esta que vió la turbacion de su ama, depositó sobre la mesa la carta, i se lanzó lijera a recibir de manos de un sirviente que entraba en el pasadizo un objeto que traia envuelto en papeles.

La muchacha, con la curiosidad de todas las de su clase, miraba aquello con sus grandes ojos abiertos, sin atreverse a descubrirlo por respeto a su señora.

Eugenia hizo cesar su impaciencia.

Dominando la emocion que la agitaba, dijo:

—Enciende luz.

Ya iba a oscurecer, i a la pieza entraba solo la opaca claridad de la tarde, de manera que los objetos yacian perdidos en la sombra.

Luego el gas iluminó la habitacion.

—Vé qué es eso, dijo Eugenia a la muchacha, dando vuelta entre sus dedos a la carta de Ricardo.

—¡Ai! ¡señorita!

—¿Qué?...

—¡Qué lindo marco! ¡qué linda pintura!

—¡Ah! ¡qué hermosa virgen! exclamó a su vez Eujenia mirando el pequeño cuadro descubierto por Jertrúdis.

La niña sintió que le volvía su tranquilidad i que su corazon latía con algun sosiego.

Entónces cobró ánimo i desdobló el papel que quemaba sus dedos.

Leyó:

“Eujenia:

He pasado una noche feliz pensando en usted.

Yo que hasta aquí iba adquiriendo la conviccion de que jamas podría experimentar por mujer alguna esas mil sensaciones de los que sienten el amor, he visto que todo ha consistido en que aun no habia dado con la mujer que debiera transformarme, modificando mis aspiraciones hasta el punto de que me desconozca a mis propios ojos.

Usted dispone hoi de mi pensamiento, de mi voluntad, de mi vida: ¿verdad que usted me concederá un poco de afecto en cambio del inmenso que yo le profeso?

No le sienta la crueldad que ha estado usando conmigo. Créame, yo no tengo mas anhelo que lograr que usted abandone la soledad a que voluntariamente se condena i olvide lo que causa su habitual tristeza. ¡Si usted me amara... como yo la amo! La alegría no tardaria en borrar todas sus impresiones penosas contrayendo su pensamiento únicamente al presente i al porvenir... ¿al porvenir?... ¡qué felicidad la mia si usted quisiese que fuera igual para nosotros!

Perdóneme, Eujenia, si a mi pesar me muestro ante usted con toda la franqueza de mi carácter; pero mi alma está llena de su recuerdo, su imájen no la abandona un instante, i mal podria detenerla en sus manifestacio-

nes cuando por medio de esta carta va a ponerse en contacto con la suya.

Aguardando que usted me permita en lo sucesivo pasar a su lado algunos momentos, no delante de otras personas como ha sucedido hasta ahora, sino en su casa, en la encantadora soledad de su existencia, le envió ese pequeño cuadro que compré en Lima i que usted aceptará como un recuerdo amistoso... como la ofrenda de un corazon de que usted dispone, i al que puede darle la alegría si lo conserva o la desesperacion si lo rechaza.

Eujenia... usted lo aceptará, usted se arrodillará ante la hermosa Vírjen, usted la contemplará muchas veces al dia... entónces tambien se acordará de aquel que amándola tanto piensa en usted a todas horas: me lo dice el corazon, i el corazon no engaña...

R. R.

P. D.—Perdóneme que haya olvidado decirle que mi padre no ha salido hoi de su pieza. El tiempo ejerce una funesta influencia en su organizacion debilitada por la edad i las contrariedades... que usted conoce; ¿no cree usted que él se alegraria mucho de verla aquí mañana?....”

Eujenia soltó la carta.

Jertrúdis hacia rato habia salido de la pieza; pero atisbaba por la cerradura de la puerta.

Su instinto femenino la habia dicho que su señora sufría con aquella lectura: ántes de retirarse habia visto que se ponía profundamente pálida i que el temblor de sus manos se comunicaba al pliego que sostenia.

I la compasiva Jertrúdis habia querido saber en qué iba a parar todo aquello.

Por eso se habia ido a espiar por el agujero de la llave.

Eujenia habia ido a caer inmóvil en el sofá, profundamente pensativa.

Luego Jertrúdis la habia visto llorar, enjugar sus lágrimas repetidas veces i murmurar palabras que habian llegado débiles, indescifrables a sus oidos.

Despues Eujenia se habia parado, se habia acercado a la mesa, habia contemplado el cuadro con los ojos húmedos, habia besado el lienzo, que era una copia admirablemente hecha de la Vírjen de Rafael, apellidada de la *Silla* i que contiene el mas hermoso niño Jesus que pintor alguno ha ideado jamas.

Esto no lo podia saber Jertrúdis, ni lo podia apreciar, pero tampoco lo necesitaba para comprender que su señora besaba a María, la reina del cielo, mui enternecida, lo que la hizo pensar que era su señorita mui buena i mui devota i que debia sufrir mucho cuando lloraba contemplando el lienzo.

Por último, Eujenia habia tomado el pequeño cuadro, habia abierto silenciosamente la puerta de su dormitorio i entrado en él con paso leve i furtivo.

Allí habia permanecido mas de una hora.

Cuando Jertrudis fué a servir una taza de té a su señorita, la encontró trabajando un adorno de lana para cubrir los hombros, i notó que sus bellísimos ojos estaban con un círculo sonrosado, proveniente de las lágrimas que habia vertido.

I notó tambien, que a pesar de todo, se mostraba menos triste, habiendo desaparecido de su semblante la terrible palidez que la habia asustado algunas horas ántes.

Su sorpresa se aumentó cuando la vió preguntar sonriendo dulcemente por el estado del tiempo i decirle con voz tranquila que ojalá el aguacero se descargase en la noche i luciera el sol en la mañana siguiente.

XXXV.

LA RESPUESTA.

Contra el deseo manifestado por Eujenia la noche precedente, el día amaneció lluvioso, frío i triste.

La niña en pié desde mui temprano, habia tejido toda la mañana.

Almorzó a las diez, se envolvió en un grueso abrigo, pues se sentia mal del pecho, i subió en un coche que habia hecho detener en su puerta.

Las calles estaban llenas de charcos.

Valparaiso los días de lluvia no paraliza su comercio, ni su tráfico.

El viento norte sopla con fuerza i embravece las olas que iban a chocar con estruendo contra los malecones de la playa.

Los carruajes del servicio público hacen su negocio en esos días.

Solo cuando los aguaceros se prolongan demasiado i vienen las inundaciones, llegan a ser una calamidad para las pobres jentes que viven al día i del trabajo de sus brazos, pues aparte de lo penoso que les es ganar sus jornales, sus infelices casuchas nadan en las turbias aguas de los cauces desbordados.

Eujenia al traves de los cristales del carruaje, con-

templaba tristemente los transeuntes, las casas azotadas por el viento i la lluvia; i percibia el ruido monótono del mar agitado i enfurecido por el temporal.

La niña llegó a casa de don Antonio con el corazon preñado de recelos e inquietudes.

Afortunadamente encontró que ya Ricardo habia salido a sus ocupaciones comerciales, pasó a ver al anciano en su habitacion i le encontró guardando cama a causa de un resfrio poco alarmante, pero que le ponía en el caso de cuidarse para evitar las consecuencias.

Amelia desde la primera mirada que dirigió a su amiga, notó su intranquilidad i juzgó que tendria algo que comunicarla.

Tan pronto como terminó la visita a su padre, la condujo a la antesala preguntándola lo que le sucedia.

Eujenia contó a Amelia su entrevista con Miranda, sin omitir ningun detalle referente a ella.

Amelia se quedó en actitud reflexiva.

Aquello la contrariaba profundamente.

Su amor por Alberto habia pasado, se habia desvanecido en la primera tormenta de su corazon: habia tenido un sueño, un hermoso sueño, i despues la realidad le habia llevado la conviccion de que habia padecido un engaño, que habia cedido a una alucinacion de sus sentidos. Habia creído amar a un hombre digno, sencillo, de alma noble, de sentimientos jenerosos i habia encontrado mas tarde que ese hombre era su seductor vulgar, noble, digno i jeneroso en apariencia; que quizá finjiria su amor por ella como lo habia finjido por Eujenia i por otras muchas mujeres; a quien su padre i su hermano no profesaban el menor afecto.

En lugar de Alberto habia hallado a un hombre enamorado de ella con frenesí, todo corazon, todo alma, insinuante, delicado, instruido, apreciado de todos, que

poseía la estimacion de su padre, de su hermano; que correspondia al ideal de sus sueños, a sus mas íntimas aspiraciones.

Aquel hombre era Calm.

I toda el alma de Amelia estaba llena de él.

¿Qué podia, pues, dar a Alberto?

¿Qué debería contestarle su amiga?

Amelia no hallaba qué decir.

Temia por otra parte irritarle demasiado dejándole traslucir que sus recelos eran fundados i que la realidad llegaba mas allá de sus temores.

Por que no solo su hermano Ricardo deseaba casarla con Calm, su mejor i mas querido amigo, sino que ella deseaba con ánsia llamarse su esposa.

Conocia que de ello dependia su felicidad.

—En mi situacion, querida amiga, dijo Amelia, es necesario la prudencia; tú misma me lo has aconsejado en otra ocasion. Tengo el presentimiento de un peligro, tengo zozobra, no sé por qué temo una desgracia... desde que me aseguras que Alberto está encaprichado en que le he de amar, en que apesar de todo he de prometerle... ¡oh! dile que yo no podré jamas desobedecer a mi padre, una contrariedad en el estado en que se halla le mataria; pero dile tambien que yo te he asegurado que no me dejaré nunca intimidar por mi hermano.... i como tú sabes que no hai necesidad de esto...

—Basta, Amelia, dijo Eujenia tristemente; lo que tú propones es lo que yo misma he pensado que convendria hacer: recurriré a un subterfujio cualquiera, pero no le mentiré, a fin de que no alimente grandes esperanzas que despues podrian hacerle mas cruel el desengaño...

—Ai, amiga mia, dijo Amelia, tú me salvarás... sin exasperar a Alberto descubriéndole mi secreto.

I Amelia con una efusion apasionada abrazó tiernamente a su amiga.

—¡Qué feliz eres! dijo Eujenia, i hartó que lo mereces.

—¿I tú, picarona?... exclamó Amelia alegremente ¿piensas que yo no malicio algo de lo que te sucede?... I una sonrisa burlesca asomó a los labios de la jóven.

Eujenia se puso encendida como la grana.

Fijó sus grandes ojos llenos de ansiedad sobre su amiga: en ellos se reflejaba un abatimiento profundo.

—¡Sea! exclamó Amelia. Si esto ha de aflijirte... sellaré mis labios.... i en adelante cerraré mi corazon para tí.... yo no soi egoista.... pero todo se aprende en este mundo. En adelante lo seré tambien.

—Basta de locuras, Amelia. Te aseguro que si yo tuviera algo alegre que comunicarte, tú serias la única que al instante lo supieras, pero léjos de eso...

—¡Léjos de eso!... luego tienes nuevos motivos de tristeza que yo no conozco? ¡ah! dímelos, amiga mia, ya me ves bien formal...

—He querido decir, balbuceó Eujenia, que nada ocurre para mí de nuevo... sino que los achaques de tu papá... el malestar que yo misma siento... i esa visita de Alberto...

—¿Te hace daño, no? ¡Pobre Eujenia! En verdad que debes sufrir con su vista... ¡i qué buena eres en recibirle despues... de todo!

—¡Oh!... ¡si hubiera podido escuñarme!

—¿I por qué no?

—Chito... ahí viene tu tia Margarita... que no sepa nada.

Descuida, Eujenia mia, yo tomaré tambien mis precauciones... gracias a Dios que ahora no soi sola...

—¿Qué quieres decir? habla... ¡por favor!... no vayas a comunicar a nadie...

—¡I qué llover con tantas ganas! exclamó Amelia viendo entrar a su tia. ¿No te parece, Eujenia, que mandemos hacer unas hojuelas?

—¡Ah, la golosa! dijo la tia. Mejor que buscaras algo con qué divertir a tu amiga durante este dia tan pesado.

.....
Ricardo entró a las tres en su casa.

Cambióse su traje de lluvia por un elegante i grueso paletot i pasó a la antesala.

Temblaba de emocion i de alegría, pues al saber que allí se encontraba Eujenia, creyó que la niña habia accedido a la súplica disimulada que le habia hecho en su carta.

¡Era correspondido!

Poco despues se hallaba solo en su escritorio, leyendo por segunda vez esta lacónica carta:

“Amigo mio:

Por lo que mas quiera usted en la tierra le ruego que no piense en mí, que no me ame, que me olvide. Usted debe ser feliz, i no podria serlo amando a una mujer que padece un mal incurable i que nunca podria corresponderle porque su corazon está muerto para el amor.

Míreme como a su hermana, como su amiga; compadézcame; ¡pero es preciso que me olvide!

Ya no merezco el afecto que me ofrece, i si no desea que desesperada trate de irme de esta ciudad, no siga diciéndome que me ama, i trate de acordarse que el dia que yo supiera que usted veia en mí solo una amiga me haria mui dichosa.

La Virgen que usted me ha enviado oirá mis oraciones i hará que cuando usted piense en mí solo sea para acordarse que hai una mujer que lo quiere como si fuera su

hermano i que suceda lo que suceda, jamas olvidará que usted la ha hallado digna de amarla de otra suerte.

E."

—Decididamente es incomprensible esta criatura, murmuró el jóven, cerrando la carta de una manera lenta.

Una palidez estremada cubria su semblante.

—Esta insistencia tan rara en que la olvide, continuó para sí, no la justifico. ¿Temerá que no la haga mi mujer? Puede... talvez lo cree... Sin embargo, yo sé, conozco que no le soi indiferente... ella misma casi lo confiesa. ¡Paciencia! Yo llegaré a descifrar esto... por ahora aparentaré que cedo. ¡Ya veremos!...

Aquí fué interrumpido este monólogo por la entrada de Amelia.

La niña habia dejado a su amiga con su tia i venia a contar todo a su hermano, a pedirle consejo i a indicarle el partido que habia adoptado de acuerdo con Eugenia.

Ricardo oyó a su hermana sombrío i silencioso.

Despues trató de tranquilizarla, desvaneciendo sus temores con observaciones mui sensatas. Alberto seria impotente para contrariar en lo menor sus proyectos. Alberto temia a su padre i deberia temerle a él mismo para atreverse a intentar algo.

Amelia dejó a su hermano con el corazon mas lijero. Nada deberia temer.

Ricardo la preguntó ántes de retirarse si sabia la hora en que Eugenia deberia verse con Alberto.

Amelia le dijo que a las siete.

Entónces aquel le rogó que despues de la comida demorase a su amiga si era posible hasta esa hora, para lo

que bastaría no proporcionarle ántes carruaje para su vuelta.

Amelia fué a juntarse a su amiga alegre i risueña.

Eujenia, al contrario, estaba ajitada e inquieta en estremo.

Quiso retirarse antes de comer, pero todas sus excusas fueron rechazadas por Amelia i su tia.

La niña consintió en quedarse.

Sufria una inquietud horrible al pensar en el efecto que haria en Ricardo la carta que le habia entregado.

El jóven no volvió a presentarse a Eujenia hasta la hora en que se sirvió la comida.

Eujenia se admiró de verle risueño como siempre, hablar sobre cosas indiferentes i aun dirigirle la palabra frecuentemente como si nada hubiese ocurrido entre ellos que pudiera preocuparle.

Una sola vez la mirada tímida de Eujenia se encontró con la del jóven i se estremeció al ver brillar en ella ardientes reflejos de pasion.

La pupila lánguida de Eujenia se ocultó bajo los sonrosados párpados.

Terminada la comida, Ricardo salió de su casa, sin despedirse de Eujenia.

Llovía con fuerza.

Comenzaba a oscurecer.

Ricardo llevaba puestas unas botas granaderas de charol, un paletot i una gorra de cautchu.

Fumaba un enorme habano.

Echó a andar en direccion al Almendral.

Frente al jardin de Abadie encontró un coche vacío i entró en él.

CAPITULO XXXVI.

MARTIRIO.

—Ante todo, Eujenia, aguardo que no me oculte nada. Noto que al hablar usted medita demasiado sus palabras. Esto me hace pensar que quizá no es consolador lo que tiene que decirme. Por favor, abandone el disimulo i contésteme categóricamente: ¿Amelia se casa?

—Nó... no me ha dicho cosa alguna que pudiera hacer creer....

—¿Me ama entónce? ¿Está dispuesta a cumplir sus antiguas promesas? ¿Cómo es que no ha podido hacer llegar hasta mí la menor palabra en contestacion a las cartas que le he mandado bajo la cubierta de mi tia?

—No lo sé... yo no pude preguntarle sobre esto que conozco solo ahora que usted lo dice; pero ella aseguró que ni su padre ni Ricardo la obligarian jamas a hacer nada en contra de su voluntad, de modo... que lo que usted temia...

Alberto clavó sobre la jóven una mirada siniestra, que hizo espirar la frase en sus labios.

—Señora, dijo con aspereza, creo que usted se burla de mí desde hace rato. Debo parecerle a usted mui ridículo.

—¿Yo burlarme, Dios mio?

Alberto se quedó algunos instantes en silencio.

Llegaba a la estancia el silbido del norte, cuyas ráfagas hacian estremecerse las hojas de las puertas i las ventanas.

Seguia lloviendo a cántaros.

Alberto estaba profundamente contrariado.

Su exasperacion salia a su rostro.

Habia abandonado su asiento i cruzaba de un lado a otro la sala.

De repente se detuvo en frente de Eugenia, que hacia esfuerzos por aparentar una calma que no sentia.

—¡Pues bien! exclamó. Yo saldré de una vez de esta situacion que no me deja un momento de reposo, i usted me ayudará.

Esto no puede prolongarse: necesito ver claro, saber si me hallo al borde de un abismo o si debo esperar mi salvacion. Si Amelia me amase, aun seria tiempo de que se verificara un cambio en mi vida, de que pudiese llegar a ser un hombre útil, bueno, honrado... Si no, no sé qué podria detenerme... mi carácter me arrastra a pesar mio... usted desgraciadamente lo ha probado tratando en vano de refrenar los primeros impulsos que me acometen en cualquier circunstancia en que mi voluntad no domina...

Esto proviene de los instintos con que nace cada cual. Conozco siempre tarde el mal que hago, cegado por esos instintos... ¡Qué quiere! Esto está en mi sangre, en mi temperamento; cuando he querido luchar nada he conseguido.

Ahora mismo solo puedo decirle que mi tranquilidad, mi amor, mi orgullo, mi porvenir me exigen que aclare las cosas. Si Amelia me amase aguardaria contento... olvidaria la conducta de esos parientes que han deseado contribuir a perderme... pero, si ella me hubie-

se olvidado, si me rechazara i llegara a casarse... ¡oh! me vengaria... me mataria... pero despues de haber causado a mis enemigos cuantos males...

—¿Qué cosa exige ahora de mí? ¿qué puedo hacer? dijo la niña estremeciéndose de terror.

—¡Procurarme verla!

—¿Verla?

—¿I qué?

—Que no atino... no veo...

—¿La manera de que esto se realice sin que usted se comprometa? es bien sencilla, sin embargo...

—¡Oh!... ¡No me atreveré jamas!

—¿La idea de una entrevista la asusta, no es eso?

—¿Es posible pensar en que yo?...

—¿Deberé llevar eternamente un infierno en el corazon?...No, estoi resuelto, la veré...

La veré por última vez.... si es positivo que ella ya me mira como a otro cualquiera, como a un extraño; pero sabrá mi pensamiento por completo, sabrá lo que padezco i al extremo a que podria conducirme....

Usted no se comprometerá en nada, será una entrevista casual, ignorada de todos. Usted padece una enfermedad.... mañana, por ejemplo, dice que se siente peor.... quiere ver a su amiga, le manda un recado....

—¡Ah!

—¡Ya lo vé! exclamó el insensato animado por su propio pensamiento. Ella correrá al lado de usted.... i entónces yo llegaré... casualmente...

Eujenia se levantó i dijo:

—¿Yo obrar de esa manera?... ¡jamás!

—¿Usted se niega? Piense bien lo que hace.

—¿No sabe usted que Amelia es mi amiga, que su padre es mi bienhechor, que a ellos solo debo no estar en la miseria? ¡Dios mio!

En pago de su afecto, de su bondad, de su admirable ternura iría yo a traicionarles?... ¡Oh! ¡jamás!... ¡sería infame mi conducta!

Alberto se puso densamente pálido.

En su cerebro se revolvieron proyectos informes i terribles para la suerte futura de aquella infeliz.

Alberto habia ido acumulando hiel i odio en su corazón, desde la muerte de su padre. Aborrecia a sus parientes, a sus amigos, lo aborrecia todo en la vida, ménos a Amelia, a quien amaba con un amor del infierno.

En su indomable enerjía habia hallado fuerzas para luchar en el mar tempestuoso en que se habia visto lanzado de improviso. Su carácter le sostenia i hallaba estímulos para avanzar en su empresa, apesar de los obstáculos que a cada paso le salían al camino... Los medios, fuesen los que fuesen, nada le importaban con tal de afianzar el éxito, de vencer la injusticia del destino de que se creía víctima.

—¡Eujenia! exclamó con voz convulsa. Medite usted bien ántes de tomar una determinacion. La gratitud me puede obligar a ser con usted un servidor obediente, un esclavo... pero si resiste a mis ruegos, si usted no me acuerda su ayuda cuando me es indispensable, cuando nadie puede hacer lo que está en actitud de alcanzar...

¡Oh! entónces puedo ser un demonio que la hunda a usted en el abismo en que me hundiré yo mismo quizá!

Eujenia tembló: toda su sangre se le agolpó al corazón.

—¡No puedo! ¡no puedo! dijo: ellos me despreciarían: Amelia me culparía de haberla traído un compromiso...

—Veo, señora, con disgusto que usted tiene escrúpulos... cuando no debería tenerlos...

Hablemos claro:

I una risa sarcática crispaba los labios de Alberto. Eugenia concibió un temor vago que la llenó de una angustia horrible.

Alberto habia tomado esa espresion feroz, repelente, medrosa que la habia hecho estremecer otras veces, cuando buscaba motivos para alguna de esas querellas que tanto habian amargado sus dias.

—¡Dios mio! balbuceó la jóven escondiendo la cara entre sus manos.

—Rehusa usted, continuó Alberto, procurar que vea a... su amiga un instante... cuando quizá va a procurar-la un bien...; i no trepida usted en hacerla juguete de un vil engaño, mostrándose a sus ojos con una falsa careta, con una vil hipocresía...

Eugenia sintió en su corazon un choque tan violento, que saliendo súbitamente de su estupor, se irguió con arrogante altivez i pronunció lentamente estas palabras:

—Veo, caballero, que pago bien caro la imprudencia que he cometido recibéndole en mi casa. Escúseme usted que le deje... i me retire.

—¡Hola! ¿Desea usted por lo visto continuar conmigo la comedia?... pierde su tiempo, a fé. Yo no he venido, cuando caen del cielo torrentes de agua, para ver como desempeña usted su papel de viuda... sin hijos...

He venido para saber algo i obtener que usted sirva a mi propósito. Ya lo oye... ¡qué diablo! todo no es almíbar en la vida... usted es desgraciada i yo tambien lo soi, luego éste es mas bien mi título para que ámbos nos ayudemos.—Así, usted a mas tardar en dos dias, buscará modo de que venga a su casa su amiga... o yo me encargo de darla a saber, por medios que nunca faltan,

que usted merece tanto su estimacion i la honra tanto su intimidad con usted...

—¡Usted no cumplirá jamas lo que dice, no puede ser tan infame! exclamó la infeliz criatura en el colmo de la desesperacion.

—¡Bah! no es mia la culpa, señora, de que usted se haya dejado amar de un hombre que llegó a ser padre de un niño que llevó, si mal no recuerdo, mi nombre i el apellido de usted... i luego para captarme la estimacion de personas... bien colocadas... de una pura jóven sobre todo... haya usurpado usted un estado que nunca le ha pertenecido... que usted lllore a un marido que nunca tuvo... i disfrute de una honrosa posicion debida a una miserable farsa... La misantropía, la melancolía de usted que tan interesante la han hecho para conquistarse las simpatías de su amiga... cuando se descubra la trama... ¡ah! le hace esto buen efecto... Me alegro... así... ¿debo contar con usted? Ya sabia yo que en último extremo...

—¡Oh! ¡morir!... ¡morir mejor! dijo Eugenia pálida como un cadáver.

Quiso andar para alejarse de allí, pero se sintió desfallecer.

Apoyándose sobre la espalda de un sillón, se dijo a sí propia en voz apenas perceptible:

—La culpa fué mia... sufre... ¡sufre desgraciada!...

En el instante mismo rechinó una llave en la cerradura, tembló la vidriera de la puerta de la sala contigua, i se abrieron las hojas con un ruido estrepitoso.

Eugenia lanzó un grito desgarrador.

I vaciló i a tientas llegó hasta un sofá sobre el cual fué a desplomarse.

—¡Miserable! rujió Ricardo Reinal, que él era el que

se habia precipitado en la cámara, demudado el semblante i ébrio de cólera.

Alberto, a la vista de su primo, se repuso del espanto que le habia producido aquel ruido i la aparicion imprevista de un hombre que él habia creido un extraño.

—Méenos insultos, primo, dijo con una sangre fria que dejó a aquel estupefacto. Tú crees que soi un miserable... porque calumnio... ¡bah! pregúntala si he faltado en lo menor a la verdad en cuanto he dicho...

Ricardo aterrado i pálido, paseó su mirada chispeante de Alberto a Eujenia.

Se estremecieron sus miembros como si hubiese sentido la mordedura de un reptil venenoso.

—¡Señora! ¡por piedad! exclamó con los dientes apretados i sacudiendo una mano de la consternada criatura.

Pero Eujenia con los ojos estraviados, con las facciones contraídas i demudadas, se la habria podido tomar por una muerta, sino se hubieran movido sus labios en un supremo esfuerzo que solo hizo asomar a ellos una espuma sanguinolenta, que luego dió paso a un vómito de sangre que empapó el blanco pañuelo que la infeliz aplicaba a su boca.

Ricardo, reponiéndose de su profunda emocion, avanzóse a sostener a Eujenia, que parecia iba a exhalar el último aliento.

Miranda contempló friamente aquella escena, tomó su sombrero i se dirigió a la puerta murmurando con acento opaco:

—El, amante de Eujenia... Debí sospecharlo: esta casa... su amistad con la hermana... ¡Ah! Si comenzará mi venganza ántes de lo que creía!

Abrió la puerta i se precipitó hácia la calle.

El monótono ruido de la lluvia llegó hasta la estancia.

Una ráfaga de viento, helada i húmeda, abatió la luz de la lámpara.

Ricardo se incorporó como tocado por un resorte al presentir la huida de Alberto.

El rodar chillon de un coche de posta se mezcló al ruido del aguacero.

El carruaje que se alejaba, era el en que habia llegado Alberto i que habia quedado aguardándole en la puerta de la casa.

Eujenia, que con avidez habia seguido los movimientos de Ricardo, hizo un poderoso esfuerzo i balbuceó:

—No le busque... Ricardo... él ha dicho la verdad... yo soi mui desgraciada... I si no sufriera... ¡ai!... contaria a usted todo. Talvez tendria lástima de mí... su padre le dirá...

Ricardo jimió.

—¡Oh! siempre miseria... fango... mentira! murmuró abatido i desesperado.

Eujenia tosió, i de nuevo apareció en sus lívidos labios la sangre de la hemorrajia.

De seguro que aquello provenia de la ruptura de un vaso del pulmon i que podia ser fatal para la víctima.

Ricardo tuvo piedad de aquella infeliz.

Esa piedad que despierta siempre un cruel infortunio en todo corazon bien puesto, cualquiera que sea quien lo padece.

El jóven llamó a Jertrúdis.

Cuando ésta entró i vió a su ama en aquel estado lanzó un grito.

—Llévala, llévala al dormitorio... dijo el jóven. Yo te enviaré un médico... buscaré alguna mujer que te ayude a cuidarla.

I acercándose a Jertrúdis que permanecia aterrada, agregó en voz baja.

—Cuidado con que cuenten nada a mi hermana o a mi padre... si ella vuelve a mandarte a casa...

I se dirigió Ricardo a la pieza contigua para tomar allí su gorra i su paletot.

Se lanzó a la calle como un demente.

Eujenia permanecía en un anonadamiento horrible.

Su frente estaba bañada de un sudor helado.

Zumbaban sus oídos.

Su respiracion era difícil.

Pasaba en fin por uno de esos momentos en que creemos sufrir la agonía.

Jertrúdis se acercó temblando hácia la niña.

.....

Despuas de algunos instantes la sala se veia desierta.

El silencio reinaba en ella.

Solo en el exterior retronaba el norte, azotaba la lluvia i bramaba quejumbroso el mar.

Las campanas de la Merced comenzaron a doblar lúgubreménte.

Era el toque de ánimas.

En una hora el torbellino desencadenado sobre aquella casa, habia envuelto en sus vertijinosos giros el último asomo de felicidad que se anidara un instante en el corazon de Eujenia.

—¿Qué restaba ya a la triste víctima?

—¡Dios!...

Ese manantial infinito de consuelo para los que abrigan la fé.

Ese supremo médico del alma para los que privados de las felicidades de la tierra, esperan hambrientos la felicidad del cielo.

Cuando Eujenia estuvo en su lecho, transida de dolor, dejó correr sus lágrimas i puso su pensamiento en Dios i en su madre...

CAPITULO XXXVII.

LA SÚPLICA DE UNA HIJA.

Ricardo despues de las seguridades que diera a su hermana respecto de que nada intentaria Alberto en contra de ella, se propuso descubrir las pretensiones que aquel pudiera abrigar, a fin de cruzar sus planes.

Ricardo amaba entrañablemente a su hermana.

Amelia por su parte no tenia reservas para su hermano.

La hemos visto confiarle aun sus mas secretos temores.

Ricardo sabia que Amelia llegaria a ser feliz casándose con Calm, el amigo de su infancia i despues su compañero de trabajo. Debia, pues, apartar a Alberto de su camino.

El jóven se impuso con gran satisfaccion de que su primo iba a tener aquella noche una segunda entrevista con Eujenia.

La ocasion era propicia para imponerse de lo que deseaba saber: los proyectos que Alberto acariciara respecto de su hermana, i el verdadero estado de sus relaciones con Eujenia.

El jóven presentia que si lograba oir la conversacion de su primo con Eujenia, se disiparian en gran parte

las dudas que acometian a su espíritu cada vez que por el raciocinio intentaba esplicarse la oposicion que hacia la interesante criatura a la vehemente pasion que él experimentaba.

Seguro de que Amelia cumpliria con la recomendacion que le habia hecho de retener a Eugenia hasta la hora de la cita, Ricardo se dirijió como hemos visto hacia la calle del Olivar.

Llegado a la casa de la niña, se hizo abrir la puerta dándose a conocer de Jertrúdis.

Ricardo confió a ésta su intento.

La buena muchacha no le opuso ninguna dificultad cuando oyó al jóven que todo seria en beneficio de su antiguo patron don Antonio, de Amelia i de su querida señorita. Ricardo, ademas, puso una moneda de cinco pesos entre las manos de la muchacha para disipar pronto toda resistencia; pero debemos decir en honor de ella que tuvo el valor de rehusarla por dos veces hasta que el jóven se impacientó por su negativa.

Ricardo fué introducido a la pequeña sala de recibo, contigua al costurero en que Eugenia pasaba las noches.

Desde allí le aseguró Jertrúdis que podria oir perfectamense cuanto se hablase, i salirse por la puerta del zaguan, que dejaria abierta, cuando lo hallase por conveniente.

Eugenia deberia ignorar, como es de presumirlo, el paso aventurado que daba Ricardo i la infidelidad de la criada, aun cuando la buena intencion con que ésta obraba pudiese ser bastante justificativo a los ojos de su bondadosa señorita.

Jertrúdis anduvo tan lista i preparó tambien las cosas, que cuando Eugenia llegó i pasó a su dormitorio a cambiarse de abrigo, no salió de allí sino cuando se sin-

tió el ruido del coche que paraba a la puerta i que debia conducir a Alberto.

Hemos visto como la fatalidad que pesaba sobre el destino de la infeliz Eujenia, hizo que sucediesen las cosas de una manera tan terrible como inesperada para ella, para Ricardo i para Jertrúdis, que no se perdonaba la culpa que le cabia en ese desastre.

Pero ¿habria podido ella obrar de otra manera con el hijo de su patron i benefactor de su señorita? ¿No le habia ademas asegurado Ricardo que él trataba de apartar un peligro que podia amenazar a su familia i tambien a su ama?

Esto tranquilizó un tanto la conciencia de la pobre muchacha, un poco mas asustadiza que la de todas las criaturas de su gremio.

La noche fué terrible para Eujenia.

El sacudimiento de aquella penosa escena la produjo una hemotisis violenta que agravó estraordinariamente su enfermedad.

El médico enviado por Ricardo se alarmó por su estado i la dejó algunas recetas de astringentes enérgicos para contener la hemorragia.

A las nueve de la noche llegó una mujer para ayudar al cuidado de la enferma.

Solo entónces pudo Jertrúdis abandonar la casa i dirigirse a la botica.

Los padecimientos morales hacian sufrir mucho mas a la enferma que los padecimientos del mal físico.

Una cruel tortura devoraba su alma.

Ella calculaba la exasperacion de Ricardo por la súbita revelacion que debia presentarla ante sus ojos como una criatura despreciable, sin disculpa posible.

Como una intrigante indigna que a la sombra de un disfraz habia sorprendido la buena fé de su padre, la

inocencia de su hermana, la franca bondad de su tía; i despertado en él una piedad, un interes creciente, hasta llegar a rodearla de atenciones, a amarla, a desear hacerla su esposa.....

¡Ah! ella no tenía la culpa de nada de ésto; ella habia tratado de apartarle del peligro; pero ¿por qué no se sacrificó mil veces éntes de aceptar la superchería que la bondad infinita de aquel anciano le sujirió para hacerla apreciable ante los que desconocian su desventura? ¿no debió ella haber calculado que un engaño semejante no podria permanecer largo tiempo en secreto sin que trasminase por cualquier incidencia, siéndo entónces peor el remedio que la falta que trataba de mantener velada?

Una máquina de pensamientos la hacian no sentir las graves dolencias de su cuerpo.

A veces su razon se estraviaba, se perdia en el laberinto intrincado de las ideas que la asaltaban en confuso tropel. Cuando se apoderaba de ella por momentos un sueño intranquilo, visiones fantásticas i medrosos fantasmas flotaban en medio de una niebla luminosa que llenaba su imaginacion de siniestros resplandores.

Al dia siguiente, el insomnio, el cansancio i la debilidad le permitieron un instante de reposo por medio de un sueño intranquilo.

Cuando despertó se sintió un tanto aliviada.

La hemorragia habia disminuido.

El médico no llegó en toda la mañana.

El mal tiempo continuaba.

La lluvia cesaba solo por cortos intervalos.

Eujenia, sujeta a una dieta estricta, tomó un caldo a medio dia.

Sintiéndose algo reanimada, hizo que Jertrudis le llevase al velador útiles de escribir.

Sentada en su lecho, i colocando la hoja de papel sobre las tapas de un libro escribió los siguientes renglones.

“Madre mia:

“Necesito su perdón ántes de morir. No la engaño en esta hora suprema: he oído al médico anoche que mi mal es mui grave i que solo un milagro podría salvarme. Parece que tengo mui dañado el pulmon.

“Madre mia, si Ud. no me aborrece, si no me ha maldecido, procure que su hija pueda darle el último beso ántes de despedirse eternamente. Ud. no sabe lo que he sufrido. En este año no he dejado un solo dia de llorar i de pedir a la Vírjen tocara su corazon para que me perdonase.

“Deme el único consuelo que me atrevo a esperar, viniendo a verme si no se halla enferma. Las lágrimas que Ud. notará en este papel le dirán que mi arrepentimiento es sincero i que moriré bendiciendo a Dios si logro obtener que me perdone lo que la he hecho sufrir.

“La abraza con toda su alma su hija que no la ha olvidado un instante.

EUGENIA.

“Por si se compadece de mí, le doi las señas de la casa en que habito, calle del Olivar, número.....”

Despues de leer esta carta, la cerró i la rotuló, entregándola a Jertrúdis para que la llevase a un buzón.

La niña, enjugando las lágrimas que se deslizaban por sus descoloridas mejillas, preguntó a la muchacha si alguien habia mandado a informarse de su salud.

Esta le dió una respuesta negativa.

Eugenia ordenó a la muchacha que contase el dinero

que la quedaba en el canjoncito de su mesa de costura: no alcanzaba a haber doce pesos, faltaban treinta centavos.

La niña se mostró satisfecha i le recomendó que al ir a dejar la carta llamase a un médico.

En seguida hizo abrir las hojas de madera de la ventana para mirar al traves de les vidrios la lluvia que caia en abundancia en el reducido patio de la casita.

Elevó sus ojos al cielo con una espresion tristísima de resignado dolor, permaneciendo largo tiempo en esa actitud.

La mujer que servia de enfermera, cabeceaba mientras tanto sentada al amor del brasero en que brillaban algunos carbones encendidos.

CAPITULO XXXVIII.

CONFORMIDAD.

Se pasaron tres dias sin mejoría para la enferma.

No empeoraba tampoco.

Solo que la tos, esa terrible tos de los tísicos, no la dejaba en las noches.

Eujenia horrorizada de la soledad, sin tener a quien pedir consuelos, concentraba sus penas i lloraba cuando nadie la veia.

Su delicada naturaleza iba en un progresivo aniquilamiento: las horas se pasaban en esa lucha sublime del amor i del deber, en un martirio constante por la idea de verse deshonrada, sin familia, sin amigos, sin nadie que se interesase por la prolongacion de sus dias o siquiera por la cesacion de sus dolores.

Ella podia sinembargo dar aviso a don Antonio, confiarle lo sucedido, rogarle que explicase a Ricardo el verdadero motivo que la habia arrastrado a aquella lastimosa situacion... pero ¿lo haria?...

¡Oh! no obtendria otra cosa que aumentar las tribulaciones de aquel anciano sin que nada pudiese remediar. El amor de Ricardo era imposible desde que de todas maneras ella tenia que aparecer como una mujer enga-

ñada, impura, sin honra, sin prestigio, con un nombre manchado, con un porvenir oscuro...

Un momento de error en su vida habia bastado para apartarla del mundo.

Como esas mariposas color de oro que se sienten arrastradas por la luz que tuesta sus alas, ella habia sido fascinada por la llama del amor i se hallaba sin alas para volver a remontarse a la esfera de que habia descendido.

I su verdugo, aquel Alberto de falaces apariencias, continuaba todavía siendo para ella el jenio del mal que de una manera tan terrible influyera en su existencia.

¿Qué podia sostener a aquella criatura para que no blasfemase renegando de los hombres i maldijese a la sociedad?

—¡La religion!

Ella lo sufria todo con paciencia confiando alcanzar el premio ofrecido al que sufre en la tierra como ella sufria.

La religion, que para muchos es solo una palabra vana, era para esa mujer empapada en la desgracia su única fuente de consuelo i la infinita aspiracion de su alma.

De ella arrancaba esa fuerza misteriosa para ver acercarse con la resignacion de una mártir la muerte que suele aterrar a las mas vigorosas organizaciones.

Léjos de desesperarse al ver aproximarse el término de sus dias, ansiaba el momento de verse libre de la red de miserias que la oprimia.

Cuando aquel dia, la enfermera le dió a entender con palabras cortadas que seria bueno que pensase en confesarse, ella halló una pálida sonrisa que dió a su hermoso rostro débiles reflejos de alegría i al instante ordenó que se llamase a un sacerdote.

El cura Zárate, anciano lleno de bondad i de celo

evanjélico, a quien recordarán por largos años los desgraciados de Valparaiso, entró en la tarde a la habitacion de Eujenia.

La niña abrió al buen sacerdote los mas ocultos pliegues de su corazon magnánimo.

Recibió un gran alivio con la confesion.

El sacerdote conmovido hondamente con sus dolores, desplegó ante su vista los inmensos horizontes de la vida eterna i le prodigó dulces consuelos que cayeron sobre su alma destrozada como las aguas de la inundacion sobre una árida llanura.

Impuesto de la estrechez de recursos de la niña, la aconsejó que recurriese a la caridad de algunas piadosas señoras que sostenian una especie de instituto de beneficencia para socorrer a los enfermos indijentes que, por su clase o condicion social, miraban con horror los hospitales. Con ese arbitrio podria obtener médico i botica sin menoscabar los escasos recursos de que aun disponia.

Díjola el anciano que la miseria no era para nadie una deshonra, i que si la lei de Cristo prescribia a todos los fieles socorrer a los necesitados, imponia tambien a éstos el deber de implorar la caridad de sus semejantes sin dejarse llevar del orgullo o la soberbia, esos terribles enemigos del humano linaje.

Eujenia prometió seguir el oportuno consejo del excelente párroco, que se despidió de ella dejándola mucho mas conformidad de la que abrigaba ántes de su visita.

Cuando con la pompa i el séquito de estilo, llegó el viático a la casa de Eujenia, los vecinos preguntaron con interes por la salud de la hermosísima viuda que llevando siempre una existencia incógnita habian solido divisar en traje de iglesia los dias de misa o al subir a un carruaje en raras i perdidas ocasiones.

Confortada Eujenia con los auxilios que la iglesia ofrece a sus hijos, no deseó sino prolongar lo suficiente su vida para dar gracias a su bienhechor i obtener el perdon de su madre, ya fuera que ésta le escribiese o que se decidiera a emprender el viaje que tanta felicidad le causaria.

Ya que el cielo comenzaba a rasgar las nubes que habian ocultado el sol durante aquellos tristes dias, don Antonio quizá se arriesgaria a salir i llegaria a visitarla si se hallaba restablecido i extrañaba que ella no hubiese podido mandar a informarse de su salud.

Una consideracion llenaba de aprension a Eujenia i era la de que no fuese a pensar don Antonio que el aguacero hubiera ocasionado aquel olvido de su parte.

Tentaciones le daban de repente de enviar a informarse a Jertrúdis, pero un sentimiento de delicadeza se lo impedia, desde que la muchacha le habia hecho saber la recomendacion que la hiciera Ricardo ántes de partir aquella terrible noche de cruel memoria.

Resignóse, pues, a esperar.

Jertrúdis por recomendacion de su señora fué a demandar el auxilio de la caridad, conforme a la indicacion del señor cura.

La hicieron dejar el nombre de su señora i las señas de su casa.

La hicieron ademas algunas cuantas preguntas relativas a la posicion de aquella.

Trascurrió la tarde, oscureció, pasó la noche i no llegó a la casa alma viviente.

A las nueve de la mañana del siguiente dia, una dama de porte distinguido se apeó de un carruaje i llamó en la puerta de Eujenia.

Ocurrió Jertrúdis, i la dama le dijo que era doña Ca-

rolina Ornas de Pintado, socia del instituto de beneficencia.

Jertrúdis se apresuró a abrir i fué a avisar a su señora.

La dama esperó en la sala.

Se entretuvo, miéntras la vuelta de Jertrúdis, en pasar una revista prolija a las paredes, al alfombrado, a los muebles, a la lámpara, a cuanto contenia la pieza.

La señora arqueó sus bien pinceladas cejas i dió a su semblante una espresion inequívoca de recelo i desconfianza.

Apareció Jertrúdis.

La suplicó que pasara a ver a la enferma.

CAPITULO XXXIX.

LOS AJENTES DE LA CARIDAD.

Guiada por la sirvienta, entró la señora de Pintado en el dormitorio de Eujenia.

Llevaba un vestido oscuro, de paño de leon, i se abrigaba con una magnífica capa de terciopelo negro con colchado de seda.

Aquella señora de cuarenta abriles a lo ménos, conservaba todavía cierta hermosura, i era bondadosa su fisonomía i arrogante su porte.

—¿Es esa la enferma? preguntó al entrar.

—Sí, señorita, respondió la sirvienta.

—Déjanos.

La sirvienta salió.

La dama avanzó hasta acercarse al lecho.

Se sentó al lado del velador.

—¿Es verdad, hija mia, dijo a la enferma, quien al ver entrar a la señora se habia incorporado apoyando la espalda sobre el almohadon: ¿es verdad que usted necesita para curarse del ausilio de nuestra sociedad?

—Sí, señora, respondió con visible confusion Eujenia.

Me siento mui mal... mis recursos son escasos... i como he oido hablar de la institucion de caridad...

—Bien, hija mia, ya ve que las socias han atendido el reclamo de usted trasmitiéndome las señas de su casa... Yo soi “la comisionada” de este barrio, i si ayer no vine a la visita de inspeccion, no fué por mi culpa, sino porque otras atenciones me quitaron el tiempo....

—No necesita excusarse usted, señora, i Dios quiera premiar su bondad; mi mal no ha empeorado tampoco desde ayer...

—¿Es usted viuda segun me han dicho?

—Sí... señorita...

—Ya esto es una razon. No estrañe usted que la pregunte algunas cosas, porque nuestro deber exige que seamos hasta cierto punto escrupulosas. La beneficencia debe estenderse a las personas que la merecen... i como a veces padecemos engaños ausiliando a personas que no necesitan absolutamente...

La enferma se ajitó estremeciéndose.

Un acceso de tos que pareció iba a romperle algun vaso del pulmon, dió a su rostro un ligero tinte purpúreo. Un pañuelo blanco que aplicó a sus labios se tiñó de manchas rojas.

—¡Pobre criatura! balbuceó la señora contemplando a la enferma, tan interesante por su belleza aun en medio de la flacura de su rostro i la suma debilidad en que se hallaba.

—Señorita... dijo Eujenia con voz apagada, estoi dispuesta a contestar a todo, con tal de que pueda lograr que durante los pocos dias que quizá me queden me cure algun médico... No quiero que se crea que por un falso orgullo o por otro sentimiento he sucumbido sin el ausilio de la ciencia... Un sacerdote me indicó

ayer.... despues de confesarme.... que podia ocurrir a la caridad.... a la asociacion que se habia formado...

—Sí, sí, no se fatigue usted, niña; usted me inspira mucho interes, mucha lástima i hoi mismo la enviaré algunos boletos para que llame médico...

—¡Oh! gracias, señora.

—Solo... para tranquilidad de mi conciencia i a fin de satisfacer a mis socias, voi a preguntarla, hija mia, cómo es que está usted en la pobreza... cuando por esta casa parece que pagará algun arriendo caro i... los muebles de esa sala... son de valor... En una habitacion mas modesta i vendiendo algo... lo ménos necesario... podria obtener algunos recursos...

Eujenia habia seguido con profunda ansiedad los rodeos de que se valia su interlocutora para entrar en el terreno de esas averiguaciones de carácter esencialmente privado.

Oprimiósele de angustia el corazon hasta sentirse incapaz de refrenar sus impresiones.

Su mudo dolor estalló por fin.

Apoyando sobre la blanca almohada su frente pálida i sudorosa, lanzó un débil jemido semejante a un suspiro sofocado de suprema angustia.

Dos lágrimas ardientes surcaron lentamente su semblante, i repondió con voz entrecortada por la emocion:

—Todo esto, señora, la casa i los muebles no me pertenecen... un antiguo amigo de mi padre... me ha alojado aquí por caridad, por una noble compasion, que empeñará mi gratitud miéntras conserve la vida...

—¡Ah! hija mia, usted es jóven, es hermosa... permítame que la dé un saludable consejo... de amiga: quizá esa jenerosidad que usted alaba encierra.... un peligro... En el mundo el interes gobierna casi siempre las acciones...

—Señora, interrumpió la niña con acento desfalleciente, no quiero comprender todo el alcance de sus palabras, porque me haría mucho daño... La persona cuyo nombre bendeciré junto con el de mi madre... es un anciano, señora, que podría ser mi abuelo... ¡tan lleno de bondad...

--Perdone usted... pero si usted hubiese dicho eso... me habría ahorrado una observación a que me movió el interés que me ha inspirado.

—Gracias mil veces.

—Pobre niña... voy a retirarme e informaré muy bien acerca de usted. Pronto tendrá lo que ha pedido.

—Ya ve usted, señorita, que siempre es muy vergonzoso demandar un favor... mucho más la caridad de personas que no tienen por qué apreciarnos... cuando ni siquiera nos conocen... Así es que le suplico que crea que le agradezco en el alma la modestia que la he causado; ¡que si algo he pedido es porque realmente mi estado de desamparo...

—¡Oh! sí, hija mía, no conservo la menor duda. Aunque su protector ignorará tal vez...

—Don Antonio Reinal, que tal es su nombre, señora, se halla enfermo desde hace días....

—¿Reinal? ¿ha dicho usted Reinal, hija mía? Entonces lo conozco mucho ¡comprendo todo... ¡oh! cuando vaya a su casa le haré saber cuanto amor ¡gratitud le guarda usted....

—Por favor, señora, desearía que él jamás supiera nada... menos aun mi miseria... que le llenaría de aflicción por mi falta de franqueza al ocultarle...

—Sea como usted quiere. No le diré una palabra... no se aflija usted hija mía... ya vendrá el médico ¡la curará... no abrigue usted ese desaliento...

Eujenia con una sonrisa llena de amargura despi-

dió a la caritativa matrona, que salió complacida interiormente al pensar que le iba a ser mui fácil remediar la situacion de esa desgraciada niña, prestándole el apoyo de la sociedad de que formaba parte.

No calculaba, ella, la noble señora, cuánta amargura habia manado aquel corazon tan delicado, tan rico de ternura i de nobleza, miéntras su visita.

No basta para aliviar la miseria, para socorrer la pobreza, tender pródiga la mano, ni soltar sin esfuerzo los escudos, se necesita ese instinto sagaz i sutil de las almas elevadas para tocar la llaga sin ahondar la herida, para hacer aceptar al desgraciado el socorro que se le brinda con la conmovedora espresion de la gratitud en la mirada i no con la cruel desesperacion del que cede a una necesidad extrema.

Ese instinto sublime que exige la mas sublime de las virtudes, no lo poseía por cierto la bizarra señora de Pintado.

Por eso la caridad fué una prueba dolorosa para el tierno corazon de Eujenia.

La señora creyó, sin embargo, hacer un mundo remitiendo a la niña, ántes de trascurrida una hora, el boleto solicitado i el nombre de los médicos rentados por el modesto instituto de beneficencia.

Jertrúdis ocurrió presurosa a casa del que vivia mas próximo.

Llamábase el doctor Abdómen, titulado en la Universidad desde años atras, i una reputacion para curar las enfermedades mentales desde que habia presentado a la Facultad una «luminosísima» memoria en que aconsejaba emplear en la Casa de Orates un odioso empirismo, en práctica no sabemos en qué afamados establecimientos de la ilustrada Europa.

El sabio Galeno, contra la costumbre de sus colegas,

no se demoraba para acudir a los llamados. No por virtud ninguna, sino simplemente porque amaba mucho el metal acuñado, por una antítesis quizá de los pobres locos, que se creen señores i árbitros de todo lo creado, i desprecian por lo tanto el ídolo ante que se inclinan tantas nobles frentes; un hombre que habia dedicado su ciencia al estudio de los enajenados, daba seguramente una prueba de cordura demostrando gustos e inclinaciones en oposicion a ellos.

En consecuencia, el doctor entró al cuarto de la enferma media hora despues de ser llamado, con una flemma i una suficiencia que le eran naturales.

Tomó el pulso, examinó el torax, el pulmon, hizo respirar con fuerza i toser a la enferma, analizó el desgarrro, i con tono brutal dió paso a estos indescifrables monosílabos:

—¡Hum! ¡Hem! ¡Hum!

—¿Verdad que es grave mi mal, señor? preguntó Eugenia con voz opaca.

—Voi a recetar, señora.

—¿Tendré vida, señor, para una... para dos semanas?... Desearia tener el consuelo de... no repare usted en decir la verdad: no ignoro que mi mal es... mortal... i únicamente...

Una tos seca ahogó la palabra en la garganta de la niña.

El doctor encojió los hombros por toda respuesta, i afirmando sobre su nariz unos viejos anteojos, se puso a escribir al borde de una mesa de centro sobre una cuartilla de papel azul.

Eugenia miéntras tanto hizo tristemente señas a Jertrúdis para que preparase el boletto i lo entregase al doctor.

I luego la pobre niña se puso a pensar en que quizá

su vida tocaria a su fin, sin que tuviera la menor noticia de su infeliz madre, i esto aumentó su afliccion.

El doctor terminó.

Echaba arenilla al papel, cuando Jertrúdis que seguia todos sus movimientos, se acercó a él vacilando, i le pasó el boletó en silencio.

Hizo él un movimiento de asombro que esparció la arenilla sobre la mesa.

—¡Qué! dijo; usted me ha llamado i no me ha dicho una palabra que se trataba de un tal... enfermo!

I en un acceso de ira rompió en tres pedazos la receta que conservaba en sus manos, arrojándolos sobre la cubierta de la mesa.

Al traves del vidrio de sus anteojos brilló una centella de cólera.

En seguida se lanzó sobre su sombrero i atravesando rápido la pieza salió murmurando con rabia creciente:

—¡Es una esplotacion! sin avisar, sin avisar.... ¡i una hora de tiempo!...

De los entreabiertos labios de Eugenia se exhaló un quejido débil, cansado, angustioso.

Una convulsion se apoderó de su cuerpo, haciendo temblar todos sus miembros.

Jertrúdis se echó a llorar.

—¡Oh! dijo: ¡aunque la señorita me bote a la calle iré a empeñar ese reloj! i salió del dormitorio como poseida de un ataque de locura.

De una de las mesas de arrimo de la sala, tomó un pequeño reloj de bronce amarillo, lo ocultó debajo del listado pañuelo que le servia de abrigo i se lanzó a la calle.

Una hora mas tarde un nuevo médico reconocia a la enferma.

La encontró en un estado de gravedad suma.

Recetó i quedó de volver a la noche.

Jertrúdis trató de pagar esta vez al médico en buena moneda; pero él rechazó el dinero diciendo que tenía que repetir sus visitas.

—Pobre jóven... ¡es lástima!... habia dicho ántes de salir con acento conmovido al ver que era incapaz la única enfermera hasta de comprender las cortas instrucciones que quiso darla.

Este médico, jóven, sin nombre ni reputacion, parecia amar a sus semejantes mas que a una miserable pieza de plata.

Trataba de aliviar las dolencias elevando su ministerio: hablaba con afabilidad al paciente, se interesaba en los sufrimientos, respetaba las condiciones desgraciadas i se compadecia ante los cuadros conmovedores de la miseria que a menudo ponía ante su vista el ejercicio de su profesion.

Era un discípulo i un imitador de Sazie, ese modesto sabio que arrastró a sus funerales un séquito como no lo han tenido igual los altos i prestigiosos personajes de la fortuna, de la política o de la Iglesia.

I es que las almas grandes, las almas virtuosas, que son alivio i caridad para la indijencia, reciben el ardiente culto de la gratitud, que fluye de los corazones como de un manantial inagotable, i perpetúa en el recuerdo el nombre de esos modestos héroes de la humanidad que llegan a hacer un verdadero sacerdocio de un ministerio que otros convierten en torpe especulacion.

I si muchas veces el desprecio de la sociedad en que viven estos últimos, no alcanza a tocarles, es por cuanto sus bajas acciones se pierden en la oscuridad del pobre escenario en que se realizan, o bien se desvanecen ante

el falso prestigio de una existencia hipócrita, hábilmente llevada por largos años!

Esto nos hace amar la idea de una sancion suprema para las acciones humanas, justa e implacable como concebimos el augusto tribunal de la Divina Justicia.

Pero... volvamos a nuestra relacion.

CAPITULO XL.

DUDAS.

Ricardo habia pasado aquellos dias vivamente atormentado.

Un torbellino de melancólicos pensamientos i de fatídicas visiones pasaba por su ardiente imaginacion desterrando la calma de su corazon.

El, que habia pensado vivir embriagado en un Eden al verse correspondido por una criatura de fisonomía tan dulce i de sentimientos tan puros, se hallaba ahora con el alma envuelta en un sudario de sombría tristeza.

Rotas en jirones las esperanzas que habia acariciado largo tiempo, miraba en el horizonte de su vida nubes oscuras i ráfagas heladas de desencanto i desaliento.

Habia amado a Eujenia con toda su alma, la amaba aun de una manera desesperada, para que pudiera olvidarla fácilmente.

Esa criatura, valiéndose de una indigna superchería, a lo que él pensaba, habia obtenido una influencia de tal naturaleza, que no podia arrancar su imájen de su pecho aunque ponía para ello toda su voluntad.

¡Oh! si él mismo no hubiese oido las amenazas de Alberto para ejercer su dominio sobre esa infeliz que pretendia ahora tomar a lo serio su papel de mujer hon-

rada, habria calificado de impostor al que hubiese pretendido arraigar en él una creencia que no cabia en lo racional.

¿Luego las esterioridades de la fisonomía son un miraje engañoso, una mentira?

¿Luego no hai que creer ni en el instinto del propio corazon?

Porque Ricardo, al contemplar a aquella niña triste, lánguida, resignada, de una belleza tal que semejaba un arcánjel humano, i al parecer de una pureza incomparable, se la habia figurado como una mujer escepcional por sus cualidades físicas i sus dotes morales: un prodigio de hermosura, de cuerpo i de alma.

Por eso habia prometido en lo mas recóndito de su corazon sacar de la miseria, levantar de la atmósfera fria en que respiraba Eujenia, a esa niña dechado de perfecciones, a una atmósfera de luz i de esplendor en donde recobraría la juvenil alegría perdida seguramente en la triste condicion a que la suerte la tenia reducida.

Pero hé aquí que de improviso, por una de esas singularidades de la casualidad, habia descubierto que lo que él tomaba por el albo ampo de la nieve era un puñado de cieno oculto bajo seductoras apariencias.

El jóven maldijo su estrella.

Lamentó su inesperienza.

Juró ahogar su desgraciado amor luchando valientemente consigo mismo.

I entónces se entregó con ardor a los negocios, buscó a sus amigos, proyectó fiestas, i hasta asistió a una reunion política con motivo de las elecciones que estaban próximas, siendo que jamas habia sentido inclinaciones a mezclarse en la cosa-pública.

Cuando Amelia, inquieta por no tener noticias de su amiga, despues de la entrevista que deberia haber tenido

con Alberto, consultó a su hermano sobre el particular, éste había sostenido con ella en un tono mui natural el siguiente diálogo:

—Es verdad que me he olvidado de indicarte que anteayer pasé por la puerta de.... tu amiga.... i me dió un recado para tí, que pensaria que no podria esplicarme, puesto que ignoraba tus confiancias para conmigo.

—¿Un recado.... i aun no me lo has dicho? No te perdono, Ricardo, este olvido.... si supieras lo inquieta que he estado.... I si no hubiera sido por la mala salud de mi papá, habria rogado a mi tia que me llevara a donde Eujenia.

—Te aconsejo que jamas des este paso, hermana...

—¡Jesus! qué tono empleas para decirme esto, como si fuera la primera vez que he solicitado este favor de mi tia.....

—Mira, Amelia, prométeme que no irás a casa de tu amiga sin que primero me lo avises... i te acompañe yo...

—¡Ah! ¡miren el socarron por donde sale! Ya te entiendo... tú a pretesto de hacerme un favor...

Ricardo se puso pálido.

—Hermana, dijo, no te chancees. Hai un peligro en que vayas a esa casa... Alberto, segun sospecho...

—¡Qué, Dios mio!

—Podria encontrarse allí contigo... podria espiar tu salida...

Ahora fué Amelia quien se demudó.

Creyó que ésa era la verdadera causa del consejo que la daba su hermano i lo estimó en lo que valia.

—Bien, bien, Ricardo, te lo prometo, exclamó. Pero esto me hace recordar que ibas a decirme algo de parte de Eujenia... vaya: ¿ha sucedido alguna cosa grave?

—Nó, nó, hermana mia, no debes tener ninguna zozo-

bra, siempre que cualquiera cosa que se te comunique... *de cualquiera manera que sea...* me la des a saber, Hé aquí ahora lo que me dijo tu amiga— “Como el tiempo sigue mal, espresale a Amelia que no la iré a ver tan pronto; pero que lo que me encargó ejecutar, está concluido felizmente para ella.”

—¡Ah! ¡mi buena amiga! ¿Por qué no me llevas a ver la hoi, Ricardo?

—¿Hoi? ¡imposible!

—¡Jesus! qué imperio tienes ahora!

—Vaya, déjate de tonterías. Si supieras cuanto tengo que hacer en el puerto... mañana, otro dia cualquiera te prometo ponerme a tus órdenes.

—Sea, i como ya mi papá va mejor, podré salir con él...

—Me olvidaba decirte que Eduardo vendrá esta noche con su padrino... presunto— ¡Bueno! Ya te pones como una guinda i me obligas a sellar mis labios. Con que hasta luego.

—Anda, majadero, que ya buscaré ocasion de volverte la mano...

—La niña desechó mui pronto sus aprensiones para pensar únicamente en su situacion actual mui próxima de la felicidad mas completa.

Ricardo se encerró en su escritorio.

Desde hacia dos dias tenia el proyecto de eseribir a su primo, ya que la casualidad no le habia permitido encontrarle en parte alguna.

Trazó rápidamente unos cuantos renglones en que manifestaba a Alberto que ya que habia logrado imponerse de que seguia ocupándose de su hermana, le hacia sabedor de que ésta estaba resuelta a prescindir absolutamente de él en los proyectos que pudiera abrigar para el porvenir, concluyendo por exigir una conducta análoga de su parte.

En seguida Ricardo se vistió con esmero para hacer una visita a sus amigas antiguas, a quienes habia olvidado durante largo tiempo.

¡Oh! los enamorados suelen olvidar hasta sus relaciones mas íntimas cuando irradia para ellos el astro de la felicidad en el cielo venturoso del amor.

Mas, cuando el corazon cesa en sus ardorosos latidos, cuando el soplo de la desdicha marchita las ilusiones i los tiernos goces, entónces se vuelve a buscar aquellas amistades traicionadas, como un asilo de reposo para el turbio pensamiento, como una pasajera distraccion del alma ajitada i dolorida.

Ricardo se mostró amable cuanto pudo aquella noche en el seno de la excelente familia cuyo trato habia ido solícito a buscar.

Las niñas le vieron sonreír a cada palabra i dirijirles lisonjeras espresiones de galantería que jamas habian oido de sus labios.

El infeliz trataba de engañarse a sí propio, como engañaba quizá a los demas.

Pero no contaba con que el corazon miéntras conserve la actividad que le da la sangre que circula por todas nuestras artérias, es el dispensador único de nuestras alegrías i dolores; que en vano se tratará de sacudir su influencia, adormecerle, engañarle, cuando subsista la causa que acelera o retarde el compas de sus latidos. ¿De qué sirve que la risa se diseñe en los labios cuando el corazon es batido por las oleadas tempestuosas de la desgracia?

La nube cargada de electricidad se tiñe tambien con cambiantes de púrpura al reflejar un rayo de sol, pero un momento despues la surcará el rayo i estallará el trueno en sus entrañas.

Para destruir el efecto, es necesario hacer cesar la causa.

Esto era lo que Ricardo no se hallaba en situacion de obtener.

El seguia amando, ante sus ojos seguia flotando la imájen fantástica de una mujer; queria apartarla, rechazarla, odiarla, hacer caer sobre ella todo el desprecio de sus nobles sentimientos; pero no podia lograrlo—ella restaba indeleble como el retrato que se estampa en el fondo de una cámara oscura por medio de la luz.

I era que en el fondo del corazon de Ricardo habia algo que él no se esplicaba, que no queria esplicarse i que le gritaba que Eujenia no era la miserable intrigante que un misterioso i lamentable equívoco le habia hecho concebir.

I la lucha que resultaba entre ese instinto de su corazon i la realidad del secreto que él habia sorprendido i habia confirmado la misma Eujenia, le quitaba el reposo, le aguijoneaba, le atormentaba cruelmente apénas se recojia en sí mismo i daba pábulo en el silencio de la noche a sus pensamientos.

En sus amargas horas de insomnio solia esclamar:

—Si ella sufre la mitad de lo que yo experimento... la compadezco... aunque bien visto ¿no lo merece?... burlar la buena fé de mi padre... la inocencia de mi hermana, la sencillez de mi tia ¿i a mí mismo... no me ha tendido un pérfido lazo?... ¡Nó! no ha sido ella... me rogó que no la amase, que la olvidara, que no la turbara en su soledad... ¿a qué entónces su disimulo? ¿a qué esa máscara infame de hipocresía?

No lo sé: ella desde el principio resistió a mis pretensiones, despues desechó mi ofrecimiento, que bien pudo aprovechar... i luego su afliccion, su emocion al descubrirle mi amor, su tristeza... ¿pueden haber sido finji-

das? Nó, nó, no existe nadie capaz de un tal finjimien-
to. Pero cómo Alberto la ha confundido... ¡Oh! Esto se
acabó! sí, borraré su recuerdo, me arrancaré esta insen-
sata pasión....

I el pobre loco volvía a revolverse en la duda i a ver
con su imaginacion rodeada de una aureola de pureza a
aquella mujer que habia llegado a tener sobre él un as-
cendiente llevado hasta el delirio, hasta la adoración
mas ciega i fanática.

I así trascurrían para él lentas las horas destinadas
al reposo, hasta que la luz de la mañana aclaraba la
oscuridad de su aposento i llevaba un instante la calma
a su cerebro estraviado.

CAPITULO XII.

EL ANÓNIMO.

Alberto Miranda, mientras tanto, habia sentido aversarse mas i mas su encono contra Eugenia i contra Ricardo.

El habia salido de casa de aquélla con la conviccion de que era la querida oculta de su primo; que le habia burlado aparentando apiadarse jenerosamente de su situacion; i que su negativa para procurarle una entrevista con Amelia no nacia sino de aquella circunstancia.

Al pensar en lo sucedido aquella noche, experimentaba ese consuelo de las almas bajas cuando han logrado aferrar una espina al corazon de las personas a quienes miran con prevencion o reputan enemigas: no se le ocultaba que Ricardo debia ignorar el pasado de la jóven i que al presente él tambien la abrumaria con sus reproches i quizá con su desprecio.

Alberto vivia en una casita de la calle del Teatro, bastante cómoda para él i su sirviente. La comida se la hacia llevar del *Chaperon Rouge*.

Allí de tarde en tarde solia recibir a uno que otro amigo.

Alberto no habia desistido de su proyecto de procu-

rarse a toda costa medios de ponerse en relacion directa con Amelia.

Léjos de eso, mil ideas insensatas habian desfilado por su imaginacion, concluyéndo por desecharlas como peligrosas e irrealizables, hasta habia pensado en espiar la salida de don Antonio i de Ricardo para presentarse de frente en su casa i tener una explicacion con la niña aunque fuese delante de su tia.

Pero así como no habia podido hacer llegar ni una sola carta a poder de Amelia, no veia cómo procurarse hablarla, desde que don Antonio no abandonaba su casa a causa de sus dolencias.

La carta de Ricardo llegó a sorprender a Alberto en medio de sus indecisiones para optar por uno de tantos arbitrios como le sugeria su mente enferma i su deseo ardiente de vencer la valla que se ponía delante de su pasion.

Su lectura le causó tal impresion de furor que su semblante empalideció hasta semejar al de un busto de mármol; pero sus ojos aparecian lacres por la inyeccion de la sangre.

Alberto comprendió que esa carta significaba que Ricardo estaba dispuesto a contrariar sus planes respecto de su hermana con toda enerjía, puesto que no reparaba en lanzarle una especie de amenaza solapada, hiriente en sumo grado para su dignidad de hombre.

El despecho i la cólera encendieron en su corazon un sentimiento nuevo de odio hácia su pariente.

Despues de una hora de lucha consigo mismo en que las ideas de venganza acudieron en tropel a su cerebro, tomó un partido i solo entónces se aplacaron las olas tempestuosas que rujian en su alma.

Su suerte quedó fijada.

¡Se vengaria!

Ahora mas que nunca su amor por Amelia llegaria a una solucion.

Habia encontrado un medio un tanto arriesgado de que valerse: solo necesitaba un ausiliar.

En la noche, despues de escribir algunas cartas, echóse Alberto al bolsillo algunas monedas de oro, se puso un grueso abrigo, se embozó en su capa i salió.

Iba tras el ausiliar que le faltaba.

A poco rato, metióse por el estrecho pasadizo de una casucha de la calle de la Independencia, en una de las cuadras habitadas, segun el dicho de vecinos de buen vivir, por jente *non sancta*.

En la mañana siguiente, don Antonio Reinal hizo llamar a su habitacion a su hijo Ricardó: le recibió con el semblante abatido i lleno de noble seriedad.

Ricardo al ver a su padre, presintió que algo de mui extraordinario deberia suceder.

El anciano, sin desplegar sus labios alargó a su hijo una carta abierta, que sacó de su bolsillo con mano trémula.

Ese papel decia:

“Señor Don Antonio Reinal.

“Respetado señor:

“Una persona que le profesa a Ud. una verdadera amistad, cree un deber de conciencia prevenirle que tanto Ud. como una parte de su interesante familia son víctimas de un engaño que con fundamento da que hablar, causando el escándalo de cuantos conocen la intachable conducta de Ud.

“Una mujer llamada Eujenia Valle i que se hace pasar por *viuda*, ha sorprendido seguramente su buena fé i la

de su inocente hija hasta hacerse recibir en la casa en que se encuentra su segundo o tercer amante, el hijo de Ud., Ricardo Reinal, cuya comportacion debe atribuirse a un extravío propio de su juventud, pero mui censurable puesto que compromete la reputacion de su hermana ante nuestra sociedad, que no puede escusar una falta semejante sin incurrir en una complicidad.

“Como para muchas personas no son desgraciadamente un misterio las relaciones criminales que median entre su hijo i la mujer que he nombrado, me apresuro a dar a Ud. este aviso para que abriendo los ojos cierre la entrada de su respetable casa a la intrigante que con una viudez supuesta i una honradez no ménos falsa la deshonra con su presencia.

“Ud. está en el caso de evitar que su hijo abandone la pasion que alimenta por una criatura indigna de inspirar sentimiento alguno de compasion o estima.

“Confianto que Ud. mantendrá en secreto esta comunicacion i apreciará en lo que vale el aviso que encierra, se suscribe de Ud. con muestras de sincero aprecio.

“Un amigo verdadero.”

Ricardo estrujó esta carta entre sus crispados dedos i se dejó caer sobre una silla inmediata.

—¡Infame! balbuceó.

—¡Sí! infame es todo esto, hijo mio, dijo el anciano dando a su voz severas inflexiones; pero la calumnia que se ceba a menudo sobre las mas puras reputaciones i las almas mas santas ¿tiene esta vez algun fundamento? ¿Esa carta que acabas de titular de infame, es un tejido de mentiras urdido para enturbiar la escasa felicidad de que gozo, o se basa en alguna presuncion, en algun dicho de tu parte, en algun hecho? Necesitamos conjurar

la miserable trama que se ha urdido contra esa infeliz niña... i contra nosotros mismos. Si lo que se dice en esa carta llegase a propalarse... si hai álguien interesado en perderderla... Vamos, Ricardo, ¿verdad que jamas has hablado a Eujenia... de amor; que jamas has visitado su casa... que la estimas i la compadece tanto como yo?...

Ricardo guardó silencio.

Inclinó su vista.

Un sudor frio bañaba su frente.

El anciano se estremeció.

—¡Qué! ¿no contestas?... dijo, tomando un acento singular de sorpresa.

—Señor... podria hacerlo... pero no puedo...

—¿No puedes?... ¡ah, desgraciado! ¡tú!...

I el anciano se interrumpió bruscamente, como si temiera formular una presuncion degradante para su hijo.

Subió el rubor al semblante de Ricardo.

Enjugando su pálida frente con el pañuelo, respondió a su padre :con una voz vibrante que acusaba su excitacion.

—Sea lo que Ud. quiera, señor; aunque mas valdria que Ud. ignorase lo que voi a decir. Por otra parte, esta carta que está escrita con una letra disfrazada... sospecho... mejor dicho, sé de quien es... i ha hecho usted mui bien en no seguir el consejo que se le daba de mantenerla en reserva...

—Bien, hijo mio, me alivias de un gran peso. Tu indecision de un instante... me hizo mal... No puedes figurarte lo que sentí a la presuncion solo de que tú pudieras haber dado motivo... con alguna indiscrecion o lijereza de jóven... a que se juzgase a Eujenia...

—¡Oh! señor. No hable usted de esa... infeliz jóven... como lo ha hecho hasta aquí. Ella, es verdad, señor, ha

abusado de la compasion de usted i del buen corazon de mi hermana....

—Ricardo, esa jóven es un ánjel.

—¡Oh! padre mio, aunque le cause a usted un pesar, debo descubrirle que esa mujer es indigna, no diré del cariño, sino tambien de la proteccion de usted... Aunque resolví no decir a usted una palabra, he velado por mi hermana desde que por una rara casualidad me puse al cabo de lo que es efectivamente... i he impedido que en estos dias pise siquiera el umbral de su puerta.

—¡Desgraciado!... i no me lo has dicho!...

—Señor...

—¡Has llegado a saber que no es viuda?... ¿es eso?...

—Sí, señor: esa mujer ha sido deshonrada, ha sido...

—Ricardo, ni una palabra mas, ¿lo entiendes?... Esa niña es una santa, una mártir condenada al sufrimiento.... Yo, yo soi el único culpable de que haya tomado aquel nombre.... i tiemblo a la idea de que tú puedas haberla causado algun nuevo sufrimiento.... pero lo que se dice en esa carta....

—Respecto de mis relaciones con ella? ¿es una infamia, señor!

—Éstaba seguro, seguro. Solo que yo queria averiguar quien podia escribirme eso... saber si tú remotamente siquiera podias haber influido...

—Por piedad, señor. No entiendo una sola palabra de lo que le oigo decir. Esa mujer no es viuda, esa mujer ha tenido un amante, ha tenido un hijo de sus relaciones... con....

—Con Alberto.... ¿i bien?

—¡Ah! ¿lo sabe usted tambien! Mejor.

—¿I dice todavía que no ha engañado la inocente credulidad de Amelia, la de usted, la mia, en fin?

—Léjos de eso, hijo mio. Esa niña ha cedido a mis

ruegos al aceptar como un consuelo la amistad de tu hermana i de Margarita...

—Señor, esplíquese usted, porque no hago mas que confundirme en falsas suposiciones que no me conducen a resultado alguno, dijo Ricardo, presa de una agitacion i una ansiedad profundas en vista de lo que oia a su padre i de la palpable contrariedad que se retrataba en su semblante cada vez que él trataba de acriminar a Eujenia fundándose en las razones que habia creído de un peso abrumador.

Entônces don Antonio, cediendo a las circunstancias, hizo una relacion de cuanto podia sincerar a Eujenia ante los ojos de su hijo i la parte mui activa que él habia tomado en el viaje a Valparaíso de la niña i a fin de que consintiera en pasar por viuda para cohonestar ante los estraños, que qudieran verla en el seno de su familia, su amistosa intimidad, i darle ademas los medios de vivir honradamente en una casa apartada, sin mas compañía que una sirvienta.

Ricardo oyó esta resolucion sin pestañar.

Con una comocion creciente.

Con un interes profundo.

Cuando su padre concluyó de hablar, se puso de pié.

Su fisonomía aparecia terriblemente inmutada.

—Señor, dijo, con acento opaco. Esa niña debe atravesar por una horrible crisis.... Sé que está mui mala. Voi a avisar a mi hermana...

I salió.

Su andar era bamboleante.

Don Antonio dirijió una mirada estupefacta sobre su hijo que se alejaba.

—¡Qué complicacion! murmuró con desaliento.

E inclinando la cabeza, se abismó en una honda meditacion.

CAPITULO XLII.

LA MADRE I LA HIJA.

Era un dia mártes.

Desde la mañana el sol habia resplandecido magnífico en la azulada bóveda, acariciando con sus tibios rayos la tierra húmeda aun a causa de las recientes lluvias.

Allá, en los horizontes inmensos de la mar, aparecia una ancha sábana de blanquecinos vapores, que gradualmente se transparentaba para desvanecerse en el espacio.

Multitud de naves se mecian gallardas en las aguas tranquilas de la bahía, divisándose a lo léjos el blanco velámen de las que dejaban el puerto a merced de la favorable brisa, o bien el pardo penacho de humo de los vaporcillos remolcadores que voltejeaban cortando rápidos las mansas ondas.

Todo aparecia lleno de vida, animacion i colorido en la pintoresca ciudad, al influjo de los fulgores del hermoso sol de julio.

En el interior, sinembargo, de la casita habitada por Eugenia Valle tenian su asiento la tristeza i el silencio.

La existencia de la pobre criatura seguia estinguiéndose apesar de los auxilios de la ciencia i de haber

acaecido sucesos de alguna importancia, por los cuales la niña habia bendecido al cielo con toda su alma.

Su madre habia atendido a aquella desgarradora súplica que en sus momentos de mas acerbos dolores le dirijiera.

Estaba allí, a su lado.

Habia llorado en su seno, la habia estrechado en sus brazos; de sus propios labios habia oido su perdon.

Era aquel un bello ensueño realizado.

Don Antonio, su noble protector, i Amelia, su tierna amiga, tambien la habian rodeado en su lecho desde el dia anterior.

¿No era todo esto una felicidad inmensa? ¿no habia dudado ella de que María, la Reina del cielo, obrase el milagro que con la profunda fé de su sencilla credulidad le habia pedido en sus oraciones de la noche, de la mañana, i de todos los instantes?

Estos favores de la suerte sumieron a la enferma en una dulce i tranquila melancolía que pudo hacer creer que declinaria el mal que la mortificaba.

Su alma se habia mecido en las blandas ondas de un mar de inesperada felicidad.

Pero mas tarde las lágrimas que sorprendiera en los ojos de los que la prodigaban delicados consuelos i tiernas caricias, le habian confirmado en su creencia de que la enfermedad que la retenia en el lecho no tendria curacion posible, o que por lo ménos su gravedad seria estremada cuando causaba aquella afliccion a cuantos se interesaban por su vida.

Pero Eujenia veia ahora acercarse la muerte con entereza i valentía.

Sus aspiraciones estaban cumplidas.

Cuando Amelia arriesgó algunas espresiones a la cabecera de la cama de la enferma referentes a su herma-

no i miéntras oprimia con ternura sus descarnadas manos, ella habia sonreído sintiéndose respirar en una deliciosa atmósfera llena de los suaves efluvios de una incomparable dicha.

—¡Ricardo la conservaba su estimacion, mas que eso, le conservaba su amor!

Ahora sus labios pronunciarian, sin que se desgarrase de dolor su corazon, un nombre, ¡ese nombre que no habia podido apartar de su recuerdo i que le quemaba el alma como un dardo de fuego!

¡Cómo habia ella inundádose de amargura al traer a la memoria la última mirada de severo desprecio que la habia dirijido el jóven la noche fatal en que sorprendió el secreto de boca de Alberto!

Pero ahora él sentia piedad, estimacion i amor hácia ella, segun murmuraba Amelia a su oído con palabras entrecortadas por la emocion.

Ricardo la amaba.... apesar de su pasado.

¡Ella ni aun se habia atrevido a pedir al cielo que le concediera ese supremo gozo ántes de morir!

¡Qué porvenir tan feliz habria vislumbrado sin el terrible mal que la consumia i sin la irreparable falta que habia marchitado su juventud, sus ilusiones i sus esperanzas!

Esta idea era lo que, en los momentos de soledad, la hacia sumirse en una vaga i honda melancolía.

Porque la admirable criatura cuando la contemplaba su bondadosa madre o alguna de las personas tan queridas que iban a visitarla, sabia sonreír i ocultar a todos los ojos la herida mortal que laceraba su corazon.

Entremos en la habitación de la enferma.

La acompaña una sola persona—su madre.

Es mas de medio día.

Amelia ha estado en la mañana, pero ha ido a almorzar a su casa, protestando volver bien pronto.

En la pieza entra una luz escasa.

Eujenia tiene fija la vista en su madre, que arregla algunos frascos colocados sobre una cómoda.

La señora, apesar de su constitucion robusta i su aire de perfecta salud, lleva impresas en su rostro las huellas de un profundo abatimiento.

En sus ojos aparece un ribete encarnado, rastro indeleble de que ha vertido recientemente muchas lágrimas.

De repente se elevó clara i metálica la voz de la enferma, sacando a la señora de su ocupacion.

—Madre mia, dijo; ¿me has dicho que está mui hermoso el dia?

—Sí, el tiempo sigue inmejorable.

—Mira.... desearia ver desde aquí el sol... esto aumentará mi contento.... Si pudieras abrir la ventana de la salita que da al patio a fin de que entren algunos rayos de luz.... no creas que me haga daño el aire que se comunique con esta pieza... al contrario, creo que me probará bien.

—Lo haré, Eujenia. Pero temo que se te antoje como ayer dejar la cama...

—Nó, nó; no quiero hacer mas locuras, te lo prometo; ¿no ves que ahora deseo vivir?...

La señora salió acariciando a su hija con su mirada llena de piadosa ternura.

Abrió la puerta de comunicacion de par en par i en seguida las hojas de madera de la ventana del aposento contiguo.

Un fulgurante rayo de sol pasó al traves de los cristales, inundando con brillantes reflejos de oro los muebles de la sala.

Eujenia apoyada sobre las almohadas, se incorporó en su lecho, i mostró un tinte de vida en sus enjutas mejillas, pálidas i transparentes en fuerza de los crueles sufrimientos de los últimos dias.

—¿Ves que bien me encuentro? dijo Eujenia a su madre, que volvia a entrar en la habitacion. Mi respiracion no está cansada como anoche i la tos no me molesta tanto.

—Dios me dará el consuelo de que siga adelante tu mejoría. Mira, esta mañana he rezado mucho para que la Virgen me haga el milagro de que ántes de una semana pueda llevarte conmigo.

—¿De una semana?

—¿Por qué no? Si es grande el poder del Señor, ¿por qué no confiar en que atenderá la súplica de una pobre mujer, que tanto ha padecido durante el tiempo que ha estado privada de su hija?

—Madre mia ¡qué buena eres i cuánto consuelo me dan tus palabras! Si supieras lo grato que me es el sonido de tu voz... Me acuerdo ¡ai! de cuando pasábamos con mi hermana las noches de invierno oyéndote contar tus travesuras de niña, los paseos a que concurrías cuando jóven...

—Enjenia de mi alma, todo eso volverá; noto que hoi tu semblante está mas animado, tu voz es mas entera, tu sonrisa mas natural. No desesperemos. Ya sanarás luego...

—¡Oh!

—Créeme que yo misma veo desaparecer mis aprensiones. Todo me dice que cuando vuelvas al fundo, cuando te abraza tu hermana, cuando respires los aires a que te acostubraste desde chica, cuando veas los adelantos de nuestros pobres campos, recorras tu jardincito que yo misma he cuidado desde que tú... no volviste... Mi-

ra, tus rosas i tus alelíes están lo mismo... mas crecidos, mas bonitos solamente, porque yo, aunque lloraba cuando iba a regarlos i a recortarlos... los queria mucho: me parecia que tenian algo de tí i que ellos no serian.... ingratos.... ¡Qué tonta soi en contarte esto que te hace llorar! no me creas, Eujenia, yo siempre esperaba que tu volverias algun dia a pedirme que te perdonara.... i esto me consolaba i casi me sentia feliz... Yo no dudé nunca de tu buen corazon; por el contrario, te veia con mi imaginacion, arrepentida de lo que habias hecho.... aunque no supiera en donde te hallabas...

—¡Madre! madre mia!

—¡Vaya! ¿no me tienes aquí? ¿no decias que desde que me abrazaras ibas a estar contenta? ¡A que son esas lágrimas entónces!

—Mira.... tu no sabes.... son de gusto, tambien se llora de alegría... Es para mí un consuelo tan grande cada vez que te oigo repetir que no me has maldecido...

—¡Maldecirte! ¿Yo?... ¿Has podido creer, has podido pensar esto? ¡Pobre Eujenia! Yo he sido mui desgraciada pero... enjugaba mi llanto pidiendo al Señor por tí... En las noches soñé mil veces que no me escribias porque te habias muerto... te veia patente allá en la gloria, al lado de tu padre que tanto te amaba... Otras veces ¿sabes lo que hacia, en vez de maldecirte como dices tú? Me ponía a pensar, a pensar... i como si no me hallase despierta, como si estuviese soñando, calculaba que debias haber padecido tanto, tanto, léjos de mí, que la Virgen te habia llevado al cielo, desde donde me llamabas...

I la sencilla señora, en un transporte de su fervorosa fé, juntó sus manos, i al borde del lecho de su hija cayó de rodillas, murmurando dulcemente una oracion.

La hija contempló a la madre llena de ternura.

Despues su mirada errante un momento, se fijó en la imájen que estaba colocada frente del lecho, i miéntras se desprendian de sus grandes ojos lágrimas mas diáfanas i límpidas que el cristal, sus labios modulaban una plegaria, ardiente de gratitud i entusiasmo.

A poco se incorporó la señora, se acercó a su hija, le tomó una mano i estampó un ardoroso beso sobre su frente pálida i fria.

La fisonomía de Eujenia pareció renacer a la vida colorándose suavemente.

Su mirada empañada poco há, se aclaró brillando de gozo.

—¡Dios mio! murmuró. Si ahora debo morir... recibid los votos de mi alma: ¡mil veces gracias por vuestra misericordia!

—¿Sientes?... dijo su madre a Eujenia. Parecen pasos de hombre... quizá sea el médico que vuelve. Voi a ver.

—Bueno, no tardes mucho. Quiero estarte divisando siempre, sentirte ahí, cerca de mí...

La señora salió.

En la ventana de la sala contigua, divisó a Amelia que con el dedo sobre los labios, hacia a la señora repetidos señas para que guardase silencio i fuera hácia donde estaba ella.

Sorprendida la señora, hizo lo que se le indicaba.

Allí la niña tomóla de la mano i sin decir una palabra la condujo a la habitacion del frente.

Cerró la puerta tras ella.

En la habitacion habia un hombre.

Estaba de pié.

Su fisonomía simpática, hermosa i varonil, tenia una espresion de amarga tristeza.

CAPITULO XLIII.

¡ES TARDE!

Algunos minutos después, Amelia entraba de puntillas en la alcoba de su amiga.

Eujenia que con los párpados cerrados parecia estar dormitando, la sintió sinembargo, por ese refinamiento esquisito que adquieren los oídos de los tísicos.

—¿Tú? dijo incorporándose con trabajo.

—¿I bien? ¿qué hallas de estraño?... no te dije esta mañana que vendria mas tarde...

—¡Cuán bondadosa eres! Pero esto no es posible que siga así: tu papá hace mal en dejarte venir, digo... todos los dias, pues es imponerte un gran sacrificio.

—¡Ah! qué mal me juzgas, Eujenia! dijo la hermosa criatura dando a su voz una entonacion de queja. ¿Tú no harias otro tanto por mí, si cayese enferma?... ¡Ah! te avergüenzas... Vaya, confiesa que no tienes razon.

Eujenia por toda respuesta estrechó entre sus delgadas i temblorosas manos la que le tendia Amelia, suave i blanca como un copo de algodón.

—¿Con quién has venido? Si es que está ahí tu tia... dile que entre con mi madre... no creas que me hace mal hablar... i luego no la veo desde ayer....

—No es mi tia.... dijo Amelia tímidamente.

—¿No? Pues entónces dile a tu papá que venga al instante... Voi a reprenderle... ¡lo que oyes! Yo bien sé lo que le cuesta salir, i no debe esponerse a que su salud se empeore...

—No es mi papá.... balbuceó Amelia.

I un fujitivo color de rosa tiñó las mejillas i la frente de la niña.

Al traves de las franjas de sus pestañas se divisaban sus pupilas brillando con una espresion maliciosa.

Eujenia se turbó

Una palidez de cera se estendió por sus facciones.

Amelia al ver la perplejidad de su amiga, se levantó i dijo con resolucion:

—¡Perdónalo, Eujenia! ¡está ahí mi pobre hermano!

I rápida se lanzó hácia el cuarto vecino.

Ricardo apareció en el umbral.

El jóven entró en la sombría estancia con receloso paso. Su corazon iba preñado de vagos temores. Al aspecto de aquel lecho colgado de blanco, de la mesa llena de vasos i frascos, de los objetos perdidos casi en la penumbra, parecióle que el sudario de la muerte se estendia por aquella melancólica habitacion.

—¡Usted! ¡Dios mio! exclamó la enferma estremecida.

Ricardo avanzó hasta el lecho.

Su mirada cayó sobre Eujenia impregnada de conmiseracion, de ternura i de amorosa ansiedad.

Hizo esfuerzos desesperados para contener su emocion a la vista de la bellísima criatura, débil i postrada por el terrible mal.

—¡Oh! Eujenia, exclamó. No he podido resistir al deseo ardiente de venir a implorar de usted...

—Nada, nada, amigo mio, por favor, sobre lo que ya he olvidado ¡soi tan feliz!

I el dulce acento de la voz de la niña produjo en Ri-

cardo el efecto que le producía siempre—resonó en su corazón como un eco celestial.

—¿Verdad, Eugenia, que usted ya no conserva ninguna huella dolorosa por la conducta cruel que observé en aquel momento de demencia? yo no me perdonaré jamás el haberme dejado arrastrar por las apariencias.... sin indagar, sin exigir de usted una esplicacion....

—Desde que Amelia vino a verme, de nada me acuerdo, de nada puedo quejarme, nada deseo. La aspiracion mas grande de mi alma el cielo la ha realizado—mi madre ha venido, mi bienhechor.... ¡ah! nada tengo ya que pedir sino es el perdon de mis faltas....

La faz de la niña se tiñó de un subido carmin; pero pronto su pecho ajitado por un acceso de tos la impidió concluir la frase i sus facciones se velaron con una palidez densa.

Ricardo cayó pesadamente sobre el asiento, presa de un desaliento profundo.

—¡Ah! qué horrible enfermedad!

—Sí.... pero no sufro, no tengo el menor dolor. Mi estado ahora es tranquilo.... ya ha pasado lo peor...

I la voz de la niña adquirió inflecciones tiernas, lánguidas i melodiosas.

—Cuánto daria, exclamó el jóven, porque esto pasara en poco tiempo!

—¿Pasar? ah! sí!

—Por fortuna su juventud hará lo que no hagan los médicos, i entónces vendrán dias hermosos. Yo, Eugenia, le prometo que me excederé a mí mismo para labrar su dicha... no crea que lo que le digo sea una ilusion, nó: ya verá como algun dia lograré borrar todo lo desagradable del pasado, i ante nosotros se levantará risueño el porvenir.

—¡Ricardo! por favor...

—¿No sé que Ud. me ama? ¿No he sido yo desgraciadamente el autor de una parte de su aflicción? Pues entonces, no dude, que mi amor pueda ser capaz de reparar...

—¡Oh! ¡eso es un sueño, un delirio!

—Eujenia: le juro que en cuanto de mí dependa, ese sueño se realizará!

Eujenia dejó reposar su cabeza sobre la almohada.

—¡Es demasiado! ¡demasiado! murmuró.

—Eujenia mía, continuó el joven con voz calorosa. Yo bien sé que sus escrúpulos serían una valla insalvable para nuestra unión; pero he hallado un medio...

—¿Un medio? repitió la niña con un eco apenas perceptible.

—Mi hermana Amelia es ya la esposa prometida de Calm, mi amigo, mi hermano casi por el afecto que le profeso desde muy joven. Mi padre vivirá siempre al lado de Amelia... no necesitará, pues, de mis cuidados como no los ha necesitado durante los años que he estado en el Perú. Yo tengo allí medios de vivir independiente; aquella sociedad culta i hospitalaria nos abrirá sus brazos. Lima será nuestro asiento, buscaremos en algun barrio apartado una hermosa casita que será para nosotros un verdadero paraíso, en donde nuestra existencia se deslizará feliz i tranquila. Cuando deseemos respirar el aire de la patria, estrechar en nuestros brazos a los parientes i a los amigos, vendremos... el viaje es corto... i entonces envidiarán nuestra dicha, porque seremos muy dichosos ¿no es verdad?—¡Oh! mi proyecto ha sido pensado bastante para que usted no tenga razones que oponer en su contra.

I el joven lanzó una mirada ávida, ansiosa, dulce, acariciadora sobre la pobre niña, que creía hallarse presa

de uno de esos sueños fantásticos i deliciosos que acometen al espíritu en las épocas felices de la vida.

Pero cuando la voz vibrante i afectuosa del jóven cesó de resonar en su oído i Eujenia comprendió que aquello no era una ilusion de su mente perturbada, abrió sus grandes i lánguidos ojos, contempló detenidamente al jóven i lanzó un débil suspiro como si su alma hubiese querido escaparse para volar hácia el encantado paraíso que le abria su amante.

—¡Dios mio! balbuceó por fin ¿con que seria posible tamaña felicidad?

Ricardo la contempló estasiado.

Le pareció que en aquella frente pálida resplandecia una luz divina.

Eujenia sonreia.

De su boca entreabierta se escapaba sin fatiga su dulce respiracion.

Cediendo Ricardo a un impulso poderoso, involuntario, magnético, acercó su rostro al de la niña hasta aspirar el embriagador aliento que se exhalaba de aquellos labios sonrientes, que dejaban ver unos dientes pequeños, de esmaltada blancura, con reflejos casi azulados...

Ricardo tuvo un vértigo.

Se inclinó...

Sus labios se unieron a aquella boca entreabierta.

Eujenia al sentir aquel beso leve, tímido, inesperado, de una suprema dulzura, lanzó como la sencilla heroína de Shakespeare, un débil grito de sorpresa i ansiedad.

—Gracias, alma mia, exclamó Ricardo en un transporte de locura: ¡hé aquí nuestros esponsales! ¡Juro delante de Dios que serás mi esposa tan pronto como recobres la salud!

I de una manera precipitada i nerviosa, se apartó del lecho de la niña, en direccion a la sala vecina.

Eujenia, con el corazon poderosamente ajitado, siguió con su mirada pura, triste i lánguida, pero saturada de amor, al jóven que se alejaba.

Ella habia pasado por un momento de felicidad suprema.

Su amor hácia Ricardo, sublimado por el sacrificio, no encerraba la menor dósís de voluptuosidad: era un amor del cielo ántes que de la tierra.

Por eso se entregó un instante al mas tranquilo i dulce de los goces.

Pero de improviso una tos seca, dura, penosa, desgarró su pecho, haciendo asomar a sus labios una sangre cárdena.

—¡Es tarde! es tarde! murmuró la infeliz criatura estendiendo su mano convulsa hácia el velador, en busca de una bebida.

Se sintió desfallecer.

Pero su rostro no reflejó la desesperacion.

Algo como una sonrisa melancólica se dibujó en sus labios.

Amelia entró en la estancia.

Tras ella llegó la madre de la niña.

La enferma al divisarlas dió a su fisonomía una espresion de dulcísima calma.

Sus ojos solo tenian un brillo estraño, fosforescente, febril.

CAPITULO XLIV.

LOS ÚLTIMOS ADIÓS.

Despues de una noche fatigosa, Eugenia logró conciliar el sueño en la mañana.

A medida que avanzó el dia, la enferma se sintió mejor.

El doctor Box, recomendado por Ricardo, llegó a visitarla i la encontró tranquila, hablando con su madre.

Cuando aquél se retiraba, llamóle aparte la señora i le interrogó llena de ansiedad sobre el estado de su hija.

—Parece que tendrá un buen dia, dijo con flemma el Hipócrates.

—¿Pero hai peligro? ¡Fué tan mala la noche!

—Señora, nada puedo decir con seguridad: siempre hai peligro en este mal.

—¡Dios mio!

—Ya veremos, señora, ya veremos si prolongamos algunos dias mas su vida.

—¿Luego no sanará? ¡no es posible que sane!

—Un milagro solo.... i ya han pasado los tiempos, señora, de los milagros.

La infeliz madre se deshizo en llanto; pero sobreponiéndose a sus dolores, tuvo que aparentar serenidad para volver al lado de su hija.

La tarde se pasó del mismo modo.

Eujenia no parecia sufrir, ni darse cuenta de su gravedad. Habló con Amelia sobre cosas insignificantes, i sonrió dulcemente cuando sintió la voz de Ricardo que se informaba de su estado en la pieza vecina.

A las siete de la noche volvió Amelia a casa de su amiga.

Encontró a Eujenia medio incorporada en el lecho.

La habitacion estaba apénas iluminada: habia encendida una media luz en uno de los quemadores de la lámpara, cuyos destellos débiles i movedizos iban a reflejar sobre las oscuras paredes, dando a los objetos una apariencia fantástica.

El semblante de Eujenia iluminado por aquella luz amortiguada i vacilante, aparecia pálido i melancólico sobre las blancas almohadas.

Sus hermosos cabellos caian desordenadamente sobre su frente lisa i espaciosa.

Sus grandes ojos, cercados de una aureola violácea, dejaban ver un fuego concentrado en sus negras pupilas. Una respiracion ténue, lenta, cansada, apénas perceptible se escapaba de sus descoloridos labios.

No podia contemplarse sin profunda emocion a aquella criatura bella, triste, estenuada, con la palidez del mármol, con una flacura que la hacia semejante a un ser aéreo, soñado, ideal: un verdadero arcánjel del cielo concebido por la imaginacion de un artista.

—Te esperaba, Amelia, dijo la enferma al divisar a su amiga: ven, siéntate aquí, a mi cabecera, en esa silla.

La niña obedeció.

Eujenia le tendió su mano delgada i húmeda.

Amelia experimentó una sensacion de frio que le llegó al corazon al contacto de aquella mano.

La estrechó sinembargo afectuosamente, como si hubiese querido trasmitirle su propio calor.

—¿Le dijiste a tu papá....?

—Sí.

—¿Vendrá?

—Muy pronto. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor. No tengo dolor alguno, i es por esto que voy a aprovechar este momento de descanso para pedirte un favor.

—¡Oh! Lo que quieras, amiga mía.

—¡Sí! Ya sé que puedo contar contigo. Como es secreto lo que voy a comunicarte, no se lo dirás a nadie, ménos a mi madre.... nada, nada; que no sepa que pienso en cosas tristes.... esto la haria padecer.

—Eujenia mía, no comprendo lo que me puedas decir que exija tanto misterio....

—Es lo mas sencillo, sinembargo. Mira.... para el caso remoto.... si, pues, estoi ahora muy mejor.... i solo para el caso en que me empeorase.... quiero hacerte un encargo. Despues de esto quedará mas tranquila.

—Por Dios, Eujenia, ¿a qué pensar ahora en semejantes cosas?

—Mira.... si no me mejorase, que todo puede suceder, bajarás tu misma aquel cuadrito de la Virgen i tomarás un papel que está metido en el marco por el lado de adentro i darás las dos cosas a.... tu hermano Ricardo.... Dile que ese papel que conoce él demasiado, me hizo muy feliz un tiempo i muy desgraciada despues.... está regado con mis lágrimas.... No he querido romperlo porque.... porque lo quiero mucho i he deseado conservarlo hasta lo último... ¡Vaya! no llores, ne seas tonta. Quizá no se realizarán mis aprensiones, te hablo así solo porque tú eres la única que lo sabes todo.... i mas vale estar prevenida....

—Bueno, amiga mia, ya te escucho.....

—Cuando le entregues el cuadro, repítele que le he querido tanto... que con solo la idea que me ha correspondido mas allá de lo que jamas me imaginé.... he tenido un consuelo infinito.... que hasta la hora de mi muerte....

—Eujenia.... tu te sientes peor ¡voi a llamar!

—¡Oh! ¡no! No llores... abrázame, amiga. Tú has sido para mí un ángel i toda la felicidad que Dios te ha de dar será poco para premiar tu bondad.

—¡Vamos! no me hables de esto, Eujenia, me causas pena.

—Que no sepa tu hermano hasta despues....

—¡Pobre Ricardo!.... Te ama tanto!

—¡Sí! Yo hice cuanto pude porque me olvidase.... pero él no sabia.... Ahora no quiero pensar en lo pasado... el Señor lo ha hecho todo... Mira, creo que ha llegado tu papá... lo siento hablar....

—Nó, no ha llegado nadie.

—Ve, Amelia, no me engaño. Tengo ahora mui fino el oído... Sí, es él, déjame sola un momento....

Amelia dejó su asiento i salió con el alma inundada de afliccion: sus ojos húmedos veian nublado cuanto la rodeaba.

Eujenia no se habia engañado.

Don Antonio entraba en el dormitorio cuando salia su hija.

El anciano poseido de una penosa ansiedad se acercó a la enferma.

—Mil gracias, señor, por haber venido tan a tiempo... quiero decir.... apénas ha sabido que deseaba hablarle hoy.

—¿Qué sucede, hija mia? preguntó don Antonio con acento conmovido.

—Usted, señor, que ha sido como mi padre.... que me ha sostenido con su cariño... tiene derecho a que hable claro i no finja...

—¡Oh! hija mia ¿a qué ese tono i ese aire lúgubres? ¿Es por acaso falso que se siente mejor?

—No sé, pero tengo aprension, he creído... que estoy peor. Deseando no aumentar la pena de mi pobre madre he dicho que ya no toso tan seguido i que aquí dentro no siento nada...

—¡Ah! ¡pobre niña!...

—Señor, ántes que mi madre sospeche algo... voi a pedirle un favor inmenso, tan grande como los de que le soi deudora.

La tos cortó las palabra de la infeliz criatura.

Don Antonio permaneció mudo.

Le desgarraba el alma aquella escena.

Eugenia continuó en voz baja:

—Señor... a nadie puedo pedir lo que a usted.... porque mi madre misma no sabe...

—Evite rodeos, hija mia; claro, claro cuanto desee. Su voluntad será sagrada para mí.

—¡Gracias! ¡gracias mil veces!... En Santiago compré una sepultura... donde está mi hijo... usted lo supo...

—Sí, hija mia: no he olvidado nada: no tema que tenga que fatigarla preguntándole...

—Seria una felicidad para mí saber... que mas tarde pudiera juntarme a mi hijo... allá en el panteon de Santiago.... Si en el cielo Dios nos separase... al ménos aquí en la tierra.... He pensado mucho en esto, al fin me he resuelto a suplicarle...

—Hija mia: le juro que si aun vivo dentro de un año... yo mismo llevaré sus cenizas allá... i que todos ignorarán...

Eujenia manifestó en sus labios una sonrisa de satisfacción.

Estendió su delicada mano hasta tomar la de don Antonio e imprimió sobre ella un beso afectuoso como el de una hija a un padre.

El anciano retiró su trémula mano.

—Padre mio, no he tenido como demostrarle la gratitud de mi alma por lo que usted ha hecho por mí; pero si fuese cierto que nuestro espíritu despues de la muerte puede volver al mundo... el mio estará siempre cerca de ustedes a quienes amo tanto...

—Hija mia: su alma de ángel no visitará el mundo; pero Dios le abrirá las puertas del cielo i allí rogará por nosotros...

—¡Sí! ¡sí! siempre! Tambien deseó... decirle que si alguna vez se encontrase con... él... que tanto mal me ha hecho i cuyo corazon no comprendió jamas al mio... le diga que muero perdonándole todo, todo, aun los horribles sufrimientos que ha experimentado mi alma estos últimos dias...

La respiracion de la niña se hacia débil, cortada i fatigosa.

Don Antonio, presa de sentimientos profundamente dolorosos, estrechó la mano de la enferma i depositó un amante beso, lijero como un soplo, sobre la frente pálida de Eujenia, i se retiró murmurando:

—Hasta mañana, hija mia: repose ahora tranquila: no piense en nada triste—esto empeoraría su mal.

—Adios, padre mio, adios...

I Eujenia siguió con su mirada anhelante al anciano que se alejaba.

—¡Dios es justo! balbuceó, dejando caer su cabeza sobre la almohada. No ha querido que yo viva para ser feliz despues de aquella falta.... ¡Oh!... i así como tan

pronto pasó mi ilusion por ese.... por Alberto... me parece que mi amor por Ricardo habria sido durable.... lo siento aquí, inmenso... ¡Dios mio! ¡piedad para el uno i felicidad para el otro!

I la niña cerró los párpados i se quedó sumida en un pasajero reposo.

En la calle, a poca distancia de la casa de Eujenia, resonaron las lánguidas armonías de uno de tantos organillos que recorren a todas horas la ciudad.

Las afinadas voces de las flautas modularon esa blanda i sublime melodía de la *Norma*—“La Casta Diva.”

La inmóvil cabeza de la enferma se ajitó imperceptiblemente al sentir aquella música.

Tal vez evocaba algun recuerdo aquel delicioso sonido, dulce, rico, lejano, murmurante, lleno de sentimental armonía.

Dos lágrimas rodaron silenciosas por el enflaquecido i poético semblante de la niña.

De repente se alzó sobre la almohada i sus ojos grandes, dilatados, dolientes, se fijaron con un amor infinito en una persona que entraba sin producir el mas leve ruido.

Era la madre, que llegaba en puntillas i llena de ansiedad a contemplar a la hija amada.

—¡Oh! madre mia: ¡qué música tan dulce! Esa pieza me la tocaba siempre en el colejio la hermana Adela... ¡que no me hubiera quedado yo siempre allí!...

La madre lanzó un suspiro, ligero i ténue como un céfiro, i se acercó hasta colocarse al borde del lecho.

—Eujenia ¿como te hallas? dijo con una espresion de pena poco disimulada.

—Sigo bien, no tengas aprension por esta noche... creo que descansaré... ¿Has dormido tú algo?

—Sí, hija mia: estoi pronta para trasnochar; me sien-

to fuerte con un sueño de mas de dos horas.... han traído carta de tu hermana, se interesa mucho por tu salud i me encarga te diga que tiene lista i aseada tu pieza i que procures mejorarte luego, que el aire del campo concluirá de restablecerte...

—¡Ella tambien! ¡Pobre hermana mia! Cuánto siento no abrazarla.... luego.

Sobrevino un acceso horrible de tos a la enferma que la impidió hablar por un momento.

—¡Eujenia! ¡Eujenia! ¡Dios mio! exclamó asustada la señora.

—Ya pasó... ya pasó, serénate.

—¡El calmante!... Bebe, bebe Eujenia... esto te quitará la tos ¡qué susto he tenido!

—Madre mia, añadió la niña con voz anagada i doliente... ¡abrázame!... tengo ganas de abrazarte... Mira, aquí tienes este papel que encierra un recuerdo mui querido para mí... déjame besarlo otra vez... no lo abras hasta mañana: Te doi lo que mas quiero... un pedazo de mi corazon...

Un vómito de sangre asaltó a la enferma.

La madre lanzó un grito de terror i se avalanzó a la puerta pidiendo socorro.

Eujenia llevó sus dos manos sobre el pecho como para impedir a la ola de sangre que ascendiera...

Una nube empañó su semblante i sus labios murmuraron:

—Madre mia... Ricardo...

Sus brazos se estendieron en una última convulsion.

Con aquellas palabras exhaló el postrer aliento.

—¡Eujenia! ¡Eujenia de mi alma! exclamó la desventurada madre, cayendo de rodillas al lado de la cama.

¡Respóndeme! ¡soy yo! es tu madre la que te habla!

Pero Eujenia no era mas que un cadáver.

Su alma pura al remontarse en los espacios para vivir en la eternidad de los tiempos, habia dejado impreso en aquel cuerpo el sello de su divina inocencia. En aquella cara de una diáfana blancura brillaba una gracia, una serenidad, un encanto indescribibles.

Parecia una niña dormida en el regazo maternal: de tez transparente i blanca como el lirio i de una anjélica hermosura.

Cuando mas tarde entró Ricardo Reinal a aquella habitacion en que habia pasado la muerte, i temblando i trémulo contempló a su amante inmóvil i yerta, se arrojó en silencio para besar sus heladas manos.

— ¡Oh! ¡alma ia! murmuró roncamente. Ahora que no me oyes, ni me sientes, ni me ves, juro por tu memoria, que conservaré siempre, que si tu has perdonado yo no perdonaré, i que aquél que llenó de amargura tu vida recibirá su castigo!

En seguida, sofocando una especie de sollozo que parecia querer escaparse de su pecho, se lanzó fuera del aposento mortuario.

Divisando en la sala a la madre de la víctima, detuvo un momento sus pasos.

—Señora, diga usted al sacerdote que puede entrar, exclamó con voz opaca.

La infeliz madre, mientras se deslizaban las lágrimas por su aflijido rostro, cubria de besos un ensortijado cascadeo de cabellos rubios como el oro.

Era el legado de Eujenia.

No sabia ella a quien pertenecia el hermoso bucle.

Figurábase que era de su hija, cuando en la infancia retozaba sobre sus rodillas, cuando era la niña encantadora que vivia en sus recuerdos de madre como si solo ayer hubiese dejado de acariciarla. ¿Qué habria sido si hubiera sospechado que aquellas hebras doradas i sedo-

sas pertenecieron al huérfano infeliz hijo de su infeliz hija!

Pero el cielo quiso que aquella anciana madre ignorara siempre que habia tenido un nieto.

.....

El humilde entierro de aquella criatura, mártir abnegada de sus nobles i delicados sentimientos, víctima heroica de uno de esos dramas íntimos, cuyas escenas no son ménos terribles porque se realizan en medio del misterio de la vida privada, en el oculto seno de los hogares, pasó oscuro e incógnito para la sociedad de Valparaíso como habia sido oscura e incógnita la existencia que ella habia llevado.

El cadáver fué provisionalmente colocado en la sepultura de la familia Reinal.

La madre regó con sus lágrimas aquella tumba ántes de dar el eterno adios a los queridos restos que ocultaba la fria losa de mármol.

Tres dias despues dejó a Valparaíso para regresar a Rengo, a donde llegó triste i desconsolada, llevando en vez de la hija que saliera a buscar, luto i amargura en el corazon.....

.....

CAPITULO XLV.

EN QUE SE DESCUBREN LOS MANEJOS DE ALBERTO.

Hai dolores morales que llevan al alma el anonadamiento, la atonía, la insensibilidad.

Ricardo, desde la muerte de Eujenia, no habia vertido una lágrima ni siquiera lanzado un suspiro para aliviar sus dolores: el jóven se habia sentido sin fuerzas suficientes para soportar la existencia: semejante al ave herida que pugna en vano por desplegar sus alas i surcar los aires, se creyó al recibir aquel rudo golpe del destino, condenado a vejetar en una rejion sombría i helada, sin espacio i sin luz, sin alegrías ni emociones, i de la cual lucharía en balde por salir.

Habia visto deslizarse las noches silenciosas, lentas i lúgubres.

Su desesperacion concentrada i muda habíale sumido en una especie de embrutecimiento mental.

No salió de ese estado de estúpida postracion sino cuando su amigo Calm habló a su corazon recordándole sus deberes de hijo i hermano. Don Antonio i Amelia veian aumentarse su aficcion por el abatimiento en que le notaban.

Comunicóle ademas el jóven que Miranda habia propalado aquellos dias un rumor ofensivo, acerca de su fa-

milia. Segun le habian contado aquella mañana, Alberto se habia permitido sostener que el casamiento de Amelia, que se decia próximo a verificarse, era debido a que se violentaba su voluntad por su padre i su hermano, impulsados por un mezquino interes como era buscar la alianza de uno de los mas ricos comerciantes de la plaza, aunque no ignoraban los compromisos que la niña tenia de antemano con un jóven de escasa fortuna en la actualidad.

Una ola de amargos pensamientos envolvió a Ricardo como al náufrago la tempestad, presentándose a su espíritu la idea de cuanto debia hacer sufrir a los suyos con su torpe debilidad i de cuanto retardara el cumplimiento de aquel voto solemne i espontáneo que hiciera ante el cadáver, tibio todavía, de Eujenia. La relacion de su amigo llevó a sus mejillas un colorido febril e hizo asomar a sus ojos, hundidos por el insomnio, un brillo sombrío.

Aquello hizo que desbordase en su corazon la ira adormecida durante los últimos dias por la intensidad del sufrimiento.

Por un poderoso esfuerzo de voluntad, se enderezó su cuerpo, crispáronse sus manos, i como si la materia participase de esa especie de galvanismo de su espíritu, entró en actividad, poniéndose a recorrer el aposento a pasos acelerados.

—¿Qué piensas tú de esto? habia dicho a Calm.

—Descuida, amigo, yo tomaré pronto mis medidas. Hoi debo verme con Miranda, i si resulta ser efectivo cuando ha dicho, te juro que obtendré una reparacion tan espléndida como puedes apetecerla.

—¡Cuidado con dar un solo paso en ese sentido, Eduardo! Te lo prohibo absolutamente.

Calm contempló a su amigo con un aire de profunda lástima.

—Amigo mio, dijo, veo que no te hallas en situación de dar consejos. Hasta mañana, pues, i trata de conducirte como hombre en tu casa, haciendo cesar los tormentos en que tienes a los que te rodean.

—¡Pobre mozo! exclamó el joven Reinal con una ironía amarga.

I en seguida avalanzándose hácia su amigo, le tomó una mano con un ademán de impaciencia, arrastrándole hasta el centro de la habitación.

—¿Ignoras tú que he sido cobarde dejándome abatir como un imbécil hasta olvidar mis deberes, mis promesas i mis juramentos? Mira, yo hice un voto que necesito cumplir... pero esto no te concierne...

Ahora ese miserable se atreve a tocar a Amelia... a mi padre... a mí mismo. Reclamo, pues, mis derechos de hermano, de hijo i de hombre ofendido.—Amelia permanece aun soltera, i ciertamente no reconozco en nadie i ménos en el que debe ser su esposo, el derecho de poner en claro cuanto se roce con ella. ¿No eres tú de mi opinion? Tanto peor, amigo mio, porque prescindiré de tí como he prescindido ya de cumplir sagrados compromisos dictados por el deber i mi conciencia.

Calm, desvió su vista de los ojos llameantes de su amigo i estrechó en silencio su mano.

—Gracias Eduardo, agregó Reinal con voz afectuosa, pero que encerraba algo de solemne: tengo un proyecto... ¿quieres acompañarme a andar por el Almendral? Necesito aire... por ahí te diré lo que pienso hacer i lo que voi a exigir de tí, mi único amigo, mi querido hermano. ¿No crees, además, que esta salida es necesaria? Sin duda que la tomarán en casa por un buen síntoma... ¿Vamos?

—¡Vamos!

—Aguarda, aguarda, voi a arreglar un instante mi traje; que no se diga que olvido hasta la decencia. ¡Eah! un mozo rico como yo, que comercia aun con los amores de la hermana, no seria bien visto que demostrase que escatima el dinero hasta en el vestido... A propósito, ¿en dónde te han dicho que nuestro caro primo ha tenido su última interesante conversacion acerca de... sus amados parientes?...

—En casa de don Santiago Lista.

—Bueno, ya no me admira que la noticia haya circulado. ¡Esa jente tiene una lengua admirable...! ¡Vamos!

—Esta noche, Ricardo, pienso hacer una visita a Lista con el intento de darle parte de mi casamiento... ya me comprendes...

—¡Bah! Son capaces en tu cara de deshacerse en elojios sobre tu novia i su familia. Sinembargo, es preciso que esto termine cuanto ántes se pueda.

—Mi madre está avisada i vendrá hoi a rogar a tu hermana la dispense la honra de ser nuestra madrina.

—Gracias, amigo mio, veo que te anticipas a mi deseo de que Amelia cuente pronto con el apoyo de su marido. Ya ves que yo... en fin, tiempo tendremos de hablar hoi sobre esto...

Ambos jóvenes salieron del aposento.

A las ocho de esa misma noche, Ricardo se paseaba en su escritorio.

Parecia hallarse vivamente preocupado, pues a cada instante se acercaba a la puerta como si hubiese sentido los pasos de alguién a quien aguardaba con impaciencia.

La luz de un solo quemador de la lámpara esparcia sus resplandores por la estensa sala.

Por fin, jiró la puerta i se presentó Calm en el umbral.

El jóven traia un aspecto serio.

—¿Me aguardabas? dijo con acento breve.

—Hace cuatro horas, lo ménos.

—Escúsame, amigo, pero mi madre que es mui perspicaz i que de todo se alarma, era necesario que no pudiera sospechar la menor cosa. He creido deber consagrarle algunas horas el dia en que ha quedado fijado mi enlace. Ella quiere prepararlo todo i he tenido que oir los pormenores de sus proyectos, sonriendo a cada palabra....

—Tienes razon como siempre, Eduardo. ¿I nada ha estrañado al saber que has deseado anticipar el plazo?

—¡Oh, nó! ¿No sabe ella cuánto amo a tu hermana? ¿Qué cosa mas natural que haya creido que naciera de mí la idea de acelerar mi felicidad?

—Vuelves a tener razon.

—No es esto, sinembargo, lo que vengo a comunicarte.—Miranda...

—¿Qué?...

—Acepta.

—¿Todo?

—Todo.

—Gracias doi a Dios. ¡Pensé que ese miserable podría negarse, i obligarme a provocar un escándalo en que la honra de mi hermana pudiera ser envuelta! Ahora nuestro plan se llevará adelante sin que tengamos que temer al ruido de los comentarios.

—Ojalá nada tengamos que lamentar, Ricardo. Pero si tú....

—Ni una palabra Eduardo. Mi resolucion está tomada. I si mi padre tuviese que lamentar un accidente desgraciado, del que nadie está libre aquí abajo, yo cuento

al ménos con la seguridad de que ignorará siempre la causa, i de que al fin podrá consolarse siendo testigo de la felicidad de su hija. Si por el contrario, la suerte me protejiese, entónces... entónces diria que hai allá arriba una providencia que vela sobre los hombres....

—¡Ricardo!

—¡Qué quieres! Esos Miranda nos han sido tan funestos, sin que la justicia del cielo les haya alcanzado! El padre causó casi todas las desgracias de nuestra familia, i el hijo ha seguido siendo el jenio maléfico de todos nosotros....

—¡Sea! Pero Eujenia contó a tu hermana la muerte terrible i súbita de aquél, i por lo que respecta a éste, ¿no crees que sea un castigo hartamente cruel el que le desprecie i sea de otro la mujer que ama? Si tu le hubieses visto como yo, te aseguro que no envidiarías sus horas!

Reinal no replicó.

Sacó su cigarrera, elijió un puro i lo encendió pausadamente.

—¿I no estrañó la proposicion? preguntó de improviso a Calm.

—Nó, dijo éste; al contrario, parecia que algo semejante hubiese estado esperando.

—¡Es estraño!

—Cuando le hablé del plazo de ocho dias, se encojió de hombros i me lanzó una mirada de atravesio tan maliciosa i repugnante, que te aseguro estuve tentado de echarlo todo a perder i lanzarle una injuria....

—Creeria que era para adiestrarme, el mui necio.

—¡Qué sé yo! Pero es lo cierto que creí entrever en aquel ademan i aquella aviesa mirada una segunda intencion que me hizo subir la sangre al rostro.

—Sea como sea, lo esencial es que puedes contar con

ocho dias, ántes de que yo te necesite. Pasado mañana te casarás...

—Mi madre me ha dicho hace un momento que la quinta de Limache ha recibido una verdadera transformacion.

—Debias contar con ello. Mi padre ha celebrado que sea allí adonde te vayas los dias que se necesitarán para prepararte convenientemente el departamento que él ocupa ahora. No ha transijido con Amelia—está empeinado en que ha de dejarte libres todas quellas piezas...

—Jamás podré pagarle las bondades que ha tenido para conmigo....

—¿Qué quieres? preguntó Ricardo al ver que el sirviente entraba en la habitacion en ese momento.

—Es, señor, que la señora i misiá Amelita lo llaman.

—Diles que vamos al instante.

—Están en la pieza de la señora.

—¿Qué ocurrirá? dijo Calm un tanto alarmado.

—Nada, nada, alguna consulta.... ya sabes lo que son las mujeres. Aguarda aquí, vuelvo al instante con eso vamos al salon: deseo esta noche recibir a tu buena mamá i demostrarte que cuando hago el ánimo a una cosa, sé vencerme. Amelia, desde que me vió hoi en el comedor, me cree curado, ¡pobre criatura, a quien he hecho sufrir con mi estúpida comportacion!

I, dibujando en sus labios una triste sonrisa, salió Ricardo haciendo una seña a su amigo para que se quedase aguardándole.

Calm, disipando la vaga inquietud que le asaltara un momento, se dejó caer en un sillon de marroquí, de brazos altos, i dió pábulo a los pensamientos que las graves circunstancias por que atravesaba su amigo i él mismo, le inspiraban.

Permaneció largo rato sin moverse i casi sin darse

cuenta del tiempo que trascurria, hasta que el leve ruido que produjo la puerta al abrirse le hizo levantar la vista i sacudir el tropel de sus ideas.

Ricardo volvió con el semblante horriblemente cambiado.

Reflejábase la cólera en su mirada fiera: sus labios pálidos parecian de nácar.

Calm se quedó asombrado contemplándole.

—Amigo, dijo lentamente Reinal, dejándose caer sobre el sofá; razon tenias para presentir que aquel miserable se mofaba de tí miéntras le hablabas ayer, pues bien sabia que pronto....

—¿Qué sucede? ¿De véras que me espantas, Ricardo!

—Esta tarde casi se ha consumado un crimen en que la suerte de Amelia, en que el honor de la que va a ser tu mujer....

—Por Dios, Ricardo, espílicate sin rodeos, ¿no ves que me tienes en un verdadero tormento?

—Espera.... dos palabras te bastarán para comprender la trama infame concebida por el mas degradado de los bribones. Hace una semana, una muchacha se presentó a mi hermana para llorarle miseria i pedirle algun socorro con que atender a la curacion de su madre, anciana i enferma. La muchacha venia pobremente vestida i era al parecer decente. Amelia se compadeció de ella, trató de consolarla en su afliccion i le dió algunas monedas. Esta mañana volvió a presentársele con el pretexto de darle de nuevo las gracias por su limosna del otro dia i el interes que le habia manifestado. Dice mi hermana que luego le pintó un cuadro lastimoso de la situacion en que la falta de recursos tenia a su madre i tres hermanos chicos, que desde que aquélla estaba enferma no contaban ni aun con lo mas preciso para subsistir. La infeliz niña lloraba a cada palabra i de cuando

en cuando exclamaba ¡si usted los viera! ¡si usted los viera pedir a gritos qué comer i no tener qué darles!

Amelia despues de mil preguntas i en extremo enternecida, prometió a la muchacha que les mandaria cuanto pudiera, alimentos i ropa, i que pediria algun dinero para que curara un médico a la enferma. Entónces la muchacha besando las manos de Amelia la rogó por lo que mas quisiera que fuese ella misma a la casa, que así su socorro seria doblemente precioso, pues su pobre madre se llenaria de consuelo al ver que Dios la mandaba un ángel, que no la dejaria morir viendo llorar de hambre a sus hijos i sin poder hacerse remedios por su estado de extrema miseria.

—Señorita, usted puede ir con una sirviente, le decia, i estar solo un instante para consolar a mi madre que está a punto de morir de desesperacion....

—¡Ah!...

—Amelia cedió.

—¡Ahorra pormenores!... ¿Fué a la casa?

—Fué esta tarde, a las oraciones, pero no acompañada simplemente de Feliciano la llavera, como habia pensado, sino de mi tia, a quien habia contado todo i que se sintió a su vez mui dispuesta a hacer un beneficio a esas pobres jentes que pedian bien poca cosa para dejar de sufrir.

—Bueno, tu tia entraria con ella.

—Sí, i ademas Juan, el sirviente, que llevaba algunos objetos comprados para esas jentes. Una vez dentro, se hallaron en un cuarto no mal amueblado, en donde en un buen catre habia una mujer que parecia estar, no enferma de gravedad, sino buena i sana; de niños hambrientos no habia ni sombra. Al ver a Amelia, la muchacha habia desaparecido dirijiéndose apresuradamente hácia las habitaciones interiores. Dice mi tia,

que apenas habia tenido tiempo de acercarse con un tanto de recelo hacia la cama en que veia a la mujer que se presentaba como enferma, cuando Alberto Miranda apareció en la puerta del cuarto vecino...

—¡Canalla infame! dijo Calm estendiendo su puño crispado i despidiendo de sus ojos rayos luminosos que acusaban su violenta i terrible indignacion.

—El lazo tendido por ese miserable por una mera casualidad no surtió, pues, sus efectos... pero eso qué importa!...

—¡Sigue, sigue!

—Cuando divisó a mi tia, que seguramente no esperaba hallarse con ella, el cobarde se detuvo asombrado. Amelia, aterrada i cediendo solo a un instinto salvador, agarró a Juan de una mano diciéndole que la siguiese, i se lanzó a la calle... Mi tia tambien salió, pero despues de oir la mas horrible de las imprecaciones de boca de aquel furioso.

—¡Ah! ¡el plazo!... El contaba ayer con que le buscaríamos ántes de ese tiempo... ¡i a fé que tenia razon!

—Mira, dijo Ricardo acercándose a su amigo: ¿Sabes a donde ha sido llevada mi hermana? A la calle de la "Independencia," casi al frente del edificio en que estamos; a una casa infame habitada por mujeres las mas viles en su clase! ¡Oh!...

I el jóven lanzó un terrible juramento, que voló hacia el cielo i que babria hecho estremecer a Miranda, por valiente que fuese, ¡tal fué el acento de profunda rabia con que lo pronunciara el jóven!

—Ricardo, dijo Calm, levantándose pálido i trémulo de su asiento; que esto quede en el secreto mas absoluto. Toma medidas para hacer callar a Juan. Yo deseo hablar con tu tia i Amelia, es necesario infundirles ánimo, serenar sus espíritus ¿me acompañas? No tengas

cuidado, yo apareceré tranquilo... mi madre va a llegar pronto, si no ha llegado ya... Pasado mañana tu hermana será mi mujer i entónces ¡quiera Dios que le encuentre!

—Nada de simplezas, amigo.

—¿Qué? ¡tú!...

—¿I bien? ¡yo!... ¿Crees que no te impediré dar el menor paso en ese sentido?

—Veo que pretendes abusar; pero te digo que no lograrás esta vez...

—¡Sea! abusaré si es preciso, pero jamás te dejaré hacer una locura que podría acarrear la desgracia de Amelia, de mi padre que se halla enfermo i minado por los pesares.... Yo... es otra cosa, soi solo, me pertenezco ¿entiendes? Yo puedo hacer lo que tú no debes ni intentar, a no ser que quieras, además de causar graves desgracias, llenar de gozo a ese miserable que veria la posibilidad de librarse del hombre que le ha arrebatado la mujer a quien ha querido i de la que ha tratado de vengarse como no lo puedes dudar...

Calm no replicó.

Quedóse inmóvil, semejante a una estatua de mármol.

—Oye mi última palabra, continuó Reinal. Todo seguirá como si nada de nuevo hubiese acontecido. Tú partirás con Amelia; mi padre ignorándolo todo, quedará tranquilo... i yo... yo velaré miéntras tanto... espiaré los pasos del criminal, sabré si intenta huir... lo creo capaz de todo.... aunque el odio que me profesa tal vez le haga desear que llegue el día convenido. Tendré siempre un arma al alcance de mi mano, mi ojo se mostrará vigilante, i mi labio estará pronto para verter una injuria o salpicar de saliva el rostro de aquel infame en cualquier sitio en que le hallase, si supiera que habia de intentar dejar la ciudad.

Descuida, pues, i trata únicamente de ser jeneroso! Culpa de mi hermana no ha sido el darte con su amor muchas molestias que arrostrar... Yo te juro que si no fuera por mi padre... el plomo de una bala entraria mañana mismo en el pecho de Miranda! ¡Qué quieres! Ese plazo es preciso para que tu casamiento se realice... ¡Esperemos! esperemos! Mi padre i Amelia serán felices, i tú, hermano mio, llegarás a serlo tambien...

Las palabras nobles, severas i vibrantes de Ricardo resonaban en los oidos de su amigo aun despues de que aquel se habia callado.

Calm alargó en silencio su mano a Reinal al cabo de un instante.

Esa mano estaba empapada en un sudor frio como el hielo.

La de Ricardo por el contrario ardia con el fuego de la fiebre.

Ambos salieron de la habitacion sin cruzar ni una sílaba mas.

Esos dos corazones concluian siempre por marchar acordes.

CAPITULO XLVI.

FELICIDAD.

El casamiento de Amelia se verificó en la elegante capilla de los padres franceses, ante un círculo de personas distinguidas i bien poco numeroso.

Los novios partieron esa misma mañana en el tren de las diez para Limache.

Calm estaba radioso: miraba a su mujer i no podia pensar en nada extraño a ella: todo lo olvidaba ante el encanto que se desprendia de aquella hechicera criatura.

Amelia habia llorado al abrazar a su padre i al despedirse de Ricardo i su buena tia, i sentídose vivamente conmovida por el afecto i esquisitas atenciones que le prodigaran sus suegros.

Pero habíale sucedido ahora lo que a los niños cuando reciben el objeto cuya posesion se les negara: miéntras se balanceaban en sus hermosas pestañas las gotas cristalinas de sus lágrimas, sus labios se entreabrian con la sonrisa de la mas pura alegría: ¡le era tan grato sentir resonar en su corazon la dulce i amorosa frase que el esposo pronunciaba a media voz, seguro de ser comprendido por aquella a quien se dirijia!...

¡Cómo pasa rápido el tiempo cuando la dicha ilumina la existencia!

Vuelan las horas, los días no se cuentan. Se vive, he ahí todo.

La quinta de Calm en Limache era una mansion deliciosa. No podía darse nada mas bello que la pintoresca casita de madera, a la yankee, pintada sensillamente de blanco, con una vista grandiosa desde el esbelto i elegante mirador, que permitía abarcar el alegre pueblecito, la dilatada campiña, los árboles agrupados aquí i allá, los prados, los jardines i las aguas.

Era la estacion en que el invierno se despidе de la tierra, en que la sávia asciende de las raices a los troncos para hacer retoñar las plantas, las flores i los árboles; en que el sol acaricia con sus rayos tibios cuanto toca; en que es blando i ténue el soplo de las brisas; puro el aire. azul el cielo, leves los ruidos, poético el campo, risueño el paisaje.

¿Sabia Amelia, sabia Calm, qué era del resto del mundo miéntras estaban allí, en aquel soñado eden, nido delicioso de sus amores?

¿Habia por acaso sombras, desgracias i pesares? ¿No era todo luz, flores, perfumes, felicidad, embriaguez?...

Si hablaban, sus almas se confundian en el mismo pensamiento, sentian i se impresionaban a la vez; si callaban, sus miradas se atraian mutuamente, latian a compas sus corazones, se estrechaban las manos, sonreía el labio i confundianse en uno sus alientos...

Felices, todo cuanto les rodeaba parecia animarse a su paso para impresionarles agradablemente.

Levantábanse tarde, almorzaban el uno al lado del otro, conversaban en seguida como si nada se hubiesen comunicado, paseábanse por las avenidas del hermosísimo jardin, aspirando el embalsamado ambiente, buscando la sombra de los naranjos i los nísperos, cubiertos siempre de un frondoso ramaje; i allí entre el ruido cons-

tante de la naturaleza, percibiendo el susurro leve del viento i el murmurar de las corrientes aguas, miéntras los pájaros gozosos trinaban sobre las verdes copas de los arbolillos, ellos con la vista fija el uno sobre el otro, asidos de las manos, balbuceaban alguna frase henchida de ternura i de amor.

—¡Oh! Eduardo! que feliz me siento aquí! exclamaba Amelia reclinando la cabeza sobre el hombro de su esposo.

I este participando de su embriaguez, sintiéndose orgulloso de inspirar una pasión semejante a esa inocente i tierna criatura, la apretaba contra su corazón, i exclamaba a su vez:

—Anjel mio, cuán dichoso me haces al decirme que nada deseas, que estás contenta, que eres feliz!

I el eco de un quemante beso iba en alas del callado viento a perderse entre el vago rumor de aquella mansión encantada.

Otras veces Amelia recorría gozosa las elegantes habitaciones, adornadas con un gusto esquisito, aunque sin lujo, alababa los cuadros i los muebles, i decía:

—¡Ah! mi papá no ha visto esto, ignora donde estoy; es necesario traerlo aquí, Eduardo, el se mejorará viéndolo todo, i ántes que nada, sabiendo cuan completa es mi felicidad...

—Pronto, pronto, alma mia, respondía Calm sonriendo; aunque algo como una lijera nube pasaba por su despejada frente.

Amelia no descuidaba la música, de que tanto gustaba su marido.

Frecuentemente hacia que éste se sentase al piano i le acompañase aquella dulce romanza que le recordaba otros tiempos i el principio casi de su inclinación hacia él.

Eduardo juraba que jamas habia oido cantar a nadie como a su mujer. I tenia razon! Nunca una cantatriz puede llevar el sentimiento o la posesion de su rol hasta la realidad. Amelia cantaba un romance de amor sintiendo ella misma algo mas de lo que significaba cada frase. La propia inspiracion hacia doblemente cadenciosa, mas dulce, mas lánguida la música que interpretaba.

Pasáronse así cinco dias, sin que los jóvenes creyesen que habian pasado mas de uno solo. Parecíales que acababa de llegar a esa mansion de sosiego i soledad que tantos halagos les brindara.

Era la hora de almuerzo, cuando un sirviente entregó la Calm la correspondencia venida de Valparaiso. Amelia conoció al instante la escritura de su padre, i arrebató la carta a su esposo.

Don Antonio escribia diariamente a su amada hija, i ella no habia tampoco descuidado un solo dia ese grato deber, aun en medio de su inmensa dicha.

Calm habia por su parte reconocido la letra de su amigo Ricardo. Era la primera carta que recibia de él.

La abrió.

Decia:

“Querido amigo:

Perdon si te perturbo en tu felicidad.

¡ACUÉRDATE!

R. Reinal.”

—Toma, lee, dijo Amelia a su esposo. Mi padre dice que si no vamos en esta semana próxima, vendrá el acá. Qué placer! ¿Le esperaremos aquí, no es verdad?

—Nó, nó. Iremos, iremos allá.

Amelia clavó la vista en su esposo i bajó la frente con aire de tristeza.

—¿Estás aburrido, acaso, con esta vida... de calma tranquilidad?

—Nó, alma mia, léjos de eso; pero un negocio de importancia... i el deseo de abrazar a mis padres i de que el tuyo te abrace tambien cuanto ántes...

—Ah! sí! los negocios! ¡No somos bastante ricos para que no puedas prescindir durante un mes siquiera de tus ocupaciones? Mira, ahora me viene a la imaginacion lo que te conté esta mañana. ¡Qué quieres! será una tontería, pero no puedo desechar esta idea de que pudiéramos tener algun nuevo sentimiento. En mi sueño veia tan patente a la pobre Eujenia que me miraba llorando con sus grandes ojos i me mostraba un cajon negro, alumbrado por cuatro luces... ¡ah! iba a haber un entierro... ¡Eduardo, este sueño nos traerá algun mal! Yo no he sido supersticiosa, pero no he podido olvidar, he tenido el corazon oprimido.... ¡Eduardo, no nos vamos!....

El jóven se habia cubierto de una súbita palidez.

Hizo un supremo esfuerzo para recobrar su serenidad.

Guardó las cartas en el bolsillo i rodeó con sus brazos el cuello de la niña.

—Qué sencilla te muestras con tus aprensiones, dijo sonriendo. Vámonos al comedor, el almuerzo espera... i cuando silbe el tren de Santiago ya estaremos listos. Vas a ver qué contento se pondrá tu papá despues de esta ausencia que habrá sido de un siglo para él. Además, te prometo que ántes de cuatro dias volveremos a la quinta para estarnos aquí un mes, un mes entero. Ya sabes que yo no falto jamas a mis promesas.

Amelia sonrió.

Sus temores estaban léjos.

Ante aquellas palabras de su marido todo se habia disipado—ménos la idea de su felicidad.

.....

Despues de recibir Calm el cordial abrazo de su cuñado, le dijo:

—Héme aquí pronto a todo. Esta tarde haré preparar cuanto nos falta.

—Bien. Mil gracias por tu puntualidad....

—¡Ah! sí! Quién sabe, amigo, si sin aquel terrible *Remember*... Apropósito, ¿qué es de él?

—No hai cuidado. Su sirviente fué ganado por mí, i hace dos dias me dijo que su patron iba a salir por otros la dos... Le esperé en la estacion, subió al tren i yo tomé otro carro, yo habia sacado boleto para Santiago.... Se bajó en Limache....

—¡Ah!....

—Ya lo ves. Yo me adelanté al hotel. Cuando él llegó, me divisó paseándome en el corredor.... creo que se puso lívido de la cólera. Pidió un pieza, pero no estuvo en ella sino el tiempo que tardó en pasar el otro tren de Quillota para el puerto.

—¿I tú?

—Le seguí, hé aquí todo.

—Estar allí i no pasar siquiera a abrazar a tu hermana!

—¿Estas loco? ¿Crees que debia perder de vista un solo instante a ese miserable que talvez sin mis precauciones puede que a esta hora tuvieras tú o mi hermana que lamentar alguna sería desgracia? Piensas que ese viaje no era meditado i que sin mi presencia inesperada en aquel punto, no habria quizá intentado algun plan infame en contra de ustedes? Eduardo, tengo la conciencia de que ese hombre en el estado de demencia en que le han puesto los sucesos.... no trepidará en hacerse un asesino si es necesario para calmar su irritacion i su despecho.

—Talvez tengas razon, amigo mio.

—I sin talvez, Eduardo. Es necesario convencerse de lo que es capaz ese espíritu inclinado al mal por instinto i por educacion. Pero dejemos esto por ahora, deseo ir a ver a Amelia.—Con toda franqueza, Eduardo: ¿ha pensado mi hermana en que puede temer algo de semejante bribon? ¿Ha pensado en la última trama que la casualidad desbarató?

—Amigo, no continúes. Ella i yo no hemos tenido en los labios sino una sola palabra, la historia de estos dias debe refundirse solo en esta síntesis: *¡felicidad!*

—¡Ricardo! Ricardo! hermano mio! ¿es necesario que venga yo a buscarte para que me abracés? dijo desde el pasillo la voz de Amelia con un timbre arjentino, puro gozoso....

CAPITULO XLVII.

EN EL MAR.

Marcaba las siete de la mañana el gran reloj de la torre de la Intendencia, cuando dos jóvenes, envueltos en gruesas abrigos, se bajaban, frente al muelle, de un mal coche de alquiler.

—¿Bote, patron? dijo un fornido fletero acercándose a uno de los jóvenes.

—Nó; tenemos ya, respondió secamente el preguntado.

—Si quieres llevar al muelle esas escopetas i esos morrales? dijo el otro, dirigiéndose al solícito pregunton.

—Pues no, patron? allá voi.

Uno de los jóvenes pagó al cochero, i ámbos precedidos del hombre que llevaba los aperos de caza, se entraron al muelle por bajo la arquería de la Bolsa, dirigiéndose a la escala de la derecha.

Un oficial de marina que atravesaba por el muelle a la sazón, se detuvo al divisar a los jóvenes:

—¡Hola! Eduardo ¿cómo va? exclamó estrechando la mano del joven. ¿A donde diablos te dirijes a esta hora?

—Al *Spark*, allí nos aguardan algunos amigos con un

bote listo para dirijirnos a la vela a Concon. ¡Vamos de caza!

—Ah! magnífica idea para aprovechar el domingo. La mar está a pedir de boca. Buen viaje, amigo, i buena caza!

—¡Gracias! Hasta la vuelta.

—Hasta la vuelta.

—Hé aquí un encuentro que nos puede ser útil, dijo Calm a Reinal, continuando su camino.

—Quizá... dijo éste.

—Hé ahí nuestro bote que se acerca. ¿Bajas?

—Haz entrar primero esos útiles.

—¡Eh, bellaco! Coloca eso en el bote.

—Listo patron. Ya está.

—Toma.

—Dios lo guarde muchos años, patroncito. Con esto haré la mañana a la salud de su mercé, añadió el jornalero, guardándose una *chaucha* que habia dejado caer Calm en su mano.

Los jóvenes entraron al bote.

—¡Avante! dijo una voz.

Sumerjiéronse a una los remos i la lijera embarcacion comenzó a deslizarse por las aguas rizadas por la fresca brisa.

La mañana estaba algo fria.

Por el lado del oriente se levantaba lenta i majestuosamente el sol, iluminando la cima de las colinas i las torres, miéntras que en el lado del poniente se mecian en los aires algunas nubes plomizas, hacinadas las unas sobre las otras.

—¿Te sientes mal? preguntó Calm a Ricardo, mién-

dormí poco, es ésta quizá la causa de que mi semblante no revele salud. Pero no temas, continuó el jóven en inglés, mi pulso estará firme i no flaqueará mi ánimo.

—¡Dios lo quiera! exclamó Calm en el mismo idioma. ¿Cómo estuvo la puntería ayer? ¿Fuiste al *Recreo*?

—Sí, de doce puse ocho en el blanco.

—Eso me tranquiliza un tanto.

—Ahí está el *Spark*, patron, ¿atracamos? preguntó uno de los remeros.

—Atraca.

—¡A estribor! ¡larga!

Calm tomó la escala i subió a bordo.

Reinal se reclinó en la popa, decidido a esperar en el bote la vuelta de su amigo.

El *Spark* era un gallardo bergantin norte-americano que se balanceaba muellemente, teniendo en su bordo la mayor parte de su cargamento de harinas. Estaba mandado por el capitan Hasty, jóven de treinta años, natural de Boston i cuñado del armador del buque.

Cuando Calm pisó la cubierta vió que se le acercaba un sujeto, a no dudar el segundo.

—The captain? dijo el jóven saludando.

—They only wait for you, contestó aquél designando la cámara, dando así a comprender al jóven que no ignoraba lo que iba a hacerse.

Calm siguió a aquel sujeto.

En la cámara tomaban café sosegadamente al parecer dos personas—el capitan Hasty i Alberto Miranda.

Ambos se pararon para saludar al recién llegado.

Hasty apretó afectuosamente la mano de Calm. Eran antiguos conocidos a causa de los frecuentes negocios comerciales que habian mediado entre ámbos.

Miranda saludó friamente con la cabeza al jóven, co-

mo si no hubiesen mediado relaciones de amistad entre ellos.

Calm sintió que una oleada de sangre le subia al rostro al notar el aspecto provocativo i la mirada dura con que le acogia Miranda.

Se contuvo sinembargo, i dió las gracias en tono mui natural por el ofrecimiento de una taza de café que le hizo el capitan.

Este, aplicando un fósforo a un enorme habano, dijo:

—You come just in time, i tomó una gorra negra de visera horizontal que se encasquetó hasta las cejas.

Diez minutos despues Reinal se trasbordó a un largo, elegante i cómodo bote en que se hallaban Calm, Miranda, Hasty i el sujeto aquél que recibiera en la cubierta del *Spark* a nuestro jóven amigo, llamado Mr. Basket.

En el bote no iba ningun marinero. En su fondo habia tirados algunos objetos.

Calm i el capitan tomaron los remos. Se conocia que todo aquello estaba arreglado de antemano.

Al timon iba Basket.

A un lado Ricardo, a su frente Alberto.

Anduvo de esa suerte un buen trecho el bote, mientras los que llevaban los remos sostenian una animada conversacion en voz baja.

De pronto, Hasty dejó el remo i dijo a su compañero: —Stop!

Plantó en medio de la embarcacion un pequeño mástil i desarrolló una lijera vela que ahuecó por medio del cordel que pendia de su extremo.

Pronto la brisa que soplaba con alguna constancia, infló la vela i el bote comenzó a deslizarse como un blanco cisne por la azulada superficie del mar.

El capitan amarró la vela i se sentó al lado de Miranda.

Poco a poco comenzó a perderse de vista el caserío i a verse como una masa confusa, de la que se elevaban vapores cenicientos i las densas espirales de humo de las mil chimeneas de la ciudad.

Un sol brillante bañaba las blancas i amontonadas casuchas tendidas en las mesetas que en forma de anfiteatro rodean al pintoresco puerto.

En el bote se animó la conversacion.

El capitan Hasty habia entablado una alegre plática con Calm i Miranda sobre sus aventuras de tierra durante los dias que estaba de permanencia en Valparaiso. Su charla tenia mas de un punto de gracejo, pues era en ese orijinal dialecto, mezcla de español i de ingles, de que ha sacado tan buen partido nuestro jóven compatriota Vial en uno de sus juguetes cómicos.

De pronto sacó una botella de jinebra, de entre las escopetas i arreos de caza depositados en el fondo del bote, i la pasó a sus compañeros.

Calm que llevaba colgada una botella de viaje llena de coñac, desprendió el vaso de plaquet i sirvió en él la jinebra.

En un instante fué vaciado.

Ricardo solo se negó a beber, visto lo cual le dijo el capitan:

—You hacer mal, amico. Mi estando de la opínion que la jinebra servir mochi for el amor i el curage. Uno estar valiente cuando tener one botle en su bariga....

I el capitan se bebió de un trago el vaso que ofreciera tan amigablemente al jóven Reinal.

Ricardo se sonrió i se hizo servir coñac para beber a la salud del yankee.

La mañana avanzaba.

Miranda sacó su reloj i eran ya mas de las ocho.

—Haber andado poqui todavía, dijo Hasty clavando

la vista en el cordon de cerros que apenas se divisaba del lado de tierra.

—Dos millas mas i estaremos frente de Concon, dijo Reinal.

—¡Yes! dos milias, with good vento. ¡Eh! vieco ¡hang the rudder!

Pronto el bote, cediendo al impulso del timon, hizo rumbo mar adentro.

—Cavalieros, continuó Hasty, mi sentir no siendo esta cosa for caza de pácaros. Mi gustando tirar by diversion, ¿and yon amico Eduardo?

—Tambien, amigo, pero por mis ocupaciones jeneralmente puedo gozar mui poco de este pasatiempo. Hace un año a que no he tenido una partida de caza.

—¡Diabla! Mi also! Cuando llegar a terra mi buscando manera de la plata, de monta en caballa and mirar sinoritas i mochachas... ¡Hé! el bote ir costiliando... voi aflocar la vela... ¡well now!...

Una ráfaga de viento infló la vela imprimiendo gran rapidez al magnífico bote, que inclinándose a uno de los costados cortaba las ondas con suma facilidad.

—¡Here! dijo el timonel al cabo de un rato de silencio.

Hasty soltó la vela, desprendió el mástil i enrolló aquella con gran presteza.

El bote, abandonado a su propia direccion, comenzó a columpiarse suavemente a merced de las olas.

Hallábanse por lo ménos a cuatro millas de tierra i a la altura de la caleta de Concon.

Del lado opuesto, la superficie inmensa de la mar se confundia con el cielo en el dilatado horizonte formando una sola línea.

Calm hizo una seña a Hasty. Este estrajo de debajo de

la rejilla del bote una caja de caoba barnizada. La abrió i dejó ver dos pistolas de igual tamaño.

El capitan i Calm cargaron en silencio i cuidadosamente las armas.

Calm dió la eleccion a Miranda, que pasando como el provocado, debia tirar primero. Este eligió a la ventura, sin detenerse a examinar las pistolas.

Luego pasó la otra a su cuñado.

Ricardo dijo en voz baja:

--Amigo, no te olvides... para el caso que la suerte me sea contraria... el segundo cajon del escritorio... la llave está aquí en ese paletot.

I el jóven se despojó de su abrigo, tirándolo desembarazadamente al fondo del bote.

—Queda tranquilo, murmuró Calm. I a fé que me encargaré asimismo de vengarte!

—Señores, dijo Hasty pausadamente mirando a los jóvenes; si ser posible arreglar...

—Es inútil, dijo Reinal de pié i con voz vibrante. Me hago un deber de conciencia en declarar en este instante que al buscar esta reparacion no cedo a un ofuscamiento pasajero. El señor, añadió señalando a Alberto, me ha inferido ofensas tales que afectan al honor i a mi dignidad de caballero, i que debo mantener en reserva; pero si hubiera de necesitar para que se colocase al frente del cañon de esta pistola lanzar un insulto sangriento a su cara, se lo lanzaria aquí, donde me escuchan personas que han empeñado su palabra de honor de que nada de lo que acontezca en este sitio será divulgado.

I Ricardo con el semblante pálido, pero sin que en el acento de su voz se notase la menor emocion, abrazó a su adversario con una mirada chispeante.

Alberto hincó las uñas en sus manos, tornándose lívido su rostro.

—Por mi parte, dijo, declaro que he aceptado esta ocasion de ponerme al frente de un individuo a quien si he injuriado en los suyos, razon sobrada me ha asistido. Si han tratado de despreciarme i herirme en mis mas caras afecciones, por mi parte he deseado manifestarles que me hallaba en situacion de emplear represalias al nivel de su proceder. No seré yo, pues, quién escuse el único medio que se me ofrece de inferirle algun daño i de no salir del todo burlado!

I fué a colocarse, de pié, en el extremo de popa.

Reinal fué silenciosamente a pararse en el extremo de proa.

Los otros tres hombres permanecieron sentados en el centro de la embarcacion, que se balanceaba siguiendo el vaiven de las movedizas aguas.

Hasty se despojó de su gorra i dejó caer esta palabra.

—¡Soon!

Vióse apuntar a Alberto durante algunos instantes, que parecieron un siglo, i disparar cuando era ménos recio el movimiento del bote.

La bala dió en la muñeca del brazo izquierdo de Ricardo en el mismo lugar en que blanqueaba el puño de la camisa, que salia de la manga.

Calm se recobró de su ansiedad.

Reinal sin hacer alto de su herida de la que comenzaba a escaparse la sangre, asentó firmemente sus piés en el bote, apuntó i disparó en un segundo. Vióse a Miranda inclinarse hácia atras, bambolearse un instante i luego caer de cara sin lanzar un grito, ni un quejido.

La bala le habia atravesado la cabeza penetrando cerca de la sien derecha.

Reinal sintió zumbas sus oidos, experimentando algo como un vahído.

Calm se dirigió a él, le estrechó en sus brazos i le sentó a su lado, sin conseguir tranquilizarle.

—No sé qué siento, balbuceó Reinal. Una opresion rara i fuerte... esto pasará... Aunque esto era inevitable... su muerte me hace daño!...

—¡Famoso golpe! habia dicho Mr. Basket en el idioma de su nacion observando la herida del infeliz Miranda.

—Oh, yes! habia respondido lacónicamente Hasty poniendo la mano sobre el corazon de su amigo que habia cesado ya de latir.

—¡Muere jóven!

—Oh, yes!

—¿Era pobre?

—No; deja dinero a bordo e instrucciones para mí... ¡Poor friend! agregó.

I esta fué la sola frase de compasion i sentimiento que pronunciaron el exelente yankee i su compañero.

—Concluyamos, dijo Basket.

—Ayuda... aquí...

Amarraron entre ámbos a los piés del cadáver un enorme trozo de hierro, al parecer desprendido de alguna máquina vieja de abordo i puesto allí a prevencion. En seguida tomó uno de los piés i el otro de los brazos el cuerpo horrible i ensangrentado de Miranda, lo arrastraron hasta el costado del bote i lo lanzaron al abismo, en cuyo seno mudo fué a sepultarse el principal indicio de la escena de horror i misterio que acababa de realizarse en la estrecha cubierta de la frágil embarcacion.

Al sonido que produjo el cuerpo al caer en el agua, Ricardo levantó la cabeza i como si en ese instante solo recobrara el uso cabal de su razon, dejó escapar de su garganta un sonido sordo que pudiera tomarse por una

señal de espanto o de remordimiento por el fatal suceso en que habia figurado como principal actor.

— No tener cuidado que salir fuera, dijo el capitán: ¡estar pesado el lastra!

Calm comprimió con fuerza el brazo de su amigo mirándole con una espresion de lástima i reproche.

Basket empinaba una nueva botella de jinebra.

La pasó a Ricardo despues de beber.

Este ahora la empinó como si desease apagar una sed devorante.

—The gin causar appetite... i teniendo el estómaco...

—Capitan, interrumpió Calm bruscamente. Si usted nos hace el favor... veremos... modo de... almorzar en Concon. Segun lo convenido, debemos procurar volver en la tarde a la bahía. Allí lavaremos el bote i descansaremos por si calma el viento i necesitamos irnos a remo.

Basket tomó el timon i luego el bote biró para hacer rumbo a la caleta.

Hasty plantó la vela que no tardó en hinchar el viento.

Levantó una de las escopetas i se puso a examinarla como que de ella esperaba el servicio de que le ofreciese para el almuerzo algun manjar mas fresco i apetitoso que los pocos fiambres que habia hecho poner en el bote junto con las botellas.

Reinal habia vuelto a su inmovilidad i a su silencio, fija la vista en el punto de que acababan de apartarse.

CAPITULO XLVI.

CATÁSTROFE.

Don Antonio Reinal al regreso de Amelia habia sentido un gran placer: el pobre viejo veia feliz a su hija i eso le producía una satisfaccion íntima, mejorando notablemente el estado de su salud.

Don Antonio que habia soportado rudos contrastes en su existencia; que aun en los últimos años de su vida habia recibido golpes crueles i terribles, hasta sentir agriado su carácter a consecuencia de esas terribles enfermedades del corazon que lá medicina no logra jamas curar una vez que se pronuncian, desde el casamiento de su hija habia recibido un pasajero descanso. Al ser testigo de la felicidad de su amada Amelia, al ver los transportes de su alma purísima i llena de inocencia, experimentaba un bienestar que prometía reanimar su ánimo decaído, vivificando sus esperanzas.

Su virtud sincera i su recta lealtad le sostenian en la creencia de que aun podia aguardar en el seno de la familia algunos de esos recónditos goces que desprecian las almas vulgares o gastadas en el vicio.

El habia luchado i creia haber llegado al fin.

Amelia nada debería envidiar, viendo colmadas sus aspiraciones, realizada su ventura de una manera estable.

Su cuñada Margarita estaba en libertad de entregarse tranquila a su vida de ejemplar devoción i se sentía también feliz con la certidumbre de que su querida sobrina, a quien tenía un afecto de madre, había hallado en su esposo un hombre que sabía comprenderla i estimarla, haciéndola la mujer mas dichosa de la tierra.

Ricardo solo causaba una vaga inquietud al amante padre. Pero al fin, éste era hombre i sabría arrostrar su desgracia con valentía, hasta que el tiempo le curara.

Podía, pues, el anciano dejarse mecer por ilusiones que mui poco tenían de quimérico, pudiendo sí convertirse fácilmente en realidad.

Esto era lo lógico.

Pero toda lógica, como todo lo que es humano, falla al soplo de la voluntad poderosa del árbitro supremo de los acontecimientos.

Esto es lo que encierra aquel popular i sabio proverbio: “El hombre propone i Dios dispone.”

Veamos lo que el destino tenía dispuesto acerca de don Antonio.

Aquel día domingo se sintió el anciano tan fuerte i recobrado que salió a pié de su casa para oír la misa en el templo de San Agustín.

A su vuelta Amelia le recibió con mil caricias.

Almorzó con apetito, oyendo la dulce charla de Amelia que le hacía una descripción de la existencia que le haría llevar durante el mes que su marido le había prometido pasar en la quinta de Limache.

El anciano se había dejado arrancar el sí por su hija respecto de la pretensión de que debería acompañarles durante aquel tiempo.

La ausencia de Ricardo i de Calm no inspiraba a la niña ni a su padre la menor inquietud, desde que aquellos habian dicho en la noche precedente que la mañana tenian precision de dedicarla a almorzar en compañía de un amigo que estaba en vísperas de abandonar el país con direccion a Europa.

A medio dia, Amelia se vistió de gran *toilette* para esperar a su esposo i recibió por ello los cumplimientos de su padre que le aseguró haberse puesto *muy linda*.

La niña con la sonrisa de la alegría en sus labios propuso al anciano dar a su marido una grata sorpresa, haciendo que la fuese a encontrar en casa de su suegra. La niña sabia el tierno afecto que profesaba su marido a su madre i calculaba que esa visita no podria ménos de recibir su mas completa aprobacion i mirarla con sumo agrado.

Don Antonio dispuso que se llamara un carruaje, hizo que la niña se pusiera un precioso terno de brillantes que le habia obsequiado la señora a quien iban a visitar, tomó su baston i su sombrero i dando el brazo a la encantadora criatura salió de la casa, previniendo ántes a la tia Margarita que impusiera a Eduardo de lo ocurrido tan pronto como llegase.

Don Antonio i Amelia fueron acogidos en casa de Calm de la manera mas amable i cordial. La señora les arrancó la promesa de quedarse a comer.

El dia se pasó agradablemente.

Amelia halló medio de mandar a su casa ántes de la hora de ir a la mesa, para informarse de si habia llegado su marido i cuál era la causa de su retardo.

Se le trajo por respuesta que no habia llegado aun.

Como la niña se pusiera triste a causa de ese incidente, tuvo que soportar algunas bromas sobre el amor

conyugal, que al mismo tiempo que disiparon sus aprensiones le volvieron parte de su humor perdido.

La comida estuvo alegre en apariencia, pero en realidad habia allí tres personas que abrigaban ciertos celos en su interior, que no querian dar a comprender a los demas. Eran esas la madre de Eduardo, Amelia i el mismo don Antonio.

Así es que cuando apenas se habia tomado el café i manifestaron estos últimos deseos de marcharse a su casa, la señora les dejó hacer sin tratar de retenerles mas tiempo.

En el camino el padre i la hija atravesaron solo algunas cuantas palabras insignificantes. Uno i otro temian comunicarse sus aprensiones si tocaban el punto que les traia preocupados. Abrigaban tambien la esperanza de que hallarian a los jóvenes en la casa, a donde habrian llegado cansados, por lo cual no se habrian atrevido a salir, prefiriendo aguardarles allí ya que calcularian que no podrian tardar.

—¿Llegaron? preguntó Amelia, apenas divisó a su tia al entrar en la casa.

—No, hijita, pero no pueden tardar mucho.

—Ya vendrán, ya vendrán, dijo don Antonio, i les rasparás el cacho por la calaverada. Ausentarse de su mujer todo un dia cuando aun se está de novio... ¡bah! ya veremos que mala escusa nos trae.

—¡Oh! no, papá! Ricardo se ha llevado a Eduardo i apuesto a que es él quien le ha hecho demorarse.

—¡Hum! Siempre debes quejarte, eso le hará no ser condescendiente otra vez. ¡No llegar a comer!

I el anciano dijo esto chanceándose i dando un golpecito cariñoso en el hombro de su hija.

Luego se dirigió a su aposento, que como se sabe lo

habia cambiado recientemente, para dejar sus antiguas piezas a su yerno.

Don Antonio halló sobre su mesa la correspondencia del dia, que le habia traído el cartero miéntras su ausencia.

Arrellanóse en un cómodo sillón i se puso a revisar a la lijera los diarios de Santiago.

Luego, como la claridad del dia se iba sensiblemente debilitando hasta el punto de no serle posible continuar en la lectura, raspó un fósforo i encendió una luz de la lámpara.

Entónces divisó una carta junto a los paquetes de periódicos, la abrió i se puso a recorrerla.

Pasóse el anciano la mano por su rugosa frente como para coordinar sus ideas. Estremecióse, i se apoyó en la mesa como si se hubiera sentido vacilar.

Pero de repente se lanzó fuera del aposento con una agilidad imposible de concebirse en sus años, abrió dos o tres puertas, atravesó otras tantas piezas, i anhelante, cansado i moribundo entró al cuarto de Ricardo, silencioso i solitario aun.

Recorrió el anciano la estancia con su vista estraviada i dejó escapar de su garganta un terrible grito de angustia. Al mismo tiempo sus brazos se abrieron i se estiraron sus piernas, cayendo sobre la alfombra como una estatua derribada de su base.

A ese grito corrieron Amelia, su tia i dos sirvientes. No percibieron ningún ruido, pero en el instante en que encendieron luz, divisaron el cuerpo ríjido del anciano en medio de la estancia: cuajos de sangre aparecian en la boca i las narices.

A su vista, la niña perdió el conocimiento i fué transportada al lecho de Ricardo.

Sintiéronse pasos en el balcon i luego los que llegaban guiados por la luz penetraron en el aposento.

Eran Calm i el hijo de don Antonio.

Ambos se quedaron aterrados con el espectáculo que se les presentó a la vista.

Se sucedió una escena de confusion.

Las mujeres lloraban.

Calm corrió al lecho en que yacia Amelia sin señales de vida.

Ricardo se acercó a su padre i estremeciéndose vió que no era sino un cadáver.

Cerca del sitio en que habia caído se veía un papel arrugado. Tomólo ávido el jóven i se puso a leerlo con una creciente ajitacion.

Hélo aquí:

“Caro tío:

La obra comenzada por usted está a punto de terminarse. Cuando lea esta carta su hijo o su sobrino habrán dejado este mundo.

Usted pudo, cumpliéndome la promesa respecto de su hija, hacer de mí un hombre de bien; miéntras que me ha arrastrado a una situacion en que la vida me importa bien poco. Hoi me bato con Ricardo, si muero, usted, usted solo cargará con mi muerte: si salgo con vida, usted habrá muerto a su hijo i échome abandonar mi patria. En la última hipótesis, en vano tratará usted de perseguirme, porque me asilaré a bordo de un buque que partirá mañana con destino a Liverpool. Pero mas tarde ¡pierda cuidado! su sobrino volverá!

A. Miranda.”

—¡Maldito! maldito nombre! exclamó Reinal apoyándose para no caer contra el respaldo de un sillón.

Hubiera querido verter lágrimas de desesperación, pero sus ojos estaban secos. Sus pupilas relampageaban con una espresion espantosa.

Acababa de dejar un sitio en que habia causado la muerte de un hombre, i al entrar en la casa en que ansiaba tranquilizar su espíritu ajitado por un cúmulo de horrores i de desgracias, la muerte le salia al encuentro de una manera terrible.

El jóven tenia un infierno en el corazon.

El sirviente que habia salido en el primer momento en busca de socorro, entró acompañado del médico que acostumbraba visitar al anciano.

Reconoció a don Antonio i dijo a la infeliz Margarita:

—Ha sucedido lo que me temia, señora. Mi pobre amigo padecia de una aneurisma que se habia desarrollado en el corazon.... habrá tenido alguna impresion desagradable o violenta, i ha estallado. Nunca me cansé, señora, de recomendarle la quietud...

Calm tomó de una mano al doctor i le condujo al sitio en que estaba Amelia, tan blanca como una figura de cera.

—Esto es otra cosa, dijo el médico, manteniendo asida entre las suyas la mano de la niña. Esta señorita va a volver en sí, convendrá que se le oculte lo que pasa a su alrededor....

Pero en el mismo instante Amelia lanzó un suspiro débil i prolongado i abrió enormemente sus ojos.

Al ver frente de ella a su marido, se animó su rostro, i dijo con voz débil:

—Qué horrible sueño he tenido, Eduardo; he vuelto

a ver a Eujenia... i siempre la muerte... esa pesadilla que tanto miedo me causó la otra noche...

De súbito su vista se fijó en el médico, distinguió a Ricardo, a los sirvientes i por último el cadáver de su padre, i enmudeció acometiéndole de nuevo un desmayo.

Calm lanzó un grito ahogado, cayendo a los piés del lecho.

El doctor le rechazó, tomó el pulso de la niña i dijo:

—Esto no es de cuidado, pasará pronto. Trate de que se transporte a otro aposento esta señorita. Que al recobrar el conocimiento no vuelva a recibir una impresion semejante; entónces podria serle fatal!

.....

Al mismo tiempo que se estendió por la ciudad la noticia de la muerte del anciano Reinal, algunas personas hablaron de que se aseguraba que habia sucedido un accidente lamentable a varios jóvenes que habian cometido la imprudencia de dirigirse a Concon en un bote a la vela. Una fuerte ráfaga de viento habia volcado la embarcacion haciendo que pereciese ahogado uno de ellos que no sabia nadar i a quien ayudó a sumerjirse la escopeta que llevaba cruzada a la espalda i otros objetos pesados. Los demas se habian salvado milagrosamente mediante el arrojo del capitan del *Spark*, que logró poner nuevamente a flote la pequeña embarcacion ausiliado de una canoa de pescadores que cruzaba a ese tiempo por la caleta.

Esta noticia fué confirmada luego por los periódicos, que aseguraron saberla de buen oríjen—de boca del mismo arrojado marino que habia sido actor en aquel crítico lance.

.....

Nadie sospechó que tras de aquellos acontecimientos

casuales o que no pasaban de ser ordinarios i comunes en la vida, se ocultaba el drama que conocen nuestros lectores tanto como nosotros.

Así va el mundo.

Cuantas veces se cree entrever un misterio en donde no existe sino un suceso vulgar; i cuantas otras un insignificante o natural acontecimiento, en donde se ha desarrollado un doloroso o sangriento episodio de la humana existencia!...

EPILOGO.

En las vacaciones últimas, es decir a principios de 1872, a la hora en que debia pasar el tren de Valparaiso habia en la estacion de Limache una multitud de personas.

Era dia sábado, i muchas de las familias residentes accidentalmente en aquel pueblo, aguardaban la llegada de algun amigo o pariente que deberia pasar en dulce solaz el dia domingo.

La estacion presentaba por tanto un aspecto animado i alegre.

Una hermosa dama, vestida con suma elegancia i de porte tan simpático como distinguido, llamaba la atencion de algunos curiosos amantes de la belleza i de la gracia en las mujeres, inclinacion por otra parte natural en todos los prójimos, con bien raras escepciones....

Esa dama tenia de la mano una lindísima criatura de pocos años, de grandes i azules ojos, i fina, blonda i dorada cabellera.

Hacia pocos momentos a que ámbas habian descendido de su carruaje, cuando se sintió el silbido de la máquina i se percibió el ondeante penacho de humo que el viento botaba hácia un lado del camino.

Detúvose el convoi, bajándose alegres i bulliciosos los viajeros con sus livianos equipajes, que se disputa-

ban los pilluelos para conducir hasta el apostadero de los coches.

Entre las personas que bajaron de los carros, hubo una que al divisar a la elegante dama, corrió a estrecharle la mano, al mismo tiempo que la chiquitina se le colgaba del brazo, saltando en las puntas de los piés i gritando alborozada:

—Papacito! papacito! ¿nada me manda la abuela? ¿me traes dulces? Mira... Antuco me rompió la muñeca... la dejó sin patas, la puso ñata, la dejó tuerta, fea, feaza, ¡yo no la quiero!

—¡Local! no ves que no dejas caminar a tu papá... Ahora no te da lo que te trae... exclamó la hermosa mamá.

—Ah! ¿no ves como me trae? dijo la chiquitina batiendo las manos. ¡Por eso quiero tanto a mi papá!

Levantóla éste en sus brazos i estampó un sonoro beso en sus rosadas mejillas.

—¿Subes eso, Eduardo? dijo desde el carruaje la dama, mirando sonriendo a su marido que acariciaba nuevamente a la encantadora criatura.

—Si, hija, al momento. Que lo pongan adelante.... con cuidado que es quebradizo...

—Pásame a la niña.

—¡Eujenia! Eujenia! ... ¿dónde se ha ido?... Ah! diablito!

—Toma, toma papá, el cochero me traía esas flores que le robé del jardín a mamá. Yo te las tenía esta mañana.... ¿Le manda dulces la abuelita a Antonio también?

Calm, a quien habrán conocido ya nuestros lectores, tomó a su hija en brazos i subió con ella al coche.

Los caballos emprendieron un trote veloz.

En la puerta de reja de la quinta, que no se habrá

echado en olvido, estaba aguardando la tia Margarita con otro chiquitin de la mano.

La señora vestia de negro, pero en su fisonomía se reflejaba cierta espresion de contento i bienestar. En su cabeza, perfectamente peinada, brillaban algunos cabellos blancos como hilos de plata.

Calm, luego que bajó del carruaje a la pequeña Eujenia i ayudó a descender a su esposa, corrió a estrechar la mano de la exelente señora i a besar en la frente al chico que tenia a su lado.

—Mira, mira Antonio, nos trae cositas el papá! Eso que va ahí es para mí, i para tí... eso tambien! Vamos, vamos, tia, que se abra luego!

I los dos niños echaron a correr hácia dentro, detras del mozo que llevaba los paquetes que habia estraído del carruaje.

Un rato despues estaba la familia reunida en el comedor, en cuya mesa habia un magnífico servicio de refrescos.

—Vaya, veamos las albricias, decia Calm observando con una mirada henchida de felicidad a su jóven esposa.

—Ya sé, tu mamá vendrá esta semana próxima; los niños van a ponerse contentísimos.

—No, no, querida, mi noticia vale mas, es de mucho mas bulto. Estoy seguro que no la adivinas.

—Ricardo talvez.... interrumpió tímidamente la tia Margarita.

—¿Ha escrito Ricardo? dijo la niña con voz insinuante a su marido.

—Espera... hoi estamos a veintiocho, sí, el cuatro del entrante deberás irte a Valparaiso...

—¿A qué fin si ha de venir pronto tu mamá? Pero aun no me dices si Ricardo te ha escrito... Me consuela tan-

to cada carta que recibimos aunque contenga algo triste como la del otro día...

—Pues bien, señora mía, el cuatro del entrante abrazaremos en el muelle a tu hermano....

—¿Qué dices, Eduardo? Seria posible?... Oh, no!

—I tan posible como que desde que prometió abandonar ese funesto vicio de la bebida, que casi le arrastra a la muerte, segun yo mismo presencié en Lima, hizo el propósito de enderezar sus negocios i venir a asociarse conmigo, a fin de que me independice de mi padre.... Es cosa hecha, Ricardo estará pronto a nuestro lado. Aquí principiará por sentirse holgado i ¡quién sabe! concluirá por ser feliz. Tengo mi proyecto acerca de él en el cual tu me ayudarás....

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó Amelia con su mirada húmeda de emocion. Nada me resta ya que pedir ni desear, ¡todo me lo has concedido!

—Mamá, dijo la pequeña Eujenia, concluyendo de tomarse un plato de helados, ¿me llevas no, cuando vayas al puerto? me gusta tanto subir a los trenes!

—Si, si, i conocerás a tu tío, a tu tío Ricardo, que va a venir.

—Vaya, si lo conozco en el retrato i lo beso cada vez que abro el album.

—Bueno, ya lo amarás mas cuando llegue....

—¿I el abuelito viejo, mamá, tambien vendrá con mi tío?

—No, dijo Amelia con acento dulce i triste, ese está en la gloria.... i desde allí no se viene nunca.

—Tia Margarita, dijo la chiquitina subiéndose sobre las rodillas de esta: yo no quiero ir a la gloria, ¡no me lleves nunca allá! ¿ves cómo llora mi mamá porque se ha ido el abuelo?

Calm largó una alegre carcajada i se bebió de un sorbo una copa de cerveza.

El semblante de Amelia se iluminó tambien con una graciosa i placentera sonrisa a tu...

FIN.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

CAPITULOS.		PAJ.
I	San Martin de Quillota.....	7
II	La promesa.....	11
III	Amelia.....	16
IV	Castillos en el aire.....	26
V	La familia de don Antonio.....	32
VI	La carta.....	38
VII	Fatalidad.....	43
VIII	Eujenia.....	49
IX	Los amores de Eujenia.....	62
X	El abandono.....	73
XI	Un nuevo conocimiento.....	82
XII	La visita.....	92
XIII	La cabalgata.....	102
XIV	La caida.....	111
XV	El paseo.....	120
XVI	Una historia de sobremesa.....	131
XVII	El padre i la hija.....	139
XVIII	Confidencias.....	146
XIX	La tarde.....	153
XX	La relacion.....	157
XXI	De como en Quillota hicieron las ánimas un casamiento.....	164
XXII	Las víctimas de Miranda.....	173
XXIII	Un golpe inesperado.....	181
XXIV	Escursion nocturna.....	190
XXV	Impostura.....	196
XXVI	La proteccion de la tia.....	200
XXVII	La detonacion.....	209
XXVIII	En donde la policia pesca un difunto.....	215

SEGUNDA PARTE.

CAPITULOS.	PAJ.
XXIX La viuda.....	225
XXX Los dos amigos.....	235
XXXI De como es difícil ocultar el amor.....	248
XXXII Un corazon destrozado.....	256
XXXIII La entrevista.....	263
XXXIV El obsequio.....	271
XXXV La respuesta.....	285
XXXVI Martirio.....	292
XXXVII La súplica de una hija.....	301
XXXVIII Conformidad.....	307
XXXIX Los agentes de la caridad.....	312
XL Dudas.....	321
XLI El anónimo.....	328
XLII La madre i la hija.....	335
XLIII ¡Es tarde!.....	342
XLIV Los últimos adioses.....	348
XLV En que se descubren los manejos de Alberto.....	358
XLVI Felicidad.....	370
XLVII En el mar.....	377
XLVIII Catástrofe.....	387
Epílogo	396